



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera Época (1942-1985). México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>*

Datos de la revista:

Año V, Vol. XXV, Núm. 1 (enero-febrero de 1946).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C. P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

1

CUADERNOS

AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Ave. Rep. de Guatemala No 42
Apartado Postal 965
Teléfono 12-34-46

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

SECRETARIO
JUAN LARREA

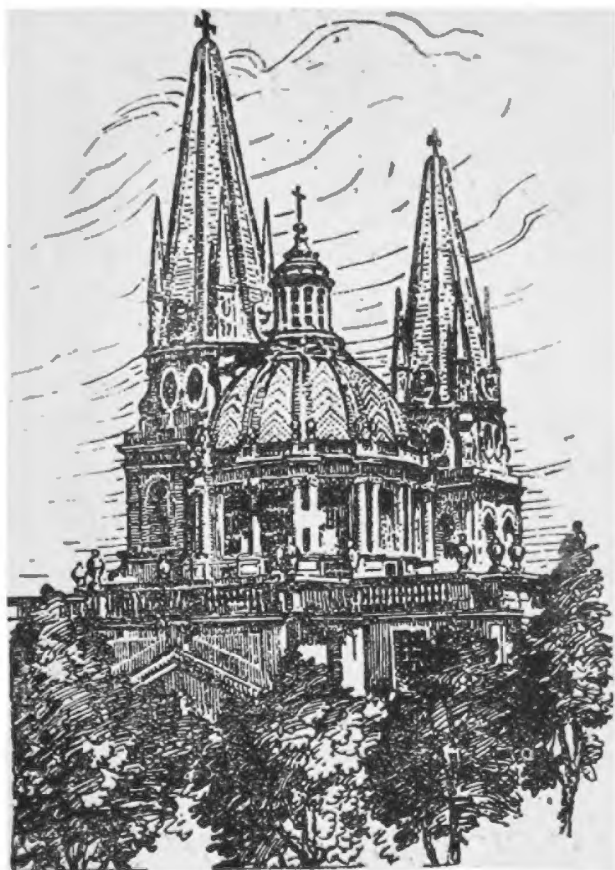
AÑO V

1

ENERO-FEBRERO

1946

INDICE
Pág. IX



GUADALAJARA, fundada en 1541, cobró gran importancia desde luego cubriendo su suelo con monumentos de bella arquitectura y tomando parte importante en nuestra Historia.

Ha tenido fama también, tanto por su clima como por la sonrisa acogedora de sus alrededores llenos de matices musicales; pero sobre todo por el encanto de sus mujeres que llevan en la sangre y en los ojos la gracia andaluza.

Los Ferrocarriles Nacionales de México tienen para esa Capital un servicio rápido y confortable.



INVITACION

A los hombres de empresa del país:

- * Si desea usted colocar su capital con rendimientos seguros.
- * Si necesita dinero a largo plazo para intensificar su producción industrial.
- * Si su empresa requiere una reorganización, transformación o fusión.
- * Si tiene algún proyecto para la creación de empresas, bien sea que no cuente con dinero o le falte capital.
- * Si desea aprovechar determinado recurso natural por medio de concesión federal.
- * Si pretende lanzar al mercado acciones, bonos, obligaciones u otra clase de valores véanos o escribanos: tendremos gusto en escuchar su problema y buscarle una solución adecuada.

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

VENUSTIANO CARRANZA N° 45
MEXICO, D. F.

Tel. Ericsson: 18-11-60.

Tel. Mexicana: J-49-07.

Servicio por nombre: 01.



La Giralda...

es tradicional.

Gestos únicos, de razas múltiples, que engrandecieron a un país; heroísmos que perpetuados por la tradición son hoy emblema de toda una raza.

BRITISH CLUB es herencia de refinamiento, tradición perpetuada en una marca.

BRITISH CLUB está hecho con tabacos de gusto peculiar europeo

Es un Producto
de
"EL AGUILA"

British
Club



EL CIGARRO CON TRADICION



Lo único igual a "Coca-Cola" es
Coca-Cola



REG. N.º 4598 "A" D. S. P. PROP. N.º B-16 S. S. A.

Embotellada bajo contrato con "Coca-Cola de México", por:
INDUSTRIA EMBOTELLADORA DE MEXICO, S. A.

Calle del Cedro 387

Tel. Mex. Q-06-74 Q-21-47 Eric. 16-18-08 16-28-33

MEXICO, D. F.

Propiedad Intelectual y Artística Reservada

Copyright 1949, The Coca-Cola Company



ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.
 Ya está produciendo en MONCLOVA, COAH.
**CHAPA O PLANCHA DE
 ACERO** laminada en caliente,
 en espesores de 6.8 mm. y mayores.
 Anchos hasta de 1.00 m.
 Largos hasta de 12 m.



Contribuye
 al desarrollo industrial de México.

sumando capital, materias primas, mano de obra y especialistas
 mexicanos, con la ayuda de la más adelantada técnica Nore Americana,

para elaborar productos de **ACERO LAMINADOS PLANOS**, como **PLANCHA UNIVERSAL, PLANCHA
 RECORTADA, BARRAS, SOLERAS, TIRAS, CINTAS**, destinadas a la fabricación o reparación de equipo tal como:

**TANQUES PAILAS CALDERAS CRISTALIZADORES
 CALANDRIAS CARROS CAJA CARROS TANQUE
 BARCOS TUBERIA COMPUERTAS TORRES MOLL
 NOS HORNOS VAGONETAS PUENTES PIEZAS
 ARMADAS, ETC.**

PARA LAS INDUSTRIAS,

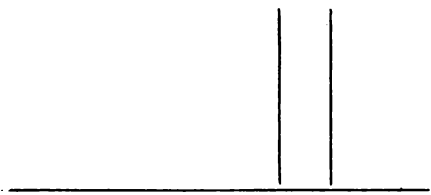
**PETROLERA
 AZUCARERA
 DE TRANSPORTES
 ELECTRICA
 QUIMICA
 PAPELERA
 DE CONSTRUCCION
 Y OTRAS.**

En forma limitada y sólo como cooperación a la industria, ALTOS HORNOS DE MEXICO, puede hacerse cargo de la fabricación del equipo mencionado. Solicitemos solicitar informes y precios a nuestros Obreros.

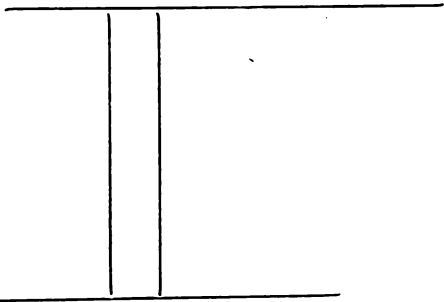
ALTOS HORNOS DE MEXICO, S.A.

En MONCLOVA, COAH.,
 Apartado 121

En MEXICO, D. F. Pasaje America 311 - Apartado 6777
 Tels.: 12-86-90 - 12-91-02 - 1-12-79



El proceso de elaboración de la cerveza logra una bebida absolutamente higiénica. Los pueblos más cultos de la tierra prefieren beber cerveza.... Recuerde que México produce la mejor cerveza del mundo.



*Asociación Nacional de
Fabricantes de Cerveza.*

Para conservar

SU HOGAR

LIMPIO

NUEVO

productos

PEMEX



RIP

INSECTICIDA LIQUIDO PEMEX

de veras mata!

DE VENTA EN GASOLINERAS TLAPALERIAS Y EXPENDIOS DE PETROLEO PEMEX

LUSTRADOR

PARA LA LIMPIEZA DE
SUS MUEBLES



CEROL

DA BRILLO Y NUEVA
VIDA A SUS PISOS



MILUSOS

LUBRICANTE DE USO EN
EL HOGAR. LA OFICINA
Y EL TALLER



NITEX

LIMPIA SU COCINA. SU
CUCHILLERIA Y PISOS
DE MOSAICO



‘‘TIERRA FIRME’’

Ultimos volúmenes:

No. 15

Octavio Tarquinio de Sousa

**JOSE BONIFACIO
EMANCIPADOR DEL BRASIL**

No. 16

Justino Zavala Muñiz

BATTLE, HEROE CIVIL

No. 17

Moises Poblete Troncoso

**EL MOVIMIENTO OBRERO
LATINOAMERICANO**

Cada obra cuesta \$6.00, o Dls. 1.25



Son libros de

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

PANUCO 63.

MEXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 1 Enero-Febrero de 1946 Vol. XXV

INDICE

	Págs.
NUESTRO TIEMPO	
GUSTAVO POLIT. América Latina en el momento económico	7
LUIS CARDOZA Y ARAGÓN. Guatemala —las líneas de su mano—.	32
MARIANO RUIZ-FUNES. La guerra y la delincuencia de los menores	52
<i>La Conferencia de Londres sobre Educación</i> , por SAMUEL RAMOS	72
<i>Anibal Ponce</i> , por GREGORIO BERMANN	80
AVENTURA DEL PENSAMIENTO	
RISIERI FRONDIZI. La Filosofía contemporánea. Direcciones, temas y notas fundamentales	87
JOSÉ GAOS. ¿Son filosóficos nuestros días?	105
<i>Siete años de labor filosófica de José Gaos en México</i> , por JUAN HERNÁNDEZ LUNA	125
<i>Un libro americano sobre la Historia Universal de las Artes plásticas</i> , por JOSÉ LUIS ROMERO	133
PRESENCIA DEL PASADO	
SALVADOR TOSCANO. Una empresa renacentista de España: Introducción de cultivos y animales domésticos euroasiáticos en México	143

	Págs.
CAIO PRADO JR. Formación de los límites meridionales del Brasil	159
RAFAEL HELIODORO VALLE. La santa ciudad del Cusco	179
MESA RODANTE: <i>¿Conocieron la rueda los indígenas mesoamericanos?</i>	
Intervienen: Alfonso Caso, Matthew W. Stirling, Samuel Lothrop, J. Eric S. Thompson, José García Payón y Gordon F. Ekholm.	193

DIMENSION IMAGINARIA

ERNESTO CÁRDENAL. La ciudad deshabitada	211
LEÓN-FELIPE. Alas y jorobas o El Rey bufón	220
PEDRO SALINAS. La Gran Cabeza de Turco o la minoría literaria (Conclusión)	246
TULIO M. CESTERO. Rufino Blanco Fombona	269
<i>Obras maestras europeas</i> , por ROMÁN I. DUQUE	282
<i>Eça de Queiroz. En el centenario de su nacimiento</i> , por NEWTON FREITAS	286



**ACADEMIA
HISPANO
MEXICANA**



**ENSEÑANZAS SECUNDARIA,
PREPARATORIA Y COMERCIAL**

Externos

PASEO DE LA REFORMA, 80.

Tels.: 13-03-52 — L. 51-95.



KINDER Y PRIMARIA

Medio Internado - Externos

REFORMA, 835 (LOMAS)



CONSEJO - PATRONATO

LIC. AARÓN SÁENZ
ING. GONZALO ROBLES
ARQ. CARLOS OBREGÓN SANTACILIA
LIC. DANIEL COSÍO VILLEGAS
LIC. JOSÉ CARNER
DR. JUAN ROURA PARELLA
DR. RICARDO VINÓS, Director de la Academia.

*Las exploraciones de los grandes naturalistas
en Sudamérica*

SUDAMERICA LOS LLAMABA

por VICTOR WOLFGANG VON HAGEN

Traducción del inglés de TEODORO ORTIZ

En 1734, la Academia de Ciencias de París envió a Sudamérica la primera expedición científica, encabezada por el joven "filósofo natural", Charles-Marie de la Condamine. Brillante científico y explorador infatigable, La Condamine fué el iniciador, el precursor que puso en movimiento toda una cadena de acontecimientos que cambiaron la historia de América y del mundo entero.

Alejandro von Humboldt se encontraba a principios del siglo XIX en Sudamérica, siguiendo los pasos de La Condamine, cuyas obras había leído de joven y a quien superaría por la cantidad y la calidad de sus propias observaciones y hallazgos en América. Y tal como La Condamine inspiró a Humboldt, así los escritos de éste hallaron terreno fértil en la mente del joven Carlos Darwin quien, entre las heladas regiones de la Tierra del Fuego y en las extrañas e infernales islas Galápagos, encontró fenómenos que habían de dar luz a la teoría de la evolución y de la mutación de las especies.

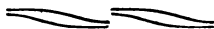
Finalmente, Ricardo Spruce, igual que los otros, halló en la obra de sus predecesores la inspiración para sus 17 años de exploraciones por la enorme cuenca amazónica. A Spruce se le debe el primer estudio científico de la flora del Amazonas y la preparación del camino para la industria y prosperidad de regiones enteras de América. Si Humboldt, como dijo Simón Bolívar, "hizo más por Sudamérica que todos los conquistadores", a Spruce, inglés obscuro y pobre, el continente está más obligado que a muchos de sus propios estadistas y hombres ilustres.

Este libro—de "vidas heroicas y tenaces", como lo llama su autor—es una magnífica relación de los viajes y exploraciones de los cuatro grandes naturalistas. Todos los países del continente figuran en sus páginas, y las descripciones de los trabajos de los exploradores están hechas con una profusión de incidentes anecdóticos y con una riqueza de detalle que hacen vivir de nuevo las épocas en que realizaron sus viajes. Tan emocionante como cualquier novela de aventuras, la obra es el mejor libro que tenemos sobre los célebres naturalistas que abrieron y revelaron Sudamérica al mundo.

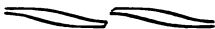
*\$12.50 en todas las librerías
o por correo reembolso de la*

EDITORIAL NUEVO MUNDO

Calle de López 43, México, D. F.



RESERVADO PARA LA
UNION NACIONAL
DE PRODUCTORES
DE AZUCAR



ARTE LITERATURA HISTORIA



LA OBRA MAS PORTENTOSA DE TODOS LOS TIEMPOS

La obra de SANTIAGO PRAMPOLINI ha sido considerada ya por el publico como LA OBRA MAS PORTENTOSA DE TODOS LOS TIEMPOS... Lo es por la gigantesca labor intelectual realizada por su autor y por el enorme esfuerzo editorial que supone su publicación.

La HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA rebasa los limites de cuantas obras haya podido conocer el lector hasta ahora. Es la primera ¡Y LA UNICA! que presenta al público de lengua española el más extenso y documentado estudio de todas las culturas. En sus trece volúmenes se recoge la HISTORIA, el ARTE y la LITERATURA de cada época.

La obra monumental de SANTIAGO PRAMPOLINI constituye, por sí sola, una verdadera biblioteca. En la que han intervenido bajo la sabia e ilustre dirección de JOSE PIJOAN, las figuras más preclaras de la intelectualidad Hispano Americana. Usted no puede privarse de ella, para deleite de su propio espíritu, ni puede privar tampoco al resto de sus familiares.

¡Vienen ¡HOY MISMO! el cupón que aparecerá en este anuncio y recibirá un LUJOSO FOLLETO DESCRIPTIVO

EXPOSICION PERMANENTE DE LA OBRA EDITORIAL GONZALEZ PORTO

AV. INDEPENDENCIA 8 - APDO. 140 bis. MEXICO, D. F.



EDITORIAL GONZALEZ PORTO
AVENIDA INDEPENDENCIA 8
APDO. 140 bis MEXICO, D. F.

Tengo verdadero interés en recibir, sin compromiso alguno, el folleto descriptivo de la HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA y amplios informes sobre facilidades de pago.

Nombre y apellidos

Profesión y ocupacion

Dirección



CORTESIA

DE

CERVECERIA TECATE,
S. DE R. L.

CIA. MEXICANA DE MALTA,
S. A.

ACEITES VEGETALES DE
TECATE,
S. A.

ALBERTO V. ALDRETE E HIJOS,
S. DE R. L.

Tecate,
Baja California, México

Los muebles aerodinámicos *Nacional*, a la altura de la mejor producción de cualquier otro país, representan la más alta calidad en muebles de acero y han sido creados precisamente para llenar las necesidades de esta época de grandes esfuerzos de la Post Guerra.

De igual manera, la creación de la Ciudad Industrial *Nacional*, que próximamente inauguraremos, responde a la doble finalidad de sostener, ampliar y mejorar aún más la calidad de nuestra producción e implantar al propio tiempo un plan de reformas sociales en favor de nuestros trabajadores.

Es así como nuestra Empresa coopera a formar el México progresista y organizado de la nueva era que se inicia para la humanidad.

DISTRIBUIDORA MEXICANA, S. A.

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS DE LOS PRESTIGIADOS EQUIPOS DE ACERO

OFICINAS GENERALES
BOLIVAR No. 21
ERISSON 18-10-47
MEXICO S. A. S-4899
APDO 2471

Nacional

DIRECTOR GENERAL AMPHRO RUIZ GALINDO

SALAS DE VENTAS Y
EXPOSICION BOLIVAR
25 Y BADERO 22
MEXICO D F

Una Organización de Mexicanos



VIDRIO PLANO, S. A.

FABRICANTES Y EXPORTADORES DE

Vidrios transparentes para ventanas,
aparadores, vitrinas,
cubiertas de mesa, etc.

Vidrios cilindrados para cancelos.

Silicato de Sodio.

Apartado Postal No. 372

Monterrey, N. L. México

EDICIONES

CUADERNOS AMERICANOS

LA COLECCION DE LIBROS EN CASTELLANO QUE
MEJOR CORRESPONDE A LA PRESENTE HORA,
HORA DEL NUEVO MUNDO

- 1.—GANARÁS LA LUZ, *Poesía, Biografía y Destino*, por León Felipe.
- 2.—JUAN RUIZ DE ALARCÓN, *su Vida y su Obra*, por Antonio Castro Leal.
- 3 y 4.—RENDICIÓN DE ESPÍRITU (*Introducción a un Mundo Nuevo*), por Juan Larrea.
- 5.—LOS ORÍGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por Paul Rivet.
- 6.—VIAJE POR SURAMÉRICA, Por Waldo Frank.
- 7.—EL HOMBRE DEL BUHO, por Enrique González Martínez.
- 8.—ENSAYOS INTERAMERICANOS, por Eduardo Villaseñor.
- 9.—MARTÍ, ESCRITOR, por Andrés Iduarte.

COMPañIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

CAPITAL SOCIAL: \$ 50.000,000.00

FABRICANTES DE TODA CLASE DE MATERIALES
DE FIERRO Y ACERO:

Fierro Comercial y Fierro Corrugado, de todas medidas,
para construcción; Aceros para Muelles; para Herra-
mientas; Octagonal para Minas y Hornos, etc.

Placas, Viguetas "I" y "H", Canales "U".

Rieles de Diversas Secciones y Pesos.

Alambres y Alambrón.

Tornillos Máquina,

Coche y Arado;

Estoperoles

Pijas

Tuercas y Remaches

Arandelas

y

Clavos y Tornillos para Vía, etc., etc.



Domicilio Social
y
Oficina General de Ventas:
BALDERAS N° 68.
Apartado 1336.
MEXICO, D. F.

FABRICAS
en
MONTERREY, N. L.
Apartado 206.

Conciencia Nacional e Internacional

Mucho alabamos en los pueblos antiguos, como flor de civilización, el culto a la hospitalidad que ha dado nacimiento a muy diversas y originales costumbres. El huésped fué considerado siempre como algo sagrado, merecedor de toda suerte de exquisitas atenciones.

Los tiempos no son ya los mismos, ciertamente, y la vida actual, con sus urgencias terribles, no es propicia —salvo para unos pocos— al desarrollo de las individuales formas hospitalarias. Mas ello no quiere decir que los impulsos que determinaron esas sabias costumbres hayan sido descartados para siempre, sino que atraviesan una crisis de adaptación a las nuevas circunstancias hasta que consigan tomar adecuadas formas de vida. La conciencia tiende en nuestro tiempo a hacerse menos individual para atenerse cada vez más a los ámbitos colectivos de las naciones y a las relaciones entre éstas. Así la hospitalidad ha dejado en cierto modo de ser una virtud individual en la mente de los pueblos civilizados, para manifestarse en el cuidado que éstos, globalmente, ponen en atender y halagar al visitante de otros países, considerándolo huésped nacional, huésped de todos. Cosa a todas luces justificada, moral y materialmente. Por que a fin de cuentas más es el ambiente agradable y acogedor, con la sensación de bienestar que procura, lo que atrae y seduce al viajero, que la simple exhibición de un acervo de objetos fotografiables y hermosos: paisajes, monumentos, etc., puro esqueleto del verdadero cuerpo turístico que es la calurosa, por humana, presencia viva.

Debemos decir que así lo ha comprendido el pueblo mexicano que cada día muestra mayor inclinación a desvivirse en beneficio del visitante con objeto de hacerle su estancia entre nosotros grata. Ya no son quienes viven de la industria del turismo los únicos que hacen gala de su amabilidad profesional, sino todas las clases sociales representadas en el hombre de la calle, las que han comprendido sus deberes de solidaridad para quienes llegan a veces de muy lejos atraídos, como en los viejos relatos, por la fama de nuestras bellezas nacionales. México es bello, sin duda, es deleitoso, pintoresco y lleno de colorido, de porvenir, pero es también un pueblo que ha dado ya grandes pasos en el camino de una civilización nueva y sabe rodear de humanas consideraciones, con la hidalguía heredada de su doble estirpe, a quienes le honran visitándolo.

F. L. S.

Para informes sobre cuanto se refiere al turismo nacional y extranjero dirigirse a:

ASOCIACION



MEXICANA

DE TURISMO

AVENIDA JUAREZ 76

MEXICO, D. F.

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO V

VOL. XXV

1

ENERO-FEBRERO

1946

MÉXICO, 1º DE ENERO DE 1946

**REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.**

CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA, ex Rector de la Universidad de Barcelona;
Alfonso CASO, ex Rector de la Universidad Nacional de México;
Daniel COSIO VILLEGAS, Director General, del Fondo de Cultura
Económica;

Mario DE LA CUEVA, ex Rector de la Universidad Nacional de Mé-
xico;

Eugenio IMAZ, escritor;

Juan LARREA, ex Secretario del Archivo Histórico Nacional de
Madrid;

Manuel MARQUEZ, ex Decano de la Universidad de Madrid, Académico;

Manuel MARTINEZ BAEZ, ex Presidente de la Academia de Medicina
de México;

Agustín MILLARES, Catedrático de la Universidad de Madrid, Académico;

Alfonso REYES, Presidente del Colegio de México, Académico.

Jesús SILVA HERZOG, ex Director de la Escuela Nacional de Eco-
nomía de México.

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Secretario
JUAN LARREA

Se prohíbe reproducir los artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Gustavo Polit* América Latina en el momento económico.
Luis Cardoza y Aragón Guatemala —las líneas de su mano—.
Mariano Ruiz-Funes La guerra y la delincuencia de los menores.

Notas, por Samuel Ramos y Gregorio Bermann.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Risieri Frondizi* La filosofía contemporánea.
José Gaos ¿Son filosóficos nuestros días?

Notas, por Juan Hernández Luna y José Luis Romero.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Salvador Toscano* Introducción de cultivos y animales euroasiáticos en México.
Caio Prado Jr. Formación de los límites meridionales del Brasil.
Rafael Heliodoro Valle La santa ciudad del Cusco.

MESA RODANTE: ¿Conocieron la rueda los indígenas mesoamericanos?

Intervienen: Alfonso Caso, Matthew W. Stirling, Samuel K.

Lothrop, J. Eric S. Thompson, José García Payón y Gordon F. Ekholm.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Ernesto Cardenal* La ciudad deshabitada.
León-Felipe Alas y Jorobas o El Rey Bufón.
Pedro Salinas La Gran Cabeza de Turco o la minoría literaria.
Tulio M. Cestero Rufino Blanco Fombona.

Notas, de Román I. Duque y Newton Freitas.

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
Jardín de Otoño. Fotomontaje	64
Campo de prisioneros alemanes de 12 a 17 años	65
CUSCO. Vista panorámica de la ciudad	184
„ Casa colonial sobre primitivos muros prehispánicos	„
„ Calle de Hatunrumiyoc	„
„ Un muro sobre otro, de diferente aparejo, ambos incaicos	185
„ Sto. Domingo sobre los muros del Templo del Sol	192
„ Casa del Almirante	„
„ Púlpito del templo de San Blas	„
„ Indias cusqueñas en el mercado	193
Juguete con ruedas, de Tres Zapotes	194
Juguete encontrado por D. Charnay y Perros de cobre del Mu- seo Nacional de México	195
Tres Zapotes: Hallazgo y juguetes con ruedas	198
Las "Direcciones del Mundo" según los Códices Cortesiano y Fejervary	202
El Siglo azteca. Calendarios de Veytia	203
Juguete con ruedas de Pánuco, Veracruz	206
Juguete con ruedas del Valle de Oaxaca	207
CRANACH. Adán y Eva. Oleo (Museo de San Carlos, México)	282
VAN DER WEYDEN. Dolorosa. Oleo (Colección de Dña. Con- suelo N. de Moreno Villa)	„
EL DIVINO MORALES. Virgen Madre. Oleo (Museo de San Carlos, México)	„
RIBERA. El Expolio. Oleo (Museo de San Carlos, México)	„
ZURBARÁN. Nuestra Sra. de las Mercedes. Oleo. (Colección de Dña. Bárbara Vinent, Vda. de Martínez del Río)	„
GIORDANO. Natividad. Oleo (Museo del Estado de Guadalajara)	„
TINTORETTO. Retrato. Oleo (Museo de San Carlos)	„
INGRES. San Juan Bautista. Oleo (Museo de San Carlos)	283

Fotograbados de

FOTOGRAFADORES Y ROTOGRAFADORES UNIDOS, S. DE R. L.
Bucareli 24. - México, D. F.

Nuestro Tiempo

LA AMERICA LATINA ANTE EL MOMENTO ECONOMICO

Por Gustavo POLIT

DESDE antes de 1941 el gobierno norteamericano ha venido controlando las múltiples actividades de sus ciudadanos, encaminándolas por senderos cuya meta ha sido la máxima preparación militar del país. En este aspecto, la política, los métodos y algunas de las medidas tomadas por el gobierno norteamericano no difieren sino en un menor o mayor grado de la política, los métodos y medidas tomadas por los demás gobiernos beligerantes, especialmente las llamadas "Grandes Potencias".¹

El presente conflicto ha demarcado, en forma innegable, ciertas zonas de influencia político-económicas de los principales países combatientes, que son las naciones industrializadas. Así vemos que Alemania consolidó su poderío político-económico en los Balcanes, convirtiéndolos primero en sus principales fuentes de abastecimiento. Para el efecto, Alemania entró en acuerdos de compras con cada uno de estos países y celebró otros de estabilización monetaria con referencia al marco alemán. Una vez que su predominio económico estaba asegurado, el control político se facilitó.

Si analizamos la situación de Inglaterra con respecto a sus colonias, dominios y territorios, notaremos iguales procedimientos: acuerdos de compras, precios estables, acuerdos de estabilización, nuevas bases militares, etc. Lo mismo ha hecho el Japón. Y, en nuestra América Latina, Estados Unidos ha hecho exactamente lo mismo que las demás potencias han hecho con sus colonias y territorios.

Todos estos acuerdos y arreglos son parte integrante del esfuerzo bélico de las grandes naciones; sin embargo,

¹ OTTO NATHAN. *The Nazi Economic System*. 1944.

en el caso de nuestros países, por su status de libres e independientes, nosotros tenemos derecho a reclamar un análisis y una explicación de lo que se ha hecho y a exigir ciertas cosas que deben hacerse de acuerdo con nuestras conveniencias.

De hoy en adelante, la industria norteamericana está dedicada a la producción civil, así como durante la guerra ha estado dedicada a la producción bélica. América Latina tiene interés supremo en mantener su libertad de acción política y económica en el futuro, una vez que no existe ninguna justificación para continuar medidas a las que prestamos consentimiento bajo la presión de las circunstancias.

Durante los últimos cinco años la preocupación de América Latina ha sido de producir con miras a llenar la demanda insaciable de la economía de guerra norteamericana. Con la iniciación del conflicto en Europa, nació la zozobra económica en estos países que, de la noche a la mañana, vieron cerrados sus mercados. En muchos casos esos mercados habían sido, hasta entonces, los consumidores de nuestras materias primas animales y vegetales y además, fuente principal de abastecimiento de los artículos que normalmente importamos.² Europa absorbía alrededor del 55% de nuestro comercio exterior.

Más tarde, después de 1941, desapareció otro de nuestros más importantes mercados extranjeros, con la declaración de guerra norteamericana al Japón. Así, pues, nuestra economía orientada hacia fuera quedó sin defensa ni alternativas, fuera del mercado norteamericano.

Nuestra situación era tanto más grave cuanto que nuestros gobiernos empobrecidos, con la notable excepción de la Argentina,³ no tenían los fondos suficientes para venir en ayuda de los productores, ya fuera comprando la cosecha o producción y almacenándola, o en su defecto, entrar en arreglos con los beligerantes de ambos lados,

² Ver la publicación de la National Economic and Social Peanning Association: *War and our Latin-American Trade Policy*. Septiembre, 1939. También: League of Nations: *The Network of World Trade*, 1941.

³ Ver la revista canadiense *Commercial Intelligence Journal* de enero 27 de 1945, p. 84.

valiéndonos de una marina mercante o naval poderosa que hubiera hecho respetar y prevalecer nuestros derechos como neutrales. Eso hicieron los Estados Unidos en la primera guerra mundial y lo volvieron a hacer en esta guerra, hasta que sus conveniencias le aconsejaron la necesidad de participar en el conflicto.

Sin marina de guerra ni mercante, y una vez abandonada la neutralidad, bajo presión diplomática o no, quedamos a merced del único comprador que a su vez era la potencia naval y marítima más poderosa del mundo. Bajó el telón, y se cerró una era económica para dar comienzo a otra cuyas perspectivas pocos podían anticipar.

Los arreglos y convenios que siguieron a Río de Janeiro y a La Habana nos ataron de pies y cabeza a una política de colaboración, que sus partidarios norteamericanos y latinoamericanos nos pintaron de color de rosa. Muchos de nosotros recordamos aún las palabras del Vicepresidente Wallace, pronunciadas en español para abanicar más nuestra vanidad, en su gira triunfal en nuestros países: "La era de explotación ha terminado en América Latina; en el futuro los latinoamericanos serán dueños absolutos de su riqueza". Así se labraron alianzas y se compró la colaboración genuina y sin límites del pueblo de nuestros países.

Es necesario que nosotros, los latinoamericanos, recordemos en todo momento la cooperación y la ayuda que hemos prestado a los Estados Unidos durante el presente conflicto, porque ese recordatorio nos dará un sentido más preciso y cabal de lo que debe ser nuestra actitud frente a las múltiples propuestas que emanan de Washington, propuestas que más bien tienen el carácter de ultimátum.⁴ Veamos, a grandes rasgos, en qué ha consistido la colaboración y cooperación de nuestros países.

⁴ Ver las declaraciones del Secretario Auxiliar de Estado Norteamericano Taft, y las de Clayton, ante el Congreso norteamericano, en el sentido de que Estados Unidos retirará la cláusula de "nación más favorecida" a los países que se nieguen a bajar sus aranceles. El señor Clayton hizo alusión a la tendencia proteccionista latinoamericana y a la mala impresión que ello causaba en el Departamento de Estado.

Bases navales y aéreas.—Hagamos un poco de historia. Desde el comienzo de nuestras nacionalidades, los latinoamericanos heredamos la rivalidad anglo-española que por 300 años, subsiguientes al descubrimiento de América, hizo de este Continente un campo abierto de luchas imperialistas. Fundadas nuestras nacionalidades y la norteamericana, nuestra política exterior se ha manifestado en todo momento en una franca y justificada oposición a la expansión norteamericana en nuestros territorios. El territorio que América Latina ha perdido nos ha sido arrebatado, ya sea por medio de una guerra internacional como la de 1847 o por medio de una revolución manufacturada en Washington, como la de 1902.

Estas reminiscencias son necesarias, no para despertar sentimientos de rencor, sino para que comprendamos mejor el significado de nuestra cooperación. Pues bien, los países latinoamericanos, durante el presente conflicto y después de Río de Janeiro, acordaron extender a los Estados Unidos derechos para la adquisición de bases navales y aéreas, con el propósito, según se nos dijo, de defender el continente. El pueblo latinoamericano creyó y sigue creyendo, que esas bases, otorgadas en menoscabo de nuestra soberanía, eran puramente temporales y por la duración del presente conflicto.

De hecho, los Estados Unidos se colocaron en los puntos más estratégicos de América Latina, con nuestro apoyo y con nuestra ayuda. Terminada la guerra, América Latina debe ejercer toda la presión que sea necesaria, para que esas bases navales y aéreas vuelvan al territorio nacional. No podemos ni debemos sufrir un engaño a manos del gobierno norteamericano.⁵

Contribución directa en el conflicto.—Una vez declarada la guerra, después de la declaración de Río de Janeiro, los gobiernos latinoamericanos estuvieron dispuestos a enviar a sus ciudadanos a los frentes de batalla que los Estados Unidos estimaran convenientes. Algunos de nuestros países, como México y el Brasil, han enviado contingentes de tropas ya a Europa o al Asia y a los frentes del

⁵ En las declaraciones de algunos funcionarios norteamericanos se nota el deseo y la determinación de quedarse con la mayoría de estas bases cedidas en buena fe y con carácter puramente transitorio.

Pacífico. Además de esta acción oficial, cientos de miles de latinoamericanos han sacrificado sus vidas en los campos de batalla, luchando por un ideal que siempre creyeron suyo.⁶ En los campos de Europa y de Asia se ha derramado sangre de nuestros conciudadanos para quienes América Latina tendrá siempre una enorme deuda de gratitud.

Persecución de los ciudadanos del Eje y confiscación de sus propiedades.—Desde la fundación de nuestras repúblicas, los elementos europeos en América Latina, como en el resto de América, han contribuido eficazmente a nuestro desarrollo y progreso. La inmigración procedente de estos países de Europa, ha continuado hasta nuestros días. Estos inmigrantes en nuestras repúblicas desarrollan sus actividades económicas con las mismas garantías que los nacionales del país. Su aporte no sólo ha sido económico: los inmigrantes alemanes, italianos, búlgaros, checos, rusos, etc., siempre se han incorporado con facilidad en nuestro ambiente social, sin ningún prejuicio cultural o racial, y esto les ha permitido ingresar al seno de la familia latinoamericana, creándose así un nexo fundamental con nuestra vida íntima social.

Pues bien, a pedido del Departamento de Estado Norteamericano, los países latinoamericanos han arrebatado la propiedad a estos individuos inmigrantes, enemigos durante la guerra, y se han dividido a miles de hogares latinoamericanos con la extracción y expulsión de padres de familia, separándolos de sus hijos nacidos en el país y de sus esposas, hijas de familias latinoamericanas. Francamente, siempre he creído que ésta acción de nuestros gobiernos ha tenido resultados contraproducentes. Siempre dudé de la buena fe de Estados Unidos al obligarnos a tomar estas medidas.⁷ Los ciudadanos alemanes, y aun los

⁶ Algunas estimaciones efectuadas, indican que de cada 5 soldados norteamericanos muertos en el Pacífico, 3 eran latinoamericanos radicados en Estados Unidos o nacionalizados en Estados Unidos, o hijos de ciudadanos latinoamericanos.

⁷ La intervención de los bienes era necesaria en muchos casos. Pero nuestros países no debieron haber permitido la extradición de estos individuos en los casos en que ello resultara en la destrucción de un hogar latinoamericano. Estados Unidos utilizó estos ciudadanos que se enviaban a campos de concentración norteamericanos, para cambiarlos por prisioneros con Alemania o Italia.

italianos, son una ínfima proporción de nuestra población, exceptuando a los italianos en la Argentina y en el Uruguay. La proporción de alemanes e italianos en cualquier estado de la Unión Norteamericana es muy superior, pues, en muchos de ellos, hay más alemanes e italianos que en toda la América Latina. Sin embargo, no conozco ningún caso de padres de familia, ciudadanos del Eje, en Estados Unidos, que hayan sido arrancados de su hogar, a pesar de que antes de 1941 eran abiertamente nazistas o facistas. ¿Por qué entonces se obligó a los países latinoamericanos a tomar medidas que los propios norteamericanos no tomaron? No hay duda que el Departamento de Estado Norteamericano actuó con fines económicos ulteriores. Más que el daño social causado, el verdadero efecto estuvo en las consecuencias económicas. Negocios bien establecidos, firmas de reputación y confianza, conexiones comerciales que eran parte de nuestra red financiera y económica, fueron destruidas o pasaron a manos de administradores burocráticos. No se quiere establecer un juicio crítico sobre hechos que fueron justificables. Se quiere sólo examinar las consecuencias. Hoy, al pasar por una de esas boticas "intervenidas", no vemos ya las drogas alemanas, francesas, inglesas o italianas que veíamos antes de la guerra. Sólo vemos productos norteamericanos, manufacturados en Nueva York, o por las sucursales de laboratorios norteamericanos establecidos en nuestros países. Hemos ayudado a destruir el trust y el monopolio de la I. G. Farben alemana, pero también hemos hecho posible el monopolio químico y farmacéutico de los trust y monopolios norteamericanos,⁸ ansiosos, antes de la guerra, de desplazar a la competencia alemana.⁹ ¿Cuál es la diferencia desde el punto de vista estrictamente latinoamericano? Pasemos

⁸ Ver el *New York Times* de abril 24, 1945, p. 26, sobre las últimas ramificaciones de la Sterling Drug Co.

⁹ En los últimos boletines del Departamento de Estado norteamericano, se pueden ver una serie de discursos y declaraciones ante el Congreso por el Subsecretario Clayton, sobre las supuestas actividades de los carteles alemanes en América Latina y la necesidad de destruirlos para siempre. La pregunta es: ¿quién va a destruir a los igualmente nefastos trusts norteamericanos, perseguidos legalmente en Estados Unidos, pero sancionados, legalmente, en América Latina?

frente a cualquier otro de esos establecimientos "intervenidos" y el resultado es el mismo: hemos entronizado al capital norteamericano, a la industria monopolística y a los trusts de ese país. Las últimas declaraciones norteamericanas indican que las industrias de química, acero, etc., alemanas, se dejarán con apenas la capacidad suficiente para llenar las necesidades del consumo nacional. La bandera de los monopolios ha cambiado, pero los fines, la política y los resultados, son los mismos o peores. Tales son los frutos de la "cooperación".¹⁰

Acuerdos de ventas.—Es en este renglón donde la presión política y económica del Departamento de Estado Norteamericano, descargada sobre América Latina, directa o indirectamente sobre los gobiernos o los particulares, ha surtido sus mejores efectos. Las consecuencias de estos acuerdos han sido francamente abrumadoras. Como de costumbre, el arma ha sido empleada unilateralmente.

Ya dijimos anteriormente que después de 1939, los países de América Latina perdieron uno de sus grandes mercados constituido por el continente europeo. Luego, después de 1941, la última esperanza de nuestros países de compensar sus pérdidas en Europa con el fomento de un comercio más provechoso con el Japón quedó asimismo truncada. Bajaron los precios de nuestros productos, con pocas excepciones; se acumularon materias primas y minerales, y vino la desocupación. La prensa escandalosa, a veces irresponsable, pintaba la situación en términos de horror. Las perspectivas de nuestro comercio, se nos decía, eran negras como la noche. De esta manera se jugaba en manos de los norteamericanos que querían adquirir nuestros productos al precio más bajo posible, al mismo tiempo que pasaban por nuestros salvadores económicos.¹¹

Los acuerdos de compras tenían ciertas finalidades especiales. Unas eran políticas, otras económicas. A su vez, la finalidad política perseguía ciertos propósitos concretos, disfrazados, pero reales. En el caso de países de los cuales Estados Unidos quería obtener ciertas concesiones especial-

¹⁰ Ver el periódico neoyorquino *Journal of Commerce* de enero 5, 1945, p. 9, sobre la expansión de la industria química norteamericana en América Latina.

¹¹ Ver la revista *The Economist*, Londres, enero 20, 1945, p. 88.

mente difíciles, como bases, ocupación del país por tropas norteamericanas, evitar ventas al enemigo,¹² etc., los acuerdos de compras, a precios un poco más altos que los ruinosos que prevalecían en esos momentos, le hacían creer al país latinoamericano que el acuerdo era un gran triunfo diplomático, y un "premio" a su espíritu de sacrificio en aras del ideal panamericano. Agradecido el país "agraciado", no podía negarse a otorgar ciertas concesiones que, en la gravedad del momento, y dadas las garantías norteamericanas de que las bases se cederían o la ocupación del país se haría solamente "mientras" hubiere peligro para el Continente, no se apreciaban en toda su amplitud. La miopía nos ha hecho sacrificar ya, por cien años, gran parte de lo que siempre debió ser y permanecer nuestro. En la guerra la miopía nos quitó la visión del horizonte más cercano.

Otros acuerdos de compra tenían por objeto estimular cultivos de determinados productos o la explotación de ciertos minerales llamados "estratégicos".¹³ Para los Estados Unidos, estos últimos acuerdos tenían una doble importancia. En primer lugar, ataba aún más la economía del país "agraciado" a la economía norteamericana, tanto durante la guerra, como después de la paz, por la sencilla razón de que esos metales o esas materias primas, se producen normalmente en países asiáticos o en zonas del Pacífico, a precios más bajos de lo que se pueden producir en nuestros países.¹⁴ Así pues, cuando termine la guerra, estos países "agraciados" volverán sus ojos a Washington esperando obtener, como favor, que Estados Unidos siga comprando los productos que se les obligó a producir durante la guerra y para los cuales faltarán mercados.¹⁵ Na-

¹² Ver mi *Reconversión y Ocupación Plena en Estados Unidos*, Banco de México, 1945, especialmente el capítulo 2o., pp. 21 a 24.

¹³ Ver los libros siguientes: EMENY AND BROOKS, *The Strategy of Raw Materials*; EMENY, *The Great Powers in World Politics*; LEITH, *World Minerals and Peace*, y por último el artículo en la revista *Foreign Affairs*, de julio, 1945, p. 644, por ELMER WALTER PEHRSON, *Our Mineral Resources and Security*.

¹⁴ Ver la revista *The Economist*, Londres, enero 3, 1945, p. 57.

¹⁵ De allí el interés de los latinoamericanos de arrancar una promesa a los delegados norteamericanos a la conferencia de Chapul-

turalmente, los Estados Unidos accederán a esta petición, ya que tal actitud encuadra dentro de los propósitos que persigue su política comercial del futuro, —pero a un nuevo “precio” político-económico.¹⁶

Por otro lado, los Estados Unidos podrán utilizar al país latinoamericano que tan dócilmente colaboró a solucionar las dificultades norteamericanas durante la guerra, aun de otra manera:¹⁷ podrá decirle ahora a las otras naciones industriales dueñas de las colonias o territorios en donde se producen artículos similares a los que se han producido en el país latinoamericano durante la guerra: “yo tengo otras fuentes de abastecimiento, donde puedo adquirir los mismos artículos que ustedes me ofrecen”; a su vez, la nación competidora aceptará los términos norteamericanos.¹⁸ Es, pues, un negocio redondo y lo que hay que admirar en los norteamericanos en este caso, es la visión “rodinesca” —si el lector me permite el empleo de una palabra de las novelas de Eugenio Sue.

Otro hecho distintivo, y por supuesto el más importante de estos acuerdos de compras, ha sido el que generalmente se firmaban por períodos de un año, de modo que anualmente se ha obligado a nuestros gobiernos a recurrir a todas las artimañas de la diplomacia para obtener de Estados Unidos la renovación de estos acuerdos, sin los cuales nuestra actividad económica hubiera sufrido quebrantos. Aparentemente, estos acuerdos anuales tenían sus propósitos: se le hacía comprender al país vendedor que

tepec, en el sentido de que Estados Unidos no cancelaría sus acuerdos de compras tan pronto como terminara el conflicto.

¹⁶ Ver la *Revista Cubana de Economía*, Habana, enero, 1945, p. 8, sobre la cooperación cubana y los minerales nuevos producidos.

¹⁷ El último acuerdo de compras celebrado entre Washington y Buenos Aires relativo a los excedentes argentinos es el único acuerdo Latinoamericano-Norteamericano en que se defiende al país de la tendencia norteamericana de querer convertirse en distribuidor de nuestras materias primas y productos.

¹⁸ En el caso de que el país europeo se niegue a las demandas norteamericanas, Washington está dispuesto a apoyar el desarrollo de aún mayores cultivos, como el de hule sintético, cacao, etc. ante las amenazas de algunos países europeos de continuar el control de la producción y distribución de algunos de los productos de sus colonias.

mente difíciles, como bases, ocupación del país por tropas norteamericanas, evitar ventas al enemigo,¹² etc., los acuerdos de compras, a precios un poco más altos que los ruinosos que prevalecían en esos momentos, le hacían creer al país latinoamericano que el acuerdo era un gran triunfo diplomático, y un "premio" a su espíritu de sacrificio en aras del ideal panamericano. Agradecido el país "agraciado", no podía negarse a otorgar ciertas concesiones que, en la gravedad del momento, y dadas las garantías norteamericanas de que las bases se cederían o la ocupación del país se haría solamente "mientras" hubiere peligro para el Continente, no se apreciaban en toda su amplitud. La miopía nos ha hecho sacrificar ya, por cien años, gran parte de lo que siempre debió ser y permanecer nuestro. En la guerra la miopía nos quitó la visión del horizonte más cercano.

Otros acuerdos de compra tenían por objeto estimular cultivos de determinados productos o la explotación de ciertos minerales llamados "estratégicos".¹³ Para los Estados Unidos, estos últimos acuerdos tenían una doble importancia. En primer lugar, ataba aún más la economía del país "agraciado" a la economía norteamericana, tanto durante la guerra, como después de la paz, por la sencilla razón de que esos metales o esas materias primas, se producen normalmente en países asiáticos o en zonas del Pacífico, a precios más bajos de lo que se pueden producir en nuestros países.¹⁴ Así pues, cuando termine la guerra, estos países "agraciados" volverán sus ojos a Washington esperando obtener, como favor, que Estados Unidos siga comprando los productos que se les obligó a producir durante la guerra y para los cuales faltarán mercados.¹⁵ Na-

¹² Ver mi *Reconversión y Ocupación Plena en Estados Unidos*, Banco de México, 1945, especialmente el capítulo 2o., pp. 21 a 24.

¹³ Ver los libros siguientes: EMENY AND BROOKS, *The Strategy of Raw Materials*; EMENY, *The Great Powers in World Politics*; LEITH, *World Minerals and Peace*, y por último el artículo en la revista *Foreign Affairs*, de julio, 1945, p. 644, por ELMER WALTER PEHRSON, *Our Mineral Resources and Security*.

¹⁴ Ver la revista *The Economist*, Londres, enero 3, 1945, p. 57.

¹⁵ De allí el interés de los latinoamericanos de arrancar una promesa a los delegados norteamericanos a la conferencia de Chapul-

turalmente, los Estados Unidos accederán a esta petición, ya que tal actitud encuadra dentro de los propósitos que persigue su política comercial del futuro, —pero a un nuevo “precio” político-económico.¹⁶

Por otro lado, los Estados Unidos podrán utilizar al país latinoamericano que tan dócilmente colaboró a solucionar las dificultades norteamericanas durante la guerra, aun de otra manera:¹⁷ podrá decirle ahora a las otras naciones industriales dueñas de las colonias o territorios en donde se producen artículos similares a los que se han producido en el país latinoamericano durante la guerra: “yo tengo otras fuentes de abastecimiento, donde puedo adquirir los mismos artículos que ustedes me ofrecen”; a su vez, la nación competidora aceptará los términos norteamericanos.¹⁸ Es, pues, un negocio redondo y lo que hay que admirar en los norteamericanos en este caso, es la visión “rodinesca” —si el lector me permite el empleo de una palabra de las novelas de Eugenio Sue.

Otro hecho distintivo, y por supuesto el más importante de estos acuerdos de compras, ha sido el que generalmente se firmaban por períodos de un año, de modo que anualmente se ha obligado a nuestros gobiernos a recurrir a todas las artimañas de la diplomacia para obtener de Estados Unidos la renovación de estos acuerdos, sin los cuales nuestra actividad económica hubiera sufrido quebrantos. Aparentemente, estos acuerdos anuales tenían sus propósitos: se le hacía comprender al país vendedor que

tepec, en el sentido de que Estados Unidos no cancelaría sus acuerdos de compras tan pronto como terminara el conflicto.

¹⁶ Ver la *Revista Cubana de Economía*, Habana, enero, 1945, p. 8, sobre la cooperación cubana y los minerales nuevos producidos.

¹⁷ El último acuerdo de compras celebrado entre Washington y Buenos Aires relativo a los excedentes argentinos es el único acuerdo Latinoamericano-Norteamericano en que se defiende al país de la tendencia norteamericana de querer convertirse en distribuidor de nuestras materias primas y productos.

¹⁸ En el caso de que el país europeo se niegue a las demandas norteamericanas, Washington está dispuesto a apoyar el desarrollo de aún mayores cultivos, como el de hule sintético, cacao, etc. ante las amenazas de algunos países europeos de continuar el control de la producción y distribución de algunos de los productos de sus colonias.

Estados Unidos no necesitaba de esos productos (lo cual nuestros negociadores improvisados no podrían negar) y que en consecuencia, debería aceptar los precios ofrecidos por el comprador, o no vender. Por lo demás, las negociaciones que se entablaban previa a la renovación del acuerdo, le permitía al Departamento de Estado vigilar el cumplimiento o incumplimiento de ciertos compromisos políticos, o la de exigir otros nuevos, como por ejemplo la persecución de los "quinta-columnistas", la vigilancia de las personas castigadas por la "Lista Negra" (otro de los instrumentos de control y de discriminación inventado por el Departamento de Estado), o conseguir el permiso para que los agentes de la F.B.I. (policía secreta norteamericana) pudieran actuar libremente en el país,¹⁹ etc. Nuestros países, pues, han estado a la completa merced del Departamento de Estado y esto ha permitido que nuestros productos se hayan mantenido a precios sorprendentemente "estables" desde que perdimos nuestros mercados europeos y nos convertimos en la primera fuente de abastecimiento norteamericana! Por supuesto, con la renovación anual de estos acuerdos, nuestras cancillerías se apuntaban un gran triunfo y nuestros cancilleres consolidaban su prestigio político interno, que más tarde les serviría de trampolín para cosas mucho mejores.

Sólo así nos podemos explicar la estabilidad en los precios de nuestras materias primas y minerales, sin los cuales el esfuerzo bélico²⁰ norteamericano se hubiera menguado y la guerra se hubiera postergado.²¹ No podemos decir lo mismo de los artículos de importación, muy a pesar de la vigilancia ejercida, para nuestro beneficio, por la Administración de Precios (OPA) o la Administración de Eco-

¹⁹ Ningún latinoamericano sabe cuántos policías secretos norteamericanos han estado actuando en nuestros países durante los últimos años y qué clase de "vigilancia" es la que han desarrollado.

²⁰ Ver la *Revista del Banco Central de Bolivia* de septiembre, 1944, p. 31, en que se analiza la estabilidad de los precios de metales, urgentemente necesitados por Estados Unidos, tales como antimonio, etcétera.

²¹ Los países latinoamericanos han enviado, entre otras cosas, un millón de barriles diarios de petróleo a la zona de combate en Europa. Ver el *Journal of Commerce*, Editorial, julio 18, 1945.

nomía Extranjera (FEA) y todo el abecedario de oficinas de control del gobierno de Washington. Ya fuera por el alza de fletes y seguros, cada vez mayor, es lo cierto que el precio de los artículos importados, cuando se les obtenía, ha subido durante la guerra. Generalmente se nos han enviado los artículos que no necesitábamos, precisamente para destruir, en cuanto fuera posible, competidores nacionales o de otros países de nuestra América Latina, así como en previsión de posibles competidores europeos para después de la guerra.²²

Examinemos bien nuestra actuación durante la guerra y pensemos, en dólares y en centavos, cuál ha sido el precio de esa colaboración. Materias primas abundantes, todo lo que Estados Unidos necesitaron, a precios bajos fijados por ellos, los compradores, que tenían verdadera necesidad apremiante de adquirirlas; y luego, a todo esto, hay que añadir aún los "acuerdos de Estabilización Monetaria" que se han venido renovando también periódicamente, desde que comenzó la guerra.

Veamos qué contienen estos acuerdos. Durante el presente conflicto, debido a que nuestras exportaciones se han canalizado hacia el mercado norteamericano, y ante la imposibilidad de importar todo lo que hubiéramos querido y podido, nos hemos visto ante una situación de abundancia de dólares. Lógicamente, el dólar debió haberse depreciado y nuestras monedas debieron en consecuencia, haberse apreciado. Los acuerdos de estabilización no permitieron ni una ni otra cosa. Estos acuerdos, pues, lejos de habernos favorecido, constituyen otra forma importante de nuestra evidente cooperación.²³ ¿Qué hubiera pasado si, en ausencia de estos acuerdos, el dólar se hubiera depreciado en relación a nuestras monedas? Habríamos obtenido una mayor cantidad de dólares por nuestras ven-

²² Ver la revista *The Statist*, Londres, sept. 16, 1944, p. 758, en que se hace un análisis de las ventajas obtenidas por Estados Unidos en sus exportaciones a América Latina. También ver el periódico *New York Times*, feb. 23, 1945, p. 14, sobre la rivalidad anglo-norteamericana en la postguerra.

²³ Ver un artículo de Henry Wallich, del Banco Federal de la Reserva de Nueva York, publicado en el *Commercial and Financial Chronicle*, marzo 15, 1945, p. 1146.

tas y de ese modo los saldos acumulados en oro y en divisas se hubieran aumentado, duplicándose o triplicándose, de acuerdo con la depreciación del dólar o la apreciación de nuestras monedas. Así pues, nuestra política no puede haber sido de más franca cooperación.

Si hacemos un poco de historia y recordamos la actitud que los Estados Unidos observaron hacia sus aliados durante la guerra pasada y después del armisticio, entonces comprendemos cuánto más generosa ha sido nuestra aportación al conflicto bélico y en especial hacia los Estados Unidos. Aún podemos recordar las palabras pronunciadas por el entonces encargado de dar auxilio y ayuda a los países destruidos después de la primera guerra mundial, personaje que más tarde se convirtió en Presidente de los Estados Unidos, el Sr. Herbert Hoover, cuando dijo: "Los aliados quieren y necesitan nuestros alimentos y materias primas; nosotros las tenemos, luego pues, nosotros fijamos los precios". Antes que el Sr. Hoover, durante el mismo conflicto, los agentes del gobierno francés y del gobierno inglés en los Estados Unidos se quejaban de los precios exorbitantes que tenían que pagar por todo lo que pagaban, que, como en esta guerra, era para el esfuerzo común de derrotar al común enemigo. El vendedor impuso precios y condiciones, siendo el resultado que, al finalizar la guerra y ya para 1920, los aliados debían a Estados Unidos la gigante suma de 14,000 millones de dólares, a lo que hay que agregar 5,000 millones más pagados por los Estados Unidos en el transcurso de la guerra y que constituía su deuda a los países de Europa en la forma de inversiones indirectas.

Durante la presente guerra los Estados Unidos han extendido ayuda a las naciones aliadas en la forma de Ayuda Mutua o contratos de préstamos y arriendos. Algunas declaraciones oficiales que se han publicado últimamente, indican que ese país no tienen ninguna intención de cancelar estas deudas en su totalidad. Habrá que entrar en negociaciones bilaterales para acordar una suma final a cancelarse.²⁴ La cantidad total de los préstamos y arriendos

²⁴ Ver las últimas declaraciones del Secretario de Estado Byrnes aclarando el mensaje enviado por el Presidente Truman al Congreso sobre la cancelación de envíos por concepto de Ayuda Mutua.

llega a algo más de 36,000 millones de dólares. Estos préstamos se han hecho en mercancías y la mayor parte en perfiles de guerra a precios, según algunas estimaciones, de 30 ó 40% mayor que los precios vigentes en Inglaterra por artículos similares.²⁵ Otros países, además de los Estados Unidos, han extendido ayuda Mutua a los aliados. Tal es el caso del Dominio del Canadá, un país relativamente pequeño, con 11 millones de habitantes. Sin embargo, el gobierno canadiense ha dado a entender que no tiene la menor intención de pasar la cuenta a los aliados por servicios prestados.²⁶ Por el contrario, comprendiendo la difícil situación por la que atraviesan algunos de estos países, el Canadá seguirá prestando ayuda hasta que esos países vuelvan a una situación más normal y entren en negociaciones con el gobierno canadiense para reanudar las viejas relaciones sobre un plano comercial.

América Latina pudo haberse convertido en un continente acreedor durante el presente conflicto, si no hubiera sido por la política archigenerosa de entrar en acuerdos con el gobierno norteamericano para la venta de todos nuestros productos a precios estabilizados al nivel de 1941 y a base de monedas cuyo tipo de cambio quedó amarrado durante el conflicto al dólar norteamericano.²⁷ Como vemos, el precio de la cooperación es mayor del que podría calcularse.

Ahora bien, la guerra ha terminado y los países de América Latina se apresuran a sacar provecho de su colaboración y de la nueva situación que ellos han ayudado tan generosamente a producir. ¿Cuáles son las perspectivas del futuro ante la reconversión de la industria y con el retorno de la economía norteamericana a las actividades normales de la paz?

Chapultepec.—Pocas conferencias interamericanas se han iniciado bajo más felices auspicios que la conferencia de Chapultepec de febrero de este año. Durante quince días la prensa de América Latina opinó a esta Confe-

²⁵ Ver *Royal Economic Society*, Londres, *Memorandum No. 101*, abril de 1945, p. 6.

²⁶ Ver el *New York Times* de agosto 26, 1945, p. 26.

²⁷ WALLICH, loc. cit.

rencia, a sus Delegados, a los temas que se discutieron, a las esperanzas que todos abrigaban, una publicidad jamás igualada. Los discursos de apertura y de clausura de nuestros delegados latinoamericanos fueron oraciones ciceróneas, en típico estilo bombástico, fuera de toda proporción. Dijo el Lic. Padilla: "Hemos aprendido [*sic*] que la doctrina panamericana es un patrimonio que debemos enarbolar para la obra fecunda de todos nuestros pueblos, con entusiasmo, con confianza, con pasión, para no dejar caer en la esterilidad de una doctrina unilateral". Paz Estensoro, de Bolivia, más realista, dijo: "Sobre los Estados Unidos recae la gran responsabilidad del futuro económico del Continente, ya que por su madurez constituye una potencia decisiva para dar eficacia a la organización económica de la postguerra". Así hablaron nuestros delegados. Por otro lado, la prensa como el *Excelsior* de México, anunció en letras gigantes los 17 mandamientos (!) que forman la Carta Económica de las Américas. Según este periódico el futuro de América Latina estaba resuelto y asegurado.²⁸

Vino la calma y luego el análisis reposado de gente cuya misión es extraer los adjetivos y las frases condicionales que engalanan las declaraciones rimbombantes, como la llamada Carta de Chapultepec.²⁹ En Chapultepec no se decidió nada que no hubiéramos sabido antes, ni se rectificó ninguno de los temores que guardan los latinoamericanos respecto a la futura política económica de los Estados Unidos.³⁰ Decía la *Reforma Comercial*, de Buenos Aires: "Entre las preocupaciones repetidas en varios de sus artículos, la Carta de las Américas se anota la de la seguridad y garantía de inversiones de los capitales extranjeros en los países del continente y ello constituye la aceptación de un compromiso de ulterior aplicación en favor

²⁸ *Excelsior*, marzo 6, 1945, p. 1.

²⁹ Ver en el *Boletín del Banco Central de Venezuela*, de abril de 1945, el artículo de VÍCTOR L. URQUIDI: *Problemas económicos planteados en la Conferencia de Chapultepec*; y el del Lic. COSÍO VILLEGAS, La Conferencia de Chapultepec, en *Cuadernos Americanos*, No. 3, mayo-junio 1945.

³⁰ JOSÉ DOMINGO LAVÍN, *La Industria Química Nacional*. México, 1945.

de los países capitalistas. Otros aspectos de la carta propugnan facilidades que sólo pueden ser aprovechadas por los países más avanzados, para el bien común, pero que también podrían perseguir propósitos de conquista económica con respecto de los más pequeños que no poseen ni técnicos ni capitales ni iniciativa".³¹ En lo referente al muy popularizado tema de nuestra industrialización que, según muchos, quedó asegurado en Chapultepec, un autor concluye diciendo que en las Resoluciones de la Conferencia se recomienda hasta... ¡el establecimiento de industrias que puedan establecerse!³²

Veamos cómo se ha observado la Carta de las Américas. Los Estados Unidos firmaron el Acta de Chapultepec en uno de cuyos incisos dice que los precios tope fijados deben tener relación con los costos de producción en los países productores. El gobierno norteamericano, después de haber fijado precios al café y de haber congelado ese precio al nivel de 1941, ha reiterado³³ su decisión de no modificar los precios tope del café, a pesar de que está muy demostrado que los costos latinoamericanos han subido debido en parte a factores controlados por los mismos norteamericanos como son el transporte y el costo de seguros y el precio de artículos importados. En cambio, el gobierno norteamericano sí ha atendido el pedido de sus propios productores para modificar sus precios tope en los casos en que el productor se haya visto en posición de desventaja debido a sus mayores costos de producción.³⁴ Por lo demás, los precios tope norteamericanos no tienen mucha importancia en el país, ya que, como en el caso de los metales, el precio tope se aplica sólo a los metales importados. Para compensar al productor, el gobierno norteamericano ha establecido varios niveles de precios de acuerdo con los costos de producción del minero norteamericano y además, existen pagos en la forma de subsidios o primas para los productores marginales y submar-

³¹ *La Reforma Comercial*, Buenos Aires, marzo, 1945, p. 161.

³² URQUIDI, loc. cit.

³³ *Journal of Commerce*, agosto 28, 1945, p. 2.

³⁴ *Revista do Departamento Nacional do Café*, Río de Janeiro, dic. 1944, p. 1003.

³⁵ POLIT, loc. cit. p. 23.

ginales.³⁵ Lo que decimos de los metales se puede aplicar a las legumbres frescas que se importan de Cuba o México, a la miel de abeja mexicana, etc.

Decía una revista brasileña que "el alto precio fijado oficialmente a los productos agrícolas norteamericanos, pone de manifiesto la desventaja en que se hallan los países productores de café de la América Latina con respecto a los demás precios mundiales. Sobre la base de 1926=100, los productos agrícolas norteamericanos se cotizan actualmente (diciembre 1944) a 124.7 mientras que, sobre la misma base, el café de Río se cotiza a 52.1 y el de Santos a 60.5. En 1940 el café era uno de los pocos productos del comercio mundial cuyo precio era menor que el de 1932. Desde 1940 a esta fecha, la disparidad se hace más notable, debido al alza de los demás productos".³⁶ Si tomamos cualquier revista seria de América Latina, encontramos las mismas quejas, y la misma discriminación contra nuestros productores de parte del gobierno norteamericano, que por otro lado está listo a modificar los precios tope fijados a sus productores y manufactureros "para mantener la ocupación plena". ¿Quién puede dudar, pues, que los acuerdos de compras constituyen un ejemplo único de sacrificio latinoamericano frente a las exigencias del gobierno de Estados Unidos? ¿Y de qué ha servido Chapultepec y los bellos discursos que se pronunciaron en esa conferencia? Hablemos claro.

La Conferencia de Chapultepec tenía ciertos fines políticos. En primer lugar, Estados Unidos quería hacer una demostración internacional del apoyo con que contaría en la Conferencia de San Francisco, apoyo que como los hechos demostraron tuvo enorme efectividad frente a las pretensiones de las otras grandes potencias. En segundo lugar, la delegación norteamericana a la Conferencia de Chapultepec, por boca del señor Clayton, dijo claramente a los latinoamericanos que Estados Unidos seguiría la política económica que más conviniera a sus intereses y que América Latina no tendría más remedio que resignarse a su papel de satélite y a seguir órdenes de Washington, y en tercer lugar, la delegación norteamericana hizo com-

³⁶ *Revista do Departamento*, loc. cit.

prender que todo lo que se aprobara en Chapultepec no tenía un carácter sino de "recomendaciones" y de ninguna manera imponía una norma de política. De ahí que Estados Unidos puede decir que si bien se acordaron muchas cosas, como la cuestión de precios tope remunerativos a los productores, el gobierno norteamericano no se comprometió a nada. Por el contrario, aparentemente el gobierno norteamericano sí puede exigir a los países latinoamericanos el cumplimiento de ciertas obligaciones allí pactadas. Como siempre, el arma es unilateralmente empleada.

Decía una revista norteamericana que el problema económico fué lo que más preocupó a los delegados latinoamericanos, cuyos países tienen dos necesidades básicas: una a largo plazo, y la otra, que es resultado de la guerra. A largo plazo, estos países quieren abolir su dependencia de la exportación de materias primas y de las inversiones privadas que traen inestabilidad a su economía colonial. A corto plazo, las compras del gobierno norteamericano han introducido cambios en su economía que ponen en peligro su futuro. La revista recomendaba al gobierno norteamericano que aliviara esta ansiedad reduciendo sus compras en forma paulatina, rebajando sus aranceles y estimulando las inversiones que no sean explotadoras. Según esta revista, lo que se dijo en México está bien pero ahora faltan los hechos.³⁷

Pero veamos cuáles son los hechos. Ya antes de Chapultepec la prensa norteamericana principió a profetizar dificultades económicas en América Latina con la terminación de la guerra, especialmente para los países mineros. Además, la competencia norteamericana e inglesa restringirían en el futuro las exportaciones latinoamericanas de manufacturas, especialmente las textiles.³⁸ Más tarde, la misma prensa norteamericana se quejaba de la inconsistencia de su propio gobierno frente a los problemas económicos latinoamericanos. Decía el artículo en referencia: "En los círculos comerciales del café en Estados

³⁷ Ver la revista *The New Republic*, Nueva York, marzo 19, 1945, p. 373.

³⁸ *Journal of Commerce*, enero 22, 1945, p. 16.

Unidos existe confusión por la actitud del Departamento de Estado ante la petición latinoamericana de revisar los precios sobre el café. Esa actitud está en desacuerdo con las resoluciones tomadas en la Conferencia de Chapultepec en el sentido de que —los precios tope deben tener relación con los costos de producción y transporte, permitiendo un margen razonable de ganancia—. Y continuaba, “en Estados Unidos se han revisado los precios de artículos nacionales, pero el precio fijado al café es el mismo desde 1941”. El autor de este artículo pudo haber generalizado el caso del café y aplicarlo a todos, o a la mayoría de los productos latinoamericanos que durante la guerra se han vendido en Estados Unidos a precios congelados.

No hay para qué seguir enumerando quejas ni dolencias. El gobierno norteamericano ha procedido y sigue procediendo en una forma contraria a nuestros intereses. La discriminación en favor de sus propios productos similares no es clara para los que no tienen una visión del conjunto de las actividades económicas de ese gobierno. Pero basta recordar que, aunque aparentemente, el gobierno norteamericano fija los mismos precios a sus productores por artículos semejantes a los importados, el gobierno ha creado una red de subsidios y primas que en 1944 costó más de 2,500 millones de dólares. Los subsidios y las primas se pagan para compensar al productor de las pérdidas que pudiera sufrir a consecuencia de los bajos precios tope fijados y que se aplican sólo en el caso de los productos que se importan.³⁰

Los Estados Unidos han cancelado ya muchos de sus acuerdos de compras de metales y materias primas con los países latinoamericanos. Esto ha traído como consecuencia una baja en los precios de los productos exportados. Durante la guerra, el gobierno de ese país ha logrado acumular enormes excedentes de metales y materias primas de toda clase,⁴⁰ al mismo tiempo que ha estimulado, con el pago de subsidios, primas y garantías de precios hasta dos años después de la guerra, la producción de un sin-

³⁰ Ver la obra del autor citada, pp. 23 y 24.

⁴⁰ *Journal of Commerce*, mayo 27, 1945, p. 1.

número de metales y materias primas que no se producían en años anteriores.⁴¹ Con la terminación de la guerra, los Estados Unidos han entrado ya en acuerdos de ventas con los varios países europeos, nuestros clientes para muchos de los artículos de los cuales tenemos excedentes. Estos acuerdos estipulan que los Estados Unidos venderán ciertas cantidades de materias primas, alimentos y metales durante los próximos años.⁴² Los países europeos no tienen otra alternativa que comprar a Estados Unidos por muchas razones: 1) porque ese país les otorgará los créditos necesarios a un plazo de 30 años y al interés anual de $2\frac{3}{8}\%$; 2) porque esos países no cuentan con el medio de transporte adecuado que les permitiera importar los mismos artículos a precios más bajos de las fuentes de abastecimiento en América Latina y 3) porque Estados Unidos les da ciertas garantías políticas de importancia en estos momentos, tales como apoyo para recuperar colonias perdidas durante el conflicto, etc., etc., apoyo que por otro lado toma diferentes aspectos dependiendo del país europeo de que se trate.⁴³

La América Latina debe pues prepararse a gastar las reservas y el oro acumulado durante el presente conflicto, ya que sus exportaciones bajarán si no en volumen sí en precio,⁴⁴ con la posible excepción del comercio del Uruguay y de la Argentina, países que cuentan con grandes existencias de alimentos que podrán vender durante los próximos tres años.⁴⁵ Para el resto de nuestros países, aun en el supuesto de que logren vender sus productos en Estados Unidos, los precios serán más bajos que los que hemos obtenido en los últimos años, pese a la demanda europea que se hace inefectiva porque esos países no tienen dinero y necesitan créditos y porque los Estados Unidos

⁴¹ POLIT, loc. cit.

⁴² *The Statist*, Londres, junio 25, 1945, p. 546.

⁴³ *Journal of Commerce*, loc. cit. y también el reciente acuerdo franco-norteamericano a raíz de la visita del General De Gaulle.

⁴⁴ *Journal of Commerce*, mayo 11, 1945, p. 1, sobre comercio norteamericano-argentino; Machinery Lloyd, Leicester, Inc., junio 9, p. 83.

⁴⁵ WALLICH, loc. cit.

tienen el monopolio del transporte marítimo, cuidadosamente disfrazado con la creación del llamado "Fondo Marítimo de las Naciones Unidas".⁴⁶

Al mismo tiempo, estos países sufrirán efectos depresivos internos como resultado de la exigencia norteamericana, que raya en amenaza,⁴⁷ de que no permitirá la discriminación comercial ni los acuerdos bilaterales, ni el control de cambios, ni los contingentes de importación, medidas todas que se podrán excusar en el caso de países como Inglaterra cuyas dificultades en su balanza de pagos son bien conocidas.⁴⁸ ¿Qué podemos decir de la balanza de pagos de nuestros países y cuántos de ellos están en posición de demostrar sus propias dificultades internacionales? Los industriales norteamericanos escudados por la política de agresividad comercial del Departamento de Estado⁴⁹ invaden ya nuestros mercados y en muchos casos se preparan a establecer sucursales y plantas de ensamble en nuestros países, para de esa manera brincar las barreras que aún persisten amparadas por aranceles proteccionistas.⁵⁰ Esto nos trae a la discusión de un punto importante: la industrialización de nuestros países y quién debe o va a hacerla.

En América Latina no hemos dado la suficiente atención a las consecuencias políticas y económicas que se derivan de las inversiones directas.⁵¹ Veamos, por ejemplo, lo que acontecería en un país como México que ha crea-

⁴⁶ Ver el comentario al acuerdo comercial sueco-argentino en el *Journal of Commerce* de agosto 10, 1945, p. 1. También *Business News Letter From Sweden*, junio 22, 1945.

⁴⁷ Palabras de Clayton ya citadas.

⁴⁸ La prensa norteamericana defiende la posición inglesa. Ver el *Commercial and Financial Chronicle*, Nueva York, octubre 5, 1944, p. 1457; el *Journal of Commerce*, Editorial, octubre 26, 1944; *Foreign Commerce Weekly*, octubre 28, 1944, p. 40 y los tres números subsiguientes: *New York Herald Tribune*, sept. 6, 1945, p. 28.

⁴⁹ *Foreign Commerce Weekly*, octubre 28, 1944, p. 3.

⁵⁰ *Business Conditions Weekly*, Alexander Hamilton Institute, Nueva York, mayo 17, 1945.

⁵¹ Ver las declaraciones de los líderes hindúes, especialmente en el *Foreign Commerce Weekly* de julio 21, 1945, p. 13. También la reciente obra de JAVIER MÁRQUEZ titulada *Inversiones Internacionales en América Latina*, especialmente pp. 80-85.

do una legislación generosa, dando amparo y protección a todas las nuevas industrias que se establezcan en el país.⁵² Esto quiere decir que todas las sucursales y plantas de ensamble que los trusts y monopolios norteamericanos abran en el país, recibirán inmediata protección arancelaria. Además, de acuerdo con esa misma ley, estas plantas sucursales y subsidiarias, consideradas como "nuevas industrias", no pagarán ningún impuesto y quedarán exentas de gravámenes que las viejas industrias deben pagar. Es decir, se da una doble protección a estas empresas extranjeras: en primer lugar, se les permite introducir sus productos a los mercados del país, en posición de ventaja sobre los similares de otros países extranjeros que por *a*, *b* o *c* razones no han podido instalar fábricas de ensamble y que en ese caso tendrán que pagar el derecho arancelario. Las compañías norteamericanas adquirirán así una verdadera posición de monopolio en el país. En segundo lugar, se permite a estas compañías, que no han tenido sino un mínimo de riesgo y aportación de capital, a que gocen de los mismos privilegios que las genuinamente nuevas industrias organizadas por nacionales, con grandes riesgos y aportación de capital, que utilizan materias primas del país, y que no adquieren una posición de monopolio y cuyas actividades tampoco engendran un drenaje de nuestras divisas y reservas hacia el extranjero. Hay aún otras consideraciones importantes, que debemos analizar.

Estas plantas de ensamble naturalmente darán ocupación a obreros nacionales. ¿Qué pasará en momentos de una crisis, cuando el país necesite equilibrar su balanza de pagos? Las importaciones se habrán convertido en un elemento imposible de eliminar porque al excluirlas se produce una paralización en estas plantas en ensamble que deben importar todo del extranjero. Esta medida aumentaría la desocupación en el país. Así pues, las importaciones de estas plantas de ensamble constituyen un factor de inflexibilidad en nuestra economía, de posible fuente de desequilibrio permanente. A esto debemos añadir aun otro agravante y es que en años futuros, con la insta-

⁵² *Diario Oficial* de julio 7, 1944.

lación de plantas de ensamble o subsidiarias extranjeras, que gozan de franquicia aduanera y de toda clase de impuestos, el gobierno se habrá cortado una fuente importante de ingresos, ya sea por los derechos aduaneros que no percibe por período de diez o más años y que tampoco se compensan con impuestos de otro género, ya que esas compañías gozan de igual inmunidad. La miopía no puede ser mayor. Finalmente, llegará el día en que América Latina esté "industrializada", tal cual está hoy "explotando" su riqueza mineral, para beneficio y lucro de los monopolios norteamericanos que succionan nuestro suelo y nos dejan los huecos vacíos, la corrupción política y una estela luminosa de problemas sociales. La industrialización con sucursal y plantas de ensamble cuyo control y propiedad está en el extranjero resultará pues en un continuo drenaje y una inevitable salida permanente de capitales hacia el extranjero, precisamente cuando lo que necesitamos es la industrialización que nos evite tal estado de cosas. Tendremos pues en América Latina un nuevo feudalismo industrial, como hoy tenemos el feudalismo mineral, que es propiedad extranjera; el ausentismo industrial es diez mil veces más nefasto que el ausentismo agrícola, que después de todo, era hechura nuestra y llevaba el rótulo nacional.

Los países de América Latina, con excepción de la Argentina y el Brasil, no han estudiado las consecuencias de esta mal llamada industrialización que debería apelarse más propiamente "feudalización industrial" de estos países. Otras naciones como la mal entendida India y la desconocida Turquía nos pueden dar mejores ejemplos a los latinoamericanos. Nosotros sacaríamos mucho provecho de un estudio de lo que estos países "atrasados" están haciendo en materia de industrialización. Otro ejemplo lo podríamos encontrar en Australia, Nueva Zelanda y el Africa del Sur, países que están haciendo todo lo posible por evitarse las consecuencias que amenazan a los países latinoamericanos de su equivocada política de industrialización.

Por muchos años en el futuro, los Estados Unidos serán el país más industrializado del mundo, con una pro-

ducción agrícola insuperable y que ha aumentado más de 30% durante el presente conflicto, con una marina mercante mayor que la de todos los demás países combinados, país que ha consolidado y aumentado su posición de acreedor internacional, dueño de las mayores reservas de oro en el mundo, con posesiones coloniales aumentadas, con posición estratégica comercial y política sin rival⁵³ y resuelto a exportar todo lo que puedan llevar sus barcos y a importar todas *las materias primas* que sean necesarias para mantener el nivel de producción logrado durante la guerra y lo que ellos dan en llamar "ocupación plena". En su posición de casi únicos manufactureros de una infinidad de artículos que se han convertido en primera necesidad, ellos fijarán los precios de venta, y, como único efectivo comprador, debido a su marina mercante, y ciertos arreglos políticos, ellos también fijarán los precios a que comprarán las materias primas del extranjero, que por lo demás, ya controlan en muchos casos. El futuro no puede ser más desconsolador. Sólo los necios y los teóricos que se dejan arrullar aún por los postulados de la economía política inglesa del siglo XIX, sólo nuestros políticos de baja mentalidad e insuperable miopía pueden augurarnos mejores días en un futuro cercano.

Conclusiones.—Las perspectivas económicas de nuestros países no son brillantes, ni aun vistas a través de la lupa periodística sensacional. Ante la agresividad comercial norteamericana, ante las medidas arbitrarias tomadas a visos de garantizar la ocupación plena en la postguerra, América Latina está justificada en tomar medidas en defensa propia, medidas que, en vista de que nuestros países no tienen el control mundial de la prensa, el radio y todas las demás vías de comunicaciones internacionales, no podrán encubrirse en la forma como puede hacerlo los Estados Unidos.

Algunos de nuestros países se han dado cuenta ya de lo lamentable de nuestra futura situación y han procedido a tomar medidas para contrarrestar la avalancha eco-

⁵³ Ver la obra de NICHOLAS JOHN SPYKMAN: *American Strategy in World Politics*, 1942. También: *The United States in World Economy*.

nómica que amenaza con ruina a la América Latina. El Brasil, Colombia, la Argentina y México han fortalecido su régimen de control de las importaciones, estableciendo categorías de acuerdo con la importancia de ciertas importaciones para el funcionamiento de la economía nacional. Para proteger la industria nacional contra el dumping norteamericano practicado ya en escala gigantesca, como lo indican los subsidios que se pagan a la exportación de una serie de artículos como algodón, harina de trigo, trigo, textiles, etc., algunos de nuestros países, entre ellos la Argentina, han tomado medidas castigadoras que no permitirán a los industriales norteamericanos echar por tierra las pocas industrias que hemos logrado desarrollar.⁵⁴

Por otro lado, algunos de nuestros países han comprendido ya la tendencia y el deseo de los norteamericanos de apoderarse de nuestro comercio exterior, convirtiéndose en intermediarios entre nosotros y nuestros clientes en otros países.⁵⁵

De haber tenido más visión, de haber contado con hombres de pericia política y administrativa, los países latinoamericanos, durante el presente conflicto, pudieron haber aprovechado la ocasión, tal cual lo hicieron los Estados Unidos en la primera guerra mundial y nuevamente, en esta guerra, para fomentar fuentes de producción que, lejos de ahondar nuestra dependencia en uno o dos mercados extranjeros, nos hubiera acercado más hacia la ansiada unidad económica de nuestros países. Ahora, con la vuelta a la normalidad, cuando las viejas fuentes de abastecimiento se abran nuevamente al comercio, nos encontraremos con que hemos fomentado la producción de

⁵⁴ Ver la *Revista del Banco de la República*, Bogotá, junio, 1945, p. 75. También, *Anales de Economía y Estadística*, Bogotá, abril, 1945, p. 1.

⁵⁵ *Journal of Commerce*, junio 26, 1945, p. 12, hace referencia a la cuota de exportación fijada a los productores de café, cuotas que son varias veces mayores que la cantidad que puede consumir Estados Unidos, de donde se nota el deseo de acaparar el grano para revenderlo. Lo mismo se quiere hacer con el remanente de exportación argentino, que Estados Unidos se comprometió a adquirir, según los términos del último convenio comercial pero que felizmente los argentinos supieron redactar en su favor.

artículos y materias primas, de los cuales habrá un excedente mayor del que podrán absorber las pocas naciones industriales que quedarán después del presente conflicto. La postguerra nos presentará pues con una serie de problemas: 1o. Hemos aumentado la producción de artículos y materias primas en mayor cuantía que una probable demanda en la postguerra; 2o. se han destruido dos mercados importantes que hasta ahora nos habían servido de alternativa: el alemán y el japonés. Las colonias de las grandes potencias están produciendo ahora más que nunca, artículos que compiten con los nuestros.

Existe temor entre nuestros dirigentes a tomar medidas o de dar cualquier paso que pueda resultar en represalias por parte de Estados Unidos, o en un simple "arrugo del ceño" de los dirigentes políticos norteamericanos. Recordemos, sin embargo, que nuestros países son libres, independientes, que hemos cooperado en esta guerra contra las imposiciones y los imperialismos internacionales y que por lo tanto tenemos derecho a defender nuestro pueblo y nuestros intereses con medidas que estimamos necesarias, tal cual lo hacen los Estados Unidos, aun en violación de su palabra empeñada en las conferencias interamericanas, como es el asunto de precios tope fijados, sin otro interés que el de Estados Unidos. Pero no sólo Estados Unidos, sino Inglaterra, Francia, etc., están tomando las medidas que aseguren a su población un máximo de bienestar y la posibilidad de ocupación permanente que resultan de la explotación de su riqueza para beneficio nacional. Nosotros no podemos, no debemos comprometer nuestro futuro entregándolo a los demás para que gocen de beneficios y derechos que otros países nos niegan, y que aun en el caso de que no nos los negaran, no los podríamos aprovechar debido a nuestro atraso técnico y económico. La política de un país adelantado y poderoso no puede ser la misma que la de este conglomerado de naciones atrasadas, con una población ignorante y paupérrima. Nuestra primera obligación es a nuestro pueblo ignorado y enfermo y todas las medidas que vayan en contra de ese primer postulado de un gobierno democrático, son contraproducentes, detestables y no deben tomarse.

GUATEMALA

—las líneas de su mano—

Por Luis CARDOZA Y ARAGON.

Los rasgos fundamentales de Latinoamérica son comunes: tradición española, mediterránea —lección eterna de Grecia y su desarrollo y dominio con las modificaciones impuestas por el medio y sus poblaciones aborígenes. Estas modificaciones son tan valiosas que pueden servir como base para una diferenciación que no rompe, sin embargo, la unidad de un destino. Y nacen así los caracteres nacionales privativos de nuestros países en su formación social, política y económica. Diversas culturas vernáculas encontraron las corrientes renacentistas que nos trajeron misioneros y conquistadores. Unas más adelantadas que otras, con expresiones singulares en escala universal, tales las de orden plástico, que podemos considerar tan hermosas como las más preciadas de las civilizaciones primitivas de cualquier gran pueblo. Estas culturas indígenas dieron color americano a las tradiciones latinas.

Hay tendencia, bastante manifiesta, a destacar una diferenciación profunda entre los pueblos del Nuevo Mundo. Nos referimos, naturalmente, a los de habla española. Claro que estos países difieren más todavía de aquellos que no tienen ese origen en su mestizaje. Sin embargo, un tanto ficticia se nos antoja tal diferenciación exagerada, que nunca podrá ser radical. La herencia de idioma, religión, así como de todo lo secundario que culturalmente posee significación sumado al caudal de la sangre, no puede ser menospreciado al indagar la dirección de la voluntad continental. Importa, mas no en la proporción en que actualmente es tendencia atribuirle, que alto porcentaje de la población americana no hable español y sea ca-

tólica a su manera, en realidad pagana, y conserve intacta su sangre asiática y polinésica, acaso atlántida. El maestro Justo Sierra afirmó que los indios nunca han sido cristianos. En Guatemala ocurre lo mismo. ¡Cómo recuerdo mis emocionantes domingos en la preciosa iglesia de Chichicastenango! Las palabras del gran mexicano son exactas entre nosotros.

Pueblo indígena en sus dos terceras partes, es Guatemala, como México y Bolivia. México es un mosaico de poblaciones con lenguas y culturas primitivas diferenciadas en algunos de sus rasgos. Guatemala presenta, asimismo, semejanza en este aspecto. Y no obstante su vecindad, su historia entreverada, su penetración recíproca y la floración en parte de su suelo de una gran cultura común —la maya—, la psicología del indio, del mestizo o del criollo guatemalteco no es parecida a la del mexicano. Y hasta sorprende que pueda ser tan diversa. La diferencia es parecida a la que muestran entre sí muchos grupos de México. A pesar de tal diversidad, hay perfecta unidad en las aspiraciones; y surge el mestizaje. Mestizos son, sin duda alguna, la mayoría de los grupos dirigentes. Mestizos son los creadores principales, los que han asimilado una cultura actuante que permite y engendra la misma valoración de la vernácula, su aprovechamiento más allá de la imitación rutinaria de formas occidentales o puramente americanas.

La transformación de toda esa América que no es hispánica, que no tiene el idioma, ni la religión, no puede lograrse con modernización de la técnica simplemente: la técnica no es aspecto exterior de la cultura sino expresión de su estructura íntima. El indígena, acaso, es el exótico en América, continente del mestizaje. Se ha hablado de que el indígena es refractario al progreso, a la mecanización, a la técnica que llamamos moderna. Con frecuencia el problema se plantea mal. No obstante los siglos de miseria en que ha vivido, no podemos dudar de su inteligencia y capacidad. Algunos llegan hasta pretender que fueron conquistados y se han mantenido esclavizados por peculiaridades propias en ellos. En tal pensamiento creo advertir un matiz definido de orgullosa discriminación

racial. Complejo de inferioridad muy extendido en nuestros países, que se advierte en lo colectivo y en lo individual, no sólo por falta de integración nacional o continental, sino también por el constante, calculado, minucioso insistir en la aristocracia del blanco y su poder superior.

Bien sabemos que somos aptos para asimilar cultura y darle nuestro espíritu. Pero no es la excepción la que nos interesa: Juárez, Darío... Indagamos lo general. Hace años, José Enrique Rodó, nutrido de espiritualismo, dió al Nuevo Mundo una doctrina llena de significación por su belleza y unidad surgida de las aspiraciones de Bolívar y de los frisos griegos. Difícilmente ha existido pensador o gran lírico americano que no haya meditado estos problemas y sentido aguda y perentoria necesidad de dilucidarlos. Y no sólo entre nosotros, latinoamericanos; también los sajones del Nuevo Mundo se han preocupado por ello. Recordemos la esencia de la poética de Whitman: afirmación de América, de un Nuevo mundo. Los españoles, como Juan Larrea y León Felipe, creen en América con fe tan profunda que nosotros, americanos, no siempre compartimos con igual optimismo. Consideramos menos sombrío el cuadro de Europa, y con menos luz y a paso mucho más lento, el otro indudable y presente de nuestros pueblos.

El hombre es el motivo central en nuestra síntesis incipiente de la cultura occidental en América y su realización completa y armoniosa dentro de un orden de valores intrínsecos en que una abstracción, la belleza, posee impar categoría. Y, asimismo, por lección occidental, cuando hemos deseado afirmarnos frente a la dominación espiritual de Europa, hemos recurrido al nacionalismo o al continentalismo.

Sin duda alguna, inmensa mayoría de nuestros compatriotas guatemaltecos no pueden llegar ni a ese nacionalismo, ni a un sentimiento acendrado de la noción de patria. ¿Cómo sentir el país como tal? Elementalmente pueden reaccionar, hasta por ciega rutina, ante los símbolos: la bandera, el escudo, el himno... Y la minoría de mestizos y criollos (nuestra grande y pequeña burguesía, pueblerina y atrasada), mientras ella, que es la dirigente, no

sienta que la inmensa mayoría, los conglomerados indígenas forman la parte más importante de nuestro proceso histórico, tampoco podremos afirmar que existe en ellos noción de patria, aun con un sentido un tanto estrecho y romántico. Existe, no más, sentimiento de clase. En el mundo, dos grandes pueblos han logrado una integración nacional con sus diversas poblaciones: la URSS y el Brasil. Los Estados Unidos, en esta materia, se encuentran todavía en una etapa que podemos considerar bárbara: la discriminación racial, que no disminuyó ni con la guerra y el desprestigio de las ideas racistas hitlerianas, mantiene su imbecil, inhumana agresividad.

Bolívar escribió: "Nosotros que no somos europeos ni tampoco indios, sino una especie intermedia entre los aborígenes y los españoles. Americanos de nacimiento, europeos de derecho. . . así nuestro caso es el más extraordinario y el más complicado". Estas palabras del Libertador nos ofrecen en el contraste de europeo y americano el problema de entonces entre su espíritu y el medio y su derecho a la más alta cultura. Como que hay en ellas leve sombra de resentimiento y gran luz de sufrimiento. Y por extraordinario y complicado, nuestro caso no puede tener solución inmediata pero nuestro ascenso es manifiesto. América es gran esperanza; frente a esa esperanza se alza mucho de lo negativo de las civilizaciones occidentales, no sólo en nosotros mismos, sino en el resto del mundo. Y, principalmente, en nuestro vecino en tantas cosas grande, poderoso y admirable: los Estados Unidos.

MUCHO hemos escrito en América sobre los valores autóctonos y su validez intemporal. Debemos darnos cuenta clara de sus limitaciones y que muchos de ellos corresponden a la edad de la piedra pulimentada. Dejemos los sentimentalismos y afinemos el espíritu crítico. De la innegable afirmación americana, como la obtenida por México con sus artes plásticas contemporáneas, deduzcamos la verdad más exacta: nuestras tradiciones indígenas viven y se mantienen y cobran significación a la luz de una tradición extraña a ellas, la tradición mediterránea: tradi-

ción nuestra. No demos a las culturas primitivas una categoría que históricamente no puede reconocérseles. Por ello, esa afirmación de Alfonso Reyes concentra excelentemente mi punto de vista: "Quiero el latín para las izquierdas, porque no veo las ventajas de dejar caer conquistas ya alcanzadas. Y quiero las Humanidades como vehículo natural con todo lo autóctono".

El descastamiento no proviene de penetrar en la tradición mediterránea sino, precisamente, de no penetrar en ella. Sólo a través de esa tradición —la única verdadera que posee la humanidad— podemos dar a nuestro espíritu todas sus posibilidades y, en primer término, las más originales y privativas. Mucho de un pretendido arte americano es sólo un academismo de las admirables obras primitivas. Por el contrario, la grande pintura mexicana actual es comprobación de lo anterior: aprovechamiento fecundo de la tradición mediterránea para expresar, con tono y color propios, el sueño de México. No hay más tradición que la humanística, es decir, la de la antigüedad clásica y las modificaciones que por sus propias enseñanzas va adquiriendo en diversas etapas de la historia, desde el paganismo primitivo hasta la edad contemporánea. El sentido que al mundo de Apolo podemos darle, lo conseguimos bajo el signo de Coatlicue; como el sentido que al mundo de Coatlicue podemos darle, lo conseguimos bajo el signo de Apolo. Tal es América: continente del mestizaje.

Y la tradición humanística nos ofrece una visión del hombre sin mutilaciones, dentro de la más amplia comprensión hacedera. Al comprender los problemas de la creación artística con tal sentido general, se desatiende muchas veces lo que podríamos llamar accesorio, accidental, transitorio y decorativo. Esta diferenciación entre lo esencial y lo adjetivo define mucho de lo que en el terreno de la creación artística posee un valor o una intención preciosa. Nos repugna un idioma lleno de localismos inocuos (que los hay también inmejorables) que invalidan el pensamiento, en gran parte, por ejemplo, de esa novela criolla que ofrece su sabor de especia a los grandes públicos. Porque no hay alusión directa a nuestras

cosas, suélese llamar europeizantes o descastadas a muchas de las creaciones trascendentes.

Los mejores espíritus americanos han escrito para un público continental o universal, y por ello son representativos, no en relación a "tiraje" desde luego, o en vista de popularidad. Es muchas veces imposible especular o crear sobre ejemplos precisos de nuestros pequeños países: su pobreza o su carencia en algunas ramas no permite posibilidades. La situación de grandes artistas en medios pequeños es realmente trágica: la necesidad de creación se realiza aún más acendrada: la destilación se hace —perdón por el juego del vocablo— al vacío. Y surge la evasión en lo temporal, en lo geográfico, en forma manifiesta: la desolación aumenta el destierro de todo artista en cualquier medio y en cualquier época, "*Somewhere out of the world*".

Nos es imposible apasionarnos por "jicarismos", apasionarnos, como los "nacionalistas" estrechos se apasionan, por las artes populares en que los indígenas sólo son repetidores de modelos invariables. Son obreros, pero no son creadores. Estamos podridos de literatura en muchos de estos problemas. Quisiera que nuestros indígenas se "*descastaran*" y supieran hacer sarapes, pero también motores de explosión. La transformación dignificadora podrá lograrse con un cambio social que suprima la horripilante discriminación económica a que se encuentra sometida la inmensa mayoría de Latinoamérica, que permita y apoye una educación que corrija las mutilaciones actuales y dé integración cabal al individuo.

No sólo no podemos escribir, componer música, pintar, esculpir, dramatizar esta superficialidad folklórica, que no es cultura sino una apariencia de ella, sino que habremos de clarificarla hasta comprender que tales formas intrascendentes estorban la verdadera evolución. Los repetidores de dichas formas elementales son simples retóricos que se limitan a "tener oficio", al arte culinario de las diversas presencias que suele alcanzar una expresión. La obra de creación no existe con tales limitaciones e intenciones. La lección clásica nos impide la repetición. La tradición no se aprovecha caminando hacia atrás o per-

maneciendo en el mismo sitio. Su lección es lo contrario a tan necia sumisión y nos da, además, exacta noción de un rumbo. Y por ello, es tradición clásica: por la vigencia de su espíritu.

El indígena repite casi como en la época en que llegó la tradición mediterránea: estado de civilización que corresponde al de la piedra pulimentada. El "pompier" insiste igualmente en una forma mecanizada, sin valor alguno como creación, aunque su movilidad temática algunas veces disponga de menor estrechez. Pero el caso es mucho más lamentable aún en el "pompier" por su insignificancia y su pretensión. ¿Qué podía hacer Darío en su dulce Nicaragua natal? Las excepciones son expulsadas naturalmente. No hay remedio. Rubén era un ruiseñor entre pingüinos. Hablaba un idioma que nadie comprendía. Se fué de su patria. ¡Y de todas partes!

El medio pequeño para los creadores verdaderos es hostil, no porque en ellos no exista la fortaleza y el fervor requeridos. La tortura llega al extremo y su ansia metafísica, su sentimiento de expulsados de un paraíso, su conciencia de vivir en exilio (aun entre aquellos que puedan comprenderlos) en nuestros países llega a constituir un martirio, más doloroso si se le crucifica con zafios aplausos. Se vive desollado, herido hasta por el aire, en medio de sordera negra veteada de amarillos de envidia y de rencor.

(Gran Rubén, eterno Rubén, no es en tus alusiones al nicaragüense sol de encendidos oros, el de tu niñez junto a tu madre, en donde hiciste obra mejor para tu tierra y para todos. Mil años necesitó esa tierra para forjar un hombre con tu voz. Pasarán muchos años para que en América surja otro corazón tan alto. Tu lección es perfecta y posee, como tal, enorme humanidad. Landívar, cantando los campos de México, cuando lo hizo bien, es nuestro y de todos. Y cuando no lo hizo bien, a nadie pertenece).

Rubén dejó hogar, patria, habría dejado todo por cumplir su destino. Realizar su vida era más fuerte en él que su vida misma. Lealtad a su vocación. Murió joven, pero como que no necesitaba vivir más. Muchos de nues-

tros artistas han vivido largo tiempo en grandes centros; han viajado y estudiado, pero no han sido dueños de metal precioso para engendrar una obra que sólo han deseado vagamente. Con impulso legítimo, la obra se habría realizado y habrían mandado al diablo los estorbos. Sobre todo, la tranquilidad y los locales triunfos ridículos. ¡Cuántos, al no más volver, allí donde más obligación tuvieron de sostener su pureza, tomaron el paso de su conveniencia el gusto del medio y respetaron estúpidas convenciones! Tornáronse en aves de corral. Seguramente, no eran otra cosa. Y nos encontramos con el escritor correcto que elude los problemas nacionales y escribe odas a la libertad, al 14 de julio y todo lo clasificado, y vuelve la espalda a lo vital y apremiante. O pinta retratos de parecido garantizado y cuadros sin faltas de ortografía. Y todo ello muy poco o nada tiene que ver con el arte, con la gloria pura de la creación, o con la función social que la ética del intelectual reclama.

PARA la dispersión y la desintegración guatemaltecas no hay camino más perfecto y exacto hacia la unidad y el progreso que la revolución. Sólo una transformación que no sea política únicamente, que no se limite a cambio de personas, sino que sea transformación, definida y clara, de la estructura social, puede establecer las bases para que todos tengan las mismas posibilidades. Muy pocos sienten en futuro, perciben históricamente. La falta de ideas sociales, de orientaciones generales, es enorme entre nosotros, hasta el punto que parece exagerada la verdad misma. Y cuando se tienen son tan primarias que la lucha se vuelve sorda y oscura, lenta y callada, dura y subterránea. Se percibe la resistencia a cualquier avance por todas partes y en mil formas capilarizadas. Y eso que nuestra revolución es apenas un movimiento de elemental justicia. Técnicamente es un paso tímido de un estado feudal a una organización precapitalista. ¡Tal es nuestro atraso!

Con los dedos de las manos pueden contarse los que defienden ideología definida. Sistemáticamente, hasta los aspectos más claros de una justicia, de un orden más hu-

manos, se les llama comunistas. Y esta calificación no proviene de los grupos analfabetos, proviene de los intolerantes, de los grupos fanáticos, de los "instruídos", como en todas partes. Comunismo, socialismo, democracia, mantienen su "desprestigio" cultivado por falangistas y fascistas de todos los tipos. Con el nombre de "liberal" se escudan los restos de lastimosas partidas (y no partidos) de saqueadores del país, cuyos jefes han sido Estrada Cabrera, Orellana, Ubico, Ponce. . . Rastros de grupos tradicionales opositores a los liberales, se llaman "conservadores" y para las nuevas generaciones, por lo general, son igualmente despreciables. Desde luego, existen muy contadas excepciones que confirman la regla. Hay que liquidar ese pasado indudablemente. La marcha del mundo es otra y con el 20 de octubre se han abierto las puertas a la civilización. Corrientes de ideas están penetrando en el país y echando raíces en el espíritu del pueblo. Sin embargo, años pasarán para que pueda abolirse la estructura feudal. El atraso, tan grande y doloroso, es fruto natural de lustros y lustros de tiranías. Ese mismo atraso impide, en naciones tan pequeñas como las nuestras, establecer aceleradamente un orden más justo. Se hace indispensable extremada cautela para liberar al proletariado: el propio proletariado, con sus centurias de ignorancia y fanatismo, sin darse cuenta, se ata a su terrible servidumbre.

No como opinión personal, sino como opinión compartida por otros asociados, uno de los miembros de la Asociación de Agricultores de Guatemala defendió, en plana editorial de nuestro diario de mayor circulación, la necesidad patriótica de mantener al pueblo en su actual analfabetismo.¹ Explicaba este señor que el país es agrícola y que con la instrucción se irían muchos brazos del campo y se sufriría espantoso colapso económico. La mentalidad es esa, en inmenso número de personas de las más diversas clases sociales. Entre profesionistas, terratenientes, pequeños propietarios, obreros, estudiantes, es frecuente desorientación o egoísmo semejante. Fácil es constatar que el aislamiento impuesto por los últimos tiranos guatemaltecos y la propaganda local que prohibió hasta el

¹ El periódico rebatió los puntos de vista de tal colaborador.

empleo de la palabra trabajador (¡era muy roja!: “empleado” había que decir), originó este inmenso atraso general. Ideas feudales, despiadadas de egoísmo, se han mantenido como ejemplares y cristianas. En muchos, por supuesto, es la reacción primaria del que se siente amenazado en sus dineros, base y razón de ser de la burguesía. El rebajamiento humano es tan considerable que hasta lo más obvio de una justicia social incipiente causa profundo trastorno. Y surge el “comunismo”, en el cual nadie ha pensado, como es natural, y se tiene de la doctrina la idea nacista correspondiente. Posiblemente, por su rudeza primaria y su abultado carácter, la más zoológica presencia de la burguesía se percibe en nuestros países con mayor nitidez que en los pueblos evolucionados. Para nosotros, a quienes se nos llama materialistas, sin comprender o querer comprender que pretendemos realizar lo vivo y generoso de la tradición humanística, mucho más claro es percatarse, como dice Sombart, de que “lo que caracteriza al espíritu burgués de nuestros días es su indiferencia completa por el destino del hombre”. Ese rebajamiento es la esencia de la moral burguesa y de la organización capitalista que defienden las clásicas fuerzas reaccionarias del mundo. Sydney Hook vió muy claro y con gran exactitud cuando afirmó: “Marx no era un utilitarista. No condena el capitalismo porque haga a los hombres desdichados, sino porque los hace inhumanos, los priva de su dignidad esencial, degrada sus ideales atribuyéndoles un valor venal y causándoles sufrimientos sin sentido”.

Cuando se esponga sin comentario alguno, escuetamente, la verdad de las condiciones de trabajo y de vida del campesino, el obrero y el pequeño empleado guatemaltecos, comprenderemos que ha faltado actividad para atacar más a fondo situación semejante. Los organismos reaccionarios, falseando cínicamente las doctrinas cristianas, con el apoyo de la grande y pequeña burguesía, de las empresas extranjeras imperialistas, de parte del clero y de los lastres enriquecidos de los partidos liberales y conservadores, mantuvieron, y mantienen aún, un bloque tremendo, que muchas veces se apoyó en las armas, en donde no es tarea sencilla ir dando a comprender que lo

que defienden no sólo no es católico, sino algo muchísimo peor: es sencillamente, inhumano. Estos grupos retrógrados —dentro de su ignorancia o con su sabiduría de clase—, sostienen firme unidad porque son muy claros sus intereses materiales. Carecen de toda aspiración espiritual. De su catolicismo, no hay ni qué hablar: es sólo una rutina, una apariencia, sin profundidad. Por otra parte, clásica es la posición del clero en su mayoría, y bien conocida mundialmente. No es por azar que entre los países cristianos, los católicos más fanáticos sean los más atrasados. ¿Cómo podía ser de otra manera? Es decir, todo ese clero intolerante, con su intransigencia y fanatismo, con su dominio sobre la ignorancia que ha mantenido y cultivado, es, en realidad, enemigo de Cristo. ¡Hace sólo unos cuantos lustros se oponían aun a reconocer la circulación de la sangre!

Estos aspectos, que han sido tratados con detenimiento por especialistas, los recuerdo a grandes rasgos para referirlos a nuestra situación. Y esto que escribo, tan sencillo y elemental, es de un "rojo" tremendo en mi pobre país. Todo lo que tenga color de justicia, sabor de libertad, se le señala como "comunista", y al comunismo se le da siempre, por ignorancia inverosímil, connotación monstruosa.

Nuestras clases intelectuales, por lo general, carecen de orientación social y política. Cuando son dirigentes en nuestras agrupaciones suelen ser muy hábiles en combinaciones y cambalaches locales en relación a intereses burocráticos o adquisiciones de influencia. Conciben cambios de personas, pero no admiten, en su inmensa mayoría, el cambio social. Tales son los resultados de muchos años de aislamiento, de gobiernos salvajes. Generaciones y generaciones han crecido mutiladas; iluminadas a medias, con especializaciones someras, en total pragmatismo de profesiones. La universalidad que da la cultura humanística es algo ajeno a nuestra rudimentaria cultura. Por ello mismo, me parece extraordinario lo llevado a cabo por la generación de militares y estudiantes universitarios que derrocó a Ubico y a Ponce, con el apoyo del pueblo. Grande es la voluntad de servir de esa juventud. El tiem-

po dirá su temple y su constancia. Y contra viento y marea, y con todo ese lastre, bosquejado apenas, que al estudiarlo con detalle se vería que es agobiante, el país se organiza y transforma.

Rasgo muy importante, a mi modo de ver, es característico de la juventud que está realizando estos cambios: su participación en la vida política empieza ahora, aun en aquellos que se hallan en torno a los cuarenta años. Algunos habían desempeñado cargos técnicos y en ellos habían mantenido línea estricta de conducta. Otros vivieron en el extranjero: México, Costa Rica, Argentina... Es una minoría,—no pasa de unos diez nombres—la que ha participado en la vida pública anterior: pertenece a la generación que dirigió el derrocamiento del otro "liberal": Estrada Cabrera. Y si están con nosotros es, precisamente, porque la nación reclama su capacidad.

No se hace indispensable porfiar en lo que significa este cambio total en la dirección del país. Ha sido barrido todo un pasado. Y, firme y paulatinamente, se lleva a término una organización que habrá de caracterizarse por nueva estructura social. En realidad, la lucha sorda que durará varios lustros, es entre esclavistas y no esclavistas. Quienes conozcan un poco el pasado inmediato o lejano de Guatemala comprenderán mejor lo arduo de la empresa. La campaña que han querido desarrollar en el extranjero los expulsados por higiene pública (¿cuándo se había tratado así a los adversarios políticos?) no prosperará mientras respondamos de la mejor manera: con obra. Periodistas venales, en campos pagados, a base de engaños y patrañas, logran alguna publicidad que cae en el vacío. El mundo de pensamiento en México, en América toda, sabe perfectamente quiénes son los derrotados. La situación es diáfana. Nada más necesitamos que se conozca a fondo. Sabemos bien lo que tenemos que hacer y conocemos las fallas actuales, las imperfecciones, deficiencias y dificultades, tan naturales y tan lógicas, después del pasado indefendible que se está liquidando. No ha llegado el tiempo de la espiga. Pero ya salió el sol.

Así, a grandes rasgos, nos ha encontrado la postguerra. Y, escéptico y exigente, creo que tenemos una obra por realizar y que la posibilidad de cumplirla es verdadera. En América el empuje libertador se siente y ya ha obtenido victorias en muchos países. Uno que otro punto de infección, fétida y sangrienta, tambalea aún. El cambio ocurrido en Guatemala aún carece de ideología definida, aunque no puede ser más claro en su propósito: es una reacción de la dignidad, de la vergüenza, del espíritu de justicia, del ansia de libertad de un pueblo. Gobierno de transición será el presente, como corresponde después de un pasado tan oscuro y horrendo. El lastre es demasiado considerable como para permitir algo mayor. Pero en ello hay campo para obra sin precedentes. Y tenemos esperanza de que ésta se cumpla.

Bien sabido es que los pueblos nunca escogen su hora para las responsabilidades: éstas llegan y hay que afrontarlas, muchas veces, cuando menos se las esperan. América, en conjunto, —y no digamos pueblos como el nuestro—, con la crisis mundial se encuentra frente a una responsabilidad que no puede eludir, y habrá de cumplir su destino aunque carezcamos de una síntesis propia de la cultura occidental. En Guatemala tratamos de acelerar la marcha, pero dándonos cuenta de que las etapas no pueden forzarse. El crecimiento posee su ritmo y por nuestras condiciones sociales y económicas, absurdo y antipatriótico sería pretender “quemar las etapas”. Por ello entiendo que el presente será un gobierno de transición. De fortalecimiento y encauzamiento. Un gobierno que eche las bases de lo que vendrá. Sin estas bases, bien establecidas, no podrán existir edificaciones posteriores. Ya en el editorial del primer número de la *Revista de Guatemala* señalé, muy sintéticamente, lo que encontramos y lo que en tan breve tiempo se ha logrado. Pero debemos comprender que todo está sobrepuesto, con raíces que empiezan a crecer. Sobre este tierno árbol de la libertad, verde llama contra el viento, se ha confabulado la fauna conocida. Después de años y años de gobiernos liberales y conservadores, padecemos un porcentaje de analfabetismo que sonroja confesarlo. Y una situación social tan

atrasada, —justa consecuencia— que, positivamente, la lucha es, como lo he afirmado, en una palabra: entre esclavistas y no esclavistas.

Tenemos que romper privilegios, desigualdades injustas, mejorar la condición económica individual de millones, y dar la tierra a quien la trabaje y el pan a quien lo gane. El imperialismo de monopolios capitalistas extranjeros se hace sentir poderosamente: nos domina y explota. Y no sólo no civiliza, sino que la civilización es enemiga de sus intereses. Aun conversando con antropólogos extranjeros, he recibido sorpresas increíbles. Uno de ellos me decía en Guatemala casi lo mismo que el agricultor feudal: enseñémosles a los indígenas, pero ¡no mucho! Saltaba, a pesar de su cultura universitaria, el pirata, el ario y toda la inmundicia que no ha terminado ni con la guerra mundial. La justicia es y debe ser de este mundo. Y también del otro. De todo mundo.

México se conmovió jubilosamente cuando la revolución guatemalteca lanzó hacia esta tierra, siempre generosa, hacia esta mi segunda patria, cargamentos de generales, policías y viejos “políticos” profesionales. Una que otra excepción acaso: algún obcecado, algún fanático que ve “comunismo” (sin saber lo que significa el comunismo) en nuestro sencillo, elementalísimo movimiento de ver-güenza, de libertad y de justicia. México es culpable, naturalmente, con su “comunismo” de que tal ansia de libertad haya surgido, suelen decirnos estos hombres en los propios periódicos mexicanos. Así lo han repetido recordando que el general Ubico aisló el país para que no recibiera aliento alguno de la libertad y de la inquietud fecundas de este gran pueblo. No se dan cuenta que no sólo es México, sino todo el mundo, el que se ha conmovido hasta lo más recóndito y que la guerra mundial, es una revolución sin precedentes. A nosotros tenía que llegarnos un poco de la luz ganada con tanto sacrificio. Los países coloniales, en Asia, luchan contra sus dominadores. En Europa, en América, los pueblos se mueven hacia la luz, como las plantas para buscar la vida. La situación de las naciones latinas, sobre todo, sigue oscura y lastimosa. Su lucha, sin embargo, está cambiando tal situación. Fran-

cia, Italia, Brasil. Hoy que escribo dos grandes manchas, que no podrán resistir largo tiempo, están a punto de estallar: España y Argentina. Han caído no pocas dictaduras en América, como fruto natural del progreso.

Las fuerzas reaccionarias, tan estudiadas y clásicas ya, y sobre las cuales se hace necesario insistir, representadas en América, y en el mundo, por el clero, el militarismo y el imperialismo capitalista (al cual se asocia siempre el explotador criollo ¡ése que reclama el analfabetismo como deber patriótico!) han sufrido en Guatemala modificación importante en lo que se refiere al aspecto militar. Hasta dónde es profundo el entendimiento de estos problemas en las nuevas clases, nos lo probarán ellas mismas con los hechos. Su participación en los acontecimientos últimos ha sido brillante. Su apoyo, leal, claro y decidido a nuestra Revolución, jamás lo han regateado. De ellos mismos surgirá, sin festinaciones, el reajuste hasta una lógica proporción: Guatemala se ha mantenido supermilitarizada. Los presupuestos consumen parte muy alta en mantener la maquinaria militar. Se ha barrido con los antiguos dominadores y jefes de esa máquina. Ahora el ejército, que debe ser el pueblo en armas, es el defensor de la revolución. Ya el insigne Sarmiento, sufriendo con el derroche estéril escribió certeramente de los ejércitos que "condenados forzosamente en América a la ociosidad, o trastornar el orden o en arrebatar la escasa libertad", significaban un gran peso muerto que impedía consagrar más atención a los indígenas, al proletariado en general, que permanece en las entrañas de América como "alimento no digerido". Y luego se pregunta el gran patriota: "¿Cuánto se gasta anualmente en la educación pública que ha de disciplinar al personal de la nación para que produzca en orden, industria y riqueza lo que jamás pueden producir los ejércitos?"

Y bien, entre nosotros, esta transformación la llevará a cabo el ejército mismo. Será un reajuste paulatino, para no debilitar el sostén de las instituciones. Y en ello veremos cumplida otra de las etapas fundamentales de este período de transición. Se requiere, por otra parte, una readaptación de millares de miembros del ejército a la vida ci-

vil, para que no sólo no sufran económicamente, sino también para que no peligre la obra que se realiza. ¡Hay tanto que hacer que no se sabe bien ni por dónde empezar! Tal es nuestro caso. No es, desde luego, una posición absurda la de estos militares que tienen talento para comprender su misión histórica. Militares con conciencia civil y orientación ideológica. ¿Con quién vamos a pelear? Las victorias de los ejércitos de nuestros pequeños o grandes países, son siempre derrotas para América. (¿Cuándo tendremos más maestros que soldados? Costa Rica: lección y ejemplo). Es una posición patriótica que se cumplirá, por esfuerzo propio de los nuevos jefes y oficiales revolucionarios que saben lo que debe ser el ejército en un país de nuestras dimensiones y condiciones. Al reducirse persiguen también acendramiento técnico. En síntesis, es un movimiento sistemático de dignificación de nuestro ejército.

Materia para muchos libros daría la historia de la participación del clero en América latina, en Guatemala, por ejemplo, en todo el mundo. Su política actual, tan justamente censurada, tan increíble por anticristiana, por antihumana, es harto conocida. Se necesitaría ser ciego para no percibir que es totalmente extraña a la justicia y enemiga, por lo mismo, de la doctrina de Cristo. ¡Con qué dolor vimos aquellos noticiarios cinematográficos en que los obispos bendecían los cañones que iban a asesinar etíopes! ¡Y luego la participación de la iglesia en la guerra de España, de lado de Franco, traidor a nuestra civilización!

Debemos ir al pueblo y cumplir los principios cristianos, con la tradición cristiana de nuestro pueblo que nunca se ha cumplido: darle de comer al hambriento y enseñar al que no sabe. José Vasconcelos, filósofo católico, escribía: "Madero no fué a buscar aliados para iniciar la lucha ni en la aristocracia, que es egoísta, ni en el ejército, que es rutinario, sino en la misma plebe humilde de donde Cristo sacó sus doce apóstoles. Los apóstoles eran como doce rotos o pelados de la Judea, y así, con los pobres y con los oprimidos, pero siempre con los honrados, se ha ido abriendo paso la libertad". En una de sus conferencias en la Universidad de Santiago de Chile, expresó: "Referí cómo las leyes de Juárez, quitando al clero sus enor-

mes propiedades de manos muertas, habían puesto a los sacerdotes en condiciones de que ejercieran su ministerio conforme a la buena fe y a la pobreza cristiana; los dejamos pobres, como Jesús quería”.

Y no hablemos del sentido de la caridad burguesa. Sólo devuelve algo, poquísimos, de lo que ha robado. La revolución hace justicia y liberta, o no es revolución. Bastaría leer a San Pablo, los Evangelios, San Agustín, para darnos cuenta de que tal caridad mancilla siempre la lección de Cristo. San Basilio afirmaba: “Los ricos consideran como suyos los bienes que son de todos, pero de los cuales han sido los primeros ocupantes; como aquellos que habiendo llegado los primeros a un espectáculo impidieron entrar a los que llegaron más tarde”. Y también: “¿Por qué estás tú en la abundancia mientras tu hermano anda mendigando, sino para que recibas tú los méritos de tu buena administración, y él, la corona debida a su paciencia?”. Centenares de pensamientos, netamente cristianos, podrían reclamarse en apoyo de estos claros conceptos hace años dilucidados. El sentido espiritual de la vida se ha perdido o eclipsado. Samuel Ramos, a este propósito afirma: “Un nuevo tipo de hombre se yergue orgulloso y dominador, despreciando la antigua moralidad, ansioso de expansionar la vida de su cuerpo por medio de los atractivos que le ofrece la civilización. El disfrute del dinero como instrumento de poder y como medio para obtener el bienestar material y la vida confortable, los placeres sexuales, el deporte, los viajes, la locomoción y una multitud de diversiones excitantes constituyen la variada perspectiva en que se proyecta la existencia del hombre moderno. Su tipo representativo es el *burgués*, cuya psicología Sombart ha trazado con una observación penetrante, reúne los rasgos de carácter polarizado hacia los valores materiales. Impulsada por su principio material, la civilización se desarrolla en un sentido divergente, al de la cultura, hasta crear una tensión dramática que hace sentir sus efectos dolorosos en la conciencia de muchos hombres modernos”.

En América la antinomia de la vida práctica y la vida del espíritu desaparecerá cuando alcancemos una síntesis

propia de la cultura occidental. Para satisfacer esa necesidad, —que tan profundamente hemos sentido en nosotros y que oscuramente intuye parte del pueblo—, habrá de realizarse la transformación social que, al devolver su dignidad al hombre nuestro, le situará en mejores condiciones para cumplir con plenitud su vida. En esa amalgama universal, lenta y aun confusa, pero que parece ser el movimiento coterminante del espíritu, América tiene ya papel preponderante. De ese afán ha surgido en nosotros el impulso por pensar estas cosas, dilucidarlas y realizarlas. Obrar es inseparable del pensar. El pensamiento es acción, pero “las cosas —como deseó Sarmiento— hay que hacerlas: mal, pero hacerlas”. Su genio ejecutor se lo exigía perentoriamente y recordaba aquellos versos clásicos que su maestro, el preclaro Horacio Mann, repetía con frecuencia: “Ni la tierra, ni la inteligencia, ni la mujer se preñan durmiendo”. Acción y norma para esa acción, que empezó a grabarse en su espíritu con las palabras de Mann: “Yo he aprendido desde mi más temprana edad que todos los hombres han sido creados iguales y esto se ha vuelto en mí, más que una mera convicción del intelecto, un sentimiento del corazón; y esta máxima es mi principio de acción. . . que se levanta espontáneamente en mi conciencia siempre que tengo que especular con el deber humano”.

EN Guatemala, en este año primero de la revolución, se fundó la Facultad de Humanidades. Justamente, porque no volvemos la espalda al pueblo y nos duele el problema del indio, precisamos marchar por el mejor camino, con unidad universalista, para darle vida a lo nuestro más nuestro. “Todos los grandes acontecimientos del mundo han de ser hoy más preparados por la inteligencia, y la grandeza de las naciones menos ha de estribar ya en las fuerzas materiales que en las intelectuales y productivas de que puedan disponer”, pensó Sarmiento. “Dar mayor poder a quien tiene más virtud”, clamaba Aristóteles. ¿Cómo prestar la menor atención al reclamo de que aún no requerimos los estudios humanísticos? Hasta los errores de nues-

tros políticos, en los casos bien intencionados, han tenido por base su enorme impreparación en todos los órdenes y su carencia absoluta de jerarquía de los valores. Por lustros, América Central (Guatemala puede recordar con orgullo a don Mariano Gálvez y momentos de uno o dos más) ha sido gobernada por militares o civiles imbéciles, sangrientos y nulos. Y, por desgracia, en la historia cuenta el factor individual: la historia está hecha no sólo por el grande hombre sino también por el idiota despótico que ha gobernado.

Sobre el clericalismo, el militarismo y el imperialismo, la posición es invariable en los más egregios pensadores continentales. Para esas tres sombras que presentan en América latina tradición nefasta (¿podrá dejar de existir el imperialismo mientras exista una sociedad capitalista?) no tenemos camino mejor que la integración de una cultura: a través de ella y por ella se han logrado algunos de los pasos principales, desde la independencia política de España hasta la liquidación de resabios coloniales encerrados en la estancada filosofía escolástica, contra la cual se alzó el positivismo con su escuela laica y su liberalismo, que hoy ya consideramos como una etapa histórica vivida, para encaminarnos hacia nuevos sistemas de convivencia humana. Con el entendimiento de tal situación se habrá logrado salvar parte de los obstáculos en el camino para ser pueblos libres y prósperos, en donde cada individuo cumpla —como dijo el autor de *Motivos de Proteo*, recordando a Guyau—, la “profesión de ser hombre”. En los países donde los movimientos libertadores se han salvado se ha ido afianzando nueva conciencia entre los militares jóvenes mejor preparados. El cargo preciso, inteligente y agudo, hecho por Daniel Cosío Villegas a los Estados Unidos, respecto a la ligereza con que han dotado de armamento moderno a la mayoría de los ejércitos de los países latinoamericanos, esperamos que no sea cierto en nuestras incipientes organizaciones democráticas: “La razón de hacerlos participar en la defensa del hemisferio occidental ha podido ser válida en algún caso; pero me atrevo a pensar que, en la mayoría, no ha tenido otro propósito que el de cohechar a nuestros militares para ga-

narlos a la causa aliada, y, singularmente, a la de Estados Unidos. Aun cuando toda afirmación tajante puede resultar inexacta y aun injusta, creo que es válido afirmar que los ejércitos profesionales de nuestros países han sido y serán los peores enemigos de nuestra democracia, pues cuando la *ultima ratio* es el revólver, el militar, finalmente, es quien gobierna".²

Nuestra Facultad de Humanidades, constituye una aportación para el enraizamiento de nuestra democracia. Puertas y ventanas se han abierto para que penetre el pensamiento de los pueblos más civilizados. Para fortalecer el espíritu de tolerancia, lo vigente de la tradición católica de nuestro pueblo, los valores intrínsecos de la vida humana, no poseemos medio más eficaz que la cultura. "El humanismo —afirma el nada marxista Samuel Ramos— aparece hoy como un ideal para combatir la infrahumanidad engendrada por el capitalismo y materialismo burgueses".

Solamente radical renovación, *de orden espiritual en primer término*, podrá permitir la adquisición de una cultura general a nuestro pueblo, normas morales precisas, estímulos y posibilidades que otorguen el máximum de eficacia individual y colectiva. Muy grande es la responsabilidad de la juventud guatemalteca. América exige que la renovación siga adelante.

² *Revista de América* (Marzo de 1945, núm. 3), publicación mensual de "El Tiempo". Bogotá.

LA GUERRA Y LA DELINCUENCIA DE LOS MENORES

Por Mariano RUIZ-FUNES

ETIOLOGIA GENERAL

CON razón ha sostenido Burt que las conductas criminales de los menores son obra del impulso y en general nada durables. La psicología del niño delincuente, como señala Decroly con su eminente autoridad y con su dilatada práctica, no es diferente de la del niño normal. Las causas de la delincuencia, sin perjuicio de considerar el gravamen hereditario, se han de buscar en el medio, factor ocasionante y degenerativo. En las naturalezas que tengan alguna tara física y mental el medio actúa como un agente ocasional, que hace brotar la manifestación de lo amoral. En las naturalezas sanas, la fuerza determinante del medio puede producir una decadencia o anomalía del sentido moral y del social.

En relación con los adolescentes, Asnaourow, citado por Nelson, ha observado que si un sujeto normal se encuentra expuesto a represiones contra sus propias fuerzas, por lo general exuberantes, pero siempre naturales y deseables, se produce en él una desviación de las tendencias naturales y toma una dirección falsa la línea de conducta, que señala la dirección del desarrollo de la personalidad. Se produce entonces una brecha entre los elementos naturales del menor y la represión del medio antipedagógico. En esta lucha se engendra el desequilibrio mental y psíquico.

Burt ha hecho un estudio de los complejos infantiles para referir a cada uno de ellos la conducta antisocial del menor. Esos complejos, más o menos inertes en el fondo de la personalidad, resultan activados y actualizados por

las influencias del medio circundante. Los instintos autoritarios y los de superioridad e inferioridad, ligados al de lucha y al gregario, son necesaria y fatalmente estimulados por los ambientes de guerra, cuyas sugerencias penetran, insidiosa y profundamente, en la afectividad y en la mentalidad infantiles.

Si son capaces de alterar las costumbres y de deformar las mentalidades adultas, como un verdadero flagelo, según la expresión de Erasmo, es lógico pensar en la intensidad de su poder expansivo sobre una mentalidad que, como la del niño, es sustancialmente premoral, de acuerdo con el riguroso diagnóstico de Sante de Sanctis.

Con estos antecedentes, es obligado concluir que ningún interesado en las investigaciones criminológicas puede desconocer la influencia que la guerra ejerce en la delincuencia de los menores o, para decirlo con una expresión general, en sus conductas antisociales. Pero si dudara de ello, las estadísticas lo abrumarían con su elocuencia estremecedora.

No debe olvidarse, como principio general, que las cifras de criminalidad en los años de la guerra anterior (1914-1918) están muy por debajo de la realidad; es decir, que la criminalidad "legal" se separa sensiblemente de la criminalidad "real". En Francia, para citar un ejemplo, faltan los datos estadísticos de aquellos departamentos que se encontraban en poder del enemigo en el tiempo de su ocupación efectiva. Asimismo, como subraya Yocas, las poblaciones se encuentran en estado de sitio, lo que concede competencia a la jurisdicción militar para el conocimiento de determinados delitos de derecho común y para el enjuiciamiento de delincuentes civiles. Tal hecho puede afectar a la cifra de delitos de menores de 18 años, aunque en escasa proporción, porque muchos de ellos son transferidos a los tribunales tutelares por la propia jurisdicción castrense. Afecta, en cambio, a estas conductas de los menores, en aquellos países que no habían abandonado en los años de la guerra anterior una rígida mentalidad represiva, el relajamiento de los medios tradicionales de lucha contra el crimen, producido a través de la des-

organización general de los servicios públicos, como consecuencia de la movilización o de su adscripción a fines diferentes de los que implica su ejercicio normal.

LA GUERRA DE 1914-1918

EN Francia la criminalidad de los menores había ofrecido, antes de 1914, cifras que arrojaban un aumento constante y que acusaban, desde su punto de partida y hasta ese año, un crecimiento de más del 400 por ciento en la cuota de esta delincuencia. Todavía durante la guerra de 1914-1918 el aumento siguió y en los años inmediatamente posteriores la progresión creciente fué notoria. Los mayores porcentajes, los da la criminalidad de los adolescentes. De 4,475 menores detenidos por razón de delito en 1917, sube el número a 7,220 detenidos en 1921; es decir, se acusa en la criminalidad adolescente un crecimiento del sesenta por ciento aproximadamente. Pudiéramos decir, recordando una frase de Mezger, que el adolescente está en el frente criminal. La lección de estas estadísticas es impresionante. La de 1917 se halla afectada por un factor típico de guerra. El tanto por ciento de los delitos investigados y descubiertos por los órganos del Estado que tienen a su cargo tan delicada función, es mucho menor que el que pudiera registrarse en épocas normales. Una cifra de criminalidad obtenida durante una guerra es siempre considerablemente menor que la efectiva de estas conductas antisociales. Por otra parte, la lucha por la vida y la lucha en la guerra, con el mayor esfuerzo que implica, anticipa la actividad de las edades y las hace incipientes. El Dr. Vervaeck ha señalado como características de la criminalidad en la guerra y en la postguerra de 1914, dos notas esenciales: la precocidad y la gravedad creciente. La primera hay que imputarla al anticipo del deber, de todo deber, que la guerra impone, destinando a labores de la vanguardia y de la retaguardia a personas que en una situación normal no asumirían funciones públicas ni serían asociadas a empresas militares. Los adolescentes, en una palabra, son prematuramente llamados

al frente del trabajo, al frente bélico y, con consecuencia de estas nuevas actividades, al frente criminal.

En la misma Francia la cifra de los menores juzgados por las cámaras de consejo y por los tribunales para niños durante la guerra anterior, aumenta con ritmo acelerado. Tomando como punto de partida la correspondiente al año 1913, desciende en 1914 y sube en los años sucesivos, con sensible diferencia. De 13,194 en 1913, va ascendiendo regularmente en 1915 (14,204), en 1916 (17,992), en 1917 (21,747) y en 1918 (22,549). Los dos primeros años de la postguerra ofrecen una disminución en relación con 1917 y 1918: la cifra de 1919 es de 21,095, y aumenta en 1920 hasta 24,606. En cambio, los porcentajes con respecto al número total de procesados, que son reducidos en 1913 (5'5 por ciento) y 1914 (6 por ciento), doblan en 1915 (13 por ciento) y siguen creciendo en 1916 (14 por ciento) y en 1917 (15 por ciento), para descender al 11 y al 10 por ciento, respectivamente, en 1919 y 1920.

Exner, con relación a Austria, formula un interesante cuadro de la criminalidad de los menores, clasificada por edades y sexos, hasta 14 años y desde 14 a 18, y relativa a los años 1912 a 1923. Los delincuentes, hasta la edad de 14 años, ofrecen un aumento impresionante, con ritmo ascendente desde 1912 hasta 1917. Su interés obliga a reproducir estas cifras:

1912 - 1,853	1915 - 4,307
1913 - 1,848	1916 - 4,882
1914 - 2,067	1917 - 5,926

Desde 1918 se produce el descenso regular hasta la cifra de 2,673 en 1923, con la sola excepción de 1921. La proporción de los sexos, que se mantiene en casi toda la estadística, rompe su equilibrio durante los años 1918-1920, en los que las cifras de la criminalidad femenina son muy crecidas. La delincuencia de los menores de ambos sexos comprendidos entre los 14 y los 18 años ofrece un ritmo igual, con la diferencia de que el aumento en los años 1917, 1918 y 1919 casi triplica la cifra de 1912 y presenta una diferencia con el 1916 mayor de un 60 por ciento. Se conserva una proporción uniforme entre los sexos, salvo en el año 1915, en que decae el porcentaje

femenino, y en 1919, en que sube. Esa subida, menos desproporcionada sin embargo, se produce a partir de 1917 y 1918, y se mantiene el desequilibrio en 1920, para volver al equilibrio habitual en 1921. La cifra mayor de esta criminalidad desde los años 1911 a 1923, con excepción del año 1914, la ofrece el delito de hurto, que en 1914 tiene una expresión numérica de 781 y llega a 7,809 en 1920. Le siguen los atentados a las buenas costumbres, que descienden durante la guerra y aumentan sin llegar a las cifras de 1911 a 1913, en 1921 y 1922. La cifra menor es la de los delitos contra la autoridad y sus agentes.

Las cifras recogidas por Liepmann en Alemania desde 1913 a 1925, relativas a las condenas de delincuentes de ambos sexos, de 14 a 18 años, son elocuentísimas. El punto de partida, es decir, el año 1913, ofrece un total de 54,155, que desciende en 1914 y va en aumento desde 1915 a 1918, con 63,126 en el primero de estos años y 99,493 en el último. En 1919 baja a una cifra aproximada a la de 1915 y en 1920 asciende a otra relativamente próxima a la de 1918 y sigue descendiendo hasta 1925, con sólo un aumento en 1923. En 1925 la cifra ha bajado a la mitad de la de 1913. Interpretando estas cifras puede concluirse que la guerra y la crisis económica han agravado la criminalidad de los menores en Alemania, y que la relativa normalidad de 1925 ha producido una acción preservante, que la ha hecho descender, hasta que el régimen nacional-socialista vuelve a favorecerla e impulsarla, como veremos oportunamente. En la relación de los sexos, las cifras ofrecen una cierta regularidad, salvo en los años de crisis, en que aumenta el porcentaje de la delincuencia femenina, como lógica expresión del crecimiento de esta clase de conductas en todas las edades de la mujer.

Otro cuadro de Liepmann compara dentro de la criminalidad femenina la de las menores y la de las adultas. Las cifras totales más altas de la criminalidad femenina en Alemania son las de los años 1921 y 1923. Las proporciones de las adultas con las menores ofrecen un mayor porcentaje en los años de guerra de 1915 y 1917.

Como conclusiones de sus estadísticas, Liepmann da una cifra total del aumento de la criminalidad de los menores entre 1913 y 1918, y acusa el ascenso de la misma

desde 46,000 a 85,000 delitos en los varones, y de 8,000 a 14,700 en las mujeres. Es decir, la delincuencia de los menores varones crece en más de un 80 por ciento y la de las mujeres en una cifra muy aproximada a la anterior. Liepmann nota que los mayores aumentos se registraron en las grandes ciudades y entre menores psicológicamente normales, con crecimiento predominante de la criminalidad violenta. Los casos de delitos sexuales declinaron mucho. En cambio, fueron numerosas las formas de delincuencia asociada, especialmente de bandas criminales con actividad violenta y destructora. Asimismo se presentaron casos de niños que participaban en empresas fraudulentas; y otros muchos de niños que aprovechaban para sus desafueros la situación de desajuste social y las forzadas vacaciones del poder público en las funciones de seguridad interior. Algunos menores remedaban a los héroes bélicos, mediante la imitación de conductas que, producidas en la retaguardia, constituían actos de oposición social en fricción clara con las leyes.

Las cifras de Italia no son tan elocuentes. Spallanzani, al recoger las de 1910 a 1919, las relativas a los condenados menores de 18 años, señala que debe tomarse en consideración el número de menores condenados que ha descendido de 19,808 a 15,403 desde 1910 a 1919, con un decrecimiento que se inicia a partir del primer año de la guerra. Lo que interesa considerar al autor italiano es el porcentaje en relación con el total de condenados de todas las edades, porque el hecho de que este número no haya disminuído en las mismas proporciones que el de sancionados, demuestra que ha aumentado la criminalidad de los menores. En efecto, el por ciento de menores de 18 años condenados en 1910 en relación con los mayores es de 14 por ciento, y a pesar de disminuir las cifras de condenas de adultos y de menores, es de 20 por ciento, de 22 por ciento y de 24 por ciento en 1916, 1917 y 1918, respectivamente; y en 1919, de 19'7 por ciento, a pesar de que desciende a la mitad el total de condenados.

La criminalidad de los menores en Hungría, según los datos de Hacker, relativos a los delitos contra la propiedad, es decir, a las condenas por robo, arroja las cifras que se detallan a continuación:

1913	2,307	1916	4,399
1914	2,121	1917	5,338
1915	3,049		

Los robos, que descienden ligeramente durante el año 1914, aumentan con acusado crecimiento hasta alcanzar en 1917 un aumento mayor del 110 por ciento con la cifra del año inmediatamente anterior a la guerra. Lo interesante es que este aumento de la criminalidad juvenil se observa igualmente en los países neutrales. Los casos de Holanda y del cantón de Zurich, que recoge Hacker, son especialmente aleccionadores. Las cifras de Holanda ascienden, en total, de 14,956 delitos de menores en 1913, a 20,227 en 1920. Durante 1914 y 1915 hay un pequeño descenso en relación con la cifra de 1913. En 1916 suben a 23,030. Continúa el aumento en 1917 con 32,046, en 1918 con 36,341 y en 1919 con 37,186. Descienden en 1920 a la cifra referida, pero a pesar del decrecimiento, esta cifra de un año de paz en un país neutral es mayor en un 60 por ciento aproximadamente a la del año de paz que ha servido como punto de partida.

En el cantón de Zurich los delitos cometidos por menores comprendidos entre los 12 y los 19 años en el año 1914 dan la cifra de 348 y descienden en 1915 a 284. Siguen un ritmo ascendente a partir de 1916, con la cifra de 414, para alcanzar la de 481 en 1917 y subir en 1918 a 541. En los tres primeros años de paz las cifras son: 385 en 1919, 395 en 1920 y 396 en 1921, con pequeños aumentos sin importancia, no obstante que la vuelta a la normalidad general en Europa debería haber producido el hecho contrario. Sin embargo, también con diferencias escasas, no se ha descendido a la cifra de los primeros años de la guerra.

La criminalidad de los menores, generalmente patrimonial, se incrementa todavía en esta clase de delitos por efecto de todos los fenómenos de desajuste económico.

En Inglaterra, durante la misma guerra de 1914-1918, aumenta la criminalidad de los menores. Una cifra abrumadora pone este hecho de relieve. Durante los primeros treinta meses de la guerra, las conductas antisociales de los menores experimentan un aumento de 40,000. En 1914

son detenidos en Londres 3,346 menores, y 6,175 en 1917. El mismo fenómeno de aumento de la delincuencia de los menores se registra en Bélgica. Las cifras sólo comienzan a decrecer desde 1920.

ETIOLOGIA BELICA

Las causas de estos aumentos son, atribuibles a la guerra. Tienen estas conductas criminales orígenes patológicos frecuentes. Las neurosis, la alimentación deficitaria, la desnutrición y sus enfermedades subsecuentes, influyen decisivamente en ellas. Las predisposiciones hereditarias son favorecidas por la debilidad física y mental. Pero en su etiología entran también factores exógenos: la desorganización del hogar, a causa de la ausencia forzada del hombre y de la mujer, implicados en cualquiera de los frentes de guerra; el abandono consiguiente, la desmoralización sexual, con funestos ejemplos, que alumbran incipientemente, y con desviaciones insospechadas, las actividades del sexo; la pobreza y hasta la indigencia, la imitación y el contagio de los instintos adultos, libres de todo freno, desatados por el placer del goce y por el sádico afán de matar: todo ello integra una constelación causal, cuya influencia en las conductas antisociales de los menores es manifiesta. La calle y sus tentaciones, y en la guerra el espectáculo específico de los desfiles de heridos y prisioneros, las violencias de las armas, el terror de los bombardeos, contribuyen a proyectar sobre la fragilidad psicológica del menor una acción desintegradora que produce la brutalidad, la violencia y el crimen.

Sin entrar a discutir ahora el problema del carácter delictivo de la mendicidad y del vagabundaje o el valor de preservación o activación de las conductas criminales que asumen estas situaciones de parasitismo social, es lo cierto que en los menores forzados a ellas, por el medio, por el factor económico, por el abandono o por la explotación ajena, producen hábitos de pereza o favorecen disposiciones susceptibles de conducirles al delito. En ciertos países como Francia, donde se consideran estas conductas como delitos, su disminución durante la guerra anterior,

en lo relativo a los adultos, fué muy sensible debido, según algunos intérpretes de las estadísticas criminales, al trabajo forzoso y a la movilización. Lo contrario es también cierto en los no movilizados y en los que por las exigencias del trabajo de los obligados a su guarda, quedan en lamentable situación de abandono.

Las relaciones sexuales sufren grandes modificaciones que influyen en la conducta, determinan la comisión de actos delictivos y se caracterizan por una aparición precoz de toda suerte de disturbios. La disgregación de la familia, la conjunción de sexos como un fin en sí y la disminución de población, aumentan los adulterios, especialmente en aquellos países donde se les sanciona como delitos. El menor que ha reemplazado al mayor, llamado a los campos de batalla, en el frente económico, lo sustituye también en este otro sector del frente criminal, constituido por las relaciones sexuales ilícitas. Como contribución literaria y como documento social es interesantísima, en relación con todos estos hábitos de guerra, la bella novela de Glaeser, *Los que teníamos doce años*.

Es obligada, también la consideración del menor como sujeto pasivo del delito. Durante la guerra anterior aumentaron los atentados al pudor contra niños y adolescentes. Asimismo se multiplican los crímenes de bandas y de asociaciones irregulares, favorecidas por el contacto entre menores abandonados o tutelarmente desasistidos. La extraña simbiosis criminal que se manifiesta mediante el pacto para delinquir entre delinquentes seniles y precoces, logra igualmente mayor amplitud. En general, la situación irregular e indisciplinada de los menores favorece las actividades de la sugestión o el empleo fraudulento o violento de su estado de necesidad para toda clase de empresas criminales o antisociales, y ofrece a la inducción de los adultos un amplio campo de experiencias.

LA GUERRA ACTUAL

PERO la guerra actual traerá otras consecuencias, con que adicionar las que necesariamente derivan de todo fenómeno de esta clase. Ya durante ella la delincuencia de

los menores ha experimentado el aumento que era de esperar. Hermann Mannheim ha recogido el hecho impresionante de los delitos cometidos por menores en Inglaterra, en la etapa de duros bombardeos que soportó en los comienzos de la lucha. Se ofrecieron entonces frecuentes delitos, a cargo de menores, y especialmente crímenes leves contra la propiedad y asaltos contra las personas, consumados con la colaboración de bandas de pequeños malhechores. Para Mannheim estas conductas eran la consecuencia de la falta de recreo, de los altos salarios que libran a las gentes a gastos ociosos, creando un clima de codicia; de la ausencia de estímulos familiares, en las zonas de evacuación, a donde habían sido conducidos los muchachos para sustraerlos a los horrores y a las consecuencias de la guerra aérea; de la facilidad para el pillaje que permitía el relajamiento o la ausencia de los mecanismos de la vigilancia pública.

Las tensiones emocionales aumentan en el curso de cualquier guerra y mucho más en la presente, que es una contienda internacional doblada de una lucha civil en los países invadidos, en los que una minoría se ha convertido en una fuerza al servicio de la traición. Las aberraciones sexuales, el consumo de enervantes y de tóxicos y los actos de violencia son la consecuencia natural de una contienda que favorece disposiciones criminales, despierta y realiza las que están sumergidas y en reposo, y las crea en razón directa de la debilidad individual.

El aumento en la delincuencia de los menores ha sido más sensible sobre todo en aquellos que por su comprobada normalidad sólo han podido ser impulsados a las conductas criminales por causas exógenas.

En Inglaterra, durante el primer año de guerra, aumentó sensiblemente la delincuencia de los menores de edad más precoz. En ese primer año de guerra el número de niños de edad inferior a catorce años, autores de hechos considerados como delitos, subió en un 41 por ciento en relación con la cifra de la anterior anualidad; las conductas de esta clase de mayores de 14 y menores de 17 aumentaron en un 22 por ciento con relación a la cifra del año precedente, y sólo en un 5 por ciento las de los comprendidos entre los 18 y los 20 años.

Según la señora Gluck, cuyos datos recoge Thorsten Sellin, crecieron especialmente los actos de pillaje, en general, y los robos con escalamiento. En los primeros meses de la guerra el número de delincuentes menores decreció en relación con las cifras de la anteguerra.

Los mayores aumentos estuvieron a cargo de menores mentalmente defectuosos.

En relación con la cifra del primer año de guerra (1939-1940), disminuyó la del siguiente (1940-1941).

En el tribunal de menores de Nueva York aumentaron los casos sometidos a su competencia en 1942 en un 14 por ciento, en relación con 1941. Los procesos contra menores habían declinado, en general, en los Estados Unidos, a partir de 1940. Este año es el límite del descenso. A partir de 1941, aumentan. Los datos del Children's Bureau ponen de manifiesto que en 1940-1941 el número de menores enviados a la jurisdicción especial aumentó en 17 tribunales y disminuyó en 8. Comparando estas cifras con las del año 1939, aumentó en 21 tribunales y disminuyó en 8.

Thorsten Sellin señala que, a pesar de este aumento, se mantiene una cifra inferior a la de los años de crisis. El aumento es mayor con relación a las muchachas. En 1942 la cifra de aumento de mujeres representa un 23'4 por ciento en relación con un 5'2 por ciento de varones, y esto simplemente en relación con 1941. Las causas registradas de estos aumentos son principalmente el crecimiento en las grandes ciudades de la población infantil, el influjo de las aglomeraciones producidas por la intensidad y la extensión del trabajo industrial y la relajación de las costumbres familiares y de la disciplina, porque los padres están en el frente bélico y las madres en el frente del trabajo. La inexorable consecuencia es que los hijos menores pasen a integrar el frente criminal.

Una información autorizada permite comprobar el aumento actual de las conductas criminales de los menores de 18 años en los Estados Unidos, hasta el extremo de producir alarma entre las autoridades federales. La criminalidad juvenil creció en más de un 50 por ciento en 1944, en relación con la cifra de 1943. La falta de hogar, los desarreglos en el mismo o la relajación de la disciplina

doméstica son causas relevantes de estos aumentos, según los intérpretes de las estadísticas. Los delitos violentos contra la propiedad, los predilectos. Junto a la conducta criminal han ascendido otras formas de inmoralidad como la prostitución precoz y los abusos de tóxicos.

Entre los factores que en la otra guerra y en ésta han de contribuir al aumento de las conductas criminales de los menores, señaló Liepmann, el quebrantamiento de los hogares con el consiguiente ocaso de su influencia protectora; la ausencia de padres y hermanos mayores, el alejamiento de las madres, y los efectos sobre la vida sentimental de los niños de la irritación que impulsa los instintos y de la frustración de ilusiones y deseos, que crea situaciones de fracaso.

ECONOMIA Y EDUCACION

EL factor económico en sus más variadas modalidades pesaba entonces y pesará ahora. Mezger llegó a decir, comentando la génesis de la criminalidad de la otra guerra, que el peso decisivo yacía en este factor. La demanda de trabajadores de menor edad fué entonces muy importante. En 1917 obtuvieron empleo en Alemania, en relación con 1913, más de un 20 por ciento de menores comprendidos entre los 14 y los 16 años, y más de un 13 por ciento de muchachas incluídas entre las mismas edades. Ahora el reclutamiento ha sido estrictamente militar. Se han hecho prisioneros de guerra de una edad límite de 16 años. La movilización industrial ha alcanzado hasta edades inferiores a la citada. Los adolescentes han sido enviados al frente militar y los niños al industrial. La economía de guerra, con la necesidad de esfuerzos, ha quemado la etapa del aprendizaje, que tiene un valor formativo psicológico, moral y social. El entrenamiento profesional ha sucumbido ante los imperativos de la urgencia. En contraste con el aumento de los salarios infantiles, se ha registrado la aniquilación de la escuela. Al romperse el equilibrio y la proporción económica, lanzando al trabajo a unos imprevistos, con salarios elevadísimos, se les ha liberado de la asiduidad y de la atención escolar. Este tránsito for-

zado y prematuro desde la escuela al taller es un incentivo del vicio muy importante. En el mundo de la postguerra aumentarán las dificultades del ajuste y se ofrecerán los efectivos de nuevas secciones de asalto juveniles a disposición de los aventureros, capaces, como Mussolini, de ofrecer los atractivos, económicamente remunerados, de una vida peligrosa, o como Hitler, de captar la desesperación, para explotarla después cínicamente.

Durante la guerra anterior las escuelas alemanas fueron agencias de movilización militar y albergues de reclutas. A los mejores profesores se les llamó al servicio de las armas, sustituyéndolos con mujeres y con estudiantes, menos aptos y con preparación más deficiente. Los periodos de escolaridad sufrieron la influencia de la irregular vida del país. Las vacaciones aumentaron. La debilidad y la desnutrición dejaron sentir su poderosa influencia en las tareas escolares. En la postguerra alemana el delito fué un medio forzado de existencia. "Todos los alemanes, como dice Liepmann, se transformaron en transgresores de la ley para ganar su vida".

Thorsten Sellin observa que en los Estados Unidos se han creado actualmente ciertas condiciones capaces de favorecer el aumento de las conductas criminales de los menores. Señala entre otras, el reclutamiento de padres y hermanos que ejercían decisivo influjo en su orientación y en su disciplina; el desplazamiento de las madres y la ausencia de ellas en el hogar en las horas de asueto escolar; el aumento del trabajo infantil, que según datos del Children's Bureau se eleva a la cifra de un millón, comprendidos entre los 14 y los 17 años; la utilización ilegal de niños campesinos; la dispensa escolar; el contacto con la calle; la explotación. Muchos menores sienten y ven que su vida es *como la de los adultos*, y se comportan como ellos. Señala el conocido criminólogo norteamericano el hecho impresionante de que al abrirse las escuelas en el mes de septiembre de 1943, la mitad de los niños no han vuelto a clase.



Jardín de Otoño.



Campo de prisioneros alemanes de 12 a 17 años.

EL FACTOR POLITICO

EN los países invadidos por el Tercer Reich, la delincuencia de los menores ha experimentado aumentos importantes. Basta, para demostrar este aserto, la información de un periódico colaboracionista belga, relativa a 1944. Antes de 1941 los menores que comparecieron ante la jurisdicción tutelar ascendían a un promedio anual de 15,216. En 1941 dieron la cifra de 34,283, es decir, un aumento de 125 por ciento. Las muchachas infractoras fueron 8,660 (cifra superior en un 150 por ciento a las de años anteriores) y los muchachos 25,623 (cifra superior en un 118 por ciento a las de anualidades precedentes). Entre los menores consignados aumentó la precocidad en la conducta criminal en esta forma: 520 menores de 10 años (aumento de un 135 por ciento); 1,542 menores de 10 a 13 años (aumento de un 157 por ciento); 2,277 menores de 13 a 16 años (aumento de un 103 por ciento); 453 menores de 16 a 18 años (aumento de un 56 por ciento). Las conductas de mayor porcentaje fueron el robo, que aumentó en un 244 por ciento; la vagancia y mendicidad, que aumentó en un 122 por ciento; la estafa, en un 112 por ciento, y la indisciplina y mala conducta, en un 99 por ciento. Las infracciones contra las buenas costumbres decrecieron, en cambio, en un 41 por ciento. Crecieron los actos inmorales realizados con muchachas.

El periódico informante inserta un comentario que no está inspirado ciertamente por la musa de la inteligencia. "Aparte la desintegración de los hogares —escribe— y la consiguiente falta de control de muchos padres sobre sus hijos, no existe causa suficiente para tal aumento de la delincuencia infantil".

Existen varias, específicas y oriundas de los regímenes políticos que han asolado a Europa, y vamos a intentar su exposición sumaria. Hay un factor de excepcional gravedad, que no dejó sentir su peso en la lucha pasada y que ahora habrá de gravitar sobre el futuro criminal del mundo de una manera abrumadora. Nos referimos a la educación recibida por los niños en los países totalitarios.

Las características de esa educación son conocidas de todos. Ziemer la ha llamado con acierto la educación para la muerte, para matar y para morir, fundada en un desprecio por la propia vida, que se proyecta lógicamente sobre las vidas ajenas. Una vez ganadas la guerra militar y la guerra política, constituye un imperativo ineludible llevar también la victoria a la guerra moral. El triunfo en ella será el de más difícil logro.

En Italia existe una juventud que ha aprendido a vivir peligrosamente. La peligrosidad es un fuerte factor criminógeno. Cuando se han deformado las blandas mentes infantiles, importa poco que existan obras protectoras de la maternidad y de la infancia, de asistencia a menores abandonados y extraviados, jurisdicciones perfectas para diagnosticar su antisocialidad, ordenarles un tratamiento y establecer su pronóstico social; instituciones donde se les reforme. Todo ello constituye una ficción grotesca cuando la escuela se ha encargado de mutilarlos, militarizándolos, prostituyéndolos políticamente, cultivando su instinto de aventura, poniendo armas en sus manos y haciéndolos para siempre la presa, de imposible manumisión, de una corrupción moral incurable.

En Alemania, las escuelas hitlerianas, que son todas las escuelas, les han cultivado la abnegación y el entusiasmo por la guerra y por el jefe del Estado, enseñándoles el evangelio de una religión política, basada en la fuerza y en el sacrificio; les han preparado para mandar y para obedecer; han extinguido en ellos la espontaneidad y la iniciativa; cultivando lo puramente físico y elemental, haciéndolos aptos para la empresa criminal y amputándoles todos los escrúpulos. Constituyen una generación de bandidos, predispuestos para las actividades del pillaje, de la crueldad y del crimen. Con esta educación, el nacionalsocialismo ha demostrado, con sagaz penetración psicológica, sus preocupaciones por el futuro. Detrás de las formaciones actuales columbramos, como señala Ziemer, un ejército de jóvenes más fanáticos todavía que los soldados de ahora, y será preciso también aniquilar a este ejército. Para ello habrá que librarlos de la infección moral que hoy los corroe. ¿Existe una terapéutica adecuada para

esta intoxicación? El criminólogo tiene el deber de declarar su escepticismo. La criminalidad de los menores ha sido profusamente favorecida en Alemania por los métodos de formación intelectual y moral de la infancia y de la adolescencia en el Tercer Reich. Las cifras de esa criminalidad son aterradoras. Su ascenso comienza tan pronto como el régimen se implanta y va creciendo con velocidad inusitada. En vísperas de la guerra, en 1938, el Anuario Estadístico del Reich nos ofrece datos cuyo interés y cuyo valor es útil destacar. La población de los reformatorios, ya muy densa con anterioridad y con expresión numérica casi constante, por lo dilatado de las estancias, pasa de 54,000 en 1934 a 78,000 en 1938.

Las cifras más interesantes son, sin embargo, las que se refieren a los delitos en particular. Los menores vagabundos aumentan en 150 por ciento. Los delitos característicos de esta edad, es decir, los pequeños ataques contra la propiedad ajena, sufren la misma agravación. En 1934 son sancionados por robo 7,000 menores y 12,000 en 1937. Los sancionados por daños contra la propiedad ajena aumentan en un 250 por ciento desde 1934 a 1937. Al fin y al cabo estos delitos traen desde la guerra anterior un incremento efectivo en todas las categorías de la delincuencia, consideradas en relación con la edad, desde la infantil hasta la adulta. Las condenas totales por robo, que alcanzaron en Alemania en el año de 1914 la cifra de 40,000 ascendieron hasta 106,000 en 1918.

Lo más grave es la aparición, dentro de la delincuencia de los menores, de formas de criminalidad que no habían merecido su atención o habían obtenido por su parte un cultivo limitado, como por ejemplo las lesiones, las estafas y los incendios.

Merece un examen especial la criminalidad sexual. Los delitos contra las buenas costumbres, representados en 1932, es decir, el año inmediatamente anterior al asalto del Estado por el nacional-socialismo, por la cifra de 600, suben en 1937 a 2,400; aumentan en los cuatro primeros años del nuevo régimen en un 300 por ciento. La nueva educación sexual implicaba estos riesgos. La abolición del pudor, el prematuro despertar del sexo, mediante la acción oficial, la maternidad precoz, el aborto autorizado,

la generación irresponsable, anecdótica y prematura, para aumentar los efectivos de la guerra próxima, las enseñanzas ambiguas de temas sexuales, las aglomeraciones disciplinadas y deportivas, que favorecen los impulsos del sexo en una sola dirección, los altos ejemplos de toda suerte de desviaciones y generaciones de la libido, todo el panorama de abyección y de perversión, que ha sido en su intimidad y en su publicidad el partido único, tenían fatalmente que conducir a estos resultados.

DIFICULTADES DE LA LUCHA

NO advertimos de momento los medios de combate que han de ponerse en práctica para triunfar contra esta herencia, con una triple victoria política, social y moral. Ziemer adjudica los siguientes rasgos psicológicos a la juventud alemana actual: totalitaria en el pensamiento y en la acción; arrogante, fanática; no tolera la oposición, desafía al débil, no sólo al débil corporal, sino al que lo parece por su lealtad y por su entusiasmo. Yace en lo profundo de esta descripción psicológica un verdadero complejo criminógeno. El pensamiento totalitario se caracteriza porque no admite herejes, sino sometidos; porque suprime al hombre para reemplazarlo por el súbdito; porque, definido por una minoría, sujeta a la mayoría a una obediencia de cadáver; porque es sumisión o destrucción. A aniquilar al disconforme tiende, en consecuencia, la acción que ha de servirlo. El delito es el medio predilecto de esta acción: abatir al adversario, destruyéndolo; debilitarlo, mutilándolo, conteniéndolo por medios violentos, sometiéndolo por la amenaza o por la sevicia; en síntesis, prisiones, campos de concentración, esterilización, castración, lesiones y muerte. La difusión del delito en el régimen nacional-socialista alemán, del delito real que las propias leyes autorizan y que las autoridades ignoran, es considerable. Como un patrimonio moral, se inscribe en las conciencias y se inserta en las conductas de las futuras generaciones. La arrogancia presta al acto criminal una explosión más pronta, impide cualquier impulso de inhibición, lanza a su ejecución eficaz y cruel. El fanatismo

anula todo motivo de oposición por parte de la conciencia del sujeto al pensamiento criminal. Hace de ellos verdaderos ciegos morales, según el conocido pensamiento de Lévy-Bruhl, y entre la idea criminal, el movimiento que la secunda y su actuación, anula todos los intervalos en que contraimpulsos propicios podrían aconsejar una detención en el camino del crimen. Engendra verdaderos delincuentes huracanados, que realizan el acto con el fatalismo de un fenómeno natural. El débil es su presa. Todos los débiles, es decir, todos aquellos que se mueven en la vida por motivos nobles, por el imperativo de unos valores morales. Esta horda, con ideas tribales de venganza y de exterminio, es un producto lógico de la crisis moral de nuestra época, vocada al crimen por estímulos naturales, que ninguna fuerza humana será capaz de neutralizar.

Tiene mucho de taumatúrgica la pretensión de ciertos moralistas que encuentran una tarea fácil la conversión de los fanáticos en creyentes. La moral política de los regímenes totalitarios ha creado sujetos inadaptables a un medio social normal, proyectando sobre ellos un destino criminógeno, que pesará como una carga dramática sobre varias generaciones.

Cuanto se ha investigado hasta ahora sobre la etiología de la delincuencia de los menores se refiere a los medios sociales normales y a los menores producto de esos medios. Cuando se ha sometido a esos menores a una verdadera formación para el crimen, deformando tenazmente sus conciencias con el mismo afán con que se dislocan los músculos para la práctica de los ejercicios peligrosos, nuestras hipótesis resultan invalidadas. Si a eso se agrega la acción de un ambiente en el que todos los estímulos nobles están prolijamente abolidos, la criminalidad de los menores se convierte en un hecho de laboratorio, en una reacción social, escrupulosamente preparada para que la conducta inmoral se desencadene.

Una acción paralela entre la teoría y la práctica se ha desenvuelto en Alemania. Mientras los teóricos de la criminología, algunos de ellos tan eminentes en el orden intelectual como despreciables en el moral, ponían el acento, con intransigencia, sobre los orígenes biológicos del

crimen, el Estado, convencido de las ventajas de la biología, procuraba deformar biológicamente a la infancia y moldearla para que sus conductas antisociales estuvieran esclavizadas por ese fatalismo, que los hombres de ciencia a su servicio se habían cuidado de señalar. Si el delito es un destino biológico, es innegable el hecho de que se ha favorecido por todos los medios la biología de ese destino.

Lo que el nacional-socialismo ha practicado insidiosamente es una pedagogía de la perversidad. Ciertas místicas políticas no son otra cosa, o lo son sobre todas las cosas, que un potente factor criminógeno, que deforma al hombre o lo sume en la abyección, y cuando ya lo ha intoxicado le ordena obrar. La corrupción moral de la infancia en esos países dará amargos frutos. El futuro frente criminal será terrible. El menor y el adolescente del porvenir sufrirán el contagio de los de esos países aun cuando se hayan formado en climas libres. Nos interesa que se evite ese contagio y que se rectifiquen en la medida de lo posible tales disposiciones siniestras, amorosamente cultivadas. Desearíamos ahorrar a las generaciones futuras la carga de dolor que nos ha abrumado a nosotros.

Nuestra preocupación de juristas es la misma que impulsó generosamente a los hombres de otros siglos en su lucha contra la esclavitud. No sabemos si esta servidumbre del crimen, a que han sujetado a los hombres del porvenir los países vencidos en esta guerra, será susceptible de una liberación. En todo caso, cooperar a que se produzca implica ya un ademán generoso del que nadie debe arrepentirse, por modesto que sea el esfuerzo en que ese propósito se traduzca.

Otra convicción pesa sobre nosotros y no nos cansaremos de insistir sobre ella. Lo fundamental en la delincuencia de los niños y de los adolescentes es el diagnóstico del sujeto, valorando su conducta en función de su personalidad y del medio circundante y otorgándole, en ocasiones, la categoría de un episodio. Si el delito es un producto ambiental, el tratamiento es sencillo y estrictamente sintomático: bastaría con evitar contactos futuros entre el sujeto y el ambiente. El problema cobra su máxima trascendencia cuando la conducta del menor encuentra

su determinismo en la personalidad. Hallada en ella la raíz del hecho, puede ésta ser superficial o profunda y entonces el estudio de la personalidad es doblemente necesario, no sólo para el tratamiento, sino para el pronóstico social, cuya importancia, en un sujeto en formación, asume una relevancia extraordinaria.

La criminalidad de los menores, acabada la guerra, ha de ser en determinados países un producto preferente de la personalidad. Con ello señalamos las dificultades de su tratamiento. Pensar, con un criterio limitado, originario de una mentalidad penal, que la separación del medio o de la convivencia ha de bastar para combatirla, constituiría la expresión de una ingenuidad de pensamiento, que condenaría la lucha contra ella a una esterilidad sin esperanza.

Nos importa insistir en la necesidad de que el menor delincuente quede, de un modo radical, totalmente fuera del derecho punitivo, por la acción en que se traduzca la lucha contra sus conductas antisociales y por el pensamiento que las inspire. Los medios de descubrirla, de identificarla, de diagnosticarla y de tratarla han de ser distintos de los que habitualmente se emplean para cuanto se relaciona, en esos cuatro importantes aspectos, con la delincuencia adulta.

El Estado ha de emprender esta importante e ímproba tarea con la seguridad, previamente adquirida, de que su acción no pueda convertirse, de un factor de preservación del crimen, en un factor eminente criminógeno. Y nadie puede sustraerse a colaborar en la empresa de reducir o de aniquilar el más patético de los legados de esta guerra.

LA CONFERENCIA DE LONDRES SOBRE EDUCACION

EL terreno en que ha podido producirse de un modo espontáneo cierta actividad internacional desinteresada, es en el de la ciencia y la cultura. Desde antes de la guerra de 1914, los hombres de ciencia, los artistas, los escritores y los pensadores, se han estimado y se han puesto en contacto entre sí, haciendo caso omiso de sus diferencias de nacionalidad. Se ha considerado que las verdades científicas, las obras maestras del arte y la literatura, están muy por encima de las fronteras nacionales. Así se llegó a formar en el mundo una vasta comunidad de espíritus, por la cooperación y el entendimiento recíproco de sus actividades. La primera guerra mundial desintegró momentáneamente esta sociedad internacional, pero se pensó, una vez firmada la paz, que en el mundo de la inteligencia había una base firme para establecer de modo permanente una comprensión internacional que colaborara con los pueblos y los gobiernos en la obra de evitar la guerra. De esta idea nació, en el seno de la Sociedad de las Naciones, el Comité de Cooperación Intelectual. El filósofo francés Henri Bergson se hizo partidario de esta idea y, por gestiones personales, consiguió la adhesión de Léon Bourgeois y Lord Balfour, quienes lograron que la Gran Bretaña y Francia hicieran una propuesta conjunta, aprobada por la asamblea en 1921, creando la C.C.I. Fueron presidentes H. Bergson de 1921-1925; H. A. Lorenz, de 1925-1928 y desde 1928 Gilbert Murray. El Comité se componía de veinte personas de diferentes nacionalidades, elegidas por el Consejo de la Sociedad, atendiendo a su eminencia en las diferentes ramas del saber. Como órgano ejecutivo de la C.C.I. se estableció en París, bajo los auspicios del Gobierno francés, el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, y, por iniciativa de éste, se formaron en 42 países las comisiones nacionales que debían ser las agencias locales del movimiento mundial. Se incorporaron también muchos organismos que eran antiguas sociedades con fines parecidos a la obra del C.C.I. El método seguido era casi siempre el de conferencias entre sabios o escritores eminentes de diversas nacionalidades, después de estudios preparatorios realizados por el Instituto. Participaban también en esas

conferencias profesores, estudiantes, u hombres representativos de diversas instituciones o actividades culturales. Las conferencias eran de diferentes tipos. Algunas con el fin de obtener una cooperación práctica entre instituciones nacionales existentes. Por ejemplo, conferencias internacionales entre universidades, bibliotecas, museos y galerías de pintura; asociaciones de maestros, organizaciones de estudiantes, etc. Otras conferencias tenían por objeto discutir sobre algunos estudios que hacen separadamente las diversas naciones. Así por ejemplo la historia, las ciencias sociales, el derecho internacional, etc. Conferencias con otras organizaciones como el cine y la radio. Por último, conferencias de individuos que reunían a los hombres de pensamiento más distinguidos de diferentes nacionalidades con el fin de conocerse unos a otros y conversar o discutir sobre las ideas más importantes, desde el punto de vista del futuro de la humanidad.

Por más que no se pueda desconocer la magnitud e importancia de esta obra de cooperación intelectual realizada por los organismos creados dentro de la Sociedad de las Naciones, es indudable que su acción resultaba incompleta para alcanzar los fines más altos a que se destinaban aquellos organismos. La obra de cooperación intelectual realizada entre las dos guerras tendía sobre todo a poner en contacto las minorías intelectuales de los diversos países y resultaba entonces que los efectos benéficos de la comprensión intelectual no trascendían a los pueblos interesados. Esta es quizá una de las razones que han movido a los diversos países representados en la última Conferencia de Londres a introducir reformas en la obra de Cooperación Intelectual, sin abandonar por completo los antiguos métodos preconizados por el Comité de Cooperación intelectual de la Sociedad de las Naciones.

La experiencia de esta última guerra ha hecho evidente a qué desastrosas consecuencias conduce una educación y una obra de cultura orientadas por fines nacionalistas, hacia la guerra y la conquista. Tal convicción ha hecho estampar las siguientes palabras al comienzo del preámbulo redactado por la Conferencia de Londres: "Que, puesto que las guerras principian en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz". El contraste entre las ideas que animaron a los hombres que se reunieron recientemente en Londres para discutir sobre las futuras relaciones espirituales de las Naciones Unidas, con las ideas que anteriormente inspiraban la cooperación intelectual, radica en que se intenta hacer resaltar ahora la importancia de la educación popular en la comprensión mutua de los pueblos. No es que el C.C.I. haya ignorado este

problema, pero su acción se orientó principalmente en el contacto de las formas más elevadas de la inteligencia y la cultura que sólo logran alcanzar la solidaridad de una minoría de espíritus sin arrastrar consigo el conocimiento y la comprensión de las masas populares.

La Conferencia de Ministros de Educación aliados celebrada en Londres el año de 1942, fué un indicio de que los Gobiernos comprendían el papel decisivo de la educación en la paz y en la guerra. El problema que consideraron en aquella reunión fué el de la reconstrucción educativa de los países devastados por la guerra, incluyendo a los países agresores. Parecía evidente que si no se tomaban medidas para reeducar a los pueblos cuyas mentes habían sido deformadas por la acción de la propaganda fascista y nacional socialista, subsistiría la mentalidad belicosa en Europa y por lo tanto el peligro de una nueva guerra. Sin embargo, en la misma conferencia se proyectó una organización mundial, dedicada especialmente a discutir los problemas de educación y cultura que afectaran la vida internacional de los pueblos. Aun cuando los países sean libres para resolver sobre sus leyes internas de educación, es evidente que si alguno de ellos admite en sus escuelas la difusión de doctrinas que sean una amenaza para la seguridad y la paz, los otros pueblos no pueden quedar indiferentes. Se pensó que las Naciones Unidas podían llegar en una conferencia internacional a un entendimiento de buena voluntad sobre tales problemas. Así nació, el proyecto de una organización para la educación y la cultura, y la recomendación para que se celebrara una conferencia, tan pronto como terminara la guerra, a fin de tomar una decisión internacional sobre dicho proyecto. Francia interesada en aprovechar la experiencia en materia de cooperación intelectual, que había logrado como centro de esta acción mundial antes de la guerra, elaboró por su parte otro proyecto semejante y figuró al lado de la Gran Bretaña como iniciadora de la Conferencia que había de celebrarse en Londres en noviembre de 1945. Se reunieron por fin en la capital británica las delegaciones de 46 países, todos miembros de las Naciones Unidas, para discutir el proyecto de los ministros aliados de educación conjuntamente con el proyecto francés. La Conferencia había de tener pues el carácter exclusivo de una asamblea constituyente, para decidir sobre la estructura de una organización especial dedicada a la educación y la cultura que, por otra parte estaba ya prevista en la Carta de San Francisco. Naturalmente se entendía que los proyectos elaborados constituirían meramente un

material de trabajo y una base de discusión, puesto que la asamblea era libre y soberana para tomar sus decisiones y tendría que buscar un acuerdo para conciliar los puntos de vista de los diferentes países reunidos.

Una de las tareas previas y esenciales para el trabajo de la Conferencia era fijar con toda claridad los fines de la Organización que se iba a crear. Pero no era posible señalar estos objetivos sin antes esclarecer los fines que la educación misma debe alcanzar. El punto de vista de México a este respecto fué expuesto de un modo elocuente por el Jefe de la Delegación, Jaime Torres Bodet, en su discurso ante la Conferencia. "Creemos que al intelectualismo del siglo XVIII y al materialismo del siglo XIX, el siglo XX debe oponer el concepto de una integración equilibrada y cabal del hombre, y que, si la educación de la inteligencia fué la ocupación primordial de los sistemas caducos en nuestros días y si la educación de la voluntad llegó a los extremos imperialistas que reprobamos, los horizontes actuales van a exigirnos una enseñanza para la cooperación internacional por la verdad, por la democracia y por la virtud".

Se expresaron ideas importantes de diversas delegaciones sobre los tópicos que eran motivo de la conferencia. Sin embargo impresionó el discurso de Torres Bodet, Jefe de la Delegación Mexicana, porque abarcaba los múltiples aspectos de la cuestión, demostrando tener plena conciencia de los problemas que iban a debatirse. A decir verdad, nuestro representante se reveló en su discurso como uno de los hombres más bien preparados en la materia de que se trataba. Su exposición contiene, por una parte, una acertada crítica de la cultura y la educación en cuanto a sus responsabilidades en la guerra que acaba de terminar. "En gran parte, la guerra es siempre el producto extremo de una insuficiencia o de una deformación lamentable de los sistemas educativos de las naciones. Y menciono así esos dos orígenes —primero, la insuficiencia y, después, la deformación— porque advierto que muchas voces se han elevado para indicar como causa de los delitos nazifascistas el extraviado criterio que definió sus regímenes de enseñanza. La observación me parece exacta, aunque incompleta. Es cierto; los postulados totalitarios, que guiaron a los falsos educadores del despotismo, produjeron un daño intenso en la tierra entera. Mas ¿hubiese sido posible implantar y desarrollar esa instrucción para el odio y para la muerte si, en la totalidad de los otros pueblos, hubiese habido un entusiasmo cordial por la democracia, un amor activo de la cultura, y para decirlo cruel pero breve-

mente, un concepto eficaz de la educación?" Pero Torres Bodet afirma su fe en que la educación tendrá una participación importante en la formación del mundo futuro. "Permitidme, señores, que os congratule de estar aquí, porque vuestra sola presencia indica elocuentemente una restauración de la fe en los poderes del espíritu. Esa fe nos ofrece un indicio claro de la Victoria. Indicio más claro aún que el hecho de ver izadas las banderas de los ejércitos aliados sobre los teatros y los palacios en que declamaban su odio los dictadores. Y signo más venturoso porque demuestra que, habiendo sabido derrotar por la fuerza a sus adversarios, los pueblos libres se disponen a ganar igualmente, por la razón, la batalla interior sobre sus conciencias". Desde un punto de vista social, con un criterio ponderado y justiciero hace ver lo que en esta guerra se debe a las masas y a los individuos. "Nunca ha debido más lo mejor de nuestra existencia a las mayorías; porque fué en ellas, en sus filas inmensas de hombres, de mujeres y hasta de niños en las que la fe en el progreso y la libertad despertó el heroísmo anónimo que salvó—una vez más— al género humano. Y, al mismo tiempo, sin paradoja, nunca debieron más el progreso y la libertad a la selección y al rigor de las minorías".

"Sin los estados mayores de la técnica, de la ciencia y de la estrategia ¿qué hubieran hecho los pueblos para afirmar sus nítidos ideales? Esta doble deuda que tiene el mundo (la deuda para las masas sacrificadas y la deuda para los investigadores que concibieron los instrumentos definitivos de la victoria) precisa el centro de todos nuestros problemas: encontrar una forma de convivencia en que la creación de las grandes personalidades no suponga olvido para las masas y en que la expansión de las masas no implique la asfixia del individuo". Después de estas consideraciones de un orden general, entra Torres Bodet a definir, con toda decisión el criterio de México, en lo que respecta a la educación para la paz, cuyas finalidades son, "a juicio de mi Gobierno, las de suprimir los recelos y los rencores, dominar el odio, estimular la solidaridad humana, compensar el ejercicio de la inteligencia pura con la práctica y la estimación del trabajo manual, ahondar, en la formación del ciudadano, el sentido de que ninguna ciudadanía ha de exaltarse por encima de las obligaciones sociales de la equidad universal y hacer, en suma, de toda educación nacional respetuosa de las aspiraciones, de las costumbres y de la autenticidad de la Patria, una base de apoyo para la cooperación internacional en la independencia y en la justicia". Hubiera sido un

vicio de origen de la organización que se proyectaba el no definir claramente los principios fundamentales que habían de servir de norma general en su funcionamiento futuro. Por ello una de las tareas más importantes que se propuso la Conferencia fué la de redactar, como preámbulo de su estatuto, una exposición en que constaran las razones que justificaran el establecimiento de una nueva entidad internacional que había de llevar el nombre de *Organización Educativa, Científica y Cultural de las Naciones Unidas*, cuyos objetivos serían cooperar en el mantenimiento de la paz internacional y la promoción del bienestar general de la humanidad. Asimismo, era indispensable, dejar asentado en el mismo estatuto, en términos precisos, los propósitos y funciones de la nueva organización. Para ese fin se utilizaron los proyectos sometidos a la Conferencia, pero ésta pensó darles una nueva forma para responder a las ideas presentadas por diversas delegaciones. Un comité en el que participó el Jefe de nuestra delegación dió cima a la tarea de fijar la redacción definitiva en términos que merecieron la aprobación de la Conferencia. En las partes correspondientes del Acta Final puede advertirse la influencia de las ideas presentadas por México. En la parte final de los considerandos se leen, por ejemplo, estos dos párrafos: "que la difusión amplia de la cultura y la educación de la humanidad para la justicia, para la libertad y para la paz son esenciales a la dignidad del hombre y constituyen un deber sagrado que todas las naciones deben cumplir dentro de un espíritu de responsabilidad y de ayuda mutua.

"Que una paz basada exclusivamente en los acuerdos políticos y económicos de los gobiernos podría no obtener el apoyo sincero, perdurable y unánime de los pueblos y que, si esa paz no ha de fracasar, deberá fundarse sobre la solidaridad intelectual y moral del género humano".

Entre los propósitos que se asignan a la Organización se encuentran los de promover la educación popular, y la expansión de la cultura; la colaboración internacional para ofrecer iguales oportunidades en la educación; asegurar la conservación y protección de la herencia mundial de libros, obras de arte y monumentos históricos; impulsar el intercambio internacional de educadores, hombres de ciencia y publicaciones culturales de toda índole, etc.

A nadie que haya observado el entusiasmo con que las Naciones Unidas concurrieron a la Conferencia de Londres, poniendo, a través de sus delegados, toda su buena voluntad e inteligencia, puede ocultarse el importante papel que la Organización educativa y cul-

tural está llamada a desempeñar en el mundo de la posguerra. Es un hecho que en la vida individual de los países se hace sentir cada vez más la interdependencia mundial de todas las actividades humanas incluyendo su vida espiritual. Será urgente para la formación de las nuevas generaciones que los hombres de pensamiento y educadores mejor preparados, establezcan sobre bases científicas y filosóficas, cuáles son los ideales de la vida más propios para elevar el nivel humano y superar los resabios de animalidad que conducen a la guerra. Mediante la nueva organización podrán realizarse conferencias en que colaboren los educadores más eminentes para fijar una pedagogía que, respetando las exigencias educativas y culturales de cada país, trace las líneas más generales de un tipo humano cuyo espíritu quede asentado en los valores más firmes de la moralidad. Y sólo mediante esta colaboración internacional en la educación puede inculcarse en los hombres, el sentimiento de la solidaridad humana por encima de las fronteras nacionales. Tiene el mérito, la Organización creada en Londres, de entender la cooperación intelectual de modo muy esencial entre los pueblos mismos, pues sólo la comprensión espiritual de pueblo a pueblo, y no sólo la de sus elites, puede conducir a un equilibrio internacional, a una paz que esté apoyada en la simpatía y buena voluntad de unos pueblos con otros.

Samuel RAMOS.

ANIBAL PONCE

DESDE el fondo de mi alma, mexicanos, y en nombre de mis compatriotas, agradezco homenaje tan conmovedor a este compañero nuestro caído prematuramente, que realizáis bajo el ilustre auspicio del señor Rector de la Universidad y del señor Decano de la Escuela de Economía.

Las palabras que en nombre de los que fueron sus discípulos, ha pronunciado el señor Luis Yáñez, y las fraternales del profesor Jesús Silva Herzog, este hombre que lo ha acogido con la ancha cordialidad que sólo él sabe tener, subrayan las cualidades excepcionales de Anibal Ponce. Homenaje indiscutiblemente justo a este pensador y escritor argentino, el primero en su época, que continuó aquí hasta su último suspiro, sin ceder en un ápice su magnífica obra docente y de investigador, esclarecedora, austera. Es seguro que centenares de miles de argentinos y de americanos acompañen con emoción recóndita el tributo que rinde a su antiguo catedrático esta Escuela Nacional de Economía, de responsabilidad destacada a indiscutibles méritos, y se adelanta a los homenajes que en los tiempos venideros harán a este hombre, que en medio de las tinieblas de los años en que le tocó vivir, exploró, anunció y luchó por los tiempos nuevos.

¡¡Increíble!!, ¡¡Increíble!!, fué la última palabra que repitió Anibal Ponce cuando entró en la sombra devorado por la fiebre. Increíble que se cortara su vida en flor en el cruce de un camino. Increíble, cuando había tantas cosas por hacer en un mundo agitado por la más tremenda de las convulsiones, en el que Ponce era espectador y actor de tan alto rango. Increíble que desapareciera mientras su aguda mirada avizoraba el resplandor de la aurora siempre ansiada, que los hombres de bien levantaban sobre sus hombros ensangrentados; en el mismo período en que tantos se extraviaban en el tembladeral de ese fatídico año de 1938, de putrefacta "no intervención", de munichismo, de tembloroso y cobarde aislacionismo. Increíble que él, tan arquitecto de nuestra América Latina, teatro de intelectuales "irresponsables", dejara sólo empezada una obra para la que no bastan las energías de to-

* Palabras pronunciadas durante el homenaje rendido a Anibal Ponce en la Escuela de Economía, de México, el día 17 de agosto de 1945.

dos y en todo momento. Increíble que muriera lejos de su Argentina entrañable, de su hogar, de sus amigos, de su paisaje, de su tierra, de su aire, a la que más amó, no sólo porque lo engendró y nutrió con todos sus jugos, sino que se dió a ella sin reservas. Increíble que cesara así, un día, por un estúpido azar, de querer, de gozar, de sufrir, él, que amaba tanto vivir, que multiplicaba en el hondón de su ser privilegiado las vibraciones de la luz, de los efectos, de las bellezas, de las grandezas. . . . Increíble que a este servidor del espíritu se le quebrara la espada llameante en medio del combate.

Increíble para nosotros, sus amigos, que lo habíamos visto partir con la rabia de la impotencia, frente al complot de siniestros sacristanes al servicio de un régimen crepuscular. Increíble para los que estábamos habituados a sus enseñanzas, a sus análisis luminosos, a su acción serena y coherente, sin descanso y sin fatiga, como la de las estrellas. Increíble para los que gozábamos de la fiesta de su estilo, de su gracia aligera, del calor de su amistad, de su relación personal tan profundamente cordial.

Quiero decir aquí, por qué Aníbal Ponce fué el más destacado de nuestros intelectuales. No había nacido en la batalla como Julio Antonio Mella, por ejemplo, con ese temperamento formidable y sus pasiones hirvientes, combatiente desde el primer instante en lo más difícil del entrevero. Ni en la pobreza, como este otro gran americano, José Carlos Mariátegui, cuya primer etapa de vida fué el drama silencioso del intelectual limitado en todos los cursos, pero que por la fuerza de su pasión creadora, vence todos los obstáculos para engendrar una obra imprecadera.

Ustedes vieron llegar a Aníbal Ponce con esa presencia casi abacial, pulcro en sus maneras y en el decir, con su fina voz insinuante, con la mirada de hipermétrope, ya maduro y preciso su pensamiento revolucionario. Procedía de una vieja familia criolla, de una localidad de la provincia de Buenos Aires, no muy distante de la Capital Federal. Se había formado en uno de esos limpios hogares de la burguesía provinciana, con ese recatado decoro que no atiende sólo al culto de las formas. Algunos artículos le valieron, apenas salido de la adolescencia, la secretaría de redacción de "Nosotros", la revista literaria más prestigiosa del país y tal vez del Continente. Llamó la atención de José Ingenieros, entonces uno de los mentores intelectuales de América. Ingenieros había dejado de lado sus tareas científicas, y se había entregado a producir, asombrosamente, en filosofía, en sociología, en historia, en humanidades. Pero sobre todo, después de su memorable confe-

rencia sobre la "Significación histórica del maximalismo", Ingenieros se había divorciado de la encumbrada sociedad argentina que lo había halagado como a niño mimado, para aplicarse a la creación de los tiempos nuevos, en aquellos años que se inician al finalizar la primera guerra mundial. Entre tantas empresas de cultura que emprendió con tanta dedicación y eficacia, se destacaba su gran "Revista de Filosofía". Pues bien, Ingenieros, consagrado desde hacía tiempo por tantos motivos como uno de los pensadores señeros del Continente, tendió a Aníbal Ponce, entonces de 23 años, su mano fraternal y lo asoció a la dirección de la Revista. A su lado, fué creciendo. A los cuatro años falleció Ingenieros, y Ponce continuó hasta 1929 en la Dirección. Dedicóse principalmente en este período, a los estudios psicológicos—era profesor en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario—y a la crítica científica, filosófica y literaria. De ese período, datan algunos libros excelentes, el último de los cuales publicó en 1936; entre ellos se destaca la "Psicología de la adolescencia", reeditada aquí cuidadosamente por su amigo y compañero, el profesor R. Cordero Amador (Unión Tipográfica. México, 1938). En la Revista publicó su hermoso ensayo sobre el maestro querido, cuando su desaparición.

Contemporáneamente, Ponce fundó dos instituciones que gravitaron fuertemente sobre la vida intelectual argentina y americana. En colaboración con Luis Reissig echó las bases del Colegio Libre, que adquirió rápidamente gran prestigio. En él expusieron doctrinas e investigaciones, al margen de academias y universidades y de los burócratas de la enseñanza de pensamiento anquilosado, personalidades y gente joven, de méritos reales e impulso renovador. De actividad más militante fué la Agrupación de intelectuales, artistas, periodistas y escritores (AIAPE) que congregó a la gente de izquierda que tenía tantas cosas que decir y que hacer, a la vanguardia de los escritores y artistas más combatidos, que difundieron su pensamiento por los ámbitos y tribunas de mi patria.

Ambas fundaciones no tuvieron ayuda oficial alguna, sino su hostilidad. Se mantuvieron sólo con la contribución de sus asociados, es decir, fueron indómitamente libres, en condiciones de llevar adelante las tareas que su inspirador le asignó. Vivieron bajo el signo de la continuidad; no fueron pues, el producto de una voluntad débil ni de un impulso emocional, sino el resultado de un pensamiento maduro, fecundado por una voluntad persistente. A través de estas y otras realizaciones, Ponce llegó a ser figura rectora del pensamiento en la Argentina.

Realizó dos viajes a Europa. Algunas de las observaciones del primero, fuertemente influenciado por la intelectualidad francesa, constan en sus "Apuntes de viaje", libro agudo en que campea su ingenio travieso. El segundo viaje, decisivo para su formación, fué a la Unión Soviética. En artículos posteriores y en carta, también publicada en México, consta la conmoción que sufrió ante la visión del mundo soñado, exento de las sucias fealdades, de las taras y duplicidades de la sociedad burguesa. Ponce no era un improvisado en materia social, estaba preparado para asimilar enseñanzas tan grandiosas, pero esta experiencia inolvidable contribuyó a afianzar sus convicciones, a ampliar sus horizontes, a acrecentar su pasión, impulsó su puro interés por el estudio y el combate. Uno de sus medios expresivos fué "Dialéctica", revista de ideas de la escena contemporánea y de doctrina marxista, obra suya por entero, muy pronto truncada por la dictablanda del general Justo, entonces presidente "constitucional". "México Agrario", que dirige con tanta pulcritud el licenciado Diego Rosado de la Espada, el dilecto amigo durante su breve paso por la Universidad de Michoacán, reprodujo de "Dialéctica" en el número de homenaje a Ponce (México Agrario, abril 1943), el "Examen de la España Actual", las tres conferencias que dió Ponce, apenas iniciada la invasión fascista a la península; análisis luminoso y erudito a la par, en el que se pone de relieve la inmensa cultura y la fuerza ideológica que impregnaba su obra cuidadosamente laborada. Pues también era un escritor excepcionalmente notado. Los que lo han leído, gozaron no sólo de su gran provecho intelectual, sino que han tenido verdadero deleite. Recuérdense sus obras sobre Sarmiento, "De Erasmo a Romain Rolland", "Educación y Lucha de Clases", y sobre todo sus trabajos reunidos en "Viento en el Mundo", escrito en su inconfundible estilo, ceñido, ágil, nervioso, lleno de gracia y al mismo tiempo recio y filoso como la mejor espada.

Ya estaba conformada su personalidad, ya estaba en posesión del instrumento intelectual, de la fuerte idea, que fué en la última etapa de su vida la columna vertebral de su obra revolucionaria, ya estaba pronto al sacrificio. Desde 1930 una sombra espesa envolvía la vida política de mi país. El golpe de estado de septiembre de ese año, había entronizado un régimen pro-fascista, del que aun no se ha podido desembarazar, intermitentemente blando o cruel, pero severamente controlado por las fuerzas del más feroz y repugnante de los imperia-lismos. La dictadura policial, alarmada ante el poder expansivo de sus escritos, le levantó un proceso estúpido, lo despojó de su modesta

cátedra de Psicología —la única posición oficial que tuvo— y lo obligó a salir del país. Más aún, persiguió a los que salieron en su defensa; hubo profesores que fueron exonerados por haber expresado su solidaridad con Ponce. Pero a decir verdad, el despojo y el destierro de Ponce no provocaron la conmoción y resistencia que debieran.

Ponce sabía lo que le podía acontecer, lo que al cabo le sucedió. Mas tal como lo había predicado, así cumplió. Sin alardes ni ceño fruncido, con alegre austeridad, siguió hasta el final el camino, dando con la sangre de su existencia cotidiana el ejemplo que los obreros de la inteligencia debemos tener siempre presente, jamás olvidar.

No estuvo desde el principio en la dura brega cotidiana del sindicato, de la universidad, de la calle. Por pura coincidencia del deber del pensador, por fuerza de su desarrollo lógico, ascendió a la aspera cumbre desde la cual abarcó el panorama del mundo, y obedeció sin reticencias a su mandato de hombre. Sabía muy bien, y lo dijo, que frente a un pensador que surge, la sociedad sigue dos caminos, o atraerlo con honores y agasajos hasta domesticarlo, o perseguirlo para concluir con él, hasta con la cicuta si es posible. En otros siglos, el intelectual formaba en la servidumbre de los señores. La inteligencia guarda hoy aún mucho de ese viejo rastro, pero actualmente la sociedad tiene maneras menos duras, pero no menos eficaces, para constreñirlo a su servicio. En ese breviario del trabajador intelectual que se inicia, "El viento en el mundo", recuerda el severo castigo a los que tuvieron el coraje de decir la verdad antes de haberse asegurado el pan de toda su vida. La norma rectora de la conducta debe ser la dignidad personal. Eso, fundamentalmente, fué Ponce, un hombre digno, con decoro, en el polo opuesto de aquellos otros que cubren sus "agachadas" con retórica, o se extravían en los tortuosos vericuetos de las palabras justificadoras. Más aún; quedarse en el conocimiento puro es cumplir sólo la mitad del deber. Junto al pensador, preguntaba: ¿no vive acaso otro ser de voluntad y de acción práctica, capaz de inclinarse sobre el drama humano y compartir sus inquietudes y dolores? Cada desfallecimiento es un triunfo de los otros, cada inconciencia una traición. En cambio, ¡qué profundas satisfacciones, qué completud de vida para los que cumplen su deber! "¿Qué pueden significar los sacrificios, si al mezclarlos a la vida de la época y al batallar en ella, vais sintiendo al mismo tiempo que os aumenta el tamaño del corazón?"

Ponce eligió vuestro país para estudiar y trabajar. Hombre de costumbres occidentales, pudo haberse dirigido a Francia, o a la Unión

Soviética, donde era altamente estimado, a Estados Unidos. Pudo residir en Chile o en Uruguay, o en cualquier otra parte. ¿Por qué prefirió México? Porque México era una democracia, porque era un país libre, porque era una nación adolescente por su tradición revolucionaria, porque su aguda mirada atravesaba las sombras del momento y avizoraba el porvenir. He seguido con la emoción que pueden imaginar, las huellas de su paso por vuestro país. No ignoro las desilusiones que sufrió, las promesas incumplidas, la hostilidad de los reaccionarios. Pero él quería a México, y aquí también sufrió y amó, trabajó y enseñó. Aquí vino sin cartas de presentación ni de recomendación, casi sin amistades. Y muy pronto tuvo amigos, tuvo discípulos, inspiró respeto, y cuando se disponía a dar más a vuestro país y a América, su vida fué quebrada. A través de las cosas turbias del instante, creyó y trabajó en el gran porvenir de vuestro país. Quería sorprender, como Sarmiento, el secreto de su grandeza y desfallecimientos. Por la acogida que le habéis dado, por vuestra amistad, una vez más me hago eco de la gratitud que los argentinos les debemos.

Silva Herzog propuso que una de las aulas de esta Universidad en la que enseñó, lleve su nombre en reconocimiento de su labor docente en esta Casa de altos estudios. Por mi parte, me atrevo a proponerles la creación de un Centro que lleve su nombre; que no sea simplemente la sociedad la que haga reverencias a la memoria de un gran hombre, sino que prolongue y profundice su obra y su camino. Y que sea el órgano de vinculación de México con Latino-América, y especialmente con mi patria.

México tiene centros de relación intelectual con diversos países de Europa, con la Unión Soviética, con Estados Unidos, pero carece aún de ese instrumento de relación cultural con las naciones hermanas del Continente. Constituido sobre bases renovadoras, puede reportar grandes servicios. Comprometo el interés de mis compatriotas para esta fundación, y su empeño por un organismo similar en la Argentina.

Bajo el signo de Anibal Ponce y de su vida pura, austera, gloriosamente fecunda, los hombres libres de América, los pensadores sin taras ni miedos, encontrarán el punto de partida y de confluencia para la gran obra, para la inmensa obra que nuestras patrias reclaman de ellos.

Gregorio BERMANN.

Aventura del Pensamiento

LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA

DIRECCIONES, TEMAS Y NOTAS FUNDAMENTALES

Por *Risieri FRONDI*ZI

1.—INTRODUCCION.

ALGUIEN ha observado con acierto que la opinión que expresa una persona sobre las modalidades de otra generalmente revela los secretos de la naturaleza de la primera más que los de la segunda. Esta aparente paradoja alude a una característica fundamental de los juicios del hombre sobre el hombre y tiene su equivalente histórico en la opinión de un período o generación sobre otro.

Cuando intentamos caracterizar y valorar un período de la historia de la filosofía advertimos la imposibilidad de desprendernos de nuestras propias ideas y creencias acerca de la filosofía y de la historia. Quienes prometen caracterizaciones "objetivas" de pensadores o direcciones filosóficas no han reparado, o no logran ver, el conjunto de elementos y factores personales que se agitan tan pronto como nos ponemos en la tarea.

La imposibilidad de una caracterización "neutra" adquiere su mayor sentido y significación cuando somos contemporáneos al período o generación filosófica que nos proponemos juzgar. En tal caso, nuestro juicio no sólo supone una manera personal de entender la historia de la filosofía sino también—quizá fundamentalmente—una propia concepción de lo que es o debe ser la filosofía. En otras palabras, junto a la actitud histórica adoptamos una actitud profética puesto que apreciamos el presente por la dirección que juzgamos tendrá la filosofía en el futuro. La razón es obvia. De las notas, inclinaciones y tendencias de la filosofía contemporánea, destacaremos aquellas que,

a nuestro juicio, están llamadas a perdurar en el futuro por la vitalidad que creemos descubrir en su seno. La importancia y significación de un pensador depende de la fecundidad de sus ideas en las generaciones que le suceden; es decir, de la perduración del eco de su voz. Al apreciar el presente debemos anticipar ese eco o sustituirle por el que ha tenido en nuestro propio espíritu. Igual cosa sucede con los problemas, métodos, disciplinas y direcciones filosóficas.

Estas anticipaciones o adelantos teóricos se advierten tanto en las caracterizaciones de orden general como en los detalles o matices en la apreciación del presente filosófico. Fácil es descubrir la dependencia de los juicios sobre el pensamiento contemporáneo con la propia concepción de la filosofía, si comparamos la opinión de un filósofo alemán con las que tiene un pensador inglés, por ejemplo. Un alemán destacará —como nota del pensamiento contemporáneo— las nuevas conquistas de la filosofía de la cultura, las indagaciones acerca de los valores y el interminable buceo en las profundidades del espíritu humano. El inglés, por su parte, no prestará atención primordial a las cuestiones de filosofía de la cultura, axiológica y antropología filosófica para destacar, en cambio, los temas de teoría del conocimiento y filosofía de la naturaleza, y la importancia y rigor de los nuevos métodos de indagación filosófica que, a su juicio, han permitido superar la etapa vaga y oscura del filosofar de otras épocas, y adquirir claridad y precisión en la terminología y en el planteamiento de los problemas. Poco comprende la íntima complejidad que explica esta discrepancia de apreciación quien la atribuya a orgullo nacional o propaganda en favor de una determinada filosofía. Se trata de juicios que tienen su raíz en distintas concepciones de la filosofía que, a su vez, dependen de un temperamento y una formación cultural distintos. No nos referiremos a lo primero porque nos obligaría a apartarnos buen trecho de la ruta que conduce al tema que nos preocupa en este momento. En cuanto al segundo aspecto, queremos tan sólo anotar de paso que, en parte, la distinta concepción se debe a que los pensadores alemanes de este siglo han

tenido, en general, una formación humanista, mientras que los ingleses y norteamericanos provienen de las ciencias físico-naturales. El hombre y sus creaciones forman la preocupación de los primeros. El conocimiento de la naturaleza, inspirado en los métodos y adelantos de la ciencia actual, atrae a los segundos. Juzgar una filosofía de acuerdo a los esquemas, finalidades y supuestos de la otra es cometer una injusticia, que supone una ingenuidad. Muchos latinoamericanos, formados bajo la tutela de la filosofía alemana, han cometido esta ingenuidad. Han reparado en los pensadores ingleses y norteamericanos que se preocupan por temas axiológicos, de filosofía de la historia y de la cultura, de antropología filosófica, etc. que no resisten, por cierto, a ninguna comparación con los grandes pensadores alemanes de este siglo, que tanto han aportado a la dilucidación de estas cuestiones. Y concluyeron adoptando cierto aire de superioridad al juzgar el pensamiento anglo-sajón contemporáneo. Quienes toman esta actitud olvidan las discrepancias fundamentales, en cuanto a finalidades, preocupaciones e intereses de los pensadores alemanes y anglo-americanos y juzgan a éstos según los esquemas de aquéllos. El desconocimiento de la literatura filosófica inglesa y norteamericana, unido al interés que tienen por los temas de origen alemán explica que reparen justamente en quienes, por su aproximación al pensamiento tudesco, no representan el genio anglo-sajón y son pobres exponentes de una preocupación sin tradición cultural en su pueblo. El injerto fenomenológico y la axiología son dos claros ejemplos de lo afirmado.

Para la gran mayoría de los latinoamericanos un panorama del pensamiento contemporáneo en poco diferirá de una exposición de la filosofía alemana de este siglo. Más aún, es posible que nos prometan hablar—como G. Gurvitch en su difundida obra—de “Las tendencias actuales de la filosofía alemana” y nos expongan luego el desarrollo del movimiento fenomenológico.

En cambio, un pensador inglés, familiarizado con la literatura filosófica contemporánea—Bertrand Russell—en un interesante artículo sobre *La filosofía en el siglo*

XX¹ divide lo que él llama filosofía académica en tres grupos. En primer lugar los continuadores del pensamiento clásico alemán. En segundo término Bergson y el movimiento pragmatista. Y, por último, el llamado realismo que considera que la filosofía no tiene ni métodos ni verdades que le sean peculiares.² Como se ve, la fenomenología no aparece por ninguna parte. Ni siquiera como sub-especie de uno de estos tres grandes géneros. Y no es por desconocimiento puesto que Russell se ha referido a los escritos e ideas de Husserl en otras oportunidades.

Cada uno atisba el horizonte desde su propia atalaya. El error fundamental no consiste en cometer una injusticia dejando de lado un pensador o dirección filosófica importante sino en creer en la validez objetiva del esquema que uno traza y que está inevitablemente impregnado—cuando no inspirado—por las propias ideas y creencias.

Si estas son las circunstancias en que debemos emprender nuestra tarea, ¿qué podemos hacer? ¿Renunciaremos desde un principio a caracterizar la filosofía contemporánea conformándonos con la fría exposición de un repertorio de opiniones ajenas? ¿Debemos resignarnos a decir que para fulano la filosofía contemporánea consiste en tal cosa y para mengano en tal otra? Quienes están familiarizados con los problemas filosóficos saben muy bien que las dificultades anotadas, que impiden alcanzar una caracterización objetiva del pensamiento actual, no son propias de este tema. Son inherentes a todas las cuestiones filosóficas. Más aún, se las encuentra también en la simple descripción de la realidad física.

Intentaremos cumplir con nuestro objetivo renunciando—en la medida de lo posible— a la propia concepción de la filosofía, pero sin olvidar que el observador no puede dejar de formar parte de la realidad que describe.

¹ Publicado originariamente en DIAL y reimpresso en el volumen *La filosofía en el siglo XX*, editado por Dagobert D. Runes (New York, Philosophical Library, 1943), págs. 227-249.

² Op. cit. pág. 228.

2. DIRECCIONES DE LA FILOSOFÍA ACTUAL

LA manera más adecuada para lograr un panorama descriptivo de la filosofía contemporánea quizá sea intentar un balance de sus direcciones, temas y notas más destacados. Puesto que es evidente que la filosofía contemporánea existe en tanto realidad cultural contenida en unos cincuenta escritos que ofrecen diversidad de temas, objetivos, orientaciones y lenguas. Nos atenderemos, pues, a este hecho cultural innegable que hemos tenido que aislar de una copiosa literatura filosófica que ha surgido, por lo general, a expensas de los cincuenta escritos aludidos.

Como aspiramos a una hipotética objetividad, las direcciones que expondremos a continuación no están ordenadas jerárquicamente, si bien no hemos renunciado a los juicios de valor, puesto que hemos tenido que dejar de lado a más de un pensador o dirección filosófica.

En un primer grupo podemos incluir a numerosos filósofos europeos y norteamericanos que se inspiran en el idealismo alemán y que constituyen las direcciones filosóficas más homogéneas de fines del siglo pasado y principios del actual. Nos referimos al neo-kantismo y al neo-hegelianismo. El primero comienza alrededor de 1860 gracias a la prédica de Lange y Liebmann, domina en los círculos filosóficos alemanes de fines de siglo y principios del actual con la "escuela de Marburgo" de H. Cohen y P. Natorp, y adquiere singular prestigio con la teoría de los valores de W. Windelband y H. Rickert. Con la muerte de Ernst Cassirer —acaecida en abril del presente año— desaparece el último gran representante del neo-kantismo. En Francia esta dirección filosófica está representada por J. Lachelier, y en Italia por un grupo de pensadores conocidos por sus trabajos de historia de la filosofía como Tocco, Fiorentino, Masci y Tarantino.

Más que el kantismo, en Inglaterra adquiere importancia el hegelianismo, que tiene su punto de arranque en la conocida obra de Hutchinson Stirling *The Secret of Hegel*. Movimiento que adquiere singular importancia debido a la contribución de T. H. Green, en un principio y John y Edward Caird más tarde, y que culmina con F. H. Bradley.

En Estados Unidos el neo-hegelianismo se inicia alrededor de 1870 al fundar W. T. Harris la primera revista filosófica norteamericana —*Journal of Speculative Philosophy*— e iniciar una serie de traducciones y comentarios de las obras de Hegel. Su representante más vigoroso y original fué J. Royce, uno de los sólidos pilares de la filosofía norteamericana.

Resulta curioso observar el extraordinario desarrollo que adquiere el hegelianismo en Gran Bretaña y Estados Unidos, que reina indiscutido durante muchos años y en momentos en que su hegemonía se había eclipsado en el país de origen. Sorprende, en primer lugar, porque la tradicional mentalidad empirista de los pueblos anglo-sajones parecería poco propensa a dejarse arrastrar por el ímpetu especulativo de lo absoluto. Y en segundo lugar, porque ambos pueblos carecían de una previa cultura filosófica kantiana que parece necesaria para que la especulación de Hegel adquiriera sentido.

Dentro del movimiento idealista de raíz hegeliana, y sin ánimo de menospreciar la originalidad de sus ideas, podría incluirse a los dos máximos filósofos italianos de este siglo: B. Croce y G. Gentile.

Para terminar con este primer grupo de pensadores, diremos tan sólo que tanto el neo-kantismo como el neo-hegelianismo son epígonos de un movimiento en extinción y que desaparecerá por completo con la muerte de los pocos representantes que aún han sobrevivido al ocaso de esta dirección.

Un movimiento similar al estudiado —en tanto implica un retorno a un modo de filosofar anterior— es el neotomismo que ha alcanzado extraordinaria difusión en los círculos católicos y principalmente en Francia, Bélgica, España y la América Latina. J. Maritain y Garrigou-Lagrange son los máximos representantes de esta dirección, que no ofrece mayor novedad teórica, quizá por estar agobiada por preocupaciones político-sociales inspiradas en una ética dogmática.

En los países anglo-sajones, la culminación del idealismo absoluto dió origen a un movimiento polémico que pronto se convirtió en vigorosa oposición y del que surgieron dos importantes direcciones filosóficas: el realismo y el prag-

matismo. En efecto, en 1893 se publicó la obra fundamental del idealismo inglés—*Appearance and Reality*, de F. H. Bradley—y en 1900 y 1902 los dos volúmenes de la obra cumbre del idealismo norteamericano—*The World and the Individual*, de J. Royce—. G. E. Moore publica en 1903 en la revista inglesa *Mind* su famosa *Refutation of Idealism* y un año más tarde ve la luz el artículo de William James titulado *¿Existe la conciencia?* que edita *The Journal of Philosophy*. Ambos artículos constituyen el punto de partida de la lucha abierta en contra de la concepción idealista y proporcionan los gérmenes que adquirirán amplio desarrollo en manos de los verdaderos sostenedores del realismo. El neo-realismo norteamericano es el primero que aparece como grupo homogéneo con su "Programa" de 1910 y la obra conjunta—*The New Realism*—publicada dos años más tarde. Le sigue el llamado "realismo crítico" con una obra escrita también en colaboración y publicada en 1920. Este período es muy fecundo y la producción se contiene, en un principio, en numerosos artículos—publicados en su mayoría en *The Journal of Philosophy*—y posteriormente en gruesas obras que adquieren rápida difusión. R. B. Perry, del grupo de seis neo-realistas y George Santayana y R. W. Sellars de los siete realistas críticos son quienes contribuyen en forma más continuada y original a enriquecer la literatura filosófica realista de habla inglesa.

En Inglaterra, a su vez, el realismo está representado por G. E. Moore, B. Russell y S. Alexander, autor, éste último, de una obra que perdurará en la filosofía inglesa: *Space, Time and Deity*.

Al hablar de la reacción en contra del idealismo absoluto citamos el conocido artículo de James sobre la conciencia. Dicho escrito es también el punto de arranque del pragmatismo norteamericano. James compartió con el realismo tan sólo el repudio al idealismo absoluto y bien pronto inició un movimiento, que llamó pragmatismo, en una obra que lleva ese título y que fué continuada por otra no menos importante, *The Meaning of Truth*. El pragmatismo convive en James con su pluralismo y con un empirismo radical, tan importante como su pragmatismo.

Contemporáneamente a James, John Dewey inicia en la Universidad de Chicago y prosigue en Columbia un movimiento de raíz similar y que llama "instrumentalismo", expuesto en decenas de artículos polémicos y constructivos. Sus obras *The Quest for Certainty* y *Experience and Nature* son sus escritos sistemáticos fundamentales.

Dentro de este tercer gran grupo de la filosofía contemporánea —el pragmatismo— debemos citar también a G. H. Mead, de quien Dewey toma más de una idea, y al inglés F. C. S. Schiller, cabeza del movimiento humanista y autor de las difundidas obras *Humanism* y *Studies in Humanism*.

Tanto el pragmatismo como el realismo que hemos expuesto son movimientos filosóficos anglo-sajones, basados en la tradición británica y de poca significación en el exterior, a pesar de las coincidencias con más de un filósofo de la Europa continental. Por otra parte, ambas direcciones tienen una íntima relación y un común origen polémico: la oposición al idealismo absoluto de raíz hegeliana.

En un cuarto grupo —que denominaremos organicismo— podemos incluir dos de los máximos filósofos del siglo actual: H. Bergson y A. N. Whitehead. Tanto uno como el otro reconocen su afinidad con el pragmatismo y con ciertas formas del realismo, pero el genio metafísico de ambos les permite explorar zonas no alcanzadas por los representantes de las direcciones anteriores. Bergson es bien conocido en Hispanoamérica y Whitehead comienza a despertar el interés de los estudiosos latinoamericanos. M. Blondel y algunos biólogos vitalistas acaso pueden incluirse también en este grupo.

Originalidad y empuje similar a Bergson y Whitehead sólo puede encontrarse en los máximos representantes de la fenomenología alemana, que inicia Edmundo Husserl y que prosiguen a su modo, Max Scheler, M. Heidegger y N. Hartmann. Husserl tuvo el propósito de fundar una disciplina que permitiera elaborar una filosofía como ciencia rigurosa y que estuviera libre de todo supuesto —la fenomenología— que define como "la teoría descriptiva de la esencia de las vivencias puras trascendentales". Scheler y Heidegger completaron la obra de Husserl al superar el

intelectualismo del maestro descubriendo nuevas zonas de estudio y formas irracionales de captación de las esencias.

Para completar este breve esquema de las direcciones filosóficas del presente siglo debemos citar un último movimiento —último cronológicamente y por la poca importancia filosófica que tiene—, el “Círculo de Viena”, también llamado por sus fundadores, positivismo lógico, empirismo lógico o empirismo científico. Iniciado por hombres de ciencia sin mayor cultura filosófica este movimiento proscribe las disciplinas filosóficas fundamentales y reduce la filosofía al análisis sintáctico del lenguaje científico.

A juzgar por la originalidad de sus concepciones y la fecundidad de sus ideas, Husserl, Bergson y Whitehead son los tres máximos representantes de la filosofía del siglo actual que hemos esquematizado en las siete direcciones expuestas.

3. TEMAS FUNDAMENTALES DE LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA

QUIZÁ se logre una visión más adecuada de la actual situación filosófica volviendo la espalda a nombres y direcciones para fijar la atención en las cuestiones que preocupan a los pensadores de este siglo.

En algunos casos, las disputas que han dado origen a la diversificación de escuelas y direcciones son justamente las que pueden servirnos de guía en el laberinto de la filosofía contemporánea.

Hasta época reciente —un siglo aproximadamente— la filosofía estaba restringida a la teoría del mundo exterior —la naturaleza— y del llamado espíritu subjetivo. Se habían realizado tan sólo indagaciones aisladas sobre *el mundo de la cultura* o espíritu objetivado. Este nuevo sector de la realidad adquiere cierta independencia y significación filosófica con la obra de Hegel, pero la ulterior reacción naturalista le sigue tratando como un sector de la naturaleza, en la convicción de que no había más ciencia que la próspera ciencia físico-natural. El poco éxito alcanzado con la aplicación de los métodos naturalistas puso

de manifiesto las diferencias fundamentales que separan los reinos de la naturaleza y del espíritu. W. Dilthey es el primero en ofrecernos una fundamentación sistemática de las ciencias del espíritu y proponernos una metodología adecuada a la naturaleza de lo espiritual, después de realizar una demoledora crítica de la concepción naturalista. H. Rickert, W. Windelband y tantos otros filósofos alemanes aportaron, a principio de siglo, sus valiosas contribuciones y el problema de la cultura surgió con personalidad propia y definida frente a las cuestiones de filosofía de la naturaleza.

La cultura corresponde al espíritu objetivo o, más bien, objetivado. Es lo que el hombre crea, cualquiera sea la jerarquía de la creación, pues el término no implica un juicio de valor. El lenguaje, la técnica, el arte, la filosofía, la ciencia, el derecho, la religión, etc., son creaciones culturales. El propio tema que estamos desarrollando pertenece a la filosofía de la cultura y responde, por lo tanto, a una preocupación típicamente contemporánea.

La afirmación de que el problema de la cultura es una cuestión reciente no implica que en épocas anteriores no se hayan hecho estudios —y aún muy valiosos— sobre este tema. Significa tan sólo que es en este siglo cuando se advierte que el mundo de la cultura constituye un todo orgánico y distinto al mundo natural. Por otra parte, es en época reciente que encontramos por primera vez una fundamentación sistemática de la totalidad de las disciplinas culturales y clara conciencia de la importancia que ellas tienen para la dilucidación de los problemas acerca del hombre.

Aparte de los estudios parciales e inconexos sobre el espíritu objetivo, las épocas anteriores se habían preocupado —en lo que se refiere al hombre— por el llamado espíritu subjetivo. Los pensadores contemporáneos muestran la unidad indisoluble del espíritu y la imposibilidad de que una investigación psicológica pueda revelar todos los secretos que encierra el alma humana. Ernst Cassirer, por ejemplo, escribe en *An Essay on Man*;³ su última obra publicada un año antes de su muerte: “No podemos definir

³ New Haven, Yale University Press, 1944; pág. 68.

al hombre por ningún principio que le sea inherente y que constituya su esencia metafísica, ni podemos tampoco definirlo según ninguna facultad innata o instinto que pueda descubrirse por observación empírica. La característica predominante del hombre, su nota distintiva, no es su naturaleza física o metafísica sino su trabajo. Es su trabajo, es el sistema de actividades humanas las que definen y determinan el círculo de la "humanidad". El lenguaje, el mito, la religión, el arte, la ciencia, la historia, son los elementos constitutivos, los diversos sectores de este círculo. La "filosofía del hombre" será, por lo tanto, la filosofía que nos proporcione una visión interior de la estructura fundamental de cada una de estas actividades, y que al mismo tiempo nos permita entenderlas como un todo orgánico".

Los estudios realizados sobre el mundo de la cultura —uno de los temas fundamentales de la filosofía contemporánea—, pusieron en descubierto otra cuestión que tampoco había sido objeto de investigación sistemática: los *valores*. Decíamos que cultura significa espíritu objetivo. Pues bien, la objetivación del espíritu está regulada por los valores. Cada conjunto de valores —utilitarios, estéticos, religiosos, jurídicos, etc.— da lugar a una zona cultural correspondiente —técnica, arte, religión, derecho, etc.—. Ha surgido así una disciplina filosófica —la axiología— que ha adquirido extraordinaria importancia en los últimos tiempos, principalmente debido a la contribución de Scheler, Hartmann y otros pensadores alemanes.⁴ Durante más de dos mil años la filosofía tuvo al ser como centro de estudio. En el siglo actual, el interés se desplaza del ser al valer, pues es opinión corriente que los valores no son sino que valen. A las intuiciones sensible e intelectual, que eran las formas clásicas de aprehensión de la realidad, se agregan ahora las intuiciones emotiva y volitiva, dirigidas principalmente a los valores. Fácil es comprobar la extraordinaria atracción que despiertan los valores consultando una bibliografía establecida en 1927-30 que recoge alrededor

⁴ En los países anglo-sajones, el interés por los valores es notablemente menor que el despertado en Alemania. R. B. Perry, W. M. Urban y J. Laird son quienes más se han ocupado de los valores en esos países.

de mil trescientos escritos sobre el tema, publicados en su gran mayoría en el siglo actual.⁵ La significación que adquieren los valores y la luz que arrojan sobre los demás temas clásicos de la filosofía, ha inducido a algunos a identificar filosofía con axiología.

Tanto la filosofía de la cultura como la teoría de los valores son disciplinas de origen alemán y cultivadas preferentemente en Alemania. Sin embargo, una creación cultural —la *ciencia*— ha sido objeto de particular estudio en el campo de la filosofía británica y norteamericana. Tal cual la entendemos hoy, la ciencia es un producto del pensamiento moderno. De modo que los problemas filosóficos que ella plantea son ajenos a la filosofía antigua y medieval. Pero aun en la época moderna —con la excepción acaso de la primera mitad del siglo xvii— no encontramos una reflexión sistemática sobre esta creación cultural. La ciencia se ha convertido en uno de los grandes temas de la filosofía contemporánea por una doble razón. En primer lugar, porque es una forma de cultura —y de gran dignidad y jerarquía— y la cultura en tanto tal es una preocupación reciente, como ya lo señalamos. Las reflexiones de este tipo sobre la ciencia forman parte de la filosofía de la cultura. Pero, además, la ciencia ha sufrido en los últimos sesenta años una grave crisis que la ha sacudido hasta sus cimientos. Crisis de fundamento, de métodos, de propósitos, de límites. Los más destacados hombres de ciencia se abocaron al estudio de los graves problemas que planteaba esa crisis. Los supuestos de la ciencia en general, y de cada una en particular, los elementos sobre los que ella descansa, la naturaleza del saber científico, sus límites, su fundamento, y tantos otros problemas relacionados a la ciencia fueron objeto de reflexión y análisis por parte de quienes cultivaban esas disciplinas y querían asegurar la estabilidad de la construcción científica.

De este modo, los hombres de ciencia que se habían mantenido alejados de toda preocupación filosófica durante tantos años —acaso como explicable reacción en contra de los excesos de una metafísica que había perdido contacto con la realidad— se aproximan nuevamente a la

⁵ Citada por Francisco Romero en su artículo *Sobre la filosofía contemporánea*, en *La Nación* de Buenos Aires, 26 de Sept. de 1943.

filosofía a través de los problemas fundamentales y constitutivos de sus respectivas disciplinas. Matemáticos, físicos, químicos y biólogos de orientación y nacionalidad muy diversa, contribuyen a la formación, a pasos agigantados, de una disciplina nueva —la epistemología o filosofía de las ciencias— que sirve de complemento a una disciplina filosófica de origen moderno: la gnoseología. Las reflexiones epistemológicas de los filósofos no son, por cierto, despreciables; pero la contribución mayor se debe a los epistemólogos reclutados entre los científicos. La reflexión estrictamente filosófica se ha dirigido a los problemas que la ciencia plantea en tanto producto cultural más que a las cuestiones sobre el fundamento y naturaleza del saber científico que son los temas esencialmente epistemológicos.

Las investigaciones acerca del hombre revelaron también la necesidad de indagar la naturaleza del *tiempo* al descubrirse la raíz temporal —histórica— del espíritu y de sus creaciones. Estas revelaciones pusieron de manifiesto la insuficiencia de las concepciones estáticas y la necesidad de examinar el mundo de la naturaleza a la luz del concepto de tiempo. El tiempo substituyó al espacio en el interés de los filósofos y se transformó en el motor oculto que mueve las concepciones contemporáneas del mundo. Bergson y Heidegger quizá sean los campeones del temporalismo pues sus concepciones tienen su raíz en el tiempo. Husserl, Whitehead, S. Alexander y tantos otros, han dedicado páginas brillantes a exponer sus ideas sobre este tema. Resulta difícil encontrar en la actualidad un filósofo de significación que no se haya preocupado por el problema del tiempo que ocupa conjuntamente con las cuestiones acerca de la cultura, los valores y la ciencia, un lugar bien destacado entre los temas básicos de la filosofía del siglo xx.

4. NOTAS FUNDAMENTALES DE LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA

INTENTAREMOS, por último, una aproximación a la realidad filosófica actual desde el punto de vista de sus notas fundamentales, visión que podrá también servir para cu-

brir las lagunas de los enfoques anteriores o para reparar injusticias involuntarias cometidas al hablar de las direcciones y de los temas de la filosofía contemporánea.

El resquebrajamiento de la concepción substancialista del mundo que se advierte con las críticas de Berkeley a la substancia corporal y de Hume a la substancia pensante, hace crisis al comienzo del siglo actual. La substancia deja de ser una categoría fundamental en la interpretación de la realidad. Los conceptos de actividad, función, relación, substituyen al de substancia, que hasta entonces se había tomado como tema central de la filosofía. Las conclusiones de la ciencia, las conquistas de la nueva lógica, las investigaciones en el campo de la psicología y los nuevos métodos de indagación filosófica vuelven la espalda a la concepción substancialista.

La actitud anti-substancialista es compartida por la gran mayoría de los filósofos de este siglo. El neo-realismo norteamericano ha sido caracterizado como una rebelión en contra de las categorías de substancia y causa, en nombre de la categoría de relación. Bergson, Husserl, el vitalismo, el historicismo, B. Russell y tantos otros, han mostrado la insuficiencia de la explicación substancialista. Para no mencionar a Whitehead y William James, que han convertido al substancialismo en el tema central de sus críticas, o al empirismo lógico que considera que el concepto de substancia es el resultado de un engaño provocado por un hábito lingüístico.⁶ A su vez, un neo-kantiano, que ha evolucionado de acuerdo a las preocupaciones de la filosofía alemana de este siglo, el ya mencionado Ernst Cassirer en un pasaje que antecede al citado anteriormente, afirma que "La filosofía de las formas simbólicas" —que vuelve a sostener en su última obra— "parte del supuesto que si hay alguna definición de la naturaleza o "esencia" del hombre, podrá ser tan sólo una definición funcional y no substancial". Y más adelante agrega: "El lenguaje, el arte, el mito y la religión no son creaciones aisladas y producidas al azar. Están unidas por un vínculo común. Pero no es un *vínculum substantiale*, como fué concebido

⁶ Cfr. ALFRED J. AYER, *Language, Truth and Logic* (New York, Oxford University Press, 1936) págs. 32-33.

y descrito por el pensamiento escolástico, sino más bien un *vinculum functionale*".⁷

El neotomismo es la única dirección de la filosofía contemporánea que continúa sosteniendo una concepción substancialista, y resulta fácil comprender las razones puestas que la categoría de substancia es uno de los grandes pilares de la estructura interior del sistema de Santo Tomás.

Otra característica —negativa como la anterior— del pensamiento contemporáneo, es el alejamiento de las concepciones racionalistas y de los sistemas deductivos cerrados. Las pretensiones del racionalismo han sufrido un duro golpe en la época del romanticismo, y el rápido y engañoso éxito que tuvo el racionalismo en el campo de las ciencias físico-matemáticas se vió empañado por el total fracaso al intentar explicar el mundo espiritual. La filosofía, como la ciencia actual, no se deja engañar por el brillo de las ideas claras y distintas, y repara más en la fuerza de los hechos que en el rigor de la conexión lógica. Esta misma razón explica la actitud contemporánea frente a los sistemas cerrados y de sólida estructura arquitectural. La complejidad de los hechos que la filosofía tiene que someter a análisis le impide generalizar con precipitación y menos aún alcanzar fórmulas mágicas que todo lo explican. Los métodos descriptivos y analíticos predominan, por las razones antedichas, en la filosofía actual.

El rechazo de los sistemas cerrados no supone la negación del espíritu sistemático que guía necesariamente toda labor filosófica. La división del trabajo, que conduce a especializaciones inverosímiles en el campo científico, no logra desmembrar el organismo filosófico. Croce escribe con razón en la *Lógica*⁸ que "El verdadero filósofo, al introducir la más pequeña modificación a un concepto, tiene la atención fija en la totalidad del sistema, porque sabe que esa modificación, por pequeña o circunscrita que parezca, modifica de algún modo a la totalidad". Igual afirmación podría hacerse desde un punto de vista empírico. Pero la raíz unitaria de los problemas filosóficos no debe incitarnos a construir, *more geometrico*, grandes sistemas arquitecturales. La última construcción filosófica

⁷ E. CASSIRER, *An Essay on Man*, págs. 67-68.

⁸ Quinta edición italiana, pág. 173.

de este tipo —genial en más de un punto— es la de Hegel. Hoy predominan las investigaciones por problemas y basadas en el examen de la realidad que da validez a la teoría, es decir, la indagación empírica concreta. Los sistemas surgen como resultado de la íntima conexión de los hechos y no como consecuencia del afán sistemático que nos anticipa la estructura de la realidad antes de examinarla.

Como consecuencia de las preocupaciones sobre el espíritu objetivo y el descubrimiento de la raíz temporal del hombre, la especulación filosófica de los últimos cincuenta años se presenta impregnada de historicismo. El genio de Hegel sirvió de intérprete a una concepción histórica que estaba latente en el romanticismo alemán a partir de Herder. Su filosofía de la historia y su historia de la filosofía perdurarán en el tiempo, pues descubren una cantera inagotable que había pasado desapercibida a las épocas anteriores. Los discípulos de Hegel realizan la labor concreta de la investigación histórica en el campo de la filosofía y del espíritu en general. Las disciplinas histórico-culturales crecen rápidamente a pesar de que aún no tenían un fundamento firme, buscándolo a ratos en las ciencias naturales. Dilthey es quien les proporciona un fundamento adecuado a su naturaleza, contribución que lo coloca —conjuntamente con sus valiosos estudios de historia de la filosofía— en la vanguardia del movimiento historicista, que imprime un nuevo carácter a la indagación filosófica de este siglo. Es este un movimiento fundamentalmente germano. Fuera de Alemania quizá el único gran representante del historicismo sea B. Croce. El interés por la historia de la filosofía y por la filosofía de la historia es muy escaso en Gran Bretaña y los Estados Unidos, como resulta fácil comprobarlo consultando su producción filosófica o los planes y métodos de enseñanza de sus universidades.

Quizá la formación científico-natural que tienen los filósofos de esos países, explique su poco interés por la filosofía de la historia y del espíritu. Al menos esa es la razón de un movimiento de aproximación de la filosofía a la ciencia —y en particular a la ciencia de la naturaleza— que se advierte preferentemente en las Islas Británicas y en Norteamérica. En un artículo reciente publicado en

*Ciencia e Investigación*⁹ tuvo oportunidad de destacar una medida tomada por dos universidades de este último país, que revela la necesidad que advierten los filósofos de aproximarse a la ciencia. En efecto, las universidades de Columbia y California han resuelto exigir el título de *Master of Arts* en una disciplina ajena a la filosofía como requisito para optar al de Doctor en Filosofía, por haber observado —según manifiestan— que los estudios filosóficos se tornaban extremadamente técnicos y estériles cuando no recibían materiales de otras fuentes, y por ser el propósito de las autoridades de los respectivos departamentos de filosofía fundar el campo de esta disciplina con elementos de otros suelos y otros campos por medio de su contacto con la filosofía.

Hemos llamado la atención sobre dos notas negativas —alejamiento del substancialismo y repudio de los sistemas deductivos cerrados— y dos positivas —historicismo y acercamiento a la ciencia—. Para terminar señalaremos una nota fundamental que tiene una cara negativa y otra positiva. Es la tendencia de la filosofía de este siglo en favor del “estructuralismo organicista”, que supone el total rechazo del atomismo mecanicista que predominó en los siglos XVII y XVIII.

La concepción mecanicista del mundo, tan afín con el racionalismo moderno, corre igual suerte que éste. Aplicada al mundo de la naturaleza obtiene éxitos deslumbrantes pero fracasa en la explicación del mundo espiritual. El atomismo psicológico de los empiristas ingleses hace crisis a principios de este siglo al advertirse el carácter estructural de las reacciones psíquicas y la insuficiencia de las explicaciones aditivas. El atomismo partía de la sensación como elemento primario y concebía a la realidad psicológica como una suma de esos elementos. Los fenómenos psíquicos se dan en cambio, en forma estructural y están constituidos por miembros que no pueden separarse de la totalidad orgánica sin ocasionar destrozos. La teoría psicológica de la *Gestalt* no es, por cierto más que una etapa de un movimiento general organicista característico de este siglo. La realidad, ha dejado de ser, para

⁹ *La ciencia, la filosofía y los estudios universitarios*, en *Ciencia e Investigación* (Junio, 1945), págs. 254 y sigs.

los filósofos, un agregado de elementos autónomos que pueden sumarse o restarse y se ha convertido en una totalidad viva en la que los miembros que la constituyen adquieren sentido a la luz del todo orgánico. Este estructuralismo organicista —que es una característica de la época actual y no de un pensador determinado— culmina, en nuestra opinión, en la cosmología de Whitehead, máxima creación del pensamiento británico de este siglo.

Al llegar al final de este breve panorama de la filosofía contemporánea se nos ocurre que el esquema propuesto acaso tenga más que ver con nuestra propia concepción de la filosofía que con la realidad del pensamiento contemporáneo. Si así fuera habría probado, al menos, la tesis sugerida en un comienzo según la cual nuestras ideas y creencias se agitan e interfieren en nuestro intento de descripción y valoración del filosofar contemporáneo puesto que en este caso más que en ningún otro, el observador no puede dejar de formar parte de la realidad que describe.

NOTA ACLARATORIA

del Prof. Risieri Frondizi sobre el número especial de PHILOSOPHIC ABSTRACTS (Nos. 15-16) dedicado a la filosofía latinoamericana.

El profesor Risieri Frondizi, que tuvo a su cargo la preparación del número especial de PHILOSOPHIC ABSTRACTS, dedicado a la filosofía latinoamericana en su calidad de Director Honorario ("Guest Editor") nos ha hecho saber que en el plan definitivo propuesto al Director ("Editor") de esa revista norteamericana se incluían las obras que se enumeran a continuación y que han sido omitidas por razones que él ignora hasta este momento: Antonio Caso, *La persona humana y el estado totalitario*; Carlos Cossio, *La plenitud del orden jurídico y la interpretación judicial de la ley*; O. N. Derisi, *Los fundamentos metafísicos del orden moral*; J. D. García Bacca, *Invitación a filosofar*, vols. I y II; Luis Recasens Siches, *Vida humana sociedad y derecho*; Samuel Ramos, *Hacia un nuevo humanismo*; Leopoldo Zea, *El positivismo en México*.

El Director Honorario declina igualmente la responsabilidad de la inclusión de la obra de Alonso Bauer Paiz, *Ética Valorativa*, y

la traducción y comentario de J. D. García Bacca, *El Poema de Parménides* que figuran sin su consentimiento. La primera había sido excluída por carecer de originalidad y la segunda por tratarse de una traducción y comentario. La inclusión de estas dos publicaciones contraría, por otra parte, el criterio seguido en la selección de las veinticinco obras más importantes por su originalidad y significación, y de las que quedan expresamente excluídas las traducciones y los ensayos críticos según se dice claramente en la parte final del *foreword*.

¿SON FILOSOFICOS NUESTROS DIAS?

Por José GAOS

“**E**L principio de los seres es agua”. “La sustancia permanece mientras que cambia de accidentes”. Con la primera de estas dos afirmaciones, del alcance que revela la segunda, se originó la filosofía occidental. Como, pues, lo que se llamó en posteriores tiempos “filosofía de la naturaleza” y “metafísica”. Pero ya algunos de los fragmentos de Heráclito “no hablan ni callan” sobre la “naturaleza” de las cosas, “sino que hacen señas” sobre la filosofía misma, es decir, son lo que en tiempos muy posteriores, en los nuestros, se ha llamado “filosofía de la filosofía”. Desde sus orígenes mismos, prácticamente, la filosofía ha sido, pues, no sólo filosofía de la naturaleza, o de aquello distinto de ella misma de que lo haya sido, del espíritu, de la historia, del arte... sino además filosofía de sí misma. Acaso, mejor que “además”, fundamentalmente: los filósofos han tenido, siguen teniendo una idea de la filosofía, una filosofía de la filosofía, más o menos consciente, más o menos expresa, con arreglo a la cual, en mayor o menor medida, han filosofado, siguen filosofando. Incluso, la razón de ello pudiera ser la necesidad de tener una idea, una filosofía de la filosofía para filosofar.

Como al cuerpo la sombra, a la filosofía, a la metafísica, ha seguido siempre el escepticismo, se ha dicho. Desde sus orígenes mismos, aquí sin “prácticamente”, la filosofía ha dado un espectáculo tal—aquel que se pintó concisa, pero gráficamente, en tiempos también muy posteriores, aunque no sean ya tanto los nuestros, con la frase “hasta ahora no le ha sido el destino tan favorable que haya podido entrar por el camino seguro de una ciencia”—, la filosofía ha dado un espectáculo tal—el de cuántos filósofos, tantas filosofías, o el de su historia—,

que dió a su vez origen al más decisivo, quizá, de los tropos de los escépticos: el de la discrepancia de los filósofos. Desde que se sucedieron las primeras filosofías, reiteradamente ha sido la filosofía razón para poner-se en tela de juicio, para —filosofar sobre sí, ya no en el sentido de tener simplemente una idea, más o menos consciente y expresa, de sí, sino en el sentido de ser para sí el problema de su propio valor, de su propia naturaleza. Hasta que este problema vino a ser su problema fundamental y primero, si no su problema, a secas —decididamente en la obra cuya es la frase citada hace unas líneas. Desde la *Crítica de la Razón Pura*, a pesar del Idealismo alemán, por obra nuevamente del positivismo, ha venido la historia de la filosofía constituyendo una edad de filosofía de la filosofía en el sentido del problema crítico, fundamental y primero, si no único, de la filosofía para sí misma, hasta —¿hoy mismo? Responder a esta pregunta es el propósito de este “papel”.

Desde los de la entrada en la escena histórico-filosófica de Bergson y el neokantismo —es fundado decir de éstos—, los nuestros han venido ufanándose de ser días de restauración de la filosofía, de la metafísica. Tras el materialismo del centro del siglo pasado, filosofía tan poco filosófica que casi no es una filosofía, o no es una filosofía que se pudiera tomar en serio; tras el positivismo de la misma época, el neokantismo restauró la filosofía como teoría del conocimiento, primero, luego como toda una filosofía de la cultura; la fenomenología la fundó como ciencia rigurosa, o lo que quiere decir lo mismo, la hizo entrar por el camino seguro de una ciencia; Bergson, el primero y el más famoso e influyente quizá, aunque en modo alguno el único, ni siquiera el único eminente, restauró con los otros acabados de aludir la metafísica; y la parte primera y fundamental, si no única, de ésta, la ontología, ha sido restaurada por Heidegger. . . Sin embargo. . .

Desde Bergson y el neokantismo ha venido la filosofía dando el mismo espectáculo del tropo de la discrepancia de los filósofos. Para reducirse al caso más sorprendente, más contundente, quizá: la fenomenología fundó la fi-

lososofía como ciencia rigurosa, la hizo entrar por el camino seguro de una ciencia —por el que no siguieron los discípulos directos y más destacados del fundador, hasta el punto de forzar al maestro a lanzar una excomunión y anatema— simplemente filosóficos, se entiende. La historia de la filosofía no ha dejado de ser en nuestros días razón de ser de la filosofía de la filosofía en el insinuado sentido problemático y crítico.

El espectáculo, el tropo tradicional es en nuestros días objeto de una formulación, porque de una interpretación, nuevas. La filosofía *es* su historia, el conjunto, la sucesión históricos de las filosofías. La filosofía, la literatura, el arte, la religión —las religiones—, la sociedad —las sociedades—, la ciencia misma, la razón misma, las cosas humanas todas *son* su historia; el hombre mismo *es* su historia, la historia: lo que constituye su “historicidad” y la tesis nuclear de lo que se llama “historicismo”. La historicidad del hombre, de lo humano en general, de la filosofía singularmente —porque acaso la de la filosofía sea la historicidad más tal— es una *primera* razón de ser de la filosofía de la filosofía en el sentido repetido. Porque de ésta hay otras razones de ser en nuestros días —voy a permitirme no entrar en si las hubo o no en días anteriores y vienen o no de ellos. Pero antes habrá que apuntar cómo la historicidad de la filosofía es razón de ser de la filosofía de la filosofía. Las filosofías son —así, en plural, porque, entre otras razones de que cabe prescindir aquí, tienen los respectivos centros en filosofemas no simplemente diversos, sino literalmente contradictorios: materialismo y espiritualismo —no simplemente en el sentido de la afirmación de la existencia de lo espiritual *además* de la de lo material, sino en el de la afirmación de la existencia de lo espiritual *exclusivamente*—; teísmo —en el sentido de la afirmación de la existencia de Dios en general— y ateísmo; teísmo —en el sentido de la afirmación de la trascendencia de Dios al mundo— y panteísmo. . . Pues bien, *cada una* de las filosofías sostiene ser verdadera y ser las demás falsas. ¿Tendrá la razón una? ¿Cuál? ¿Podrán tenerla todas? ¿No la tendrá ninguna —ni la filosofía valor alguno? Y en este caso, ¿de dónde la filosofía? ¿de dónde su

reiteración por el hombre, el obstinarse éste en filosofar? ¿No será hora de dejar de hacerlo? Estas preguntas no tienen más que una posible respuesta —filosófica, esto es, con la que se salve a sí misma la filosofía: una filosofía de la historia de la filosofía, una filosofía de la filosofía, pero tal que sea capaz de insertarse ella misma en la historia, que, se puede estar seguro, seguirá por encima de ella misma. . .

Una *segunda* razón de ser de la filosofía de la filosofía es la siguiente. En nuestros días hemos visto —qué, visto: sentido, padecido, perseguida, expatriada, arrollada, escarnecida “la inteligencia”, impotente ante, contra otras potencias. Pero no debió de cogerle de sorpresa. Porque ella misma, por voz de su incorporación más cabal, la filosofía, venía concediendo que el espíritu, lo más valioso, es lo menos potente; el impulso, lo menos valioso, lo más potente: que lo ideal, lo espiritual es la *supraestructura*— el “epifenómeno”— de lo material, la *infraestructura básica, decisiva, real. . .*, después que su tradición, su historia toda se había sustentado, originado de la convicción contraria: la del, no sólo valor, sino poder supremo de las ideas, del espíritu, de la razón— pues ¿cómo hubiera podido originarse ni sustentarse de la convicción de su propia impotencia, aunque hubiera tenido la de su sumo valor, la filosofía, “la inteligencia”? De estar dejando de sustentarse, confesión, si no causa, la mentada concesión —y atropello de “la inteligencia”, de la filosofía. Conocidas son las relaciones del “totalitarismo” con el “materialismo histórico”; las que no son tan conocidas, son las de determinadas filosofías muy en boga, o que lo estuvieron no más lejos que ayer, con el segundo —y el primero. En tan literalmente mortal coyuntura, ¿cómo no interrogarse tan urgente cuan ansiosamente: puede algo o no puede nada la filosofía? —porque lo que acaba de triunfar ¿habrá sido la razón, el espíritu, las ideas, “la inteligencia”, por no decir la filosofía? —y: ¿vale la pena o no vale la pena dedicarse a lo que no puede nada? Interrogaciones con las que es cuestión no sólo el poder, sino el valor mismo de la filosofía. Ahora bien, una contestación

a tales interrogaciones ¿será otra cosa que filosofía de la filosofía?

Una *tercera* razón. De joven es fácil sentir la vocación filosófica, profesar la filosofía. "Entusiasma". Porque hay entre la naturaleza de la psique juvenil y la de la filosofía armonía preestablecida. Psique juvenil y filosofía son ambas abstracciones *de* la concreción de la vida *en* las ideas, los ideales. A diferencia del niño, que ni siquiera sabe, en ninguna forma, de todo, el joven sabe de todo, pero no por experiencia, no en realidad: le es fácil, le entusiasma, pues, contentarse con el mero saber universal— como el filósofo. Pero sobreviene la madurez, la edad de saber de todo por experiencia, en realidad, la edad de no poder estar contento sino con la concreción de la vida— y sobreviene una incompatibilidad entre ella y la abstracción filosófica, que ya no satisface, que deja de entusiasmar, antes todo lo contrario, se torna el problema de si vale la pena de que se renuncie al resto de la concreción de la vida por su abstracción y el problema de la naturaleza de esta cosa humana que es sólo una porción de lo humano. . .

Una técnica, una mera técnica se torna crecientemente la filosofía en su abstracción de la concreción de la vida. La técnica en general resulta una abstracción semejante. La técnica es el artefacto y la organización, a imagen del artefacto, de la industria, del trabajo, de la economía, de la administración, de la vida—que por ende no se debiera seguir llamando "organización" sino que se debiera llamar "mecanización". Mas el artefacto y la mecanización hacen más eficientes, en el sentido de más productivas en menos tiempo, de más veloces, las operaciones de la vida, a base de una especialización que las aleja del indiviso centro creador de la vida misma, que las desvitaliza desvitalizando la vida misma, cada vez más incapaz de efectuarlas sin el artefacto, sin la mecanización. Y se ha llegado a una paradoja dramática: a medida que la técnica acumula con aceleración creciente sus progresos estupefacientes, ella misma se torna y torna a la vida—sin sentido. . . La técnica filosófica, crecientemente refinada, por ejemplo quizá máximo, estas complejidades infinitamente

prolijas de Husserl para la destilación de las *cogitationes* puras y en el análisis de ellas, que reducen retrospectivamente el clásico "*cogito*" cartesiano a un elemental rudimento, ¿qué sentido tienen, en su deliberado y obstinado inhibir aprehensiones y posiciones, esto es, lo que vincula las *cogitationes* a la vida, lo que constituye la vida misma, o sea, en su inhibir la vida misma?

Las tres razones representan sendos momentos biográficos que radican en otros tantos movimientos históricos articulados entre sí. Lo político, como algo irracional, ha sido erigido en "principio de vida" por el totalitarismo. ¿Sería posible, si el historicismo no hubiese acabado con el principio que había regido la vida de Occidente desde el Renacimiento, la ciencia, la razón, ayudando a este principio a acabar de reemplazar al otro, universal, originario, de la religión? Por su parte, la técnica es la espectacular motivación secreta de la ciencia moderna, que se presenta como investigación desinteresada, como pura "teoría". ¿Serían posibles el totalitarismo y el historicismo y la tecnificación creciente de la vida, sin una autoconfinación del hombre occidental en "esta vida", en "este mundo", por la correlativa despreocupación respecto de la "otra vida", del "otro mundo", sin este "inmanentismo", sin una irreligiosidad? . . .

Pero es que en el problema crítico torna a la filosofía algo que la afecta más aún en su esencia, en sus entrañas mismas.

Fichte pensaba no ser más que un intérprete de Kant más fiel que éste de sí mismo, por comprender mejor a Kant que éste a sí propio. Schelling y Hegel reivindicaron las diferencias de sus correspondientes sistemas por relación a los de Fichte y Schelling respectivamente. De cerca de sus grandes antecesores inmediatos—y de sí mismos, veían Schelling y Hegel sobre todo las diferencias. A la distancia de un siglo y un lustro que hace de la muerte de Hegel, vemos en Kant, Fichte, Schelling y Hegel "el Idealismo alemán". Al positivismo se ufanan de haber superado el neokantismo, la fenomenología. De cerca veían sobre todo las diferencias. A la distancia de tres cuartos de siglo, de medio siglo, vemos todo lo

que de positivismo siguió habiendo en Marburgo y hasta en Friburgo. La filosofía, teoría del conocimiento, y hasta filosofía de la cultura, pero sin metafísica— por temor aún al positivista terrorismo antimetafísico. La fenomenología, el verdadero positivismo, el positivismo cabal, en sincero homenaje al prestigio, por ende intacto aún, del positivismo; poniendo entre paréntesis toda posición de trascendencia, y muy expresamente la divina, o sea, toda metafísica—por el mismo temor. Pero el terrorismo, el temor fueron vencidos resueltamente por los restauradores de la metafísica, expresamente ufanos de serlo. A los más originales, descollantes e influyentes rodean: algunos que se anticiparon, entre ellos alguno puesto en boga de nuevo, y más que en su momento, por repercusión de aquéllos; los muchos menores y mínimos condes eternos de los monarcas; y los no muchos menos, si no todos también mucho menores, que han cogido por los cabellos la ocasión, ésta empero no tan calva, para dar una actualidad de boga, si no para actualizar realmente en el fondo, un metafísica oriunda del lejano pasado. No obstante. . .

En Bergson están el *Ensayo, Materia y Memoria*, la *Introducción a la Metafísica* y la *Evolución*, primero, y las *Dos Fuentes*, más tarde, separados por algo más que el tiempo. Aquellas obras, y las menores que se deslizaron por los intersticios entre ellas, representan una filosofía redonda, acabada, una filosofía metafísica—¿en el sentido tradicional del término, con todo el alcance, quizás esencial, de tal sentido? La “filosofía primera” que se llamó después “metafísica” culminaba en una *teología*. Las metafísicas *nuevas* y más egregias de edades posteriores, las de los sistemas de Descartes, Spinoza, Malebranche, Leibniz, Berkeley y Fichte, Hegel, Schelling, siguieron culminando teológicamente. La metafísica de Hobbes, arquetipo de toda metafísica materialista moderna, es naturalmente, atea. La filosofía de Bergson a que se está haciendo referencia es la metafísica, del “*élan vital*”. Ahora bien, la *meta*-física, la *trascendencia* de Dios, aun del Dios “inmanente” del panteísmo, y la del “*élan vital*”, no se diga la que pueda reconocerse en el materialismo ¿son la

misma? Aun el Dios del panteísmo, inmanente al mundo, ¿no trasciende de éste por una peculiar infinitud —la razón del ser del concepto de “panenteísmo”—, mientras que el “*élan vital*” y la materia se limitarían a ser trascendentes a los fenómenos, quizá sólo a la inteligencia, sin ser a ello óbice la infinitud del mundo, del “*élan*”, de la materia? ¿No habrá que reconocer una metafísica en todo el alcance posible exclusivamente en la metafísica de la trascendencia declaradamente divina, y en la metafísica del materialismo un mero caso más de la extensión de un nombre al contrario del que lo lleva con propiedad exclusiva, y en la metafísica del “*élan vital*” todavía—materialismo y una dependencia más antigua y más radical que la dependencia respecto del positivismo inmediatamente anterior, a saber, una dependencia respecto del materialismo de la modernidad, esencial a ésta, característico de ella por típico de ella? . . . Quedaría sólo este problema: si hay una mera repetición de la metafísica en todo el alcance posible o una nueva metafísica en todo este alcance, en las *Dos Fuentes*. O en otros términos, quizá no superfluos: si estas *Fuentes* manan de las viejas corrientes que llegan hasta el día —de la inercia de la tradición—, o de corrientes formadas en el día mismo—de la tradición verdaderamente renovada.

El mismo problema se plantearía respecto de la filosofía del período católico de Scheler. La metafísica de su último período, la metafísica de la compenetración progresiva del Impulso y del Espíritu, hace junto a los grandes sistemas metafísicos del pasado moderno, para no pasar de ellos, figura de émulo raquíptico o imposible, impresión insobornable de agotamiento metafísico. Y no parece infundado alegar que no ya el Impulso, hasta el Espíritu se antoja una mera potencia—posibilidad—cósmica, más allá sólo de los fenómenos, más acá, como la compenetración misma del Impulso y del Espíritu, de todo verdadero “Dios”, a pesar de toda la infinitud del mundo y del Compenetrado, una vez más—o en el sentido de la trascendencia y la inmanencia del “*élan vital*” antes apuntadas.

En cuanto a Heidegger, todo el enrevesamiento temático, que es decir también maniático, de *Ser y Tiempo*,

émulo de las complejidades infinitamente prolijas del maestro bien honrado por quienes pasan de ser sus discípulos, no tiene más sentido auténtico, ni, sobre todo, consecuentemente posible, que confinar a la "existencia" en el inmanentismo más reducido y riguroso explicitado en la historia de la filosofía hasta hoy y quizás explicitable hasta el término de toda historia. Es cierto que en la "circunstancia" de este artículo, en el ámbito del pensamiento de lengua española, precisamente, se han hecho, se están haciendo ciertas insinuaciones e intentos—detengámonos, pues, un momento en ellos. Se ha insinuado que en los posteriores opúsculos de Heidegger parece columbrarse una dirección distinta, porque apuntaría hacia la meta de la metafísica en todo el alcance posible—con o sin juego de palabras, a gusto del lector. Pero esta dirección no parece posible sin rectificación de la anterior hasta—el extremo de dejarla por la contraria. Habría que sospechar que la segunda mitad de la obra maestra, concluida según testimonios fidedignos en la fecha de publicación de la primera y sin embargo no publicada en la decena de años bien cumplida desde entonces, no lo habría sido por interferencia de una tal rectificación. Pero hasta el *Kant* es presentado por el autor como estrechamente ligado a dicha segunda parte. Por otro lado, se ha hecho el intento de completar la analítica existencial¹ mostrando con su propio método la "religación religiosa"—pleonasma, pero inevitable—de la "existencia", y recientemente el de servir de las tres características de la muerte, la totalidad, la propiedad y la decisión, como de otros tantos puentes hacia un más allá en el sentido tradicional. Pero no parece fundado ver en ellos sino los casos más eximios entre los antes aludidos de coger por los cabellos la ocasión. No cabe negar que los fenómenos interpretados por Heidegger en el sentido de la reclusión de la "existencia" en sí misma con su entrañable facticidad pura o sin razón de ser, o contingencia, pueden interpretarse en otro sentido, pero

¹ Heidegger distingue entre "*existentiell*" y "existencial". No sé que ningún otro haya distinguido correspondientemente en español entre—"existencial" y "existencial", como no se me ha ocurrido forma mejor de hacerlo.

en "otro". La contingencia, precisamente, había sido el punto de partida de la vía conducente al Necesario enseñada por la tradición, pero lo *radicalmente nuevo* es el quedarse en ella. La única trascendencia auténticamente heideggeriana es la trascendencia del "ser en el mundo", que es una trascendencia—inmanente a la inmanencia en el mundo, en la "existencia" misma, colmo consciente, expreso y "resuelto" de la posición anteriormente apuntada con ocasión de Bergson. La trascendencia del "ser para Dios" y la del "ya no ser más en el mundo" representan meramente la interpretación de los mismos fenómenos en otro sentido, el tradicional, acabada de mentar. En una dirección en cierto modo inversa, se ha intentado recientemente asimismo completar la teología tomista con una "óptica existencial", que si en partir de San Agustín puede invocar antecedentes atribuibles a Heidegger, se desvía de éste tanto, cuanto éste se desvió de todo antecedente semejante. Este intento figura decididamente entre aquellos con que frente a los "*nova*" de la modernidad, de un sentido tan radicalmente amenazador para los "*vetera*" de la tradición cuan crecientemente paladino, la tradición viene pugnando reiteradamente por actualizarse, pero no realmente en el fondo, sino simplemente entre sus propios prosélitos—el caso indubitable de la inercia entre la cual o una tradición verdaderamente renovada cabía dudar en el caso de las *Dos Fuentes*.

Resulta innegable, por último, que no hacen sino difundir el tono dado por los pocos máximos, corroborando así su sentido, los muchos menores y mínimos, entre los cuales quizá se deba contar a todos los metafísicos contemporáneos de lengua inglesa. De la metafísica del reconocido como el mayor de todos ellos —Whitehead— no parecería menos fundado, precisamente, repetir lo dicho de la metafísica del Impulso y del Espíritu de Scheler.

¿No se impone la conclusión de que la famosa restauración de la metafísica, si no de la filosofía, de que se ufanan nuestros días, no es una restauración de la metafísica en todo el alcance posible—sino una insistencia en la filosofía peculiar de la modernidad, la verdaderamente nueva, la radicalmente nueva por respecto a la predominante en la tradición antiguo-medieval?

En la Antigüedad hubo, por ejemplo, heliocentrismo y atomismo y hasta nominalismo y subjetividad de las cualidades sensibles. Pero no se desarrollaron dominantes definitivamente —hasta los tiempos modernos. No llegaron, pues, a constituir lo propio de la Antigüedad ni de la Edad Media. En la Antigüedad hubo también materialismo. Por él empezó, incluso, la filosofía. Pero si todavía no la materia animada de la interpretación de los dioses que lo llenan todo, de Tales, ya lo “Sabio” “separado de todo”, de Heráclito, se halla en la trayectoria, si no en el dominio, de la trascendencia de lo inmaterial, lo ideal, lo espiritual. Lo predominante en la filosofía antigua y medieval, en la medieval Cristiandad toda y en la metafísica moderna clásica son las Ideas, el Acto Puro, la *Causa Sui*. . . la Idea. Pero desde la decadencia de la Escolástica—y los orígenes de la ciencia moderna, tan apretadamente vinculados con ella como se sabe, inician ciertos filosofemas ofensiva tal, que hace reconocer en los grandes sistemas metafísicos de la Edad Moderna, y hasta en alguno que pasa por no ser metafísico, el de la *Crítica de la Razón Pura*, una defensiva—de la *christiana philosophia* de la tradición medieval, asimiladora de la antigua. Relativamente a este cristianismo sustantivo es adjetiva la inspiración católica o protestante. Los filosofemas de la ofensiva son los que se reiteran en la concatenación prácticamente ininterrumpida del nominalismo de la “Escolástica decadente”, el materialismo de Hobbes y de los siglos XVIII y XIX, la crítica que culmina—en Hume, no en Kant, que representa una literal “reacción”, el positivismo y—la metafísica de nuestros días, tan lejos de haber convalidado del positivismo, que culmina, con toda la filosofía a que se está haciendo referencia, en el positivismo absoluto, de los hechos tan puramente positivos o puestos, que no se les descubre razón alguna de ser puestos, o—el existencialismo. Los filosofemas de esta ofensiva convergen en un resultado. Nominalismo, psicologismo: negación de lo ideal trascendente a lo real. Materialismo: negación de lo espiritual trascendente a lo material. Crítica: negación de lo trascendente a lo empírico. Positivismo: negación de lo trascendente a los hechos. Existencialismo: negación de lo trascendente al puro hecho

de existir. Resultado: amputación de todo lo trascendente en torno a los hechos de la experiencia, tomada además en la radicalidad que crece desde el concepto epistemológico—conocimientos de los fenómenos—hasta el ontológico de ella—positividad, facticidad pura, contingencia entrañable de los fenómenos, de los hechos mismos. ¿No es esta la “visión del mundo” que tiene el hombre moderno? ¿Un exclusivo más acá de una homogeneidad dominable por la técnica científica, que se ha extendido desde lo físico hasta lo biológico, psíquico y social? ¿Un inmanentismo tan extremista, que rechaza la heterogeneidad, con la consecuencia que hay efectivamente en reconocer en toda *diferencia* un *más allá*? Del *sentido* de tal amputación es una expresión mucho más congruente con él que un dualismo de lo físico y lo psíquico el monismo materialista: ¡hasta en el exasperado dualismo de la “existencia” y los entes no “existenci-formes” (*daseinmässig*) hay un primado de la primera en que puede reconocerse la expresión, quizá no plenamente consciente de sí, del monismo de la facticidad pura! La filosofía verdaderamente *moderna*, radicalmente *moderna*, es la representada por estas filosofías, la constituída por estos filosofemas que ellas se transmiten. La correlación estructural de estos filosofemas fué siempre bien justamente denunciada por las filosofías de la defensiva. Por lo demás, conocido es hasta dónde penetraron en estas mismas, hasta dónde fué la ofensiva, hasta dónde la defensiva no pudo ser sino la elástica de ceder terreno, de asimilar todo lo asimilable para mantener en vida un mínimo siquiera del cuerpo recibido de la tradición progenitora. Reconocimiento por todos de la sustitución de la física discursiva de las *formas* por la física *experimental* de la *materia* discontinua en figuras, en átomos. Aún en los dualistas ontológicos y en los monistas espiritualistas, monismo epistemológico del método de la ciencia de la materia, del método geométrico—inconsecuencia sólo evitada por Hobbes, para quien la extensión de tal método a toda la realidad, incluso la humana, requería la extensión de la naturaleza de la materia incluso a esta última realidad, y por Pascal, para quien respondía a la dualidad de lo real la de los “espíritus”, “geométrico” y de “finesse” de las razones del corazón que no conoce la razón—geométrica.

Adopción ya por el dualista de la subjetividad de las cualidades secundarias, paso decisivo hacia el idealismo. Idealismo generalizado, al que el monismo que comparte con el materialismo hace tan convertible en éste como muestra—Berkeley, para quien su idealismo es la expresión del realismo ingenuo: ni él ni el hombre ingenuo reconocen más que una realidad, que si el hombre ingenuo considera material, el filósofo demuestra que debe considerarse como puras ideas en los espíritus. Kant “superando” a Hume tan sólo en poner de manifiesto una articulación no advertida por éste dentro de la experiencia únicamente cognoscible para ambos. Aquellos conmovedores eclécticos de los siglos xvii y xviii, dominantes con Feijóo, Gamarra, Caballero y otros en los países de lengua española, pugnando por conciliar la “filosofía experimental” con la fe cristiana e interpretando como ecléctica la filosofía moderna en general desde Bacon a Leibniz, bajo el signo de éste—con mucho más fundamento del que interpretaciones posteriores dificultarían admitir. Y la metafísica de nuestros días, tan poco convaleciente del positivismo como se consignó; tan, como se acaba de poner de manifiesto, continuadora de la filosofía moderna y aun llevadora de ésta a su extremo y cima—o abismo sin fondo.

Porque he a continuación las cuestiones a donde se quería venir a parar.

Hay una filosofía consistente en trascender hacia un Ser—trascendente, en forma o medida absolutamente *sui generis*, o absolutamente distinta de cualquier otra distinción entre seres, a todos los demás seres, de todos los cuales, precisamente, se trasciende hacia él en esta filosofía: es la metafísica en todo su alcance posible. Y hay una filosofía consistente en negar semejantes trascendencias, ateniéndose a la inmanencia que queda amputadas semejantes trascendencias, cualesquiera que sean las otras trascendencias o distinciones entre seres que se reconocan dentro de tal inmanencia. Lo que ambas filosofías tienen de común para que resulte fundado darles el nombre también común de filosofía, por debajo de todo lo demás que de común pudiera encontrarse entre ellas, se reduce a la indicada transcendencia—co-

mo realidad afirmada por la una y negada por la otra o considerada por ésta como ficción de la primera, donde, como se ve, empieza ya la divergencia entre ambas. A esto se reduce, también, lo que de metafísico se pretende hallar en toda negación de la metafísica, según se pretende, por ejemplo, en la refutación corriente del positivismo. En rigor, la negación de la metafísica no es metafísica en el sentido de afirmar la trascendencia propia de la metafísica en el mayor alcance posible, sino tan sólo en el de tener de común con ésta la trascendencia propia de la misma en el mínimo grado anterior a la inmediata divergencia señalada. Tan mínima comunidad no parece bastante para contrarrestar la radical diferencia existente entre afirmar y negar la repetida trascendencia. Aferrándose, pues, a la comunidad mínima, se podrán considerar tan filosóficos, más bien que tan metafísicos, como aquellos tiempos en que predominó la primera filosofía, los antiguos y medievales y los modernos que—no “se *extienden*”, sino “se *estrechan*” entre la metafísica del Renacimiento, digamos Bruno, o desde luego Descartes y Leibniz, y entre el Kant de la *Crítica de la Razón Práctica*, a lo sumo, o desde luego Fichte, y Hegel, aquellos otros en que desde de la “decadencia de la Escolástica” ha venido predominando la segunda filosofía tan crecientemente, que desde la muerte de Hegel ha dominado ya exclusivamente, a pesar de todas las contrarias—apariencias de la filosofía de nuestros días. El encabalgamiento de unos tiempos sobre otros, presencias como la de un Hobbes entre Descartes y Spinoza, de un Berkeley entre Locke y Hume, no significan sino que las divisiones temporales de la historia se suceden generándose las posteriores en plenas anteriores y extinguiéndose éstas en plenas posteriores, o que hay en ellas lo predominante que da el tono y lo residual o germinal que ya o aún no lo da. Pero haciendo justicia a la radical diferencia, no se pueden considerar tan metafísicos, ni en este sentido tan filosóficos como los primeros los segundos, entre ellos nuestros días. Hace medio siglo o tres cuartos de siglo se hubiera considerado universalmente fundado afirmar que la historia de la filosofía marchaba hacia la creciente—extinción de ésta. Nuestros días

se han ufano de hacer—marcha atrás. Las insinuaciones hechas en los apartes anteriores parecen razón suficiente para pensar que la ufanía podría, cuando menos, ser ilusoria. Y aún hay que añadir la consideración siguiente.

Que no sólo la metafísica ha cedido a la antimetafísica. La filosofía—con la antimetafísica y todo—ha cedido a la antifilosofía. De las filosofías de nuestros días hasta las metafísicas más conspicuas son—antifilosóficas. La de Bergson reniega de la inteligencia por la intuición. Scheler apela de nuevo a las razones del corazón—en que Pascal había encontrado el más allá del espíritu geométrico, bien que sólo por medio de este mismo espíritu geométrico. Hartmann y Scheler enseñan que lo más valioso es lo más impotente y lo más poderoso lo más ciego—como el marxismo había señalado en lo ideal y espiritual la supraestructura determinada por la infraestructura de lo material (aunque sea en el sentido humano, no físico, del término). Y el existencialismo sin contrasentido sólo puede ser la afirmación de la existencia exclusiva—de las existencias, sin razón de ser. . . Pero si no se quiere consentir en un equívoco inadmisibles, a la razón de ser, a las razones que conoce la razón, a la razón, y a la fe en el poder de lo racional, está vinculada la filosofía, metafísica y antimetafísica. El irracionalismo, para ser filosófico, para ser filosofía, tiene que —razonarse, naturalmente con razones. Lo que de filosofía hay en la de Bergson, Hartmann y Scheler, Heidegger, es lo que hay de razonar sobre la inteligencia y la intuición, sobre las razones que no conoce la razón que razona sobre ellas o las conoce, sobre la impotencia de la razón, sobre la falta de razón o sin razón de ser de los hechos. . . Si no hubiera todos estos razonares, si Bergson se hubiera puesto de buenas a primeras a intuir, Scheler a razonar solamente con el corazón, él y Hartmann hubieran cedido desde luego a la impotencia de lo ideal y espiritual y Heidegger a la facticidad pura, absolutamente seguro que no teníamos las filosofías que llevan en estos nombres propios la declaración de su propiedad intelectual.

Por eso no puede apelarse para calificar de filosóficos a nuestros días a otras potencias que a la filosofía misma, por ejemplo, a la poesía. No sólo porque la trascendencia

que ésta vaticina es la moderna inmanente, sino sobre todo porque la poesía es "razón" en el sentido de "palabra", no en el sentido de la filosofía.

Pero queda todavía *lo decisivo*. La historia de la metafísica arribaría con la presunta metafísica *de* nuestros días, en el sentido de tener éstos por *sujeto*, a una metafísica *de* nuestros días, en el sentido de tomar éstos por *objeto*. De la "analítica trascendental" del "sujeto trascendental" y de la "fenomenología" de la "conciencia pura" se ha pasado a la "analítica existencial" de la "existencia". Pero aun ésta, a pesar de reconocerse su historicidad, es demasiado general o abstracta, o lo es la historicidad que se reconoce en ella, o esta historicidad no es bastante histórica, o la existencia y su historicidad no son bastante concretas—para responder debidamente al *desideratum* a que quisieran responder ya el "*cogito*" cartesiano y toda la filosofía moderna, en todo caso la analítica trascendental, la fenomenología y la analítica existencial: el *desideratum* de partir de lo *dado*. Pues acaece que la filosofía moderna en general ha *buscado* lo dado, bien mediante la duda metódica, bien mediante el análisis de las sensaciones, bien mediante la destrucción de las construcciones de la inteligencia y la inmersión en la intuición, bien mediante las reducciones fenomenológicas; ahora bien, "dado" "buscado" es un contrasentido; dado no puede ser sino lo que por serlo no necesita ni puede buscarse, es lo anterior justamente a toda busca, es lo que impele a la busca—filosófica. Dado al filósofo es tan sólo—él mismo en su situación de ponerse en busca de lo demás que sea. Lo dado es, en suma, la situación biográfico-histórica del filósofo. Y la filosofía no puede ser sino la busca de lo que tenga sentido filosófico buscar en semejante situación: filosofía de nuestros días—metafísica de nuestros días, en la concreción cabal del "nuestros días", o simplemente del "nuestros". Pues bien, ¿y si nuestros días fuesen radicalmente antimetafísicos, de raíz metafísicamente impotentes, "inmanentistas"? . . . El filósofo se hallaría en la situación, precisamente, de tener que o querer hacer una metafísica de nuestros días—y de no poder hacerla. De tener que o querer buscar las razones de ser metafísicas—del inmanentismo de sus días, de

él mismo, y de no poder, no ya encontrarlas, pero ni siquiera buscarlas, en razón del propio inmanentismo. De tener que o querer tal por inercia de la tradición, ya que no podría ser por virtud—del inmanentismo. De sentir una paradójica y patética nostalgia—de lo imposible, de lo inexistente de hecho para él, en él. De sentirse híbrido de dos edades históricas. De sentirse monstruo de supervivencia, de superstición de una especie extinta. . .

Cuarta razón de ser de la filosofía de la filosofía, radical de las tres expuestas, pero tan radical cuan transida de contradicción, de contrasentido. Obstinación, en el más propio sentido del término: persistencia en lo desvalorado, en el mal—la persistencia en lo valioso, en el bien, podría ser la perseverancia.

Porque. . . Por tradicional es habitual considerar, más o menos inconscientemente, más bien que conscientemente, la filosofía como una dimensión *esencial* del espíritu humano, de la naturaleza humana, pero ¿no pudiera ser una etapa de la historia humana? Como el positivismo concibió la religión y la metafísica, aunque quizá como el positivismo no concibió la primera. El espectáculo histórico de religión y filosofía es ingentemente diverso. Parece imposible no verlo así. La religión es, no una dimensión, un volumen universal de la Humanidad todavía, es decir, a pesar de la moderna irreligiosidad, del moderno inmanentismo creciente—si es que es creciente, no obstante los renacimientos (?) religiosos de nuestros días. La filosofía, y sobre todo la metafísica, es una actividad de minorías confinadas en espacios muy estrechos de Occidente, y más aún de Oriente—si no es un equívoco el de la mayor parte, al menos, de lo que se llama la “filosofía” oriental—y en tiempos muy recientes relativamente a los de la existencia de la especie y culminantes en verdaderos simples momentos de la historia: tres siglos entre los anteriores a Jesucristo. . . el centro del xvii, el último tercio del xviii y el primero del xix. . . ¿Se dirá que más reducido es aún el panorama de la ciencia moderna? Pero ¿y si el auge de ésta y la extinción de la filosofía radicasen en un mismo movimiento histórico abisal?

¿Si la metafísica estuviera vinculada a una peculiar y pasajera conjunción de religiosidad y racionalismo, y la filosofía antimetafísica a una no menos peculiar ni pasajera de irreligiosidad y racionalismo? ¿Si tras una religiosidad irracionalista hubiera sido la filosofía, metafísica y antimetafísica, un racionalismo, religioso e irreligioso sucesiva—y pasajeramente, antes de una irreligiosidad irracionalista, si no una nueva religiosidad irracionalista? Es difícil sustraerse a la impresión de que la filosofía que, si no se inicia con el “todo está lleno de dioses”, bien pronto se continúa con lo “Sabio” “separado de todo” y se alza a una primera cima culminante en el “viviente eterno y óptimo”. . . , que inmediatamente después de haberse reiniciado con el “*cogito*” se reinicia de nuevo con la “*Causa sui*”. . . , no haya sido siempre lo que se reconoce fué cuando fué *ancilla theologiae*, la instrumentación, por decirlo así, conceptual, racional, de la fe religiosa —griega, judía, católica, protestante. Como a la impresión de que la moderna filosofía antimetafísica es la traducción o expresión, si no la fundamentación, conceptual, racional, del moderno inmanentismo, de la moderna irreligiosidad— ya se insinuó la relación que parece haber entre este inmanentismo y la ciencia moderna la *ancilla technes* que es la ciencia moderna. En todo caso, la metafísica parece representar una combinación de suyo inestable y explosiva. De un lado, religiosidad; de otro, racionalismo. Pero mientras que la religiosidad es naturalmente trascendencia, el racionalismo pudiera tener que ser inmanentismo; mientras que el racionalismo es naturalmente individualista, la religión pudiera tener que ser cosa de “comunidad”. Y en todo caso, si ha podido parecer que a la religiosidad le sería menos esencial, más superflua —y hasta más nociva que provechosa— la instrumentación racional que a la inmanentista irreligiosidad la fundamentación o la simple tradición o expresión racional, nuestros días parecen probar con los hechos, única manera congruente de probar tal cosa, que no tesis, ni por ende con razones, que también a la inmanentista irreligiosidad moderna le es inesencial y superfluo, si no dañoso, el racionalismo. . . En suma, es el “entusiasmo” de la razón, el racionalismo, lo que parece pasajero

haber *sido*. . . y si la filosofía, metafísica y antimetafísica, vinculada a él, manifestación específica de él, con él la filosofía, metafísica y antimetafísica.

Vinculada a la trascendencia o al inmanentismo, en ambos casos lo está al racionalismo la filosofía. Vinculada a la trascendencia es metafísica en todo el alcance posible. Del moderno inmanentismo siguen siendo días los nuestros y encima de irracionalismo. Si, pues, por lo primero siguen no siendo metafísicos, por lo segundo sólo son filosóficos al precio del contrasentido y parecen estar en inminencia de dejar de serlo en absoluto. En todo caso, mientras se continúe razonando, aunque sea contra-sentido, habrá filosofía, si no metafísica en todo el alcance posible. Pero ¿no será verdaderamente posible que, si no la religiosidad, el racionalismo haya sido un hecho histórico pasajero? Mientras se razone, seguirá habiendo filosofía, pero ¿no será posible que se deje de razonar? ¿que las últimas razones versen sobre el próximo dejar de razonar? ¿que si la razón es la naturaleza humana, el racionalismo sea etapa histórica?

Hay en Aristóteles una doctrina de la virtud que como la virtud ha dejado de entenderse como él la entendió, como perfección de la naturaleza humana, no se entiende como una doctrina de esa naturaleza. Es la doctrina de la virtud como un término medio entre una serie de pares de opuestos términos externos. Entendida como una doctrina de la naturaleza humana, el hombre sería el ser constituido por la oscilación misma entre una serie de pares de opuestos términos extremos, no exactamente los aristotélicos, sino otros más —metafísicos. El único ser constituido por una oscilación semejante. Ninguno de todos los demás seres, desde la piedra hasta, no el astro, sino Dios mismo podría ser lo contrario de lo que es, finita o infinitamente. La serie de pares de opuestos términos extremos en oscilar entre los cuales consistiría el hombre sería la manifestación de la finitud de éste, que no podría seguir en ninguna dirección indefinidamente. Una doctrina semejante quizá lograra explicar la historia como la sucesión de las marchas hacia los opuestos extremos. Estos, o la finitud, representarían una autorregulación reiteradamente centradora del hombre en su oscilante ser mismo, mantenedora

del hombre en su humanidad, en su ser. ¿No podría haber *sido* uno de tales extremos el racionalismo de Occidente?

En todo caso, tales son *filosóficamente* nuestros días. No haya engaño. Sépase dónde se está, dónde se anda. Lejos ya, *todavía*, por ende, más aún, de la metafísica. Y quizás en la proximidad inmediata de ni siquiera la filosofía. Tomen los unos la historia de la filosofía como una caja de construcciones con cuyas piezas jugar a construir unos sistemitas más. Tómenla los otros como un rompecabezas con que jugar a reproducir interpretativamente los modelos. Entremétanse los terceros a dar actualidad de boga, que no de verdad, al pasado. El único problema del que en la actualidad puede salir una filosofía viva, porque el no resolverlo es la muerte de la filosofía, es el de arrancarse al moderno inmanentismo e irracionalismo—con la práctica, aunque esta expresión suene a tan moderna como lo es, a marxista.

SIETE AÑOS DE LABOR FILOSOFICA DE JOSE GAOS EN MEXICO

JOSÉ GAOS acaba de cumplir siete años de laborar sin interrupción en México. Su obra desarrollada en este lapso es extraordinariamente valiosa y rica en aspectos. Como catedrático ha profesado en la Facultad de Filosofía y Letras cerca de diecisiete cursos diferentes y originales y sustentado numerosos cursillos y conferencias en algunas universidades de provincia como las de Michoacán y Monterrey. Su agudo espíritu de investigador ha dado vida y estímulo a un *Seminario* localizado primeramente en la Facultad de Filosofía y Letras y después en El Colegio de México. De este Seminario han salido trabajos como *Del Cristianismo y la Edad Media*, volumen colectivo en el que colaboran los mejores de sus alumnos de 1942; *El Positivismo en México* y *Apogeo y Decadencia del Positivismo en México* de Leopoldo Zea; *Gamarra o el Eclecticismo en México* de Victoria Junco Posadas; *Dos Etapas Ideológicas del Siglo XVIII en México* (a través de los papeles de la Inquisición) de Mone-lisa Lina Pérez-Marchand; *La Renovación científica Filosófica en el Siglo XVIII* de Bernabé Navarro y la *Gaceta Literaria de Alzate* de Rafael Moreno, inéditos estos dos últimos pero ya en trance de aparecer. Su influencia de catedrático y director del Seminario se ha dejado sentir en jóvenes como Edmundo O'Gorman, con su libro *Fundamentos de la Historia de América*; en Antonio Gómez Robledo, con su libro *Cristianismo y Filosofía en la Experiencia Agustini-ana*, en Leopoldo Zea con sus ensayos sobre *Las Posibilidades de una Filosofía Americana* y el *Superbus Philosophus*; en Justino Fernández en sus libros recientes y en José Sánchez Villaseñor con su *Gaos en Mascarones*, ensayo tendencioso en el que el joven mimado de los jesuitas reproduce íntegramente el curso sobre el *historicismo* que diera el maestro español en la Facultad de Filosofía y Letras en 1943. Su labor de traductor, aunque no en las proporciones de la desarrollada en la *Revista de Occidente*, ha sido también valiosa. Nos ha puesto en español *La Estética contemporánea* de Rudolf Odebrecht; *Las Meditaciones Cartesianas* de Edmundo Husserl; *Esencia y Forma de la Simpatía* de Max Scheler; *La Formación de la Conciencia*

Burguesa en Francia durante el siglo XVIII de Bernhard Groethuysen; *Los Fragmentos de Heráclito*; *Filosofía y Economía* de Carlos Marx y *Ser y Tiempo* de Martín Heidegger, próximos estos dos últimos a publicarse. Como escritor y crítico su obra ha sido fecunda. Se inicia con *Dos ideas de la Filosofía* y la *Filosofía de Maimónides*, se continúa con *la Antología Filosófica*, *El Pensamiento Hispano-Americano* y el *Pensamiento Español*; y culmina en los cuatro libros que acaba de lanzar al público, y que son los que han motivado la presente nota.

El primero de estos libros lleva por título *Pensamiento de Lengua Española* (Editorial Stylo, México, 1945). En él recoge Gaos los trabajos referentes a la historia del pensamiento en los países de lengua española, que andaban dispersos por diferentes publicaciones. El volumen se divide en tres partes. La primera aborda el tema de "El Pensamiento Hispano-Americano", que el autor subdivide en tres capítulos, I, "Localización Histórica"; II, "caracterización Formal y Material" y III, "Significación Filosófica". La segunda parte constituye casi una Historia de la filosofía contemporánea en México, pues está compuesta por artículos y notas bibliográficas dedicadas a autores mexicanos y a españoles residentes en México: Vasconcelos, Caso, Ramos, Samará, Robles, Reyes, O'Gorman, Justino Fernández, García Bacca, Nicol, Medina Echavarría y Juan Larrea, ocupan en ella sitio de honor. La tercera parte está integrada por una serie de artículos cuyos títulos son "Cuarto a Espadas", "¿Filosofía Americana?", "¿Cómo hacer Filosofía?", "La vida cultural", "Los cursos de invierno", "Las sociedades Filosóficas", "Las Relaciones Culturales", "La Feria del Libro".

El segundo de estos libros es la *Antología del Pensamiento de Lengua Española en la Edad contemporánea*. (Editorial Séneca, Quinto Volumen de la colección "Laberinto", México, 1945). Esta Antología es la primera que aparece en su género. Se compone de una profunda, conceptuosa y original *introducción*, y de una selección de 34 autores y textos de lengua Española. España se halla representada por 12 pensadores: Feijóo, Cadalso, Larra, Ganivet, Costa, Unamuno y Ortega y Gasset, como representantes del pensamiento de la decadencia; Sanz del Río, Giner de los Ríos, del Krausismo; Balmes, Donoso y Menéndez Pelayo, del tradicionalismo. Los países de América resultan representados por 22 pensadores distribuidos como sigue: Argentina por Sarmiento, Alberdi, Ingenieros, Korn y Romero; México por Barreda, Sierra, Vasconcelos, Caso y Reyes; Cuba

por Martí y Varona; Perú por Prada y Deustua; Uruguay por Rodó y Vaz Ferreira; Venezuela por Bolívar y Bello; Colombia por Torres; Chile por Lastarria; Ecuador por Montalvo y Puerto Rico por Hostos. La idea que llevó a Gaos a formar esta antología fué su convicción de que hay un "pensamiento de lengua española" y el reconocimiento de la "ignorancia que se tiene de este pensamiento". Con ella se propone lograr una "verificación" de la existencia de ese pensamiento y ofrecer un "útil" para la superación de su ignorancia.

El tercero de estos libros se llama *2 Exclusivas del Hombre. La Mano y el Tiempo* (Universidad de Nuevo León. Departamento de Acción Social Universitaria, México 1945). Contiene una serie de cinco conferencias que Gaos sustentó en la Universidad de Nuevo León, del 27 de noviembre al 10. de diciembre de 1944. La primera versa sobre *Las exclusivas del hombre. La Mano*; la segunda sobre *La Caricia*; la tercera es continuación de la *caricia*; la cuarta sobre el *Tiempo* y la quinta es continuación del *Tiempo*. El problema que plantea este libro es éste: ¿qué es lo que hace al hombre diferente de un átomo, una piedra, un astro, un animal, un vegetal, un ángel, una ánima del purgatorio, un demonio o de Dios? Gaos resuelve este problema diciendo que es la *mano*, como nota *más patente*, y el *tiempo*, como nota *más radical*. Lo que más sorprende en este pequeño libro es la claridad de estilo en que está redactado y la habilidad de Gaos para manejar el método fenomenológico. Las fenomenologías que hace de la mano, la caricia y el tiempo, son ejemplos elocuentes de lo fecundo que es el método descubierto por el filósofo de las *Investigaciones Lógicas* en el tratamiento de las cuestiones filosóficas. Es un libro, además, que da la impresión de haber sido concebido y elaborado en la soledad del gabinete, al margen de toda *circunstancia histórica*, tal vez antes de que la guerra presente sorprendiera a su autor y lo pusiera en contacto de esta realidad histórica hispanoamericana.

El cuarto de los libros acabados de aparecer lleva por título *Filosofía de la Filosofía e Historia de la Filosofía* (Editorial Stylo, México, 1945). Gaos agrupa en él los trabajos que se refieren a la filosofía en general o a la historia de la filosofía universal. En dos partes se distribuye su contenido. Los diez estudios que forman la primera son una contribución del ex-rector de la Universidad Central de Madrid a lo que Dilthey llama *Filosofía de la Filosofía* y que él ha sido el primero en propagar en nuestro país en artículos, cur-

sos y conferencias. La segunda parte está formada por un conjunto de dieciséis trabajos de índole histórica en la que figuran una introducción a las *Meditaciones Cartesianas* de Husserl; un prólogo a la *Formación de la Conciencia* burguesa de Croethuysen; una conferencia sobre *El Ultimo Nietzsche*; una ponencia sobre el concepto de la filosofía; unos ensayos sobre *Existencialismo y Esencialismo*, *La Filosofía Actual y el Personismo*, *Galileo o los tres siglos*, *Bergson según su autobiografía filosófica*; y varias notas bibliográficas sobre el Kant de Benda, el *Nietzsche* de Lefebvre, *Naturaleza y Vida* de Whitehead, *La Filosofía Alemana de los Valores* de Stern, *Ideología y Utopía* de Mannheim e *Historia de las invenciones mecánicas* de Usher.

Toda esta labor filosófica de siete años que el autor recoge en los cuatro libros mencionados, respira la influencia del pensamiento de su maestro Ortega y Gasset, del *Historicismo* de Dilthey, del *método fenomenológico* de Husserl y de la *circunstancia hispanoamericana* con la que Gaos ha tenido que encontrarse desde que salió de España. Fiel a estas influencias el maestro español ha sabido ofrecer en estos libros una prueba del carácter circunstancial que hay en el fondo de todo filosofar y de lo valiosos que son los métodos histórico y fenomenológico para el tratamiento de las cuestiones filosóficas. Sus cuatro libros son pensamiento de la circunstancia hispanoamericana o filosofar de la circunstancia hispanoamericana en plan historicista y fenomenológico. Ricos son estos volúmenes en temas y sugerencias. Imposible sería dar cuenta de toda esta riqueza en las dimensiones de una nota. Destaquemos, sin embargo, a manera de muestra, uno de esos temas, que es lo que en el lenguaje *crochano* podría llamarse algo del abundante *pensamiento vivo* de Gaos que hay en las obras mencionadas. Este tema es el relativo a la *unidad del pensamiento de lengua española*; tema que ha sido una de las preocupaciones hacia donde más se ha orientado en estos siete años la brújula del pensamiento de este filósofo *transterrado*, como él mismo se califica en una de las dedicatorias puestas a uno de estos libros.

El tema de la unidad del pensamiento de lengua española lo trata el autor en la introducción a la *Antología* y en la primera parte de *El Pensamiento de Lengua Española*, y puede plantearse así: ¿hay un pensamiento de lengua española? Para Gaos este pensamiento existe en el doble sentido de la preposición: por el *sujeto* que lo piensa y por el *objeto* pensado. Este pensamiento es común a España y a los países de América española.

El pensamiento de lengua española en España se articula en dos edades. La primera es la del *pensamiento de la grandeza de España*. Lo que dió a este pensamiento su grandeza, que "no ha perdido ni perderá", fué el haber hecho principales objetos suyos "objetos trascendentes por excelencia". Tales objetos fueron: la defensa de la *cristiandad* hacia fuera de la comunidad europea, venciendo el peligro del *Islam*; la defensa de la *cristiandad* hacia dentro de la comunidad europea, cerrándose a la influencia de la *modernidad*; y la extensión del *catolicismo* más allá del viejo mundo, con el descubrimiento, conquista y colonización de América. El pensamiento de esta edad empieza con la obra de Alfonso el Sabio y termina en la extinción de la grandeza de España tras Gracián. La segunda edad es la del *pensamiento de la decadencia de España*. Este difiere del de la grandeza en que no hace objetos suyos los objetos trascendentes, sino el exclusivo objeto de la *decadencia*. Por su *fondo* se caracteriza por ser un "pensamiento de las causas de la decadencia y de los congruentes remedios", encontrando que las causas se deben a que España se haya cerrado a la *modernidad* y concluyendo que el remedio está en abrirse a la filosofía y a la ciencia modernas. Por su *forma* caracterízase porque la parte más original y valiosa no es la del "tratado o curso sistemático y metódico", sino la del "ensayo", "artículo" y "discurso". Pero este pensamiento no es decadente por el *sujeto*, sino sólo por el *objeto*, pues los pensadores de la decadencia no son decadentes ni valen menos que los de la grandeza. Feijóo es el punto de partida de este pensamiento que se prolonga hasta nuestros días a través de los Jesuitas, el Padre Isla, Jovellanos, Larra, Ganivet, la generación del 98, Costa, Unamuno, Ortega y Gasset, cerrándose con los pensadores de la Segunda República y de la emigración republicana, que es un pensamiento de epígonos de la generación del 98. En este pensamiento de la decadencia se insertan, además, tres direcciones: El *Krausismo* de Sanz del Río y Francisco Giner, el *tradicionalismo* de Balmes, Donoso y Menéndez Pelayo y el *franquismo*.

El pensamiento de lengua española en América se articula también en dos edades. La primera es la del *pensamiento de la Colonia*, que comienza con el descubrimiento, conquista y colonización de América. Estos acontecimientos plantearon a España y al viejo mundo problemas que inspiran una literatura geográfica, histórica y descriptiva que luego se convierte en *bella literatura* y finalmente en pensamiento de *tipo jurídico*, como en el problema de la legitimidad

de la conquista, o de *tipo antropológico*, como la cuestión relativa a la humanidad del indio. Esta literatura y pensamiento son americanos por el objeto y españoles por el sujeto, ya que son españoles venidos a América quienes piensan y escriben; los indígenas americanos forman parte del objeto, no la tienen en el sujeto. Descubrimiento, conquista y colonización provocan, además, una importación del pensamiento y literatura españoles a los países conquistados de América. Tal importación corresponde en sus comienzos al pensamiento de la grandeza de España: "erasmismo y utopismo con Zumárraga y Quiroga, humanismo con Cervantes de Salazar, escolástica con Veracruz y Ledesma". Este pensamiento importado es español por el sujeto y español o universal por el objeto, pero en algunos casos es americano ya por el objeto, como en las fundaciones de Quiroga y en los *Diálogos* de Cervantes. Con el tiempo se inicia la formación de una nueva clase: los *criollos*, que comienzan a intervenir en la importación y trasmisión del pensamiento. El pensamiento de la Colonia comienza entonces a ser americano por el sujeto, pero continúa siendo español o universal por el objeto. En pensamiento de la Colonia es una "parcela de la literatura y pensamiento de la grandeza de España". Se trata de un efecto de la grandeza del Imperio Español en las Colonias conquistadas y colonizadas por él. Ambos pensamientos, el de la grandeza y el colonial, "componen una unidad integrante y manifestativa de la unidad imperial, común a metrópoli y colonias". La segunda edad del pensamiento de lengua española en América es la del *pensamiento de la independencia*, que se inicia a fines del siglo xvii con dos precursores: Sigüenza y Góngora y Peralta. Feijó es también su punto de partida. Su influencia de modernidad es continuada por los jesuitas del xviii, que se convierten en inequívocos precursores de la independencia. De estos son discípulos una serie de héroes con antecedentes intelectuales, como Hidalgo, y de "pensadores que son Héroes", como Bolívar y Martí. En el siglo xix siguen la línea de este pensamiento Bello, Echevarría, Sarmiento, Alberdi, Lastarria, Mora, Ocampo, Ramírez Altamirano, Barreda, Juárez, Montalvo, González Prada y Hostos, continuándose en este siglo con Rodó, Carlos Arturo Torres, Deustua, Sierra, Chávez, Vasconcelos, Caso, Ingenieros, Korn, Vaz Ferreira, Barona, Alfonso Reyes y Francisco Romero. Este pensamiento de la independencia integra una unidad con el pensamiento de la decadencia de España; ambos presentan notorias afinidades, que son: un mismo *fondo político*, una misma *forma estética y comunidad de fuentes*. También al pensamiento de la independencia acompaña un *pensamiento tradicionalista*, que está diri-

gido a reivindicar el "sentido del Imperio o por lo menos de algo tan entrañado en él como la Iglesia y el catolicismo". A él se ligan los ciudadanos de países americanos partidarios del franquismo o que piden regímenes de la misma índole para sus patrias.

También puede clasificarse de pensamiento vivo de Gaos sus ensayos sobre la "filosofía de la filosofía", sobre el "auditorio de la filosofía", sobre el "concepto de la filosofía", sobre "Existencialismo y Esencialismo", sobre la fenomenología de la mano, de la caricia y del tiempo, así como las múltiples ideas que corren dispersas en las páginas de sus cuatro volúmenes sobre la *Metafísica de "Nuestra Vida"*. Muchos comentarios en pro y en contra ha merecido este pensamiento de Gaos. Francisco Larroyo consagró una serie de cartas críticas en la revista "Hoy" a la tesis de la "filosofía de la filosofía". El jesuita José Sánchez Villaseñor le destinó el "ensayo" *Gaos en Mas-carones*, para acusarlo de profesar públicamente el ateísmo. Raúl Roa le ha tributado cálido homenaje desde las columnas de la revista *Universidad de La Habana*. Samuel Ramos ha puesto de relieve en su *Historia de la Filosofía en México* sus grandes méritos de suscitador de vocaciones. Sus discípulos le han patentizado su reconocimiento intelectual dedicándole sus tesis de graduación. Y, el maestro Antonio Caso, ha escrito recientemente en las columnas de *El Universal* estas palabras, que son el mejor trofeo que puede otorgarse a la labor realizada por el filósofo asturiano durante sus siete años en México: "México no tiene que ofrecer condecoraciones ni órdenes de caballería; pero la Universidad Nacional Autónoma dispone del doctorado "honoris causa", para recompensar los servicios eminentes en pro de la cultura y de la patria. ¿No sería el caso de ofrecer, hoy, al Dr. Dn. José Gaos, el galardón supremo que otorga nuestra Casa de Estudios?"

Juan HERNANDEZ LUNA.

UN LIBRO AMERICANO SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL DE LAS ARTES PLÁSTICAS

AQUEL a quien la historia se le presenta, ante todo, como historia de la cultura, y a quien, por afinidad y por vocación, atraen los problemas nacidos del juego inagotable de las ideas, suele hallarse con harta frecuencia ante un renovado problema de iniciación. Ante los llamados de la curiosidad intelectual, que le llegan desde las más lejanas regiones, está obligado, si quiere lograr nuevos datos y nuevos puntos de vista, a comenzar en cada caso cierta forma de aprendizaje. Quien llega a la historia de las ideas, por ejemplo, desde el limitado campo de las ideas estrictamente historiográficas y filosóficas, puede descubrir cierto día que hasta ese instante le ha sido vedado un vasto panorama, que a partir de entonces comprende que no le debe ser ajeno si quiere totalizar su visión. Y entonces, después de tener que afrontar la dura tarea de corregir más de un criterio de los que condicionan el campo que le es más familiar, se ve precisado a empezar con heroica humildad el aprendizaje de muchas cosas que son imprescindibles para poder afirmar, en ese nuevo territorio, aun la más somera noción.

Hay en estas reflexiones el fruto de una experiencia personal. En busca de materiales para la historia general de las ideas, he llegado hasta este nuevo libro de Jorge Romero Brest, porque prometía un panorama general de las artes plásticas con referencia a los problemas conceptuales y una visión orgánica de su desarrollo en estrecha conexión con los fenómenos generales de la cultura. Sin duda también porque sabía qué calidades lo caracterizan como hombre de investigación y sensibilidad. Pero sobre todo porque esperaba hallar lo que no es frecuente que las historias del arte den al lector no especializado: la visión de los fenómenos de creación estética en relación con las otras formas de actividad histórica. La curiosidad se ha visto satisfecha, porque, en efecto, Romero Brest ha logrado lo que prometía. Mi experiencia —la del hombre que descubre un panorama que no le era familiar sino muy fragmentariamente— me ha servido para cotejar viejas convicciones, y en esta labor he aprendido muchas cosas en cuyo aprendizaje he medido la calidad de este libro como guía eficaz. Por

eso, y aun juzgando que es algo temerario escribir sobre un tema que empieza a descubrirse, me he atrevido a dar cuenta de la aparición de la *Historia de las artes plásticas* de Romero Brest,¹ para señalar lo que más y mejor descubrí en ella: su significación en el campo de la historia de las ideas.

Es difícil que un libro americano cause fuerte y decisiva impresión en un lector hecho a los productos de la ciencia europea, sobre todo si su tema es, como en este caso, el examen de un problema universal. Quien suele citar autores franceses, ingleses o alemanes para apoyar sus opiniones sobre la pintura de Leonardo, se resiste a invocar un nombre americano. No hay en ello, sin duda, sino un prejuicio injusto, largamente justificado acaso, pero falso en sí mismo. Ante la obra que comienza a publicar Romero Brest puede afirmarse que estamos en presencia de un esfuerzo original de alto valor, que soporta el cotejo más severo; y acaso corresponda decir que siendo una de las pocas que sobre este tema han aparecido en América, ha alcanzado su objetivo con una dignidad que justifica el elogio, sobre todo, por la escasa tradición que tienen en nuestros países estos estudios. Acaso pueda disentirse —y no hay libro análogo del que no pudiera decirse lo mismo— con una opinión o con un juicio de valor de los que el autor expone. Pero el lector que quiera lograr una visión panorámica y coherente de la evolución de las artes plásticas hallará en este libro una guía profunda y clara, afirmada en la vasta experiencia visual del autor, en su fina sensibilidad para lo plástico y, sobre todo, en la amplitud de su cultura, requisito este último que no es el más frecuente en los especialistas.

Decía Elie Faure, justificando su posición estética ante las críticas que suscitaba su concepción del desarrollo artístico, que no alcanzaba a concebir una historia del arte que no fuera una trasposición poética del poema plástico creado por la humanidad. Con ello confesaba lo absoluto de su punto de vista, erigido por él en sistema inexcusable de toda interpretación del desenvolvimiento universal de las artes. Romero Brest nos proporciona un ejemplo de otra posibilidad. Las artes aparecen en su *Historia* referidas constantemente a criterios de valor, y esos valores se nos aparecen destacados en cuanto tienen de universales y perennes, pero también en cuanto tienen de históricos y de determinados por la concepción peculiar de cada época y cada cultura. De ese modo, Romero Brest procura realizar una transpo-

¹ JORGE ROMERO BREST: *Historia de las Artes plásticas*. Editorial Poseidon, Buenos Aires, 1945.

sición de los hechos artísticos no al plano poético, sino a un plano conceptual, desde donde desciende hasta el de la comprensión histórica, en el que la temporalidad de las realizaciones del valor estético ni oculta ni esquivo su integración en un coherente proceso universal. Así considerada, la historia de las artes plásticas resulta ser un conjunto de capítulos de la historia general de la cultura, pero, al mismo tiempo, toda una historia del espíritu creador en cuanto se expresa bajo formas plásticas. He aquí porqué, a mi juicio, la historia de la cultura se enriquece con este aporte de Romero Brest más de lo que lo hiciera con otros similares, más extensos y minuciosos muchos, más sensibles, quizá, otros a ciertas calidades poéticas, pero casi todos menos ajustados a una idea directriz que dé sentido al proceso histórico del desenvolvimiento de la creación.

De la *Historia de las artes plásticas* de Romero Brest sólo han aparecido ahora dos volúmenes. El primero es una *Introducción a la historia de las artes plásticas*; el segundo, una *Historia de la pintura*. El autor promete completarla, en breve plazo, con tres nuevos tomos: *La arquitectura y la escultura*, *Las artes derivadas* y *Las artes plásticas contemporáneas*. A través del primer volumen puede lograrse una idea acabada del punto de vista teórico desde donde el autor enfoca el panorama; a través del segundo, de cómo realiza su plan, analizando el proceso de la pintura según ese punto de vista. Estamos ya, pues, en presencia de un sistema interpretativo de las artes.

Aparentemente extensa, la obra de Romero Brest es, más bien, un apretado ensayo. El autor—él mismo nos lo declara—no comparte la opinión tan frecuente de que la historia del arte deba ser solamente historia de los hechos artísticos; cree, en cambio, que debe ser, más bien, un intento de comprensión parcial y total a un tiempo de esos hechos, en estrecha conexión con el vasto panorama de la cultura que le sirve de fondo. A eso se debe que no cubra sus páginas la larga enumeración de nombres de artistas y de obras; sólo los que en la exposición de sus caracterizaciones de conjunto resultan imprescindibles aparecen citados y analizados. En cambio, por sobre la mera mención de los hechos artísticos Romero Brest coloca la exposición de las ideas estéticas que los nutren, las circunstancias que los explican, el sistema de ideas dentro del cual vive el artista o contra el que se revela el genio creador. Esta radical complejidad con que percibe el hecho artístico no es, sin duda, su menor mérito.

Pero como su visión es, ante todo, un cuadro coherente y regido por un sistema de ideas, Romero Brest comienza por presentar al

lector cuáles son los supuestos que, a su juicio, obran en los fondos oscuros de la inspiración plástica y cuáles son, en consecuencia, las claves que pueden guiar al espectador contemporáneo. A eso está dedicada la primera parte del primer volumen de su obra, que él titula *Los Principios*. Allí explica con una claridad sin concesiones las nociones fundamentales de la teoría de los valores —espinas dorsales de su pensamiento—, especialmente en sus relaciones con la plástica, y en cuanto interesa para distinguir entre valores absolutos y realizaciones históricas de los valores. Este planteo lo conduce a señalar con marcada finura cuáles son los caracteres de la estimativa estética, y la significación del problema de si existe o no un juicio objetivo frente a la obra de arte. Por la misma vía, llega a plantearse el problema conceptual de la histórica del arte, que sólo cree posible resolver por el camino de la doctrina axiológica. "Para realizar su investigación —dice— el historiador necesita un criterio, una dirección que le permita forjar esas categorías formales, las cuales no deben ser forjadas solamente por el intelecto, sino también por la intuición sensible y la emoción. Tal criterio no puede ser otro que el del valor; por esto la estética, la ciencia y la sociología del arte, puesto que son las disciplinas que estudian el problema del valor artístico desde diferentes puntos de enfoque, son las que proporcionan al historiador el criterio de estimación, basadas aquéllas en la teoría general de los valores (I, pág. 57).

Cuáles son esas categorías formales de la historia del arte, es el problema que Romero Brest se plantea luego en un capítulo de notable penetración. Romero Brest señala la endeblez de la estructura conceptual que implica la contraposición entre realismo e idealismo, y analiza con sumo cuidado el fenómeno de la transposición metafórica que entraña la creación artística. De este análisis deduce la existencia de tres formas categoriales que afirma son fundamentales: la alegoría, la forma naturalística y el símbolo. A la luz de este principio, descubre Romero Brest dos formas antitéticas de la creación, encarnadas en el naturalismo absoluto y en el geometrismo. En cierto equilibrio entre ambas cree descubrir el secreto de lo clásico, descartando, de paso, el romanticismo como categoría formal, por considerarlo —con toda exactitud— caracterizado más por sus referencias al contenido que a las formas.

Un capítulo sobre la caracterización, clasificación y jerarquización de las artes y de los géneros cierra esta primera parte, en la que el lector atento descubrirá un rico manantial de nociones formativas.

En seis grandes ciclos agrupa Romero Brest —en lo que llama *Esquema histórico* y constituye la segunda parte del primer volumen— el desenvolvimiento de las artes plásticas. En un esfuerzo de síntesis que revela su ágil captación de los fenómenos históricos, el autor procura proporcionar al lector cuanto considera necesario saber para entender las circunstancias temporales dentro de las que se desenvuelven los hechos artísticos, indicando luego algunos de éstos, los más significativos para fundamentar sus esquemas. En vasto repertorio, los hechos políticos, económico-sociales y culturales desfilan para llamar la atención del lector y recordarle lo que es menester tener en cuenta para evitar los peligros del realismo ingenuo en la apreciación de la obra de arte. Así completa una guía eficaz para el análisis de las formas particulares en que se manifiesta la creación plástica, llena de sugestivas referencias al panorama general de la historia del espíritu.

EL segundo volumen es una historia de la pintura. Un minucioso análisis del índice proporcionará al futuro lector un hilo conductor de suma utilidad para la lectura que le espera; porque la arquitectura del libro no es su menor mérito. Romero Brest utiliza, en efecto, un esquema cronológico ajustado, producto de su conocimiento de la buena bibliografía histórica moderna, dentro del cual encuadra las épocas y las etapas culturales sin falsas contorsiones y con una rigurosa periodización. El lector advertirá que la delimitación de épocas no está determinada exclusivamente por las etapas de las artes occidentales, sino que trata de acomodarse al fenómeno universal; así, junto a las áreas geográficas del Occidente aparecen otras que no suelen verse comprendidas en ensayos de este tipo: el Oriente lejano, la India, el mundo islámico, la Persia, de las que no sólo analiza su propia significación sino también las influencias que ejercieron sobre otras culturas. Esta periodización y esta integración de la historia de la pintura proporciona una visión panorámica de la universalidad del fenómeno plástico —aspecto en el que Romero Brest no deja de insistir— que atrae la atención por la multiplicidad de sugerencias que provoca.

Dentro de cada uno de los ciclos que estudia —la Antigüedad, la Edad Media, los siglos xv, xvi, xvii, xviii, y xix— Romero Brest realiza un vigoroso esfuerzo de comprensión y caracterización de la totalidad del hecho artístico. Con juicios categóricos y seguros

procura determinar las esencias y los atributos que tipifican un momento histórico cultural, una tendencia estética, una escuela pictórica, un artista singular. La adjetivación puramente sentimental le es ajena, porque sus observaciones raramente aluden a las resonancias subjetivas que produce el goce estético sino que tratan más bien de apoyarse en los caracteres más objetivamente determinables. A veces, ante un artista o ante una obra, el adjetivo aparece en su léxico, pero es preciso y mordiente, y corresponde, generalmente, a una dimensión observada con profundidad y medida con rigor conceptual para que adquiera categoría de apreciación objetiva.

En la consideración de las épocas en general y de las tendencias y escuelas en que, en forma orgánica, se manifiesta la inspiración plástica, es donde Romero Brest manifiesta su vasta capacidad de comprensión y sus dotes de auténtico historiador del arte. Ninguna circunstancia, ninguna característica, ninguna conexión que pueda contribuir a perfilar la concepción general de la época y su influencia en la obra singular escapa a su esfuerzo de síntesis. Cada capítulo comienza con una visión de conjunto en la que los datos históricos se combinan hábilmente con las referencias al cuadro general de la cultura para ofrecer un esquema armónico dentro del cual la personalidad del artista destaca tanto lo que tiene de común como lo que tiene de original. Allí se ponen de manifiesto todos los elementos que enmarcan la inspiración creadora, y gracias a esta característica la obra de Romero Brest no es una historia de artistas sino una historia del vasto proceso de la creación plástica. El autor cuida celosamente no omitir los rasgos que caracterizan la concepción del mundo y de la vida vigente en la época, las condiciones sociales, económicas y políticas que la caracterizan, y las influencias que una y otras han ejercido sobre el impulso creador. Las clases sociales hegemónicas, los gustos predominantes, las ideas en vigor, todo ello actúa de uno u otro modo sobre el artista y condiciona su labor, sea forzando su vocación, sea deformándola insensiblemente. Dentro de ese marco, Romero Brest destaca lo que cada tendencia y cada escuela tiene de específico, y puede luego, con apretado análisis, señalar en qué medida ha obrado sobre la vocación del artista creador; pero, sobre todo, le permite señalar qué es lo que el artista creador trae como mensaje personal, aquéllo en que se independiza de las circunstancias que lo coaccionan, aquéllo con lo cual, por impulso del genio, se impone sobre ellas para marcar rumbos a la posteridad, que reconocerá,

a su vez, su inspiración como circunstancia coactiva. Este juego de coacción y libertad en la realización de la voluntad de arte aparece en más de una ocasión descrito con una acertada visión que aclara, además de los fenómenos plásticos, otros que están emparentados con ellos.

Porque Romero Brest no es hombre que se ate a sus esquemas. Por el contrario, tan precisos como sean los que ha trazado, procura, con disciplinado método, apartarse de ellos cada vez que la singularidad de la creación le señala su toque original. Es muy significativo, por ejemplo, cómo caracteriza dentro del siglo xvii —magníficamente dibujado— las dos grandes figuras que lo rebasan, Rembrandt y Velázquez, en las que destaca los elementos intemporales del genio creador, unas veces esclavo y otras señor de los estímulos de su época. Otro tanto podría decirse de la etapa de transición entre los siglos xviii y xix y de la caracterización de Goya, ejemplo de singularidad para probar la capacidad de comprensión estética y psicológica del autor.

HE aquí, pues, un esfuerzo maduro y profundo, pese a su brevedad y a las posibilidades que oculta para futuros desarrollos, destinado a ofrecer una interpretación conceptual de la historia universal de las artes. Realizado en América, ajeno en consecuencia, a las banderías que suelen dividir a los historiadores europeos del arte y cuya pasión invalida más de un sutilísimo juicio, el ensayo de Romero Brest es, al mismo tiempo que una promesa, una realización llena de sugerencias y enseñanzas. No se desengañará el lector, aunque pueda disentir con él —vuelvo a repetirlo— en más de una apreciación estética. Pero hay en este libro una arquitectura, un sistema interpretativo, una concepción estética e histórica tan firmes y rigurosos que, por sobre toda las observaciones parciales que pudieran hacerse, queda en pie su fortaleza conceptual.

No podría terminarse esta reseña del libro de Romero Brest sin señalar la importancia del índice que trae el tomo sobre historia de la pintura. Para colmar los vacíos que, necesariamente, deja su apretada exposición de épocas y escuelas, el autor agrega un meticuloso repertorio de artistas, agrupados de acuerdo con la arquitectura del libro. De cada uno de ellos se señalan los datos biográficos fundamentales, la filiación estética, las obras fundamentales. Del mismo

modo, sería injusto omitir una mención del rico material ilustrativo que completa la obra. Si puede afirmarse que las ilustraciones son dignísimas desde el punto de vista gráfico, debe hacerse notar la pulcritud de la selección, mediante la cual se han ofrecido reproducciones no demasiado vulgares y destinadas a cumplir la finalidad general de caracterizar con lo sustancial y no con lo episódico a cada artista y a cada escuela.

José Luis ROMERO.

Presencia del Pasado

UNA EMPRESA RENACENTISTA DE ESPAÑA: LA INTRODUCCION DE CULTIVOS Y ANIMALES DOMESTICOS EUROASIATICOS EN MEXICO

Por *Salvador TOSCANO*

LA CONQUISTA DE AMÉRICA es una empresa substancialmente renacentista: es verdad, sin embargo, que su realización estuvo encomendada en gran parte a hombres en los que pervivía con caracteres acentuados un espíritu medieval; pero la esencia del acontecimiento, su metafísica más honda, se encuentra en las direcciones del Renacimiento, en la voluntad del dominio y de conquista del espacio, en el afán por el conocimiento geográfico y del hombre.

Pero hasta nuestros días el fenómeno histórico, la Conquista, únicamente se le ha estudiado como una empresa de armas —la victoria del genio de Cortés y de la técnica guerrera sobre los núcleos indígenas, y recientemente como un fenómeno de conquista espiritual, como la victoria de una religión y una vida ética superiores a las del México antiguo (Robert Ricard). Pocos, sin embargo, han prestado atención a un tercer carácter que vino a consolidar las instituciones del dominio español en suelo indígena: la victoria de la economía doméstica europea sobre la economía prehispánica.

En resumen: la Conquista por lo que a México se refiere presenta tres caracteres: es una conquista militar y política; es un acto de dominio religioso, contrarreformador, y a la vez cultural (conquista espiritual); y es una empresa de dominio económico, no sólo en cuanto a la organización sino en cuanto al contenido.

Este tercer carácter de la empresa —conquista de la economía indígena— es no sólo la menos conocida, sino

la más oscura, la que menos se presta a descripciones patéticas o a heroicas lamentaciones. El que frailes, soldados y virreyes sembraran en nuestro suelo semillas de trigo, pepitas de naranja, caña de azúcar y que trajeran tras de sí ganado de todas clases, casi nos parece un fenómeno natural e imprevisto. Sin embargo, como hemos de ver, no sólo fué un resultado de la inteligencia sino que acarreó una de las más profundas revoluciones que haya conocido nuestra historia.

Tres son, en efecto, las consecuencias fundamentales que podemos abstraer del acontecimiento:

1.—La introducción de nuevos valores económicos que enriquecieron el suelo de México, no sólo como un resultado natural de la Conquista sino como el deliberado propósito de los conquistadores de fundar una nueva patria.

2.—Introducción, frente al indígena, de una alimentación más rica y extraña que vino a absorber su economía doméstica y a prestar, por lo mismo, una alimentación más completa, lo que proporcionó al indígena posibilidades de formar un pueblo más sano y fuerte.

3.—La apertura de zonas de migración hacia nuevos centros, antiguamente inhabitados no sólo para los españoles recién emigrados sino también para la vieja población indígena, lo cual trajo como consecuencia el que se viniera a redistribuir definitivamente la población en el siglo XVI.

Conquistadores y Colonizadores

HERNÁN Cortés es el hombre representativo del siglo XVI español. Es el conquistador, sí, pero también el civilizador en una sutil amalgama que no todos los biógrafos han querido ver. Infortunadamente no hay a lo largo de las biografías de Cortés sino palabras para exaltar al hombre de armas, al sagaz político, al asesino y al héroe, al santo y al fanático; nadie, sin embargo, ha recordado al civilizador, al introductor de tantos ramos de riqueza, al colonizador.

El pensamiento dominante de Cortés, en efecto, es el de un poblador. Indudablemente que si una virtud

ha de salvarle es la de su amor a la tierra; es sin duda el primer mexicano en embrión —en el sentido viviente de la palabra. Como él mismo escribía no quería que los conquistadores esquilmaran la tierra, sino que la cultivaran para producir riqueza; no quería rescatar, sino colonizar. No sólo escribía a Carlos V pidiéndole que no permitiese a América el paso de abogados que enredaban aquel mundo con sus pleitos,¹ sino que en sus *Cartas* pedía al emperador mujeres, animales domésticos y semillas que enraizaran al hombre, pues esto, dice textualmente, “obliga (a los españoles) a arraigarse en la tierra; porque todos los más tienen pensamientos de se haber con estas tierras como se han habido con las islas que antes poblaron, que esquilmarlas y destruirlas y después dejarlas. . .”. Así escribía en 1524, en su cuarta *Carta de Relación*, y añadía: “También he hecho saber a vuestra cesárea majestad que a esta tierra se traigan plantas de todas suertes, y por el aparejo que en esta tierra hay de todo género de agricultura; y porque hasta ahora ninguna cosa se ha proveído —allí mismo señala las causas, el que en las islas Antillas, principalmente Velázquez y Garay, prohibían la salida de ganado y plantas a fin de que siempre se tuviera necesidad de comprar a Cuba, Jamaica y Santo Domingo conforme los precios que allí se señalaren—, torno a suplicar a vuestra majestad, porque de ello será muy servido, mande enviar su provisión a la casa de Contratación de Sevilla para que cada navío traiga cierta cantidad de plantas y que no pueda salir sin ellas, porque será mucha causa para la población y perpetuación della”.²

Así escribía el colonizador y el primer mexicano en América; así reclamaba una autonomía económica para una nacionalidad que acababa de fundar. No en vano Gómara nos dice que desde 1522 pedía toda clase de ganado y de semillas. Con cuánta justicia el propio Cortés pudo escribir en un memorial de 1542 que pobló de “ganados de todas maneras. . . y asimismo de muchas plan-

¹ *Actas del Cabildo Metropolitano*. T. 1.

² *Cartas de Relación de la Conquista de México*. Madrid, 1932. Cuarta carta.

tas”.³ La simiente había sido arrojada para que, según las palabras de Cortés, la tierra no fuere esquilmada y desamparada. . .

La conquista de la economía agrícola

AL finalizar el siglo xv y al principiar el xvi dos regímenes alimenticios divergentes, el europeo y el americano, se cruzaron influyéndose recíprocamente. Colón, Mártir de Anglería, Oviedo, Las Casas, y Gómara, nos han transmitido testimonios elocuentes de la existencia de plantas indígenas que pronto se incorporaron a la economía doméstica española, el cazabe, la papa, el maíz, el tomate, el chile o ají, el camote, el frijol, el cacao y toda la variedad de frutas tropicales —mameyes, aguacates, zapotes, etc.—. Y ya sabemos que de estas aportaciones americanas a la cocina del mundo, buena parte reconocía su cuna de origen en México; oigamos a Cervantes de Salazar, ese primer gran humanista europeo en tierras indianas, describiendo un mercado de la ciudad de México en 1554:

“¿Pero qué es lo que venden esos indios e indias. . .? Son frutos de la tierra: ají (chile), frijoles, aguacates, guayabas, mameyes, zapotes, camotes, tunas, gilotes (elotes), jocotes y otras producciones de esta clase—. ¿Y qué bebidas son las que hay en esas grandes ollas?—. Atole, chía, zozol (pozole), hechas de ciertas semillas”.⁴

Europa en sus ansias de condimentos de las islas de la Especiería había tropezado con algo más rico que la canela o la pimienta, había incorporado al mundo el maíz, la papa y el cacao entre otros vegetales.

Sin embargo, si bien se mira, la cocina indígena —con una base alimenticia exclusivamente vegetal— habría conducido a las tribus americanas a un empobrecimiento definitivo. La alimentación prehispánica descansaba sobre un cereal, el maíz (el *centli* azteca), no por cierto el más

³ JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA: *La Industria de la seda en México*. Obras, T. 1. Opúsculos varios, p. 129. México, 1896.

⁴ FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR. *México en 1554*. Biblioteca del Estudiante Universitario. México, 1939. p. 99.

rico en valores nutritivos: del maíz obtenían infinidad de platillos, sin contar su pan (tortillas y tamales) y sus bebidas (atole y pozole); el resto de vegetales servía complementariamente a su alimentación básica, como frijoles, tomates, camotes, cacao, etc.; y, por último, sólo dos animales domésticos podían proporcionarles restringidamente una alimentación carnívora, el perrillo indígena y el guajolote, (pavo), pues la alimentación con pescado estaba limitada a las clases altas o a la población de los litorales y lagunas, y no contemos la carne de caza confinada a las poblaciones nómadas del Norte de América.

Ahora bien, infortunadamente hasta tiempos muy recientes se ha empezado a investigar el valor alimenticio de los vegetales y de las carnes y, sobre todo, su acción sobre los individuos y las razas. Sin embargo, es verdad común que un régimen alimenticio incompleto conduce inevitablemente a los pueblos a su ruina física y mental. Convengamos que Engels no es una autoridad en materia de valores alimenticios, pero hasta ahora sus palabras no han merecido la desaprobación de los entendidos: "Es un hecho —dice— en *Los Orígenes de la Familia, de la Propiedad Privada y del Estado*— que los indios de los pueblos de Nuevo México, que se ven reducidos a una alimentación exclusivamente vegetal tienen un cerebro más pequeño que los indios del estado inferior de la barbarie, que comen más carne y pescado". Y añade este escritor materialista enemigo de todo racismo, al que intencionadamente escogimos para nuestra cita: "La civilización superior de los arios y de los semitas quizá deba atribuirse a la abundancia de carne y de leche en los territorios ocupados por estas dos razas".

Apenas si nos es posible imaginar el espectáculo de los rostros maravillados con que los indígenas debieron contemplar no al hierro de España, sino a sus semillas y animales domésticos que habrían de transformar su género de vida: otros cereales más ricos, nuevas frutas mediterráneas y sobre todo una alimentación a base de carne y de leche —sin contar con la liberación de sus espaldas por la introducción de bestias que merecen, como irónicamente ha dicho Vasconcelos del asno, más estatuas que tantos de nuestros libertadores. Imaginemos, en verdad,

al venerable anciano Vasco de Quiroga cavando con sus manos trémulas las primeras cepas para el plátano; recordemos las rudas manos de Bernal Díaz enterrando las primeras pepitas de naranja; la piadosa figura de un Motolinía escarbando en su atrio para plantar los primeros dátiles del Continente; o, en fin, al propio Cortés enviando a un esclavo negro a Coyoacán a sembrar las semillas de trigo. . . A este respecto la Conquista vino a ser una revolución sin paralelo en el mundo.

Las migraciones definitivas

UN hecho comprobado por la arqueología contemporánea, es la despoblación de las tierras cálidas costeñas. Un recorrido arqueológico por el litoral veracruzano nos llena de asombro por la abundancia de ruinas arqueológicas en sitios hoy inhabitados, invadidos por la naturaleza, semi-enterrados por el tiempo. Y esta despoblación de la costa, que es todavía hoy tan lamentable para la economía mexicana, quizá empezó poco antes de la Conquista pero con seguridad se acentuó hasta tomar caracteres graves con la llegada de los españoles.

Dos causas muy marcadas debemos registrar. En primer término la apertura de una fuente de riqueza en gran escala, la minería, que atrajo hacia sí no pocas veces con violencia una gran masa indígena, y como sabemos los fundos mineros coloniales se encuentran invariablemente en las serranías que articulan los valles de la Altiplanicie mexicana. La segunda causa fué la introducción de los cultivos y animales domésticos europeos en México.

En términos generales los españoles trajeron a México cultivos de tipo mediterráneo, pues por excepción —el plátano— figuran plantas de tierras cálidas y bajas. Esto, naturalmente, empujó gran parte de la población indígena a las tierras altas y frías de la Mesa Central. Más aún, la introducción de la ganadería vino a hacer centros habitables las llanuras y pastos de los altos valles de la Mesa Central y del Norte de México, atrayendo con ésto no sólo los núcleos de emigrantes españoles sino a la población indígena y mestiza. La historia colonial, como he-

mos de ver, registra los pastizales del Valle de México como el primer centro de aclimatación de la ganadería de nuestro suelo; de allí se movió la ganadería hacia las tierras abiertas y llanas del Valle de Toluca, de donde pasó ya en escala mayor, al Norte de México, a Zacatecas, de donde en tiempos más recientes debió pasar a Chihuahua y a otros estados norteros.

Por supuesto que la apertura de nuevos centros de trabajo y de riqueza atrajo numerosos grupos de población. Fué así como la población, tanto española como indígena, se redistribuyó y creó los centros de migración definitiva en México.

Veamos, ahora, los datos históricos que poseemos de los cultivos y de la ganadería en México. Este, que es un trabajo de erudición, indudablemente aparecerá incompleto; sin embargo, es una semilla para que en el futuro vayamos desentrañando datos definitivos de este renglón tan importante. El Archivo de Indias de Sevilla indudablemente guarda con celo muchos datos que para nosotros serán reveladores. Por ahora tratemos de desenvolver esta oscura historia según se desprende de crónicas e historiadores primitivos.

Introducción de la naranja: 1518

BERNAL DÍAZ, el puntual y honrado cronista de la Conquista, recuerda en páginas de su inmortal historia la eventual historia de las naranjas. Esto sucedió en 1518, durante la expedición de Juan de Grijalva, en la desembocadura del río Tonalá, en los límites del actual estado de Veracruz: "Como yo sembré unas pepitas de naranja junto a otra casa de ídolos. . . que había traído de Cuba, *porque era fama que veníamos a poblar*, y nacieron muy bien, porque los papas (sacerdotes) de aquellos ídolos las beneficiaban y regaban desdeque vieron que era planta diferente de las suyas; de allí se hicieron de naranjas toda aquella provincia (la de Coatzacoalco)".⁵ Y nótese que el modesto soldado añade que muchos habían de criti-

⁵ BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Madrid, 1928. Cap. XVI.

carlo por incluir tales noticias en su relación, por ser "cuentos viejos", por lo que significativamente Bernal prefirió testar el párrafo en el original.

Los caballos: 1519

TAMBIÉN es a Bernal Díaz a quien debemos el conocimiento de la introducción en México del caballo, ese elemento fundamental de la conquista, y más tarde, de civilización y de fuente de riqueza. Debe, en efecto, recordarse que en México no sólo se le utilizó en tareas de transporte, tan capitales en la época, sino que constituyó una de nuestras pocas fuentes de riqueza colonial de exportación ajenas a la minería; pues la Nueva España fué durante el virreinato, un excelente exportador de productos de curtiduría.

El advenimiento del ganado caballar está en íntima relación con la conquista del país. Bernal Díaz menciona los diez y seis primeros animales que pasaron en 1519 a la Conquista:⁶ pormenorizadamente y con estilo llano va describiendo graciosamente a los fieles auxiliares de España. Pero dejémosle hablar: "Capitán Cortés, un caballo zaíno, que luego se le murió en San Juan de Ulúa. —Pedro de Alvarado y Hernán López de Avila, una yegua alazana, muy buena de juego y de carrera, y desde llegamos a la Nueva España el Pedro de Alvarado le compró la mitad de la yegua o se la tomó por fuerza. . .". Y así prosigue con la yegua rucia de Portocarrero, con el caballo castaño de Cristóbal de Olid, con el caballo alazán de Montejo y Avila, con el castaño tresalbo del infortunado Juan de Escalante, con el caballo overo labrado de las manos y revuelto del vecino Morón, hasta llegar a la yegua castaña de Juan Sedeño "que parió en el navío". Precisamente de esta yegua que parió en los navíos, vino "un muy buen caballo", dice Torquemada, pues el potrillo fué abandonado por los conquistadores, pero se le encontró al año criándose entre venados y convertido en un buen rocín.⁷

⁶ BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO. *Opus. Cit.* Cap. XXIII.

⁷ FRAY JUAN DE TORQUEMADA. *Monarchia Indiana*. Madrid, 1723. T. 1. Lib. IV, Cap. XXVI. P. 412.

El trigo: 1521

GÓMARA y un cronista anónimo, que se ha pretendido identificar con Cristóbal de Tapia, nos han conservado la noticia del advenimiento del trigo. La empresa corresponde a Cortés y a un esclavo negro; el sitio de su inicial aclimatación a Coyoacán. Todavía hedía y humeaba la vencida ciudad indígena, cuando "Al Marqués —dice el cronista anónimo—, acabado de ganar México estando en Coyoacán, le llevan del puerto un poco (saco, dice Gómara) de arroz; iban entre ello tres granos de trigo: mandó a un negro horro (llamado Juan Garrido según Gómara) que los sembrase: salió el uno y como los dos no salían sacáronlos y estaban podridos. El que salió llevó cuarenta y siete espigas de trigo. . . Deste grano es todo y hase diferenciado por las tierras do se ha sembrado."⁸ Gómara nos dice que fueron dos las semillas que trajeron espiga, ambas con ciento ochenta granos y añade: "Y poco a poco hay infinito trigo. . . A un negro y esclavo se debe tanto bien".⁹

La ganadería: 1522

GÓMARA, el inestimable cronista capellán de Cortés, cuyas fuentes de información fueron los primeros conquistadores y los más primitivos manuscritos, nos transmitió una de las noticias capitales en relación con los ganados. Debió situar el suceso al finalizar 1521 y al principiar 1522, ya que lo acomoda poco después de la rendición de México: "Envió (Cortés) por vacas, puercas, ovejas, cabras, asnas y yeguas a las islas de Cuba, Santo Domingo, San Juan de Borinquén (Puerto Rico) y Jamaica, para casta. . . Envió por cañas de azúcar, moreras para seda, sarmientos y otras plantas a las mismas islas, y a Espa-

⁸ J. G. ICAZBALCETA: *Colección de Documentos para la Historia de México. Relación de la Conquista de México.* ps. 592-93.

93.

⁹ FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA: *Historia de la Conquista de México.* México. 1943. T. II. p. 289.

ña. . . Por cuezcos, pepitas y simientes que salen vanas de las islas".¹⁰

No obstante esta noticia, en cuanto a los resultados del envío no es seguro en todos los casos el buen éxito. El México de Cortés recibía, como hemos visto, un virtual bloque del trío insular Garay-Colón-Velázquez, y el propio Cortés en su cuarta *Carta de Relación* (1524) se quejaba ante el Rey de que "hasta ahora ninguna cosa se ha proveído" en plantas. Sin embargo, poseemos testimonios de que a pesar de este bloqueo, la Nueva España lentamente fué recibiendo aquellos elementos vitales a su economía. . .

Cuando Cortés partió a las Hibueras, hacia 1524, ya llevaba cerdos vivos entre sus bastimentos (y no sólo tocino como en la conquista de México), pues con una pareja hizo crianza en una isleta frente al puerto de Trujillo, Honduras: "Y Cortés les mandó unas puercas y un berraco que se hallaron en Trujillo y de los que traía de México, que hiciesen casta. . . Y así fué como dijo, que dentro de dos años hubo muchos puercos. . .".¹¹

También hemos visto que desde que se consumó la Conquista, Cortés había enviado por ovejas a las Antillas. Si esta entronización no se realizó antes, la empresa debió corresponder a Gonzalo de Ordaz, quien en 1525 creyendo muerto a Cortés en las Hibueras, "fué en busca de Cortés—dice Bernal—, luego atravesó la isla de Cuba a comprar becerras y yeguas".¹²

También para entonces, 1526, Bernal Díaz nos deja traducir que el ganado caprino y vacuno habían arraigado firmemente en suelo de México, pues al llegar a gobernar Marcos de Aguilar y al caer éste enfermo se le sostuvo con "leche de cabras",¹³ dice Bernal Díaz, y a propósito de las fiestas de su sucesor Ponce de León, se sirvieron diversos manjares y Andrés de Tapia "que sirvió en aquella fiesta de maestresala, (dijo) que por cosa de apetito y *nueva* para en aquel tiempo en estas tierras,

¹⁰ GÓMARA: *Opus. Cit.* T. II, p. 107.

¹¹ BERNAL DÍAZ: *Opus. Cit.* Cap. CLXXXIII.

¹² BERNAL DÍAZ: *Opus. Cit.* Cap. CLXXXV.

¹³ BERNAL DÍAZ: *Opus. Cit.* Cap. CXCIV.

porque era cosa nueva, que si quería su merced que le sirviesen natas y quesones.¹⁴

A Torquemada debemos algunos datos complementarios para la historia de la ganadería, pues después de agregar que en tiempos del virrey Mendoza ya había abundancia de ganado, así menor como vacuno, añade que al principio las estancias estuvieron en el Valle de México (Tepepulco y Tzumpango) de donde se trasladaron a Toluca "donde fueron las primeras estancias de esta Nueva España, de ganado mayor, así de vacas, como de yeguas", añadiendo que más tarde las haciendas se trasladaron al norte, a Zacatecas y al oriente, Veracruz.¹⁵

La caña de azúcar: 1522-26

YA hemos visto que en 1522 Cortés "envió" por caña de azúcar a las islas. Pero Gómara, que nos da noticias y nombres de los introductores del cultivo y de los ingenios de la Española (Santo Domingo), no añadió por desgracia datos relativos a México. Sin embargo, en una carta de Hernán Cortés de 1526, dada a conocer por el investigador Miguel Salinas y Salinas, se habla de un trapiche del Conquistador existente en el pueblo veracruzano de San Andrés Tuxtla, trapiche que tenía en arriendo a un Diego López de Montalbán. El historiador mencionado igualmente nos proporciona datos sobre un intento fallido de aclimatar la caña de azúcar en el Valle de México, en la población de Coyoacán, de donde se llevó al actual estado de Morelos, a Tlaltenango, en donde en 1535 existía ya un ingenio.¹⁶

Otro dato temprano sobre la caña de azúcar nos lo proporciona Bernal Díaz del Castillo, quien nos dice que en 1528, "trujo el Rodrigo de Albornoz licencia de su majestad para hacer un ingenio en un pueblo que se dice Cempoal, el cual pueblo en pocos años destruyó".¹⁷

¹⁴ BERNAL DÍAZ: *Opus. Cit.* Cap. CXCI.

¹⁵ TORQUEMADA: *Opus. Cit.* T. I, Lib. V, Cap. XI, p. 610.

¹⁶ MIGUEL SALINAS Y SALINAS: *Discurso de Recepción...* Memorias de la Academia Mexicana de la Historia. México, 1934.

¹⁷ BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO. *Opus Cit.* Cap. CLXXXV.

La seda: 1522-28

EN general se conviene en que las moreras ya existían en México antes del advenimiento español: Motolinía así lo afirmó y la noticia la corrobora un Martín Cortés quien, como hemos de ver, aparece como uno de los introductores de la seda en México. El gusano, por el contrario es más que discutible que existiese en América antes de la Conquista, a pesar de que algún cronista así lo deje traducir.

Ahora bien, ¿qué nombres debemos relacionar con esta importantísima producción? Gómara menciona a Cortés, pero sólo nos dice que "envió" por *moreras para seda*; pero Herrera, que lo copió literalmente en este párrafo,¹⁸ por una mala lectura escribió *moreras, pera, seda* (?), error de lectura que Icazbalceta siguió y lo movió a buscar en Cortés uno de los pioneros de la introducción de la simiente de seda (el gusano) y no simplemente de la planta, la morera, como del texto primitivo de Gómara se traduce. Más aún como hemos visto no todo lo que Cortés solicitó de las Antillas le llegó. Herrera, que en otras partes se contradice, nos da el nombre de Francisco de Santa Cruz, como el primero en importar el gusano, y el oidor Delgadillo como el primero en cultivarlo: "Que habiéndose enviado de Castilla a Francisco de Santa Cruz, vecino de México una cuarta de onza de simiente de seda, y llegando buena lá dió al oidor Delgadillo que, como hombre de Granada, sabía como se había de criar, para que en una huerta que tenía, un legua de México, *a donde había buenos morales*, se procurase de beneficiarla, lo cual se hizo y salió buen capullo y dió fina seda. . . lo cual se ha referido por el principio que tuvo la crianza de la seda en la Nueva España que ha dado y da tan rico aprovechamiento".¹⁹ Así pues según esta noticia de Herrera, la introducción del cultivo de la seda debe fijarse entre 1528 en que Delgadillo vino a residir a México y 1531 en que se practicó la averiguación precitada.

¹⁸ ANTONIO DE HERRERA: *Historia General de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Madrid 1726. Dec. III, lib. 4, cap. 8.

¹⁹ *Ibid.* Dec. IV. Lib. 9, Cap. 4.

Sin embargo, por un testimonio franciscano que reprodujera Icazbalceta consta que ya en febrero en 1531 se cogía seda, lo que no parece compadecerse con las tardías fechas del mencionado Santa Cruz y del oidor Delgadillo. Por esta razón, Icazbalceta parece inclinarse al nombre de un tal Martín Cortés (quien no debe confundirse con el hijo del Conquistador), pues en un documento de 1537 se le menciona como "el primero que en esta tierra he criado árboles de morales y he criado y aparejado seda."²⁰ El documento, fechado en 1537, no menciona el tiempo de la entronización, ya que alude a ello como cosa pasada. En él se asienta que tenía moreras en Huejotzingo-Cholula-Tlaxcala y pide la encomienda de Tepeji a cambio de la seda que sembrare en el futuro. Como Icazbalceta hace notar, todavía ahora se suele llamar significativamente a aquel pueblo como Tepeji de la Seda. Algún tiempo más tarde un dominico, Domingo de Santa María, habría de llevar moreras y gusanos para su cultivo a la Mixteca, sitio que vino a ser uno de los más reputados por la calidad de su seda.²¹

En resumen: Si deseamos la hipótesis de que el Conquistador fuera el introductor de este cultivo en 1522, y si como hemos visto ya se cogía seda en México al principiar el año de 1531, debemos fijar entre ambas fechas el tiempo de su aclimatación en México, y, en punto al nombre del primer español que trajo esta nueva fuente de riqueza, debemos aceptar el nombre del Martín Cortés que en declaración oficial ante el virrey lo asentó, "declaración (dice Icazbalceta) no contradicha, antes ratificada por el virrey a quien se dirigía".

El lino y el cáñamo: 1532-1535

LA historia del cáñamo y del lino va ligada a la historia de la segunda audiencia, al benefactor obispo Ramírez de Fuenleal, pues así se deduce de una noticia que Torque-

²⁰ J. GARCÍA ICAZBALCETA. *La Industria de la Seda en México*. Obras, T. I. ps. 131-33.

²¹ FR. DOMINGO DE SANTA MARÍA. *Historia de la Provincia de Santiago*. Lib. I. cap. 51.

mada nos trasmitió: sin embargo, infortunadamente el cronista no nos trasmitió otro informe de la fuente primitiva que aprovechara. Dice: "Puso (Fuenleal) diligencia en plantar muchas frutas de Castilla en todas partes. Hizo sembrar cáñamo y lino",²² lo que debió ocurrir entre 1532 en que llegó a la Nueva España y 1535 en que entregó el gobierno al virrey Antonio de Mendoza.

La palmera de dátil: 1529

MOTOLINÍA recogió curiosamente esta noticia en que aparece él como el introductor de las palmeras de dátiles, esa riqueza hoy incipiente en las tierras de la Baja California. Motolinía escribía hacia 1540, así que, deduciendo datos, la fecha que nos proporciona es la de 1529 para la siembra del dátil y 1541 para su cosecha; dice: "También se han hecho palmas de los dátiles que vienen de Castilla y en muy breve tiempo han venido con fruta. Yo los puse en el monasterio de Cuauhnáhuac (Cuernavaca) y dentro de once años vinieron con fruta: no vinieron dátiles: créese que cuajarán el año que viene".²³

El plátano: 1537

BASALENQUE, tomando la noticia de una fuente primitiva —ya que él escribía a mediados del siglo XVII— nos conservó la noticia de la introducción del plátano en México. Esto se debió al infatigable Vasco de Quiroga, quien cargado de años pero con una flama ardiente que sólo acabó con su vida, llevó a Michoacán no sólo su religión, sino conocimientos, oficios y monumentos que todavía no se han valorizado íntegramente. En 1537 en que pasó a aquellas tierras llevó, dice Basalenque, cerca de Uruapan los primeros plátanos: "En esta visita que se llama Patuan (visita de Tingambato), corrompido el nombre que es Padua, de San Antonio de Padua, se dieron los primeros

²² TORQUEMADA: *Opus. Cit.* T. I. Lib. V. Cap. X. p. 607.

²³ FRAY TORIBIO DE MOTOLINÍA: *Memoriales*. México, 1903. Cap. 56. p. 159.

plátanos de la Nueva España, que los trajo de Santo Domingo el señor obispo Don Vasco de Quiroga, y escogió este puesto, y no se engañó, porque se dan muy lindos, y de cinco pies que puso se ha llenado la Nueva España".²⁴

1540: *Concluye la Aclimatación de los Cultivos*

HACIA 1540 ha concluído el ciclo de aclimatación e introducción de las plantas y animales euroasiáticos en México. Un elocuente testimonio de la nueva riqueza incorporada nos lo proporciona la descripción de las festividades con que la Nueva España celebró en 1538 la llamada Paz de Aguas Muertas concertada entre Carlos V y Francisco I de Francia; Bernal Díaz vuelve a ser nuestro pormenorizado informante: ensaladas diversas, cabrito, pernils de tocino y toda clase de gallinas, y añade: "luego traen carnero cocido y vaca y puerco, y nabos y coles y garbanzos... Aún no he dicho del servicio de aceitunas y rábanos y queso".²⁵ Más aún, Bernal no olvida de mencionar el que los indios sembraron "membrillales y manzanos y perales".²⁶

Ahora bien, todavía a mediados del siglo XVI se continuaba la aclimatación de plantas asiáticas, pues no debemos olvidar el mango de las Filipinas o el jengibre de las islas de la Especiería. De este último poseemos, por Torquemada, amplias noticias: según el cronista, la semilla fué substraída de dichas islas por un compañero de Urdaneta, Guido de Labaceres, superviviente de la expedición de Ruy López de Villalobos (1545). Preso por los portugueses "sacó de allá —dice Torquemada— el jengibre con gran secreto y recato por no ser sentido de los que lo tratan y manejan, que lo trajo con muy gran cuidado y lo llevó a Castilla y de allí lo trajo a esta Nueva España y se sembró en Quauhnhuac, en la huerta de Bernardino del Castillo, de donde ha procedido la gran cantidad que hay el día de hoy...".²⁷ Como este Labaceres regresó a las

²⁴ BASALENQUE: *Historia de la Provincia de San Nicolás Tolentino de Michoacán*. México, 1836.

²⁵ BERNAL DÍAZ: *Opus Cit.*, Cap. CCL.

²⁶ *Ibid.* Cap. CCIX.

²⁷ TORQUEMADA: *Opus. Cit.* Lib. V, Cap. XI, p. 608.

Filipinas en la expedición de Legaspi en 1559, la fecha probable de la aclimatación del jengibre debe situarse en las proximidades de 1550.

Sin embargo, la empresa de aclimatación no siempre marchó con éxito. Algunos cultivos mediterráneos que requerían lluvias invernales, como la vid y el olivo, no pudieron prosperar en el centro del país. Recordemos que en 1554 ya Cervantes de Salazar, después de admirar la riqueza entronizada en la Nueva España, melancólicamente comentaba que México "Es fértil en frutas tanto indígenas como de España, y sólo es pobre de vino y aceite..."²⁸. Pero para entonces una nueva flora y campos cubiertos de ganados, estaban realizando silenciosamente una revolución económica en la vida indígena del país.

²⁸ FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR: *Opus Cit.*

FORMACION DE LOS LIMITES MERIDIONALES DE BRASIL

Por *Caio PRADO Jr.*

EL asunto de este trabajo no es, como su título parece indicar, una minucia histórica. En primer lugar porque se trata de uno de los puntos más importantes de la historia internacional de los países sudamericanos al que se ligán algunos de los acontecimientos más salientes de la historia, tanto de Brasil como de las repúblicas del Plata; en otro respecto porque pone en gran relieve la acción conjunta de factores geográficos e históricos y se presta admirablemente, en esta forma, a consideraciones generales en el terreno de una disciplina sociológica que, muy recientemente, ha comenzado a formarse: la Geopolítica. Geopolítica en el buen sentido, esto es, como ciencia y no como pretexto y arma ideológica de pretensiones internacionales descabelladas y agresiones injustificadas. Con aquel espíritu ha sido escrito el presente trabajo; para poner de relieve la acción obscura de factores geográficos y demográficos en la configuración de los límites con los países vecinos. Factores éstos que la historia oficial subestima muchas veces en beneficio de acontecimientos más rimbombantes, de mayor repercusión aparente, pero que, en fin de cuentas, no hacen más que señalar un marco más perceptible al curso de la verdadera historia que se elabora en la intimidad de la evolución social.

Los investigadores que se han ocupado de este asunto, al historiar los límites de Brasil, suelen analizar con gran precisión las diferentes peripecias militares, diplomáticas o de otro género de las cuales resultó nuestra actual línea fronteriza. Es éste un trabajo preliminar interesante y, sin duda, indispensable. Pero cabe preguntar: ¿se agota con esto el asunto? ¿No habrá factores más generales,

más profundos que condicionen finalmente todos aquellos acontecimientos particulares, sucesos o alternativas diplomáticas o militares? ¿Por qué en algunos casos fueron victoriosos los portugueses y en otros los castellanos? Son cuestiones éstas que no se resuelven con el simple análisis de los hechos particulares, y hacen presumir que existen causas más generales que actúan en última instancia formando como un gran bastidor oculto a primera vista pero en el cual se arma la tela donde se bordan las diferentes peripecias que, poco a poco, van diseñando el contorno fronterizo del Brasil. Esta es la materia que procuraré dilucidar aquí con respecto a nuestros límites meridionales.

La línea de Tordesilhas pretendió fijar los límites de las posesiones españolas y portuguesas en el Nuevo Mundo. Los hechos no se conformaron con ella, y las estipulaciones sirvieron sólo para disputas diplomáticas que se eternizaban a medida que la historia iba abriendo su camino. Las fronteras, resultaron del entrechocar de fuerzas contrarias, condicionadas por factores geográficos y económicos, fijándose al fin, después de muchas oscilaciones, en una línea que representa el justo equilibrio entre los esfuerzos colonizadores de las dos potencias en pugna. Los innumerables tratados que acompañan a esta larga historia, no traducen sino hechos consumados, momentáneos equilibrios que se rompen pronto y se restablecen en seguida sobre otras bases.

En el Sur, esto es, en los territorios bañados por el Atlántico entre los 24° y 35° de latitud comprendiendo la inmensa ensenada del Río de la Plata, es donde la cuestión de los límites luso-castellanos, fijados por la historia, se presenta de modo más interesante. No solamente por las vicisitudes sin cuento por que atraviesa, sino también y sobre todo, por la complejidad de los factores geográficos y económicos que en ella intervienen. Al descubrimiento de Brasil siguió como es sabido, un casi abandono por parte de la Corona portuguesa de su nueva conquista. Se enviaron algunas expediciones, se buscó en compañía de los franceses Palo del Brasil y eso fué todo.

Pero si bien la Corona despreciaba sus posesiones americanas, era en cambio suplida por los esfuerzos de pobla-

dores anónimos: supervivientes de naufragios, presidiarios abandonados en la costa ignota, aventureros que la alcanzaban para tentar la suerte con un rumbo desconocido. A esta clase pertenecen los Caramurus, los Ramalhos y tantos otros cuyos nombres han sido olvidados. En la costa brasileña, por estar en la ruta de las Indias, tocaban frecuentemente las armadas destinadas al Oriente y dejaban al paso a estos primeros pobladores lusitanos del territorio brasileño.

España por su parte, trataba también de explorar estas tierras del Atlántico sur. Sabía muy bien que estaban a continuación de las que ya venía ocupando en el extremo norte del continente sudamericano desde los viajes de Colón. Y cuando en el norte los conquistadores pasan sucesivamente de las islas a la tierra firme y desde aquí se lanzan por las costas americanas del Pacífico, es natural que procuren por el sur un camino que cierre el círculo de sus conquistas. Para aquellos primeros pobladores, América era además una etapa en el camino de las Indias que los portugueses habían alcanzado por el Oriente y a donde sus competidores castellanos pretendían llegar por Occidente. Les atemorizaba el fantasma de los pasos; América era un obstáculo y buscaban el medio de contornearlo. Por el Norte, el obstáculo se adelgazaba en un istmo estrecho (Panamá), pero persistía en el Sur, donde acaso se encontraban los castellanos.

El primero que intentó dar solución a este problema fué Juan Díaz Solís. Sale de España en 1512 y a partir del cabo San Agustín, hacia el sur, va reconociendo las costas sudamericanas hasta el paralelo de los 40° de Lat. S. Tentábale sin embargo la inmensa bahía que dejara atrás en el 35°, y que viene a ser el estuario del Plata, conjeturando que tamaño río había de bañar territorios extensos. En su imaginación de *quienhentista*, poblada de ilusiones, anidaba el respeto por los países desconocidos, seguramente ricos. Volvió pues sobre sus pasos, exploró el gran estuario y desembarcó en la margen derecha, donde trató con los naturales, pacíficos y acogedores, que allí encontró. No prosiguió, sin embargo, sus exploraciones, por juzgar que no se encontraba suficientemente pertrechado,

reservándose, para continuarlas cuando hubiere otra oportunidad. Navegó pues de vuelta para España; pero no tardó en reanudar su interrumpida aventura. En 1515 le vemos de nuevo en camino. Le sale mal esta segunda tentativa; desembarca en la margen izquierda del Plata, donde no encuentra unos indígenas acogedores como los que conoció en la margen opuesta en ocasión de su primer viaje. En vez de guaraní pacíficos le reciben charrúas hostiles y belicosos a cuyas manos perece. A pesar de esto, la segunda expedición de Solís es particularmente interesante para nuestro estudio, ya que algunos de sus componentes parece que fueron los primeros pobladores castellanos de la costa que habría de pertenecer luego al Brasil. Del desastre en que pereció Solís se salvaron algunos compañeros que llevaron a España la noticia del triste fin de su jefe. Una de las naos, en el viaje de retorno, se perdió en las costas del Brasil al llegar a un punto cuya situación exacta ignoramos, pero que podemos señalar a 15 leguas, más o menos, abajo de la "Bahía de los Patos", que se encuentra en los 27° 30'. Nos hallamos pues en el litoral del hoy estado de Santa Catalina.

Eran diez los castellanos que se salvaron en el naufragio. Un decenio después, quedaban cuatro, que la nao San Gabriel fué a recoger en 1526. Esta nave formaba parte de la armada de Loaysa, destinada a las Molucas, que estaba al mando de don Rodrigo de Acuña. Salió de la Coruña el 24 de julio de 1525 y, separándose de la armada, arribó a la costa brasileña, donde se abasteció, y zarpó, no sin dejar algunos tripulantes que desertaron atraídos por las inmensas riquezas que, según se decía, guardaban unas abruptas sierras del interior. Estas sierras habían sido señaladas por Alejo García y cuatro compañeros suyos que, acompañados de una comitiva de centenares de indios, habían partido del citado punto de la costa, internándose y atravesando todo el continente hasta alcanzar por el alto Paraguay, Chuquisaca, en el alto Perú (Bolivia). Alejo García y sus compañeros no regresaron; fueron atacados por los indígenas, a cuyas manos perecieron. Se salvó sin embargo, un hijo del osado aventurero, que al volver a Santa Catarina relató los aconte-

cimientos. Antes de esto, el propio Alejo García había enviado, a los compañeros que permanecieron en Santa Catarina, muestras del metal precioso.

Compruébase, pues, que el litoral de Santa Catarina atrajo desde remota fecha aventureros españoles y portugueses, a causa de que allí se abría camino en busca de territorios con abundantes riquezas. ¿Qué camino era éste? De hecho, los blancos no hacían otra cosa que seguir una antiquísima ruta de indios que comunicaba las naciones guaraníes del Paraguay con las del litoral del Atlántico. Partiendo de las márgenes del río Paraná, este camino seguía por los campos, al norte del río Iguassú, hasta las fuentes del Tibagí y allí se bifurcaba. Un ramal se dirigía al sur, pasando por los campos de Curitiba, en dirección de los Carijós dos Patos en Santa Catarina. Otro se internaba en los matorrales de Assungui y terminaba en Cananea; el último, finalmente, se dirigía al nordeste, por las llanuras que llevaban a Piratininga y desde allí alcanzaba el litoral por la llamada "trilha dos Tupiniquins" a la altura de San Vicente.

Eran tres, por consiguiente, los caminos que conducían de la costa brasileña al Paraguay y de allí a la codiciada Sierra de la Plata (que no era sino el alto Perú). Los arranques de estos caminos fueron pronto ocupados. En Santa Catarina, como ya vimos, se multiplicaban los portugueses y los españoles. En Cananea, se sabe de la presencia de varios portugueses y españoles, entre aquéllos, el famoso bachiller de Cananea cuya identidad ha sido luego tan debatida. Martim Afonso fué a encontrarlos en su expedición de 1531, encargando a uno de ellos, el portugués Fernando de Chaves, de una incursión al interior en busca de oro, y de la cual no volvió el desgraciado aventurero. En Cananea y en Iguape habían de arraigar los españoles, resistiéndose hasta con las armas, cuando los portugueses de San Vicente quisieron desalojarlos, y llegando hasta a atacar ellos y saquear la villa vicentina, como veremos más adelante.

La cabeza de la tercera rama de la gran ruta desierta de los indios, también estuvo mucho tiempo ocupada, pero allí predominaron los portugueses, contándose entre ellos

el famoso João Ramalho. Este poblado fué durante mucho tiempo la aglomeración europea más importante de la costa brasileña. Lo describe en 1525 el cosmógrafo de la armada de Caboto, Alonso de Santa Cruz: "Tienen los portugueses diez a doce casas, una de ellas de piedra, con su tejado y una torre para defenderse contra los indios en caso necesario". Martim Afonso da estado oficial al poblado instituyéndolo como villa con el nombre de San Vicente (1532).

No puede ser una coincidencia esta acumulación de pobladores europeos en determinados puntos de la costa, en aquellos precisamente en que se articulaban los caminos del páramo; éstos, evidentemente atraían a los colonos, a los que, en última instancia, lo que les determina es siempre la lejana sierra con sus miríficos tesoros.

Es así, en suma, como se inicia la población del territorio que interesa a nuestro estudio. Portugueses y castellanos concurren simultáneamente, y no tardarán los primeros choques. San Vicente es puramente lusitana, no tanto por su constitución demográfica como porque fué incorporada a la soberanía y administración portuguesas por Martim Afonso; éste, al pretender fundar su villa, desprecia Cananea, aunque hubiese allí estado anteriormente. Concurrían para esto varios factores: la superioridad natural de San Vicente, la mayor importancia del lugar, y sobre todo, seguramente el hecho de dominar en ella los portugueses, mientras que en Cananea había más castellanos, y éstos aliados con los indios carijós, hacían sombra a la autoridad lusitana. Más tarde, el primer gobernador general de Brasil, Tomé de Souza, dominado siempre por la misma idea de oponerse a la afluencia de españoles, mandará cerrar el camino de Cananea.

Los castellanos permanecen poco en este último lugar; avanzan hasta Iguape, de donde los portugueses intentan desalojarlos en 1534, pero son rechazados. Los castellanos mandados por Ruy de Mosquera, avanzan hasta San Vicente que ocupan y saquean. Hecho esto se retiran y, temiendo la réplica portuguesa (que no tardó, yéndoles a los alcances Pero de Goes y Ruy Pinto) abandonan sus primitivas posiciones y van a instalarse en Santa Catarina.

Al mismo tiempo que se exploraba y ocupaba la costa, procurando, en intentonas siempre fracasadas y de las que sólo en pequeña parte tenemos noticia, alcanzar las escondidas riquezas del interior, buscábase otra ruta, por vía fluvial, para alcanzar el mismo fin. Vemos a Solís, en sus expediciones, explorar el estuario del Plata; en 1526 les llega el turno a los portugueses que, con la armada de Cristovao Jaques, reconocen toda la costa brasileña y llegan al Río de la Plata. Hay indicios de que el mismo Cristovao Jaques ya había hecho un viaje semejante por los años 1515 al 1519.

En 1526 reaparecen también los castellanos. En este año sale de San Lúcar de Barrameda, con destino a las Molucas, la expedición de Sebastián Caboto. En Pernambuco, donde se detienen, llegan a oídos del almirante referencias cada vez más precisas de las inmensas riquezas de la Sierra de la Plata. Hace escalas además en Çananea y Santa Catarina, que bautiza con este nombre en homenaje a su mujer, Catalina Medrano, cuyo aniversario, el 25 de noviembre, coincide con la fecha de su llegada a la isla. Y sobre todo, allí, las doctrinas de la Sierra de la Plata son ya seguras, dado que las proporcionan castellanos del lugar que enseñan a Caboto muestras del metal enviadas por Alejo García, y de las que ya hemos hablado.

Esto decide a Caboto a cambiar la meta de la expedición, y a pesar de la opinión en contra y del voto de sus compañeros, resuelve abandonar el proyecto de las Molucas y dedicarse a la exploración del Río de la Plata. Sufriendo ahora la oposición de los indios platenses que les destruyen el establecimiento de Sancti Spiritus, fundado a orillas del Carcaraña, afluente del Paraná, Caboto explora ampliamente los ríos interiores: en el Uruguay, hasta la confluencia del Negro, en Paraná hasta el lugar que denominó Santa Ana (Ita Ibatí, en los 27° 27' 20'') y en el Paraguay hasta Pilcomayo.

La conquista del Perú por Pizarro (1523) no estimula a los que, por el Río de la Plata, intentaban llegar a la codiciada sierra que nadie identificaba aún en ninguno de los dos sitios. La famosa sierra se suponía situada, muy vagamente, en los ignorados confines de Patagonia: el des-

cubrimiento de las riquezas peruanas no fué motivo para que se animasen aquellos que anhelaban realizar por su propia cuenta hazañas semejantes a las de Pizarro. Se intensifican las exploraciones platenses, menos por parte de los portugueses, que abandonaron definitivamente el gran río. El último navegante de esta nacionalidad que lo exploró fué Martim Afonso de Souza, en 1531. Partió de Portugal con el plan prefijado de fundar un establecimiento en el Plata. Le animaba, poco más o menos como a los españoles, el espejuelo de la Sierra de la Plata. Hizo escala en Rio de Janeiro y mandó tierra adentro cuatro hombres que volvieron al cabo de dos meses, después de internarse 115 leguas, trayendo nuevas de que en el río Paraguay había mucho oro y plata. Los expedicionarios estuvieron probablemente en tierra de São Paulo: la descripción que hacen, coincide bastante con la topografía del trayecto, y las noticias sobre el Paraguay sólo podían venir de los guaraníes de São Paulo.

En la siguiente escala, en Cananea, Martim Afonso intenta una segunda incursión, a la que nos hemos referido, de la cual no vuelven los expedicionarios que iban a las órdenes de Francisco de Chaves. Prosiguiendo el viaje llega al río de la Plata después de perder una nao y de quedar las otras dos averiadas por los temporales. Estos contratiempos le hicieron desistir del intento de fundar un establecimiento en el Plata como era su idea. Asentó, no obstante, patronos de posesión y mandó a su hermano, que le acompañaba, subir por el Uruguay y el Paraguay.

Pero después de esta expedición, parece que la Corona portuguesa reconoce los derechos de España sobre los territorios del Plata. Suspende en Madrid sus reclamaciones acerca del río, interrumpe sus expediciones, y, en la distribución de capitanías que se hace luego, lleva sus donaciones apenas hasta la altura de Laguna. Opina Vernhagen (historiador brasileño), al parecer acertadamente, que las observaciones hechas por Martim Afonso llevaron al almirante a la convicción, que transmitió a la Corona, de que las tierras en cuestión se hallaban allende de la línea de Tordesilhas. Será ésta, acaso, la única vez que en el asunto

de las fronteras meridionales de Brasil, las estipulaciones de un tratado tuvieron efectos directos de importancia e hicieron más fuerza que otras contingencias geográficas o económicas.

Fuera como fuese, en esta época es cuando empiezan a delimitarse en el sur del continente americano los dominios de las dos Coronas ibéricas. San Vicente es indiscutiblemente portugués, y el Río de la Plata castellano. Entre estos dos puntos se extendía el ancho territorio de soberanía aun dudosa, muy poco habitado por europeos, en que se desarrollaría la lucha entre las dos corrientes colonizadoras. Para comprender la evolución de esta lucha y su resultado final, es preciso fijarse en el carácter que uno y otro asumieron.

Hemos visto que, en el primer momento, las dos pretenden el mismo fin: alcanzar las famosas riquezas de la legendaria Sierra de la Plata. Después de la expedición de Martim Afonso, los portugueses cambian francamente de rumbo, tórnanse exclusivamente pobladores. Van avanzando, por la costa, rumbo al sur; se extienden por la altiplanicie interior. Otras actividades les estimulan; en el litoral, la producción de azúcar que se desarrolla en San Vicente, y un poco más tarde en Río de Janeiro; en la altiplanicie la producción de géneros destinados a abastecer el litoral (sobre todo la cría de ganado para ser empleado como carne) y el tráfico de indios esclavos necesarios para las plantaciones y las haciendas.

Mientras tanto, los españoles continúan en su primer propósito: descubrir la Sierra de la Plata. Sus esfuerzos se dirigen en dos direcciones: la primera por el Río de la Plata, cuyos afluentes van siendo explorados y ocupados río arriba. En 1535 es fundada Buenos Aires, y Asunción en el año siguiente. Los establecimientos se multiplican; Corpus Cristi o Buena Esperanza (en el lugar donde Solís fundara su malogrado Sancti Spiritus), Candelaria, más arriba de Asunción. Es desde aquí donde Ayola parte por vía terrestre hacia occidente, acabando sus días en manos de los indios.

Paralelamente a esta dirección por vía fluvial, tenemos la otra, la terrestre, que desde la costa, en territorio hoy

brasileño, llevaba directamente al Paraguay. Cabeza de Vaca, el nuevo adelantado del Plata, sucesor de Ayola, partiendo de España, hace escala en Cananea y allí deja fundado un establecimiento oficial castellano. En Santa Catarina encontró radicados muchos coterráneos suyos. Ocupa entonces oficialmente todo aquel territorio (cuyo límite septentrional con los portugueses es fijado por él en los 24° Lat. S.) denominándolo provincia de Vera. Realiza después un viaje hasta Asunción siguiendo el camino de los indios guaraníes a que antes nos hemos referido.

Estos hechos son de la mayor importancia para la historia brasileña. Cabeza de Vaca inaugura oficialmente el camino para el Paraguay, que partía del litoral atlántico en un punto hoy incluido en pleno territorio brasileño. Para consolidar esta ruta, que había de tener, según sus planes, un gran porvenir, creó una provincia y trazó para los dominios castellanos una línea divisoria con la que, si perdurase, estaría excluido de Brasil el territorio de sus tres estados meridionales: Río Grande, Santa Catarina, Paraná, y además una parte de São Paulo. Cabeza de Vaca invadía indudablemente tierras que la línea de Tordesilhas atribuía a Portugal. Pero no fué esto lo que impidió que allí se consolidase el dominio castellano. Lo mismo que más tarde los portugueses hicieron retroceder la línea Tordesilhas por occidente, los castellanos podían desde entonces dislocarla hacia oriente. Su trabajo en este sentido, en el litoral sur de Brasil, fué activo. Después de Cabeza de Vaca, otros habían de persistir en el mismo propósito. En 1547, doña Mencía Calderón, viuda de Juan de Sanabria, titular de una capitulación en la cual eran cedidos por el monarca español los territorios comprendidos entre los 19(?) y el 31 grados de latitud sur, intentó fundar un establecimiento en San Francisco (territorio del actual estado de Santa Catarina). En 1559 sale de España Jaime Rasquín con el mismo propósito de ocupar esta costa, pero no llega a su destino; su armada se dispersa en Santo Domingo.

Mientras esto ocurría con relación al camino terrestre de Paraguay, el paralelo y convergente por el Plata, también hacía progresos. En el transcurso del decenio 1540-

1550 son exploradas las márgenes derechas del Paraná y del Paraguay. Hernando de Rivera llega río arriba hasta el $14^{\circ} 45'$. Este avance es señalado por una serie de establecimientos: además de los antes citados encontramos Puerto de las Piedras ($22^{\circ} 34'$ ó 24°); San Sebastián, ocho leguas más abajo de Candelaria; esta última; San Fernando; Puerto de los Reyes (18°); los Jarayes. Los castellanos, en un amplio envolvimiento apoyado en el litoral y en los ríos interiores de la ensenada platense, parecía que querían abarcar todo el territorio centro-sur del continente.

La gran maniobra, tal vez en parte inconsciente, pero de resultados fatales, acabó fracasando. Nada deben los portugueses a sus esfuerzos. Tuvieron algunos contactos locales en el litoral vicentino con los castellanos, pero no sospechaban siquiera el gran hecho histórico-geográfico antes señalado y cuyo proceso tenía lugar en las proximidades. No se interesaban, además, por el asunto, ocupados como estaban en sus labores y con sus haciendas. Son factores geográficos los que vienen a asociarse a la causa lusitana impidiendo que los castellanos ocupen lo que más tarde constituiría tal vez la mejor parte de los dominios luso-brasileños en América.

En 1549, Martínez de Irala, sucesor, o más bien usurpador de Cabeza de Vaca, después de largos y penosos esfuerzos, alcanza la meta de treinta años de trabajos de los conquistadores: la Sierra de la Plata. El historiador Carlos Pereyra describe con gran realismo la escena: "Cuando Irala llegó por fin a la Sierra del metal, le recibieron unos indios que hablaban el castellano. Inmóviles y como congelados se quedaron los exploradores. Al preguntar a los naturales qué tierra era aquélla y a quien pertenecía, éstos responden que era Chuquisaca y su señor un caballero de España llamado Pero Ansúrez". Identificábase por fin la Sierra de la Plata como el Perú, conocido por los españoles desde hacía ya casi veinte años. Se revelaba que todo el esfuerzo de los conquistadores platenses había sido vano: se descubría lo que ya hacía mucho que estaba descubierto.

Este hecho altera bruscamente el carácter de la ocupación del Plata y sus afluentes. La expansión tuvo lugar

por allí para alcanzar el Perú, o aquello que se había imaginado en su lugar. Deshecho el error geográfico, la vida platense se recoge sobre sí misma. El Plata es olvidado por los conquistadores y despreciado por sus secuaces. La riqueza está en Nueva España, en la tierra firme, en el Perú. Los territorios del Plata conservan apenas los pobladores que ya estaban allí y algunos pocos más que vinieron después. Por eso la colonización no avanza sino muy lentamente. Todo lo que hoy constituye la Argentina occidental y septentrional, las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja, Córdoba, San Luis, San Juan y Mendoza, es ocupado por colonos que llegan del Perú y de Chile, que pasan los Andes para ir a establecerse en estos territorios geográficamente tributarios del Plata. En el Paraguay se efectúa asimismo un retroceso. El alto río, aquellas tierras conquistadas con tanto esfuerzo por los Cabeza de Vaca, Martínez de Irala, Hernando de Rivera, son abandonadas. Ya no tenían interés y, la colonización del Paraguay se detiene en el territorio que hoy constituye la república de este nombre y que es apenas una parcela de aquel en que los españoles ya habían penetrado. "El territorio del Paraguay, como el Alto Paraná, no presenta puntos de apoyo para la penetración. Habíase llegado al remanso de una cuenca interior". (Carlos Pereyra).

Al mismo tiempo, como consecuencia, el camino terrestre del Paraguay al litoral atlántico por el alto Paraná e Iguassú —el camino de Cabeza de Vaca— pierde todo su valor. La colonia del Paraguay, desprovista de impulsos, dada la situación excéntrica en que se halla, no soporta un camino arduo y largo que sólo una vida muy activa le permitiría mantener. Por eso fracasa la reciente ocupación de la costa brasileña por los castellanos.

Aun hubiera sido posible aprovechar la vía paraguaya hacia el Perú, reforzando por consiguiente la posición castellana en estos territorios, de haber ofrecido este camino facilidades. En tal caso, en rigor, hubiese podido substituir al largo trayecto por las Antillas, Tierra Firme y Pacífico, que la colonia española escogiera al principio, y donde se fijó. Pero tales facilidades no existen. Los afluentes occidentales del río Paraguay que penetran en

el macizo andino y que podrían servir de vía, el Salado, el Bermejo y el Pilcomayo, son de navegabilidad precaria, por atravesar zonas agrestes e inhóspitas (el Chaco, aun hoy deshabitado) y además, en la época de la colonización se encontraban allí tribus hostiles a manos de las cuales habían de perecer no pocos exploradores, entre ellos el malogrado Ayolas. El camino del Plata a los Andes no había de establecerse por estos puntos sino por Córdoba y Tucumán. Por tales motivos, no sólo prevalecerá la vía tradicional del Perú por la Tierra Firme (Panamá) y Pacífico, sino que cuando se adopte subsidiariamente la vía platense se dejará a un lado el Paraguay.

Se comprende la importancia de este hecho. A no ser por las circunstancias apuntadas, el Paraguay hubiera seguido siendo un centro de gran actividad, como lo fué en los comienzos de la colonización. El abandono de Buenos Aires en 1539 indica las nuevas directrices de la colonización española en este sector. Un Paraguay dentro de las corrientes comerciales y pobladoras tendría asegurada una intensa expansión de los castellanos desde aquel núcleo interior hacia oriente, apoyada en núcleos igualmente fuertes del hoy litoral brasileño y, al contrario de lo que sucedió, se hubieran vengado y prosperado. Y el extremo sur brasileño no sería hoy nuestro. Igualmente, por el norte, por el llano del alto Paraguay, la ocupación castellana, iniciada y luego abandonada, se hubiera consolidado. Mato Grosso sería español. Y las *bandeiras* (expediciones) paulistas que casi dos siglos después descubren el oro de Cuiabá, hubieran encontrado allí, probablemente, ya establecidos y cortándoles el paso, a sus competidores castellanos. Fué enorme por consiguiente el beneficio que la naturaleza hostil del Chaco y de sus ríos prestó a la causa luso-brasileña.

LA costa brasileña al sur del 24°, pretendida por los españoles, y que, por la fuerza de las circunstancias, hubieron de dejar, queda abandonada. La colonización portuguesa partiendo de San Vicente encuentra allí campo abierto. Los vicentinos pasan sucesivamente a Iguape y

Cananea y ocupan en seguida el litoral y el actual estado de Paraná. La expansión por estos sectores era tanto más fácil cuanto que la unión de las Coronas portuguesa y española quitaba todo fundamento a los conflictos nacionales.

Mas si la ocupación del litoral no provocaba choques, en el páramo las cosas iban de otra manera. São Paulo, asentado en la altiplanicie interior de San Vicente, continuaba las tradiciones de sus primeros pobladores João Ramalho y compañeros, esto es, el rescate y tráfico de esclavos indios. Abastecíanse con ellos los núcleos agrícolas del litoral, de Rio de Janeiro hacia el sur.

Esto ahuyentaba a las gentes; la caza del indio se hizo tarea difícil, y las distancias, al ser vencidas, se dilataban cada vez más. Será éste el factor primordial que empujará la penetración de los paulistas en el *hinterland* del continente en esta tarea estupenda de invasión de la paramera. La preocupación por los metales preciosos vendrá después, cuando la casualidad haga que las *bandeiras* perseguidoras de indios topen con el oro de Minas Geraes.

Las *bandeiras* paulistas no eran pobladoras. Eran simples expediciones que no dejaban rastro de su paso. Digamos mejor que eran exploradores heroicos dedicados a la ardua tarea de reconstituir los derroteros. La función de las *bandeiras* en el establecimiento de los límites no es, por tal motivo, directa. Salvo en la ocupación de Mato-Grosso que se debe a las *bandeiras*, si bien en su calidad de buscadoras de oro, los banderizos paulistas no obran como ocupantes de nuevos territorios. Y por lo tanto, no fijan límites. Realizaron, sin embargo, una acción indirecta notable en nuestro asunto, ahuyentando a los posibles competidores que viniesen a disputarles las tierras que a ellos les interesaban. Los banderizos mantuvieron en respeto y a distancia a sus rivales los castellanos, sin contar con fuerzas para hacerles frente. Prepararon así el terreno a futuros ocupantes más estables. Se observa esto, entre otros casos, en la famosa aventura de la provincia jesuítica de Guaira. Desde fines del siglo xvi los jesuítas del Paraguay habían procurado establecer sus misiones lo más lejos posible de los colonos legos que les entorpecían su

acción catequista. Los padres José Cataldino y Simão Mayeta se habían internado con tal objeto en el alto Paraná. Cruzándolo, y siguiendo el curso del río Paranapanema, fundaron su misión de Nossa Senhora de Loreto en la confluencia con el Pirapó. Siguieron luego otras, y muy pronto, toda la región comprendida entre el Pirapó, Paranapanema y Paraná formaba una gran área de albergues que cobijaban muchos millares de indios catequizados. Era la provincia de Guaira.

Precisamente en esta época, las *bandeiras* paulistas comienzan a invadir el alto páramo en busca de indios que ya empezaban a faltar en las áreas más próximas a sus establecimientos. Pronto empezaron los asaltos a las misiones de Guaira. De 1529 en adelante se sucedieron las expediciones paulistas, y siete años después, los jesuitas, viendo fracasadas sus gestiones cerca del gobierno de la colonia y de la metrópoli en el sentido de cohibir la acción destructora de los paulistas, resolvieron abandonar la provincia, y, reuniendo a los indios que aún les quedaban, por haber escapado a las embestidas de los traficantes, se fueron a establecer más hacia el sur, a orillas del Uruguay. El desierto del Paraná volvió a estar abandonado de nuevo, pero la acción de los paulistas había asegurado su integración al territorio brasileño.

También fueron hacia el oeste las *bandeiras*, donde se enfrentaron con un débil adversario y garantizaron el futuro asentamiento de los luso-brasileños. En el sur, fueron las cosas de otra manera. Al separarse Portugal de España en 1640, sintióse la necesidad de fijar en el Nuevo Mundo los límites de las dos Coronas. Ambas nacionalidades se daban cuenta de que, al formar nuevamente entidades distintas, cada cual tendría que hacer valer con respecto a la otra los territorios que pretendía para sí. La zona de las mayores disputas era el Sur. Después de la retirada de los españoles de la costa al sur de San Vicente, que fueron los primeros en ocupar, vimos como la colonización portuguesa avanzaba. Lentamente, en buena hora, pero llegando hasta Laguna, en el actual estado de Santa Catarina, a fines del siglo xvii. De allí para adelante ya era todo un desierto. Cuando se trató de fijar los límites,

o más bien los puntos extremos de los dominios de las dos Coronas, Portugal fué mucho más expeditivo que su contrincante. Mientras España permanecía inactiva, los portugueses llevaron de un golpe sus dominios hasta el Plata; en 1580 fué fundada en la margen oriental del estuario, frente a Buenos Aires, la colonia de Sacramento.

Es explicable, tanto la inacción española como la decisión lusitana. No hay nada que pueda ser atribuído a dejadez o previsión, respectivamente, de las dos Coronas. Portugal sólo actúa después de las repetidas instancias de los colonos. La expedición de don Manoel Lobo, fundador de la Colonia de Sacramento, es el resultado de una larga insistencia de los colonos, que se prolonga desde la separación de las dos Coronas. La petición de que intervengan las autoridades metropolitanas, parte de la Cámara de la Capitanía de San Vicente, y al final, hasta del Senado de Rio de Janeiro que, en 1575, en un enérgico manifiesto a las Cortes, demuestra la necesidad de defender los dominios portugueses protegiendo la colonización meridional del país, y sugiere que se establezca un núcleo militar en el Plata. A pesar de esto, las providencias de la metrópoli aun tardan cinco años. Como ya vimos, hasta el 1580 no recibe don Manoel Lobo, gobernador de Rio de Janeiro la orden de fundar la colonia solicitada por la cámara de esta ciudad.

Así pues, el que la acción portuguesa preceda a la española, no es el resultado de una mayor visión política de la Corona lusitana. Es la consecuencia natural de la expansión colonizadora de Portugal que exige la defensa de los territorios ya ocupados y de otros cuya ocupación está próxima. España, por los motivos que ya hemos señalado, fué excluída de aquellos territorios. Su colonización se concentrará en el Plata y en el bajo Paraná, con una débil infiltración río Uruguay arriba, y donde apenas hacían otra cosa que vegetar. La costa, por encima de los 24° de Lat. S. ya estaba, por tanto, al ser fundada la colonia de Sacramento, virtualmente incluída en los dominios portugueses. La fundación vino a legalizar y consolidar una situación ya establecida.

Se exageró, sin embargo, el alcance de la colonización portuguesa. La Colonia se localizó allende los límites que naturalmente, por fuerza de la ocupación efectiva, correspondían al dominio lusitano. Portugal obró en este caso como los litigantes en una demanda judicial, que piden siempre más de lo que les corresponde para conseguir así lo justo que pretenden. El estuario del Plata, inclusive la margen izquierda que fué invadida por la Colonia, era castellana. El territorio de la Banda Oriental (así fué denominado) constituía la campiña de Buenos Aires. El gran puerto platense fué hasta mediados del siglo XIX, una ciudad sin territorio, limitada al área urbana. Lo que había hacia el interior, pertenecía a los indios y gauchos mestizos semicivilizados. Hasta la segunda mitad del siglo pasado, la conquista de las tierras orientales de la provincia de Buenos Aires representaba un ideal; las del sur de la Sierra de Tandil una utopía. En la Banda Oriental donde los bonaerenses tenían su campiña; allí vagaban sus ganados y de allí se surtían de cueros, principal mercancía de su comercio. Por consiguiente, la Colonia de Sacramento se asentaba en tierras indiscutiblemente castellanas, fincaba fuera de la órbita natural de la expansión colonizadora de Portugal. De ahí el conflicto que se inicia luego después de la fundación. Dura casi dos siglos, y termina, como tenía que ser, con la victoria castellana. Las últimas fases de la pugna luso-española en el Plata se prolongan hasta después de la Independencia. La propia guerra del Paraguay no es, en último término, sino un reflejo de aquélla.

Mas si la Colonia de Sacramento y la Banda Oriental habían de escapar de las manos portuguesas y, por vía de herencia, de las brasileñas, se produjo, con todo, el efecto altamente ventajoso para nosotros de trasladar el teatro del choque inevitable hacia dentro del territorio de los adversarios. Y mientras los ejércitos se batían en el frente, los pobladores consolidaban la retaguardia. Cuando los portugueses abandonan definitivamente la Colonia (antes de esta segunda fase de la lucha que son las campañas orientales del siglo pasado) el territorio a que podía pre-

tender en justicia la colonización lusitana se consolida en sus manos.

De hecho, el esfuerzo de la colonización en el Brasil meridional es intenso en el transcurso de la primera mitad del siglo XVIII. Es ésta, además, una fase capital en la historia de la fijación de todos los límites brasileños. Y el tratado que se firma en Madrid en 1750 dará sanción legal a los hechos consumados. ¿Cuáles eran en este sector meridional que nos interesa?

Hemos visto que a fines del siglo XVII la colonización del litoral llegaba hasta Laguna. De allí en adelante, la costa arenosa y hostil a la navegación interrumpe la corriente pobladora del litoral. Hacia el sur, las comunicaciones se establecerán por el interior; así se alcanza y se puebla el actual estado de Río Grande del Sur. Se abren caminos: São Paulo ya se comunicaba hacia mucho con los campos de Curitiba; de allí hacia el sur, el camino que lleva a Araranguá (Santa Catarina) es trazado, en 1720, por el sargento mayor de caballería Francisco de Souza y Faria. Este camino llega a tener mucho tránsito, por el ganado que viene del Sur y abastece São Paulo y las capitamás tributarias. Se asegura de esta manera el asentamiento portugués.

Pero si los colonos luso-brasileños no encuentran dificultades ni en la costa ni en la faja más próxima al litoral, chocan, más hacia el interior, con las vanguardias castellanas apostadas a lo largo de los ríos Paraná y Uruguay. Las tierras situadas entre este último y el Iguassú más hacia el norte, ya venían siendo exploradas desde el siglo XVII por los mineros de Curitiba, de quienes eran muy conocidas. Más ahí, el avance castellano hacia oriente comienza ya a dejarse sentir; su progreso es lento, y no hubiera cruzado el río Paraná sin el concurso de las misiones jesuíticas. Ya vimos antes, que los padres, expulsados de Guaira por los paulistas, fueron a establecerse al río Uruguay, llegando a abarcar toda la extensión hoy comprendida en el Territorio de las Misiones (República Argentina), más otras tierras riograndenses de la margen izquierda del Uruguay, al norte de Ibicuí. Localizábanse ahí las famosas Siete Misiones (San Borja, San Nicolás, San Luis,

San Lorenzo, San Miguel, San Juan y San Angel). Expulsados los jesuitas, el territorio de las misiones del Uruguay es ocupado por los colonos castellanos; solamente la parte situada en la margen izquierda del río vendrá a ser definitivamente brasileña después de la campaña victoriosa de 1801-03; y esto, porque allí la población de origen portugués se prolongaba lo suficiente para hacer cara al enemigo. No sucederá lo mismo al norte del río Uruguay. Allí, los portugueses disponían apenas de un camino que ligaba São Paulo con el Río Grande, y que además estaba abandonado. No podrán, por consiguiente, enfrentarse con el adversario; éste ocupará definitivamente el Territorio de las Misiones que, después de la independencia, se tornará argentino. La línea divisoria, después de algunas disputas diplomáticas —que solamente se cerrará bajo la república— queda fijada en los ríos Peperi-Guassú, afluente del Uruguay, y San Antonio, afluente del Iguassú. Por eso vemos que el territorio brasileño se estrecha de un modo extraño en este sitio.

Podemos pues concluir: Por detrás de los tratados que desde el de Tordesilhas van hilvanando la historia de los límites brasileños y de los conflictos armados que se suceden hasta el siglo pasado, algunos factores más profundos fueron trabajando sucesivamente para modelar la configuración geográfica del Brasil meridional. Al principio es el espejismo de la Sierra de la Plata lo que atrae a los primeros pobladores de la región, tanto portugueses como españoles. Si los cálculos de estos últimos hubieran dado en lo cierto, en el extremo sur de lo que hoy es Brasil se hablaría castellano. El reconocimiento del error y el ser inapropiada la vía Paraguaya hacia el Perú, asegurarían a los portugueses la libertad de acción en un territorio menospreciado por sus competidores. Si la expansión lusobrasileña pudo efectuarse por el sur, si las *bandeiras* no encontraron seria resistencia, fué porque la colonización española, desviada sobre todo hacia el Perú, se debilitó en estos territorios, separados por regiones agrestes e intran-sitables de su El Dorado.

El choque tendrá lugar en la región en que las fuerzas en pugna encuentran su justo equilibrio: en el Río de la

Plata. La tal región se encuentra distante de las bases portuguesas de irradiación (San Vicente, Río de Janeiro) y próxima, casi vecina, de los centros españoles (Buenos Aires). Esta diferencia marca la pujanza respectiva de las dos corrientes: la portuguesa, vigorosa y activa; la castellana, debilitada por el despego que siente por esos territorios, atenta para dar el golpe en otros más ricos e interesantes.

Esto es lo que sucede en la faja de tierras próximas al litoral. En el interior, la cosa cambia un poco de aspecto. La colonización portuguesa, salvo en el caso de las minas, es sobre todo costera; se funda en la agricultura, en la producción de géneros tropicales que prosperan admirablemente en este declive del litoral, de clima ardiente y húmedo. Los altos del interior serán apenas abastecedores de mano de obra: los indios esclavizados; y de ganado para las carnicerías. Cuando estos negocios decaen, bien sea por la competencia de los brazos africanos, bien por la decadencia del laboreo vicentino, y cuando el oro de las Minas Geraes, Mato Grosso y Goiaz distrae sus atenciones, las *bandeiras* depredadoras desaparecen y las fincas de ganadería vegetan. La paramera del Brasil meridional es menospreciada por los portugueses, y así, la débil colonización española del Paraguay se puede consolidar y avanzar puesto que no se enfrenta con ningún obstáculo. Los luso-brasileños se quedarán sólo con una estrecha faja junto al litoral, que constituye el *binterland* restringido de sus establecimientos vecinos al mar y por donde se desarrolla la vía de comunicación que los liga entre sí. Allá, en ambos márgenes del río Paraná y en la occidental del Uruguay, los castellanos se asentarán definitivamente. Los generales en los campos de batalla y los diplomáticos en sus gabinetes de trabajo confirmarán con batallas retumbantes y tratados solemnes esta obra multiseccular de oscuros pobladores de diferentes nacionalidades que fueron en el transcurso del tiempo forjando sus contactos y equilibrio recíprocos. Y juzgarán que aquella obra es suya. . .

LA SANTA CIUDAD DEL CUSCO

Por *Rafael Heliodoro VALLE*

TIENE la tierra del Perú varios pisos de Historia y de Amor, en la que respiran—desde el mar hasta las nieves eternas— la gaviota, el maíz, la orquídea y el ángel; es decir la costa, la sierra, la montaña y el sueño. Los antropólogos y los arqueólogos han subido y bajado por esas escalas, buscando las huellas que les permita precisar si las culturas peruanas llegaron desde los Andes hacia el mar o si fué todo lo contrario. Acaso el doctor Julio C. Tello ha encontrado mayores argumentos para la primera hipótesis después de las admirables reconstrucciones que ha hecho cerca de Lima, al restaurar a Pachacámac, que aun muestra la red de sus canales y acueductos para comprobar que varios siglos antes de la llegada del español ya el indio peruano contaba con agrónomos e ingenieros hidráulicos.

No hace mucho visité Pachacámac, la ciudad en donde Francisco Pizarro tomó la decisión de construir a Lima en el sitio en que hoy está; y bajo el zafiro de un vehemente verano, pude saborear a mis anchas la leyenda que Francisco Dávila recogió en una de sus páginas hechiceras. Refiere Dávila que Kavillaca era una mujer muy hermosa y tanto que uno de sus apasionados admiradores fué el dios Con Iraya Viracocha, quien solía disfrazarse de mendigo para sus aventuras. Comía Kavillaca una lúcuma (el zapote amarillo de México) en cuyo seno el travieso dios había depositado su simiente vital, y pocos días después la hermosa doncella resultó embarazada. Nació el niño en medio de la preocupación que su madre tenía al ignorar quién era el padre; y no queriendo quedar burlada, se apresuró a presentar querrela ante el jefe de los dioses para que éste hiciese una investigación. Convocados todos los

dioses, resolvió el supremo juez que el padre del niño sería aquel a quien éste reconociera a la simple vista. Se presentaron todos los dioses para tomar parte en el extraordinario careo y el niño los miró a todos con indiferencia. Acto continuo apareció un mendigo y en cuanto el niño lo vio no pudo reprimir su alegría, saliendo a su encuentro y abrazándolo. Kavillaca no pudo disimular su disgusto al ver la facha astrosa de su burlador y tomando al niño en sus brazos salió huyendo y se dirigió hacia el mar. Al verla huir, Viracocha el mendigo se transformó súbitamente en un mancebo elegante y apuesto y a grandes voces la invitó a que lo reconociera. No le hizo caso Kavillaca y Con Iraya Viracocha corrió detrás de ella, tratando de alcanzarla. Al llegar a un sitio encontró a la zorra y le preguntó si había visto a la joven; pero la zorra le contestó que hacía muchos meses que la había visto. Con Iraya maldijo a la zorra y luego vio al cóndor, haciendo la misma pregunta que a la zorra; pero el cóndor le contestó que acababa de verla y Con Iraya lo bendijo. Prosiguió la encuesta entre otros animales que iba encontrando, maldiciendo a unos y bendiciendo a otros. Cuando Kavillaca se aproximó al mar y se dió cuenta de que estaba perdida y a punto de caer en manos de su perseguidor, se lanzó con el niño, hacia el mar, convirtiéndose ambos en las dos islas que se hallan frente al santuario de Pachacámac.

Por el camino de esa leyenda es fácil hacer uno de los más bellos viajes, para llegar hasta el sitio en que se siente el pulso de aquel mundo singular que fué el Incario, cuya metrópoli, Cusco, fué para los indios peruanos y sigue siéndolo para los que aman la América Antigua, lo que Jerusalem ha sido para el mundo cristiano. Es decir, un mundo de gaviotas, de cóndores, de ríos fantásticos, de Andes niveos, de hombres que caminan como fantasmas y de dioses atormentados por el sueño y la sabiduría del hombre.

A 3,355 metros sobre el nivel del mar —más alta que la ciudad de México—, al final del valle de Watana, en el que convergen los caminos de ese mundo extraordinario cuyos terminales eran hace más de trescientos años Tuc-

mán en la Argentina, Quito en el Ecuador, Jauja y Arequipa en el Perú, la comarca del lago de Titicaca en Bolivia, el Arauco en Chile y el terrible paraíso amazónico, señalando los cuatro puntos cardinales de lo que se llama en el mapa el Tahuantinsuyo (Las Cuatro Partes del Mundo). Después de recorrer los caminos por donde todavía marchan los indios arreando llamas; después de disfrutar ratos magníficos en Ica —la de los mangos únicos—, en Ocucaje —célebre por sus viñedos—, y en Arequipa —una de las ciudades de aire más sensitivo en América— se llega al Cusco, la ciudad construída sobre el lecho de un gran lago antiguo, que se convirtió en campiña gozosa y fluvial, al amparo de un clima exquisito, en el que las sabandijas y las moscas no pueden prosperar. Circunvalada por cimas con nieves a perpetuidad, en las que hay tesoros de oro, plata, hierro, plomo, cobre, estaño, y con laderas por las que corren los deshielos de las cumbres andinas; dulcificada por el azul profundo de un cielo electrizado en el invierno, está el Cusco, la capital arqueológica de Sudamérica, la “ciudad blanca y bermeja”, que fué cabeza de ciudades desde el siglo XI hasta el XVI, que sigue siendo síntesis de numerosas culturas, ciudad doblemente imperial, porque está henchida de historia y de arte.

El nombre “Cusco” procede, según algunos, de la “grava” que allí abunda; pero la más acertada etimología es la que le confiere la denominación de “omblijo” o “centro” del Tahuantinsuyo, en donde el Sol tuvo a bien instalar su trono más espléndido después de haber enviado a uno de sus hijos para demostrar la eternidad de su poderío.

Se dice que en el siglo XI salieron de las cuevas sagradas de Tampu-Toko (Residencia de la Aurora) cuatro hombres y cuatro mujeres predestinados, llevando pedrerías y plumajes que aún se estremecen en la imaginación; los hombres lucían amuletos de oro, piedras de color y grandes orejeras; y las mujeres iban con túnicas, mantos y fajas consteladas de chaquira. Después de fundar un pueblo dispusieron dar muerte al más valeroso, Ayar Kachi, y para ello le obligaron a que regresara a la Cueva Real (Kapaj Toko) para que trajese algo que se les había olvi-

dado: los cálices o "akillas" para hacer las libaciones con vino de maíz. Una vez que le vieron entrar a la cueva tapiaron con rocas la puerta por donde había penetrado; y al sentirse Ayar Kachi prisionero a traición, hubo vasto estremecimiento, como de terremoto. Dejándole así, se fueron a establecer en un pueblo llamado Tampu Kirau (Cuna de los Tampu), y un buen día se les apareció, como si fuese guacamayo, el fantasma multicolor de Ayar Kachi, que les hablaba de este modo:

—Hermanos míos: no temáis ni os acongojéis; vengo a aconsejaros para vuestro bien que no os detengáis en este pueblo sino que, prosiguiendo la empresa que todos teníamos pensado, habéis de llegar al valle que está al otro lado de aquel monte y allí fundad luego la grande población que será cabeza del imperio.

Ayar Kachi les pidió que le adoraran y al llegar a la cumbre de un monte, sus hermanos vieron con gran sorpresa que se había petrificado y convertido en adoratorio; y le adoraron. Otros que figuraban en el grupo sembraron por primera vez el maíz, cuya semilla habían tomado en la Cueva Real; y hubo uno que se convirtió en peñol. El sobreviviente fué Manko Kapak (rico de Modestia, rico de Justicia) que fué el fundador del Imperio y que llevaba siempre en su compañía una ave misteriosa, algo así como un halcón. Manko Kapak, es decir en quéchua: "El Ojo del Gran Pez que Vive en el Fondo de las Aguas", "El Monstruo Visitante Salido del Agua", "El Ojo Poderoso", "El Ojo de Dragón".

Pero según la leyenda el Cusco ya existía antes de la llegada de Manko Kapak y los bárbaros lo habían destruído al parecer en el siglo v antes de nuestra Era. Es que hay un Cusco visible, que está construído sobre las osamentas de otras ciudades: sobre la preincaica, la ciudad incásica; sobre ésta la española; y encima de ésta la que están deteriorando los modernos bárbaros y comienzan a construir para modernizarla, rascacielizarla.

El conquistador no pudo destruirla a ras de tierra, como lo hizo con México-Tenochtitlán, y se vió obligado a edificar la nueva ciudad sobre la pétrea estructura incásica. Por eso el Cusco mantiene su invicta individuali-

dad, su personalidad íntegra, su majestad impávida, en un ambiente de luz de gala, fina, azul. Hablar del Cusco es hablar de una de las dos máximas culturas de América; evocar una de las más vigorosas organizaciones económicas y políticas de la América Antigua. Teotihuacán, Chichén, Copán, Quiriguá, Palenque, se hallan en ruinas. De Tenochtitlán sólo queda un esqueleto oculto bajo la ciudad hispánica; pero en el Cusco están vivas las dos arquitecturas, los múltiples estilos, así como los grupos humanos: el indio que trabajó con sus manos mortales las piedras más reacias y el blanco y el mestizo que la han nutrido de historia.

En el Cusco se funden diversos estilos arquitectónicos. El viajero puede admirar piedras enormes, que pesan hasta 60 toneladas y que no se ha podido averiguar cómo fueron a dar hasta allí—desde una distancia de dos kilómetros—, y en torno de él, como atalayas milenarias, insólitas, las ruinas de Sajsawamán, al Norte, la fortaleza de Ollantaytambo (de pórfido rojo) y las ciudades de Machu-Picchu (de granito blanco), con 300 escalinatas; Pisaj (con andenes agrícolas) y Pucca Puccara. Es que hay el Cusco fabuloso de los tiempos de Manko Kapak; el Cusco que fué convertido en ciudad sagrada por Pachakutec; el que Pizarro mestizó; y el que el virrey Francisco de Toledo renovó totalmente. De modo que en la Catedral pueden admirarse aún las piedras volcánicas que los alarifes robaron a la ciudad antigua. En torno de la metrópoli están los restos de 300 adoratorios, que promulgan la grandeza de aquella ciudad que, a la llegada de Pizarro el 13 de noviembre de 1533, contaba con 300,000 habitantes.

ALTARES AL SOL

EL Cusco es la Novena Sinfonía de la piedra. Sus constructores la trabajaron con tal amor de eternidad, preocupados por el tiempo que todo lo destruye, con tal técnica para labrarla, para pulir los bloques colosales, para ductilizarlos con un estilo tal, que no tiene émulo entre los de los pueblos americanos que han elevado altares al sol, el tiempo y la intemperie. En ella había, antes de la

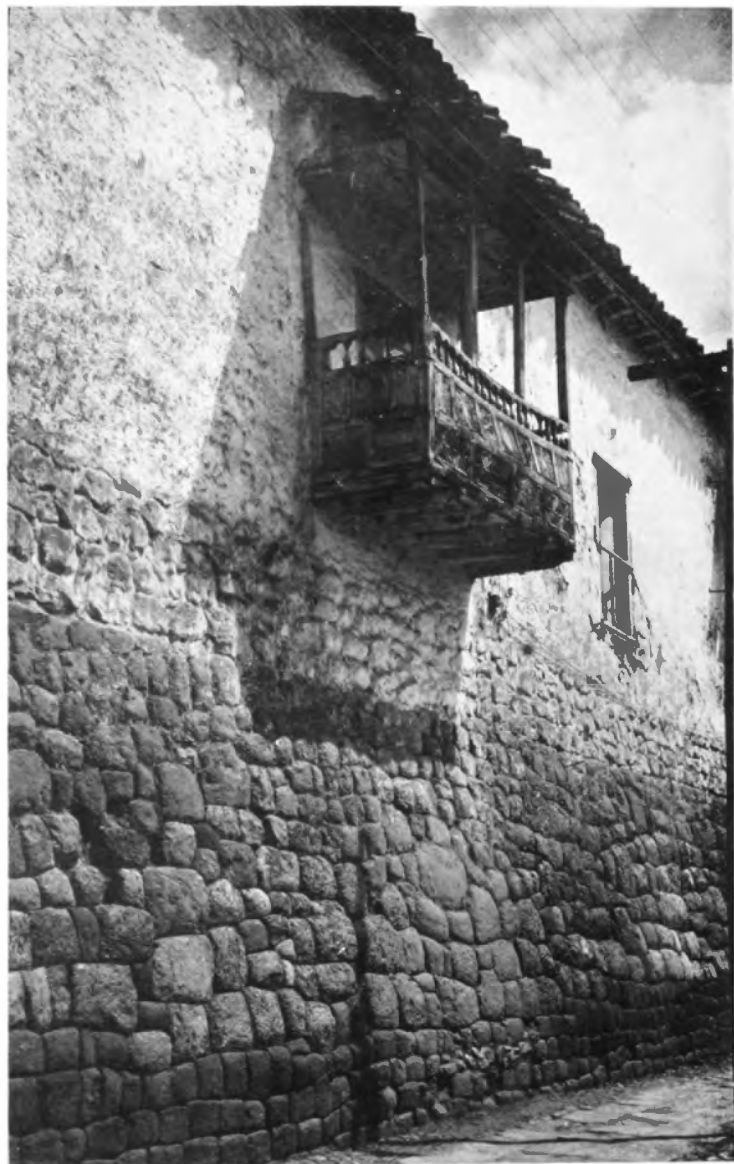
llegada de Pizarro, la Casa Redonda o lugar de las asambleas (donde bajó Santiago en ayuda de los españoles); la Casa de las Vírgenes (Ajllawasi), en donde residían las que estaban destinadas para el culto y para el emperador; el Colegio de los Incas (inca quiere decir noble, rey, emperador, o el emperador y todos sus descendientes); el Jardín de las Fieras, el Presidio, el barrio de los Tejedores; la Plaza de Rimacpampa, en donde se leían los bandos del Imperio; y luego sus catorce barrios, en donde estaban los graneros, los jardines, las huertas, los andenes agrícolas, las alacenas a donde afluía la abundancia del Tahuantinsuyo, que enviaba de los cuatro puntos cardinales las mieles y las harinas de las tierras frumenticias, las frutas y las lanas, las perlas y los oros y las telas preciosas que hoy admiramos, con pasmo y reverencia, en los museos.

PAISAJE DEL CUSCO

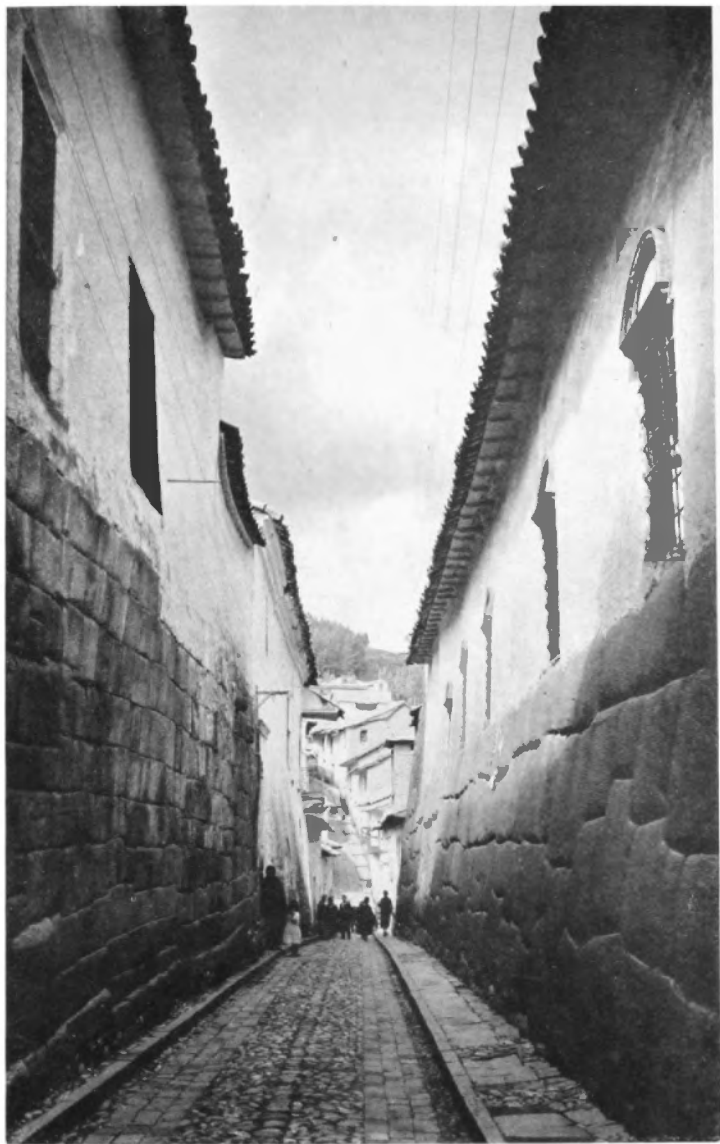
UN Viernes Santo vi al Cusco desde el camino que va hacia Sajsawamán. En un vasto silencio acústico, la ciudad dos veces imperial, cargada de flúidos misteriosos, lucía sus casas blancas con tejas de rojo cálido —que la mano de la herejía está sustituyendo con láminas de zinc—; y vi sus torres, sus arcadas, sus huertas, sus murallas en que las piedras labradas se acoplan con austeridad, mientras sobre la desolada magnificencia surgen las altas casas españolas, con sus ventanales enrejados, mientras en el aire se estremecía la campana “María Angola”, que el gran poeta Martín Adán ha cantado en un romance memorable. Y vi también sus patios, sus escalinatas, sus balcones, sus plazoletas con fuentes taciturnas, sus merenderos, y al día siguiente, en aquel aire suntuoso afluyó el cántico de todas las campanas de sus templos: Santa Teresa, San Francisco, San Antonio Abad, la Compañía —en donde hay dos cuadros que perpetúan las bodas de una princesa incaica con un sobrino de Ignacio de Loyola, y las de otro sobrino de éste con una Idiáquez; y las campanas de la Merced, en donde se hallan los restos de los dos Almagros y de Gonzalo Pizarro.



Cusco. Vista panorámica de la ciudad.



Casa colonial sobre los primitivos muros prehispánicos.



Calle de Hatunrumiyoc.



Un muro sobre otro, de diferente aparejo, ambos incaicos.

Entonces me fué posible comprender por qué los indios, cada vez que se aproximaban a la ciudad, llevando a cuestras una piedra, en señal de humillación, los pies descalzos, decían el saludo reverencial:

—Cusco, ciudad grande, ¡yo te saludo!

“Yo me acuerdo —escribe Cieza de León— por mis ojos haber visto a indios viejos, estando a la vista del Cusco, mirar la ciudad y alzar un alarido grande, el cual se les convertía en lágrimas salidas de tristeza, contemplando el tiempo presente y acordándose del pasado”.

Jamás se olvidan los muros incaicos del Cusco, sobre los cuales se asienta la ciudad española y republicana. Muros perfectamente ensamblados, en los que está fijo el testimonio eterno de quienes les dieron solidez invencible, como en el convento de Santo Domingo, en que antes estuvo el Templo del Sol (Intihuasi), en el barrio de oro (Coricancha), que fué cedido a Juan de Oliz y sus 17 compañeros dominicos en 1534. Y sólo con la imaginación es posible admirar la sombra del Palacio de las Audiencias que alzó el Inca Virakocha, en donde hoy está la Catedral, cuya primera piedra se puso el 11 de marzo de 1560, tiene 16 campanas, fué construída en 108 años y tiene 15 metros de cimientto.

LA FORTALEZA DEL CUSCO

EL conquistador Pedro Sancho, nos dejó esta noticia: “Sobre el cerro que de la parte de la ciudad es redondo y muy áspero, hay una *fortaleza* de tierra y piedra muy hermosa; con sus ventanas grandes que miran a la ciudad y la hacen parecer más hermosa. Hay dentro de ella muchos aposentos y una torre principal en medio, hecha a modo de cubo con cuatro o cinco cuerpos, uno encima de otro: los aposentos y estancias de adentro son pequeños, y las piedras de que está hecha están muy bien labradas, y tan bien ajustadas unas con otras que no parece que tengan mezcla, y las piedras que están tan lisas que parecen tablas cepilladas, con la trabazón en orden al uso de España, una juntura en contra de otra. Tiene tantas estancias y torres que una persona no la podría ver toda en un día:

y muchos españoles que la han visto y han andado en Lombardía y en otros reinos extraños dicen que nunca han visto otro edificio como esta *fortaleza*, ni *castillo* más fuerte. Podrían estar dentro cinco mil españoles; no se le puede dar batería, ni se le puede minar porque está colocada en una peña. De la parte de la ciudad que es un cerro muy áspero no hay más de una cerca: de la otra parte que es menos áspera hay tres, una más alta que otra, y la última de más adentro es la más alta de todas. La más linda cosa que puede verse de edificios en aquella tierra, son estas cercas, porque son de piedras tan grandes, que nadie que las vea no dirá que hayan sido puestas allí por manos de hombres humanos, que son tan grandes como trozos de montañas y peñascos, que las hay de altura de treinta palmos, y otros tantos de largo, y otras de veinte y cinco, y otras de quince, pero no hay ninguna de ellas tan pequeña que la puedan llevar tres carretas: estas no son piedras lisas, pero harto bien encajadas y trabadas unas con otras. Los españoles que la ven dicen, que ni el puente de Segovia ni otro de los edificios que hicieron Hércules ni los romanos, no son cosa tan digna de verse como esto. La ciudad de Tarragona tiene algunas obras en sus murallas hechas por este estilo, pero no tan fuertes ni de piedras tan grandes: estas cercas van dando vuelta, que si se les diera batería no se les podría dar de frente sino al sesgo de las de afuera. Estas cercas son de esta misma piedra, y entre muralla y muralla hay tierra y tanta que por encima pueden andar tres carretas juntas. Están hechas a modo de tres gradas, que la una comienza donde acaba la otra, y la otra donde acaba la otra. Toda esta *fortaleza* era un depósito de armas, porras, lanzas, arcos, flechas, hachas, rodela, jubones fuertes acojinados de algodón, y otras armas de diversas maneras, y vestidos para los soldados, recojidos aquí de todos los rumbos de la tierra sujeta a los señores del Cusco. . . La causa porque esta *fortaleza* tiene tanto artificio es, porque cuando se fundó la ciudad que fué edificada por un señor orejón (Inka) y visto ser éste el mejor lugar para fijar su domicilio, fundó aquella ciudad con su *fortaleza* y todos los demás señores que le sucedieron después, hicieron algunas

mejoras a esta *fortaleza* con lo que siempre se fué aumentando y engrandeciendo”.

En tal ciudad militar y religiosa los incas celebraban el *Inti-Raymi* (la fiesta de la agricultura), llevados en andas, coronados con tela de lana roja, mientras en la frente del príncipe heredero iba la diadema de lana amarilla. Reyes absolutos que se horadaron las orejas, “agrandándolas desmesuradamente, no hay duda, para diferenciarse de los autóctonos en casos difíciles o como una ofrenda a los dioses del terruño remoto”; que acostumbraban vivir en cuatro habitaciones, para disfrutar la ventura del clima conforme al horario, y que gustaban tener revestidas de rojo —su color favorito— las paredes, con un color semejante al del coral, que era extraído de las valvas de un molusco. Señores polígamos y con serrallo; pero que siempre tenían presente el famoso discurso de Manko, el primer paracaidista de América:

—“Para mi Padre el Sol nada hay oculto en esta vida. Y como ha visto las desventuras de estas tierras, por la falta de gobierno y de justicia, resolvió enviarme para enseñar a vivir en paz, para que el débil no sea agraviado por el fuerte, y para premiar a los buenos y castigar a los malos. En esto consiste la perfecta justicia y el bienestar de los pueblos”.

Poderosos señores que tenían súbditos desde Pasco en Colombia hasta las fronteras del Arauco en Chile y el norte de Argentina y todo Bolivia; minas de oro y plata, ríos como fuerzas de la Naturaleza, frutos de todos los climas, y que, sin embargo, eran supersticiosos y se fijaban en los consejos de los sabios, amaban la poesía, dispensaban el bien. Ocho años antes de la llegada de Pizarro, el Inca Waina Kapaj estaba rodeado de guerreros y sacerdotes, en un día de azul extraordinario, a pocos pasos de las momias de sus predecesores; y, de pronto, la corte y el pueblo alzaron las cabezas para ver la fuga de una águila real que era perseguida por cernícalos y halcones que la picoteaban y desplumaban. Los sabios augures —los “amautas”— vaticinaron que aquello quería decir que el Imperio no tardaría en ser despedazado por gentes extrañas, que eran “de inferior calidad y ralea”. Y otro día la Luna

apareció circuída de tres enormes anillos: uno de sangre, otro de verde y otro de humo gris. Convocados los amautas, presagiaron que aquellos círculos eran la sangre imperial frente a la destrucción y la catástrofe. Eran idénticos vaticinios a los que hicieron los adivinos a Moctezuma, interpretando sus sueños, o el espectáculo de aquel cometa que vió en noche de pavor desde la terraza de su palacio, o las sombras misteriosas de personajes nunca antes vistos que se movían en el agua de los cántaros.

Se diría que la vida del Inca fué siempre la de un cautivo del sueño; y no ha faltado quien haya advertido que antes de que Calderón de la Barca inmortalizase a Segismundo en una de sus obras magistrales, ya un inca había descubierto que la vida es sueño. Leyenda y sueño del Incario, en su mundo de fantasmas de mitología, en que la realidad está poblada de fascinaciones y presentimientos. Don Felipe Guaman Poma de Ayala fué el autor de uno de los libros más singulares de la América antigua—descubierto en 1908 para delicia de los investigadores y los poetas, porque se trata de: “El Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno”, en que escribe todo lo que supo después de treinta años de viajar por el Perú—y en la introducción de ese libro alucinante se lee: “Antes de la aparición del Hombre en este Nuevo Mundo de las Indias, la tierra estaba habitada por animales feroces y salvajes como serpientes, jaguares, pumas, zorros, osos y venados; y por monstruos, como gigantes, enanos y duendes”. Todo ese bestiario que, con los motivos más exquisitos de la flora peruana, está palpitante de gracia eterna y de profunda realidad en los vasos y esculturas de innumerables formas, grecas y matices en que el indio del Incario fué haciendo la biografía del mundo que le rodeaba e incorporándole, en las horas de vigilia—que es cuando los ojos humanos ven más—una muchedumbre de monstruos que parecen nacidos en la locura.

En esa mitología tiene un lugar de distinción aquella bestia mitológica que con el nombre de Amaru—la Serpiente Alada—mató el inca Maita Kapaj. Reptil y serpiente que lucía a la vez garras y alas—como las que tienen algunos tiranos en América—y la que salió a com-

batir, antes de convertirse en héroe el Inca audaz. Refiere el mito que éste llevaba un cuchillo afilado con el que al verlo descender por los aires, pudo herirle en la región blanda—ya que hasta los demonios tienen su lado flaco—y fué tan certera la herida que en un instante comenzó a derramársele la sangre como si fuese un torrente y aquel torrente se transformó en un gran río en que el Inca recibió el mítico bautismo.

La Serpiente Alada había antes secuestrado al bravo guerrero Chunta Wachu, reservándoselo en el interior de una cueva para uno de sus bocados apetitosos. En el instante en que el monstruo iba a devorarlo, el guerrero se convirtió en un árbol; entonces la Serpiente se enroscó en él, apretándolo terriblemente con sus anillos; y el árbol comenzó a crecer rápidamente y le nacieron púas horribles con las que pudo destrozar al monstruo. Este es—según el relato de Luis E. Valcárcel—el árbol de la “chonta”, que produce maderas magníficas para fabricar lanzas y macanas.

Hay en esa mitología—indudablemente la más rica de la América antigua, aun comparándola con la que ha rescatado Sahagún en su libro maravilloso—un dios “maligno y sonriente”—de palabras de miel y corazón pétreo—: el Achanchu, duende menudo, pequeñín y burlón, que se escabulle con su túnica roja y su gorro cónico, y va y viene por todos lados, buscando a las vírgenes, bailando, retozando.

Todavía los buscadores de tesoros andan en pos de la cadena de oro macizo que no se sabe si era de Huayna Kapak o de su hijo Huáscar y cuya longitud es igual a la de la circunferencia de la Plaza Mayor del Cusco, el “andén del llanto” que vió alzar el patíbulo de Tupac Amaru, el último Inca, presenciando la escena desde uno de los balcones el implacable jurista y virrey don Francisco de Toledo. Esa plaza en la que el visitante, de repente se detiene para leer la lápida: “Aquí nació, 1539, Garcilaso Inca de la Vega. Murió en Córdoba, 1616”; el celeberrimo autor de “Los Comentarios Reales”, uno de los libros más encantadores de la Historia de América, como

que la escribió el más insigne de nuestros cronistas mestizos, y cuya madre fué sobrina de Huayna Kapak.

He aquí una de las páginas que sobre la mitología incásica debemos al gran escritor:

“Otros muchos indios hubo de diversas naciones en aquella primera edad, que escogieron sus dioses con alguna más consideración que los pasados, porque adoraban algunas cosas, de las cuales recibían algún provecho, como los que adoraban las fuentes caudalosas y ríos grandes, por decir que les daban agua para regar sus sementeras.

“Otros adoraban la tierra, y la llamaban madre, porque les daba sus frutos; otros al aire por el respirar, por que decían que mediante él vivían los hombres; otros al fuego, porque los calentaba y porque guisaban de comer con él; otros adoraban a un carnero, por el mucho ganado que en sus tierras se criaba; otros a la cordillera grande de la Sierra Nevada, por su altura y admirable grandeza y por los muchos ríos que salen de ella para los riegos. Otros al maíz, o zara, como ellos le llaman, porque era el pan común de ellos. Otros a otras mieses y legumbres, según que más abundantemente se daban en sus provincias.

“Los de la costa de la mar, además de otra infinidad de dioses que tuvieron, o quizá los mismos que hemos dicho, adoraban en común a la mar, y le llamaban Mama-cocha, que quiere decir, madre mar, dando a entender que con ellos hacía oficio de madre en sustentarles con su pescado. Adoraban también generalmente a la ballena, por su grandeza y monstruosidad. Sin esta común adoración que hacían en toda la costa, adoraban en diversas provincias y regiones al pescado, que en más abundancia mataban en aquella región, porque decían que el primer pescado que estaba en el mundo alto (que así llaman al cielo) del cual procedía todo el demás pescado de aquella especie de que se sustentaban, tenía cuidado de enviarles a sus tiempos abundancia de sus hijos para sustento de aquella tal nación; y por esta razón en unas provincias adoraban la sardina, porque mataban más cantidad de ella que de otro pescado; en otras la liza; en otras al tollo; en otras, por su hermosura, al dorado; en otras al cangrejo y al demás marisco por la falta de otro mejor pes-

cado, porque no lo había en aquella mar, o porque no lo sabían pescar y matar. En suma, adoraban y tenían por dios cualquiera otro pescado que les era de más provecho que los otros. De manera que tenían por Dioses, no solamente los cuatro elementos, cada uno de por sí, mas también todos los compuestos y formados de ellos, por viles e inmundos que fuesen. Otras naciones hubo, como son los Chirihuanas, y los del cabo de Pasau (que de Septentrión a Mediodía son estas dos provincias los términos del Perú) que no tuvieron ni tienen inclinación de adorar cosa alguna baja ni alta, ni por el interés, ni por miedo, sino que en todo vivían y viven hoy como bestias y peores, porque no llegó a ellos la doctrina y enseñanza de los reyes Incas”.

El Cusco, según Garcilaso, “contenía la descripción de todo el Imperio”. Todos los trabajadores de éste afluían a la metrópoli para dar testimonio de la magnificencia del Incario: agricultores y cuidadores de llamas, orfebres y ceramistas, tejedores y talladores de piedra, yerbateros y cocineros, fabricantes de “mates” y coqueros, jardineros y horticultores, curanderos y kipukamayos (los que en unos cordeles llevaban la cuenta de genealogías y tributos, de servicios militares y censos) y cuya labor era enriquecida por los “amautas”, los poetas y filósofos que “ponían en verso los hechos más notables de la vida de los emperadores, así como las victorias conquistadas por los ejércitos imperiales” y “ponían así mismo en forma de máximas y proverbios las leyes civiles y religiosas, que todos aprendían de memoria para su debido cumplimiento”. Acudían también al Cusco los adivinos y los fabricantes de bebidas, los cordeleros y los que componían canciones populares (aravicos), los mineros y los ingenieros agrónomos, hidráulicos y de caminos; los músicos que, a pesar de sólo disponer de cinco notas, dieron un idioma a la “quena”, la “antara” (o caramillo) y el “pututo” (caracol sonoro).

En las escuelas del Cusco se enseñaba religión, historia, cortesía, el manejo de los “kipus”, obediencia y disciplina a las autoridades y las oraciones religiosas. En los mercados podía comprarse algodón, patata, palta (aguacate), lúcuma, quinua (*Chenopodium quinoa*), coca, ají

quina, camote, tabaco, cacahuete, piña, habas, calabaza y guanábana; así como las lanas del llama, la alpaca y la vicuña; y la bebida fermentada del maíz, pues el indio peruano todavía no lo come sino que lo bebe.

El hombre del Incario no concebía la vida sin trabajo; tenía el animal doméstico —lo cual lo diferenció del otro hombre de América antes de la llegada de los españoles—; conocía un arado especial y ciertos abonos; irrigaba la tierra, fabricaba el bronce, tenía una organización agraria conforme a la cual la propiedad era colectiva; sus cirujanos sabían trepanar el cráneo; sus historiadores dejaron mitos e historias inmortales en el barro efímero o en el calabazo quebradizo; sus arquitectos ligaban las piedras sin emplear la argamasa, ni la escuadra y el compás; sus artistas trabajaban el basalto, el pórfido, el oro, la plata, la turquesa y las perlas, aunque no conocían el jade; sus matemáticos eran diestros en el manejo de las ecuaciones de segundo grado y sus astrónomos en el conocimiento del paso del Sol por el equinoccio; pero hay algo más: practicaban los diez mandamientos antes de que llegara Pizarro y hasta subrayaban este lema: “No robes, no mientas, no seas haragán”.

Pasó su imperio. Sobre las piedras el arqueólogo y el poeta sorprenden todos los días el mensaje de un pueblo que fué muchedumbre de pueblos; que amó la vida con religiosa pasión, que pobló el cielo con inefables alegorías y reverenció la luz del Sol alzándole espléndidos altares. Frente a su paisaje, el viajero se vuelve todavía hacia la ciudad antes de decirle adiós con las palabras que parecen un poema y que proclaman que si alguna vez el hombre en América supo labrar con ternura las piedras, fué porque su corazón estaba sumergido en la raíz mortal de la poesía, pero cincelado con llanto.



Cusco. Sto. Domingo sobre los muros del Templo del Sol.



Casa del Almirante.



Pulpito del templo de San Blas.



Indias cusqueñas en el mercado.

¿CONOCIERON LA RUEDA LOS INDIGENAS MESOAMERICANOS?

Intervienen: *Alfonso Caso, Matthew W. Stirling, Samuel K. Lothrop, J. Eric S. Thompson, José García Payón y Gordon F. Ekholm.*

ALFONSO CASO:

CONFORME el conocimiento de las civilizaciones del Viejo y del Nuevo Mundo ha ido progresando, muchas semejanzas aparentes, que se creyeron pruebas definitivas para demostrar el contacto entre las culturas de ambos continentes, se van transformando en diferencias en cuanto se analizan con mayor profundidad.

Casi podría afirmarse que las semejanzas que se notan entre las culturas eurasiáticas y americanas, están en razón inversa del conocimiento que se tenga de esas culturas. Así, es frecuente oír y leer todavía hipótesis sobre la Atlántida o el Continente perdido de Mu, y las pruebas se refieren generalmente a los hechos más intrascendentes en ambas culturas. Por ejemplo, ciertas prácticas mágicas, ciertos símbolos religiosos, que con más o menos variedad se encuentran en Asia y en América, ya dan pie suficiente para fundar sobre ellos grandes construcciones hipotéticas, que serían perfectas si sus cimientos descansaran en algo más que la ignorancia.

En cambio los hechos y aspectos fundamentales de ambas culturas son tan diferentes, que han llevado a la conclusión de que no ha habido contacto cultural o que si lo hubo, fué tan remoto y esporádico, que no bastó para originar una semejanza entre la cultura mediterránea o la del lejano oriente y la gran cultura que se creó en la América intertropical.

Entre esos aspectos fundamentales debemos señalar en primer lugar, las diferencias entre las plantas cultivadas y los animales domésticos

de ambos continentes. Mijo, cebada, trigo, centeno y arroz, son semillas de las culturas mediterránea y china; el maíz y, por otra parte, el guacamote (cazabe o manioco) y la papa o patata, son características de las culturas americanas, pues aunque ciertos frutos y semillas, son usados en ambos continentes, como las calabazas y los frijoles, se trata de especies diferentes y su uso no demuestra de ningún modo la conexión que pretende establecerse. Con la posible excepción del camote o batata y quizá, aunque muy problemáticamente, el cocotero, la diferencia entre las plantas cultivadas es tan grande, que demuestra una falta de contacto que parece absoluta.

Lo mismo puede decirse de los animales domésticos, si se exceptúa el perro, que probablemente pasó al continente americano siguiendo a los primeros inmigrantes asiáticos que llegaron al Nuevo Mundo a principios del neolítico, o lo que parece más probable, a fines del paleolítico. El guajolote o pavo en México y la llama en el sur, y la ausencia de animales europeos y asiáticos en América, aun de los fácilmente transportables, como gallinas, cerdos, ovejas y cabras, demuestra el aislamiento de ambos continentes.

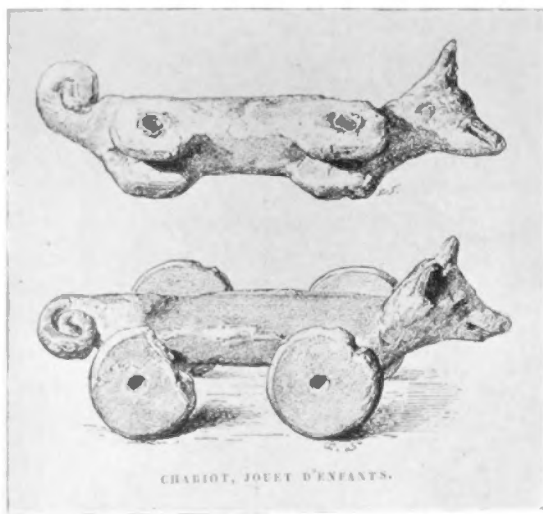
Desde el punto de vista tecnológico, también comprobamos este aislamiento. El uso de los metales en México es tan reciente que podemos afirmar que no eran conocidos antes de la época de Tula, es decir, cuando más en el siglo VIII de Cristo, y aunque la metalurgia de México deriva de la de Centroamérica y ésta probablemente viene del sur (Colombia, Ecuador y Perú), parece que aun las más viejas culturas peruanas que usan el metal, no pueden remontarse más allá de la era cristiana.

En cambio el conocimiento de los metales en Eurasia, (3300 A.C.) se remonta al final del período neolítico (Chalcolítico) y lo mismo en Egipto que en Honan, su uso queda en el horizonte prehistórico. ¿Es creíble que un pueblo europeo o asiático que hubiera transmitido parte de su cultura a los indios americanos, no les hubiera enseñado algo tan fundamental como el uso de los metales, y que pueblos de cultura tan avanzada como los mayas del Viejo Imperio, los zapotecas de Monte Albán III y los teotihuacanos, que florecen bien entrada la era cristiana, no tuvieran conocimiento de ningún metal?

Otro de estos elementos técnicos, cuya ausencia se ha notado, es la rueda, tan fundamental en las culturas de Europa y Asia y tan desconocida en América. Por supuesto no nos referimos a la existencia del círculo como figura geométrica, que era perfectamente conocido y cuyas propiedades fundamentales seguramente habían sido



Juguete con ruedas de Tres Zapotes.



De la obra de D. Charnay *Les Anciennes Villes du Nouveau Monde*. Pág. 143.



Perros de cobre del Museo Nacional de México.

ya descubiertas, como los vemos por ejemplo en el trazo del magnífico monumento llamado "El Calendario Azteca";¹ nos referimos a la *rueda* en sus aplicaciones técnicas, como el elemento esencial de las máquinas europeas, aun las más sencillas, como la rueca, el torno del alfarero, el carro y la polea.

Sin embargo el principio del movimiento giratorio en el que estas máquinas descansa, era conocido y aplicado por los aztecas y otros indígenas, pero sin la utilización de la rueda propiamente dicha. Así, en vez de rueca se usaba el *malacate* o pezón para el huso, que sirve para producir un movimiento rotatorio uniforme; en vez del torno del alfarero, se usa todavía hoy, girar la pieza de cerámica sobre una vasija invertida de fondo esférico; lo que permite que la vasija que se está construyendo, no tenga sino un punto de contacto con la que le sirve de soporte, y en vez del carro, se usaban troncos de árboles o rodillos para transportar piedras grandes y otros objetos muy pesados.

Los cronistas españoles, que nos describen las costumbres de los indios, por haber participado en su descubrimiento y conquista, nunca si no es por un error, un verdadero *lapsus*,² se refieren a la existencia de carros o ruedas en su aspecto funcional, y por otra parte, en los códices, en las inscripciones y en las pinturas de los monumentos, nunca se ven carros aun para transportar a los reyes o las estatuas y personificaciones de los dioses, pues se usaban las angarillas o andas.

Por tal motivo, parecía que era seguro concluir que las ruedas y los carros nunca fueron conocidos por los indios de la época precolombina. Sin embargo, los últimos descubrimientos del Dr. Matthew W. Stirling en el sitio arqueológico de Tres Zapotes, Veracruz, México, parecen demostrar que los habitantes de ese lugar conocían y empleaban la rueda y que construían juguetes en forma de perros o jaguares, a los que ponían cuatro ruedas de barro que estaban unidas, dos a dos, por un eje de madera que pasaba por tubos también de barro, al que estaban unidas las patas delanteras o traseras del animal.³ El hecho de haberse encontrado junto con estos dos juguetes cuatro discos de barro, del mismo diámetro, sugiere que por lo menos uno de estos animales tenía ruedas y el haberse realizado esta exploración

1 ALFONSO CASO: *Las medidas del Calendario Azteca*. "Revista Mexicana de Estudios Históricos", Tomo II, 128-137. México.

2 Por ejemplo en el Códice Veytia.

3 MATTHEW W. STIRLING: *Great Stone Faces of Mexico*. "The National Geographic Magazine", Volume LXXVIII, Number Three, September, 1940. Págs. 309 y siguientes, especialmente 314.

con todo el cuidado que requiere la búsqueda científica, hace imposible en primer lugar, que se trate de un objeto posterior a la Conquista—de hecho es mucho más antiguo—y que se pueda atribuir a un mero azar, la presencia conjunta de los dos animales y de los cuatro discos de barro.

El descubrimiento de Stirling viene a confirmar otro, realizado hace muchos años por el explorador Désiré Charnay en un cementerio indígena que él exploró en el Popocatepetl. Aquí también se encontró un animal, perro o coyote, con los pies transformados en pequeñas placas que tienen al centro una perforación circular y junto con este animal aparecieron cuatro discos de barro, también perforados en el centro, y que se adaptan perfectamente como ruedas; además la parte superior del perro es plana, como si se tratara de la plataforma de un carro. Este juguete descubierto por Charnay en 1880 que se conservaba en el antiguo Trocadero de París, fué acogido con gran escepticismo y se atribuyó a Charnay el error de creer que cuatro *malacates* planos eran las ruedas del famoso objeto. En este sentido, por ejemplo Boban, se pronunció en contra del descubrimiento de Charnay.⁴

Sin embargo, como el explorador francés encontró juntos los cuatro discos y el perro con las patas perforadas, su hipótesis de que eran ruedas parece muy plausible y ahora, después de los hallazgos de Tres Zapotes, completamente confirmada.

Todavía un tercer hecho que según entiendo no ha sido alegado hasta ahora. Al catalogar las colecciones del Museo Nacional, llamaron mi atención unos pequeños perros de cobre que tienen en las cuatro patas, perforaciones circulares. Estos perros tienen los cuerpos soldados y aunque posee cada uno su cabeza y su cola (a veces tienen otra cabeza en vez de cola), no tiene cada uno sino dos patas, con la perforación circular que he indicado. Los perros de cobre del Museo Nacional carecen de procedencia, pero su semejanza con objetos que proceden de Coclé en Panamá y que Lothrop⁵ ha publicado en su reciente obra, creo que permite clasificarlos como objetos panameños. Desgraciadamente no tenemos ningún dato de su llegada al Museo y no sabemos si junto con ellos aparecieron discos, como en los casos del cementerio del Popocatepetl y de Tres Zapotes. En la obra

4 EUGENE BOBAN: *Documents pour servir à l'Histoire du Mexique*. Paris, 1891. Vol. II, Pág. 121.

5 S. K. LOTHROP: *Coclé*. "Memories of the Peabody Museum". Cambridge, Mass., 1937. Vol. VII, Plate II.

de Lothrop se pueden ver perros, monos, tigres y cocodrilos de este mismo estilo, en piedra y en oro, y son frecuentes las patas perforadas, los cuerpos unidos las cabezas dobles, y otros rasgos que se encuentran en los perritos de cobre del Museo Nacional.⁶

Como no tenemos noticias de que con estos perros se hayan encontrado discos de piedra o de metal, no podemos decidir si se trata de pendientes o de juguetes que hayan tenido ruedas.

Por último son muy frecuentes en México los hallazgos de ruedas de barro, con perforación central, que hasta ahora se habían tenido como malacates extraordinariamente planos, aunque también podían ser discos para coserse en los vestidos y tocados, pero en vista de la semejanza con las ruedas de los juguetes de Charnay y Stirling, ya no podemos simplemente negar que hayan tenido otro uso.

En suma, por el momento parece que hay suficientes argumentos para afirmar que por lo menos algunos indios de México, y quizá también de Centroamérica, conocieron y usaron la rueda para pequeños animales que pueden haber tenido una significación especial, o simplemente usados como juguetes.

Los hallazgos parece que se pueden colocar en el horizonte del uso de los metales, y corresponder a la época tolteca, es decir aproximadamente entre los siglos VIII y XII de Cristo, pero no podemos afirmar que no se usaran antes y que la invención fuera más antigua.

¿La falta de animales de tiro hizo que este descubrimiento extraordinario no fuera usado para fines prácticos; el hallazgo hecho por fabricantes de juguetes o de objetos religiosos, no se entendió en sus enormes consecuencias tecnológicas y su uso fué abandonado? He aquí algunas interrogaciones que quedan planteadas y que según entiendo podrán resolverse al aumentar el número de datos que ahora poseemos para estudiar el problema.

MATTHEW W. STIRLING:

CUANDO en el mes de enero de 1940 realizábamos nuestra segunda temporada de trabajo en Tres Zapotes, al sur de Veracruz, en uno de los montículos del grupo de los Montículos quemados se excavó una sección transversal. Las bases de estos montículos están casi a 8

6 *Idem*, Plate II. c. i. y figura 156, fig. 155 a, fig. 172, fig. 174.

pies bajo el nivel actual del terreno. Cerca de la base del montículo excavado, pero muy al interior del mismo, se encontró un interesante depósito compuesto por 35 figurillas de barro cocido, modeladas, y 12 discos, formando el todo un montón compacto, esmeradamente cubierto por 15 vasijas de alfarería en posición invertida. Parecía el depósito haberse puesto allí durante la construcción del montículo puesto que no encontramos signo alguno de penetración posterior. Junto al escondrijo, mas no dentro de él, había un cráneo humano sin mandíbula.

Los objetos que formaban este entierro presentaban una serie de rasgos poco comunes. Ninguna de las figurillas era típica de Tres Zapotes. Parecían hallarse representados allí por lo menos cuatro estilos y tipos artísticos diferentes.

Cinco de las figurillas eran compuestas, con cabezas separables —rasgo completamente desusado en la cerámica americana. Estas cinco figurillas llevaban vestidos muy particulares, tal vez armaduras. Dos de ellos poseían cuerpos humanos terminados en cuellos sin cabeza. Las cabezas móviles tenían la forma de la del chotacabra, de tal manera que, cuando se colocaban sobre el cuello, se bamboleaban como si estuvieran vivas. Otras dos con cuerpos humanos similares, poseían cabezas realistas de jaguar colocadas en la misma forma. El quinto objeto del lote era el más elaborado de todos. El cuello terminaba en un abultamiento cupuliforme, con toscas facciones humanas indicadas con pastillaje. Encajada perfectamente en él, había una máscara de forma de cabeza de muerto, muy decorada.

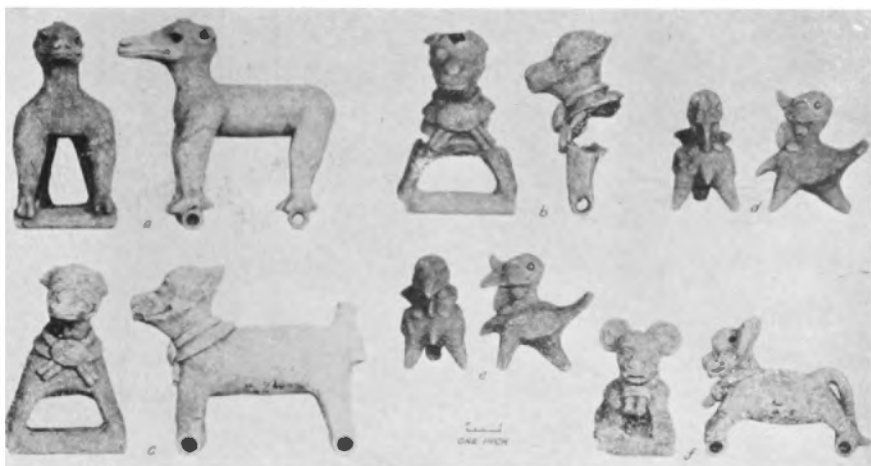
Todas las figurillas aparecían usadas y un tanto deterioradas. A algunas de ellas les faltaban pequeños pedacitos, rotos mucho antes de haber sido puestas en el escondrijo. Parece probable que todas fueran piezas importadas.

Por otra parte, las vasijas de alfarería eran tipos característicos de Tres Zapotes y la mayor parte de ellas parecían expresamente hechas para colocarlas en el depósito.

Lo más interesante del caso, fué la presencia en el escondrijo de figurillas zoomorfas, una fragmentaria y tres completas, con las patas montadas sobre tubos horizontales. Las tres figuras completas representan un perro, un venado y un jaguar. Con intención o sin ella, todas presentaban rostros curiosamente sonrientes. La figura fragmentaria se componía de una cabeza, de unas patas delanteras y de un tubo, y fué hecha con el mismo molde que la que representa el perro completo. El fragmento había sido colocado en el escondrijo tal co-



Hallazgo de Tres Zapotes.



Juguetes con ruedas de Tres Zapotes.

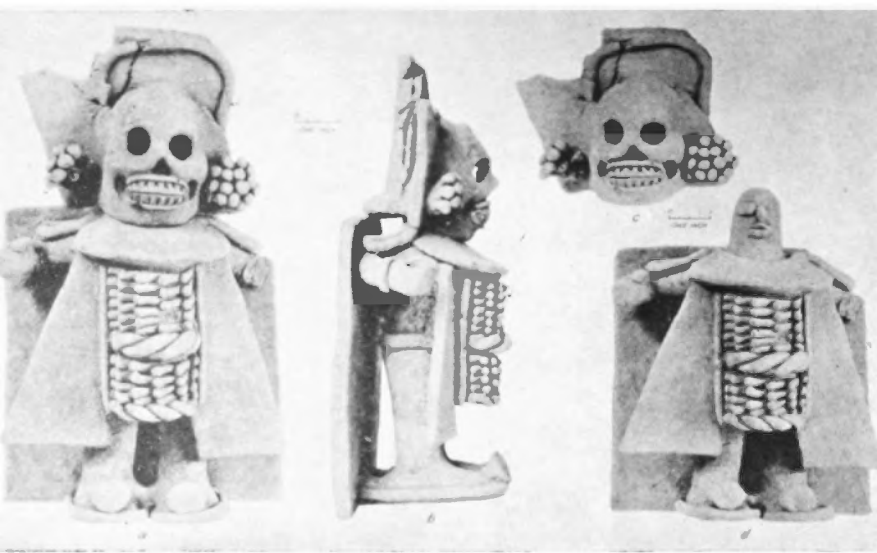


Figura compuesta del hallazgo de Tres Zapotes.

mo estaba, pues no había indicios de que el resto se hubiera encontrado allí; fué, incidentalmente, el único fragmento allí depositado.

Estas figuras zoomorfas están huecas y construidas en forma de silbato. El jaguar había sido pintado con negras franjas convencionales, mientras que el venado y el perro conservaban vestigios de pintura azul y blanca.

Los 12 discos de barro cocido se hallaban apilados, pareciendo probable que constituyesen los tres juegos de ruedas de las tres figuras completas montadas sobre tubos. Todos eran del mismo tamaño y estaban hechos en forma de discos delgados con un reborde aplanado como las monedas. A la mayoría de ellos se les había pintado una cruz azul en una de sus caras. Las perforaciones del centro no eran taladros posteriores, sino hechas cuando la arcilla estaba blanda todavía, antes de la cochura. Fabricadas con el mismo barro y teniendo la misma pintura azul que las figuras zoomorfas, es indudable que estaban asociadas a este grupo que sólo contenía otras dos piezas: un par de guajolotes que no están montados sobre tubos.

Aunque no se advirtieran signos de desgaste en los tubos de arcilla, no me pareció entonces dudoso que estos discos habían sido concebidos para montarse como ruedas, probablemente con ejes de madera colocados en el interior de dichos tubos.

Recibí de ello confirmación convincente en la siguiente temporada, cuando el Dr. Drucker y yo excavábamos en el Cerro de las Mesas.

Allí, en una de nuestras zanjas estratigráficas, encontramos algunos trozos de figuras zoomorfas casi idénticas, montadas sobre tubos y con ellos algunos discos del mismo tamaño y forma que los de Tres Zapotes.

Gracias a la gran cantidad y variedad del material asociado a estas figuras de Tres Zapotes, resulta posible situarlas cronológicamente con bastante confianza. Pertenecen a la división de San Marcos de Tres Zapotes superior, que nosotros colocamos aproximadamente hacia el año 1000 de J.C. El emplazamiento estratigráfico del material del mismo género hallado en el Cerro de las Mesas viene a confirmar esta fecha.

Las figuras con ruedas que descubrió Charnay son del mismo tipo que las encontradas recientemente por Ekholm en Pánuco, y también son parecidas a los ejemplares señalados por Caso y considerados por él, aproximadamente como contemporáneos de Coclé. Las figuras de Charnay se encontraron asociadas con cerámica de tipo

reciente. Aunque por desgracia el ejemplar de Ekholm no se descubrió en un proceso de excavaciones regulares, fué hallado por persona de absoluta confianza y parece indudable que pertenece también a un horizonte reciente.

Como ha demostrado Caso, los ejemplares de cobre del Museo Nacional de México pueden ser tan recientes como el período de contacto.

Aunque el procedimiento de montar el eje en estos ejemplares más recientes sea distinto del empleado en los de Tres Zapotes y en los del Cerro de las Mesas, parece, sin embargo, muy probable que la manufactura de estas figurillas constituye un fenómeno continuo. El hecho de que todos los ejemplares sean zoomorfos sugeriría aparentemente que su construcción responde a una misma idea básica. Esto es significativo, puesto que parece indicar que la rueda se usó en esta forma, ya sea ritualmente o como juguete, durante cinco siglos y sin que se aplicase de una manera más general y utilitaria.

Me parece que el uso práctico de la rueda entre los grupos más primitivos se halla estrechamente vinculado con la domesticación de los animales y aún más con la existencia de un terreno a propósito. A juzgar por las pruebas incompletas con que actualmente contamos, el uso de la rueda en las figurillas zoomorfas debió desarrollarse en los países tropicales bajos, de la costa del Atlántico. No había animales domésticos y la región estaba densamente cubierta por la selva. Los caminos eran probablemente abruptos y durante una buena parte del año cenagosos. Parece indiscutible que los indios empleaban troncos como rodillos; los Maya de Cobá se servían de rodillos de piedra para nivelar sus calzadas. No parece creíble que habiendo conocido durante cinco siglos el principio de la rueda a nadie se le ocurriera utilizarla de manera más general. Resulta más aceptable que no contando sino con la locomoción humana, y cohibidos por las limitaciones del terreno, no vieran de momento su valor como medio práctico de mejorar los transportes.

Si este descubrimiento hubiera tenido lugar en Perú, donde la llama era aprovechable y donde contaban con terrenos secos y llanos y con vías adecuadas, es probable que la rueda hubiera evolucionado allí hacia un fin utilitario. La hipótesis especulativa de una posible introducción directa de la rueda desde el Viejo Mundo tiene que fundarse actualmente en pruebas tan vagas como las de cualquier otra especulación de esta especie. Es interesante advertir que todos los ejemplares conocidos hasta la fecha son zoomorfos, lo que podría in-

terpretarse como prueba de la transferencia oral de la idea de ruedas en conexión con animales.

A la luz de nuestros actuales conocimientos no parece haber razón suficiente para poner muy en duda que este uso singularmente especializado de la rueda se inventó separadamente en tiempos precortesianos bastante antiguos en las tierras bajas tropicales del sur de México, probablemente en la costa del Golfo. Si el invento no prosperó se debe, probablemente, a la falta de otras condiciones precisas para su desarrollo utilitario.

SAMUEL K. LOTHROP:

Es poco lo que puedo añadir al debate. Los objetos del Museo Nacional a que se refiere el Dr. Caso son tipos que han sido encontrados en Coclé. Sin embargo, el estilo bicéfalo se encuentra con mayor frecuencia en la provincia de Veragua, lo mismo en oro que en cobre dorado. Tenemos actualmente en preparación un informe sobre el metal de Veragua y esperamos identificar las aleaciones locales por medio de análisis químicos.

Durante todas nuestras excavaciones en Coclé y en Veragua, no he visto objetos de metal o de arcilla que hagan pensar en ruedas.

En el Perú, he visto lo que parece ser un torno de alfarero, basto. Fué en los basureros que visité con el Dr. Tello debajo de Ocucaje, en el Valle de Ica.

J. ERIC S. THOMPSON:

EL tema ha sido ya tan suficientemente tratado por los Sres. Stirling y Caso, que es muy poco lo que puedo yo añadir. Acepto, ocioso es decirlo, las conclusiones de estas eminentes autoridades. Tal vez sea digno de consideración un pequeño punto aunque no esté yo muy seguro de su significación ni de si puede, en realidad, haber tenido conexión con la introducción de la rueda como juguete.

En el Códice Fejervary-Mayer y en el Maya de Madrid hay calendarios con los dioses asociados a las direcciones del mundo. Están

éstos dispuestos como cruces de Malta con la adición de lazos alargados entre los brazos de las cruces. Es el bien conocido símbolo Maya de lo "completo" (quizá también de lo eterno), y es un signo muy antiguo. Como el símbolo se encuentra lo mismo en un Códice Maya que en otro del sur de México, puede presumirse que se usó generalizadamente en la presentación ritual de los calendarios.

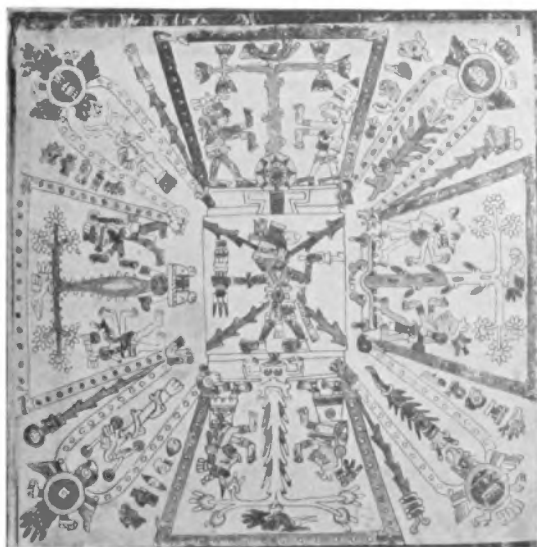
El Códice de Madrid es reciente, quizá del siglo xv, como lo atestiguan el estilo del dibujo y el empleo de Kan, Muluc, Ix y Cauac como portadores de años. El Códice Fejervary-Mayer es también reciente; por los tipos de vasijas trípodes pintadas en sus páginas no son éstas ciertamente anteriores al horizonte de Mazapan.

Sin embargo, en la época de la llegada de los españoles, el calendario dispuesto en cruz de Malta fué substituído por una rueda tanto en el área Maya como en el Centro de México. El Obispo Landa, nos ilustró un calendario rueda, y hay varios en los libros del Chilam Balam, que datan del período colonial. Sahagún y el Códice Ramírez ilustran la secuencia de 52 portadores de años y las direcciones del mundo a que pertenecen dispuestos en forma de ruedas. Tenemos, además, las varias ruedas publicadas por Veytia. Es cierto que ninguno de estos ejemplares es anterior a la conquista hispana y que varios acusan influencia europea en el dibujo de los glifos. Pienso, sin embargo, que el concepto de rueda para la representación del material calendárico es, sin género de duda, precolombino.

La famosa piedra el "Calendario azteca" puede describirse como una rueda, aunque quizá sea más probable que su forma de disco se debiera al deseo de conformarla a la figura del disco solar. Sin embargo, lleva los signos del día y los símbolos de direcciones del mundo.

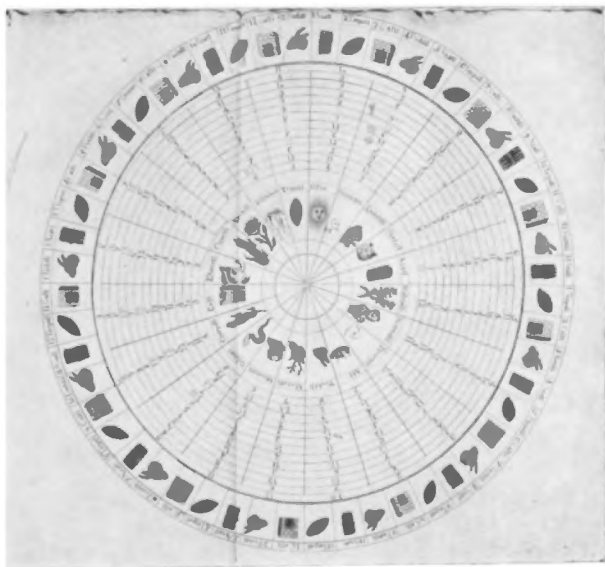
La ilustración del Obispo Landa lleva esta inscripción: "Llaman a esta cuenta en su lengua Uazlazon Katun que quiere decir gerra (sic) de los katunes". Pocas dudas caben de que *gerra* debe leerse *gira*. Concuera esto con el diccionario Maya-Español de Motul que dice "uaçak: cosa que es de vuelta o que se vuelve. Uaçaklom: lo mismo". La idea significa evidentemente que se da la vuelta al círculo y se comienza entonces de nuevo.

¿Proceden estas ruedas calendáricas de los discos solares, de los malacates o del concepto de la verdadera rueda? El disco solar aparece en Yucatán durante el período mexicano, y es a todas luces una importación. No parece muy probable que los conservadores Mayas inyectaran sus rasgos calendáricos más sagrados en un concepto extraño. El malacate es mucho más antiguo que la rueda del calen-

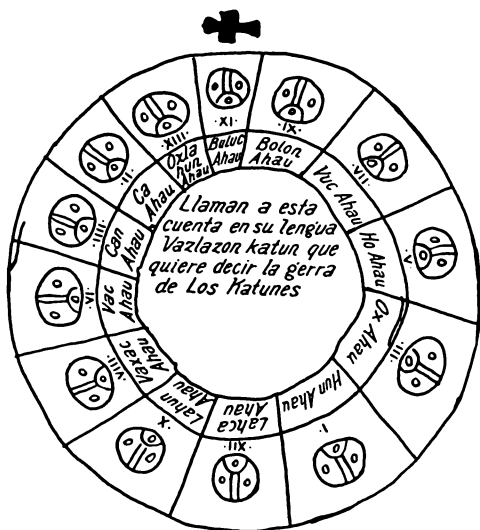


Las "Direcciones del Mundo".

Arriba: Códice Cortesiano. Abajo: Códice Fejervary



El Siglo azteca. Calendarios de Veytia.



dario, puesto que ha sido registrado en los hallazgos superficiales de San José, Honduras Británica, y, más raramente, en Uaxactún.

Por otra parte, en los calendarios tanto en el Maya como en el Mexicano, existe el concepto de rotación. Los portadores de años, las semanas, y hasta los días están girando en el espacio, moviéndose en cada cambio de uno a otro punto del cuadrante. Partiendo del Este pasan al Norte, Oeste y Sur para volver al Este. He aquí el *uaçak-lom*, la *gira* de los portadores de años, katunes o cualquier otro período de tiempo. Es el movimiento de una rueda que da vueltas.

El desarrollo de la rueda como juguete puede haber dado nacimiento a la representación de esta revolución del tiempo siguiendo los puntos del compás como una rueda. La aparición reciente de la rueda calendárica concuerda bien con la relativa modernidad del desarrollo de la rueda como juguete, dejando el intervalo necesario para que la nueva idea fuese aceptada por la teocracia ultraconservadora.

Antes de decretar que los bien dotados pueblos de Centroamérica fueron incapaces de imaginar la trascendencia de su invento porque el desarrollo de la rueda no progresó aquí en la misma dirección

que en el Viejo Mundo, deberíamos estar seguros de que el descubrimiento no siguió en su desarrollo otras líneas desusadas. El concepto de la revolución del tiempo como una rueda pudiera ser un ejemplo.

Disto de estar convencido que esta sugestión tenga algún valor. La ofrezco meramente como una especulación con el propósito de animar a mis colegas a buscar los desarrollos inusuales de este descubrimiento, puesto que aquellos otros que son evidentes para los herederos de nuestros moldes culturales, es claro que no fueron impulsados hasta donde pudieran haberlo sido.

JOSÉ GARCÍA PAYÓN:

NADA puede agregarse a las brillantes disertaciones de los señores Caso, Stirling y Eric Thompson tocante a la existencia de juguetes con ruedas, entre los siglos VIII y XII de nuestra Era. Lo que sí llama la atención es que precisamente en la costa del Golfo de México hayan sido encontrados los dos ejemplares que se diferencian uno de otro por la forma de colocación de sus ruedas, siendo el de la región de Pánuco semejante al encontrado por el Dr. Charnay en el cementerio de Tenenepango en la Mesa Central y el otro de la región de Tres Zapotes, esto es en los dos extremos del territorio veracruzano.

En el Departamento de Arqueología del Estado hemos comprobado la existencia de seiscientas tres zonas arqueológicas, de las que algún día será posible conocer su época de florecimiento; pero desde ahora podemos afirmar que los materiales arqueológicos de las de Toluque, Arenal, Tajín (de Papantla) y Ranchito de las Animas, son netamente de extracción Teotihuacana; otras pertenecen a un período más antiguo que llamo cultura A y D (Tipología Gamio Vaillant) y sobre estas culturas que considero las clásicas de la costa, se implantaron y desarrollaron otras civilizaciones que produjeron las diversidades culturales de este territorio. Es precisamente dentro del substratum formado al final de estas culturas clásicas y el principio diremos del poco conocido período de Cerro Montoso entre los siglos X y XII, que fueron encontrados estos objetos de animales con ruedas.

Un dato de poca importancia pero que posiblemente tuvo alguna conexión con el uso de la rueda me lo ha sugerido el gran monolito de basalto del Patio de Pelota Sur del Tajín, mole de piedra labrada en todos sus costados, de más de once metros de largo por cerca de un

metro de alto y veinticinco centímetros de grueso que fué traída a su actual sitio desde una distancia de seis kilómetros en cuyo traslado posiblemente emplearon rodillos hechos de troncos de árboles e igualmente es posible los emplearan para traer las grandes lajas que recubren los nichos de la famosa pirámide y demás monolitos de los patios de pelota.

Hasta la fecha, el que escribe no ha encontrado en sus exploraciones ningún dato que sugiera la presencia de la rueda, pero necesitamos estar alerta para cualquier manifestación sobre la materia.

GORDON F. EKHOLM:

HACIENDO algunas excavaciones en Pánuco y en las cercanías de Tampico durante el invierno de 1942, encontré cierto número de discos pequeños que sospeché hubiesen sido ruedas de juguetes rodantes como los encontrados por el Dr. Stirling en Tres Zapotes y por Charney en el Popocatepetl. Me sentí, por consiguiente, sobremanera complacido cuando mi ayudante en las excavaciones de Pánuco me informó del hallazgo de un juguete con ruedas completo, poco después de haber salido yo del lugar y a sólo unos cuantos metros de mi excavación. Este hallazgo unido a los otros ejemplares conocidos, me convenció de que los indios de México en los tiempos anteriores a la Conquista, habían hecho pequeños vehículos con ruedas en forma de animales y tenían, por tanto, algún conocimiento del principio de la rueda.

Tal descubrimiento, muy en desacuerdo con las nociones generalmente aceptadas sobre la cultura de los indios americanos, plantea un fascinante problema, y comencé a reunir todas las informaciones disponibles acerca de los juguetes con ruedas. Esto dió como resultado la preparación de un artículo sobre la cuestión, que se publicará en *American Antiquity*, Vol. XI, No. 4. Gran parte de la discusión de mi escrito es paralela a los estudios de los anteriores participantes en esta "mesa" así es que me limitaré aquí a una descripción de varios ejemplos adicionales de juguetes con ruedas y a algunos comentarios breves sobre el problema de su interpretación.

El juguete con ruedas completo de Pánuco, mencionado por Stirling, fué descrito anteriormente con algún detalle.⁷ Puede verse en

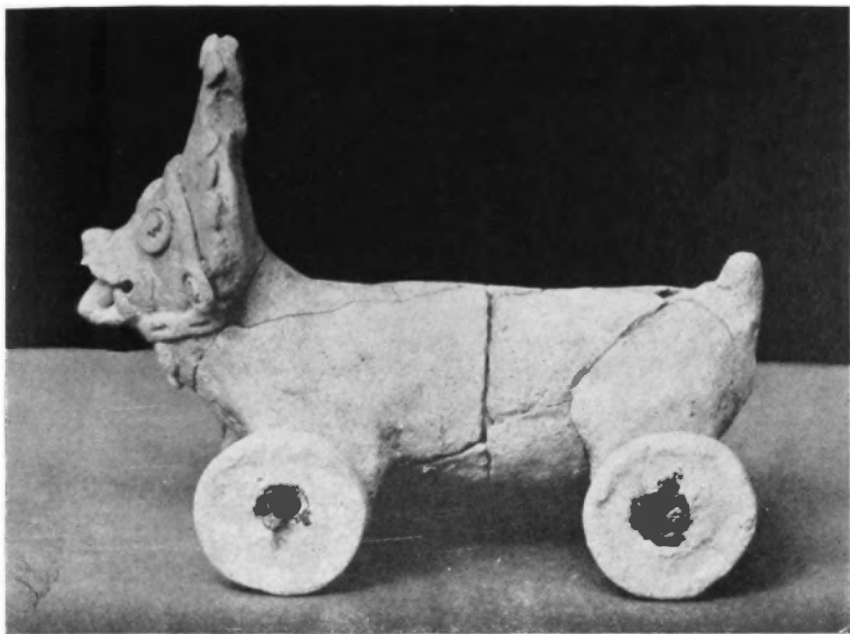
⁷ GORDON F. EKHOLM: *Excavations at Tampico and Pánuco in the Huasteca, México*, "Anthropological Papers of the American Museum of Natural History", Vol. 38, part 5, 1944.

la ilustración que este juguete es semejante al encontrado en el Popocatépetl, con salientes perforadas para sujetar los ejes y distinto del de Tres Zapotes cuyo eje se aloja dentro de un tubo. Las 22 ruedas sueltas encontradas en Pánuco y en Las Flores (Tampico) son discos de arcilla perforados, exactamente iguales a las del ejemplar completo y pueden distinguirse tipológicamente de los malacates de esta localidad. Esto es muy importante puesto que estas ruedas separadas se encontraron en depósitos correspondientes a los períodos III a V, de acuerdo con la cronología establecida, e indican que los juguetes con ruedas tuvieron una historia bastante larga en esta zona.

Otra figura zoomorfa de la Huasteca, sin duda la parte del cuerpo de un juguete con ruedas, ha sido ilustrada con otras piezas cerámicas por Staub.⁸ La ilustración desgraciadamente es muy pequeña, pero muestra una figurilla que representa un armadillo o un pecarí, construido, indudablemente, de la misma manera que el juguete de Pánuco. No se menciona que esta figurilla hubiera sido hallada con ruedas, pero ello no quita para que robustezca la prueba de que los juguetes con ruedas eran un rasgo relativamente común en la Huasteca. Excavaciones posteriores en esta área poco explorada todavía, nos proporcionarán, sin duda, nuevos ejemplares.

Mi interés en el estudio de juguetes con ruedas fué estimulado de nuevo por el hallazgo de otro ejemplar desconocido, en las colecciones del Museo Americano de Historia Natural. Fué recogido por Marshall H. Saville e inscrito por él como procedente del Valle de Oaxaca sin más indicación sobre su lugar exacto de origen. La identificación correcta de este juguete constituye un intrincado problema porque, aunque por el arcilla, pulimento y factura parezca ser de origen precortesiano, representa un animal con un jinete a horcajadas sobre su lomo. Lleva además unos filetes de arcilla delante y detrás del jinete, que figuran indudablemente una silla de montar. La única explicación de esta combinación enredosa parece ser que el objeto se fabricó probablemente a raíz de la Conquista cuando había sido ya observada la monta de los caballos. Mas en vez de que la idea de este juguete sea debida a los españoles más probable parece que corresponda a la tradición de los antiguos juguetes mexicanos con ruedas. Si este razonamiento fuera exacto sabríamos que los juguetes con ruedas siguieron usándose en México después de la Conquista.

8 U. STAUB: *Neue Funde und Ausgrabungen in der Huasteca (Ost-Mexiko)*, "Jahrsbericht des historischen Museum in Bern", 1920, figure 5, 1921.



Juguete con ruedas de Pánuco, Veracruz.



Juguete con ruedas del Valle de Qaxaca.

Tenemos, pues, por lo menos, seis hallazgos de juguetes con ruedas en México, incluyendo los del Cerro de las Mesas mencionados por Stirling. Estos ejemplares se completan unos a otros, y a mi parecer indican definitivamente que en el México precolombino existían juguetes con ruedas y algún conocimiento del principio de la rueda misma. Se trata de un rasgo lo suficientemente cuajado para haberse difundido en un área considerable y haberse transmitido de generación en generación durante centenares de años.

Cualquier especulación respecto al origen del juguete con ruedas debe basarse en un número tan considerable de factores desconocidos que sólo nos permite llegar a conjeturas provisionales. Mi opinión concuerda con las de Caso y Stirling—que el juguete con ruedas representa un invento del principio de la rueda realizado independientemente en América. Intentando explicarme cómo pudo haber ocurrido, me imagino en primer lugar el huso con su malacate de barro tal como se emplea para torcer el hilo. Esta forma de huso constituye, en efecto, un eje con su rueda y no es difícil imaginarse cómo a una persona jugando con uno, quizá colocando un segundo malacate en el huso, podría ocurrírsele utilizarlo como un elemento en un vehículo. El hecho de que el principio de la rueda no se aplicara a vehículos de tamaño normal, nos veda suponer que proviniera por evolución del uso del rodillo que puede haber sido empleado para trasladar objetos pesados.

A pesar de mi creencia en la probable invención independiente del juguete con ruedas en América, me inclino a ser menos categórico que el Dr. Caso, en cuanto a rechazar toda influencia posible de las culturas del Viejo Mundo conocedoras de la rueda. Tal posibilidad no puede descartarse por completo puesto que, nos enfrentamos todavía con problemas importantes, relativos al contacto entre el Viejo y el Nuevo Mundo, que continúan sin resolver.

Nota.—No se cierra aquí esta "mesa" sino que permanece abierta. Se agradecerá vivamente a cuantas personas conozcan otros datos sobre la cuestión que los comuniquen a la redacción de CUADERNOS AMERICANOS.

Dimensión Imaginaria

LA CIUDAD DESHABITADA

Por *Ernesto CARDENAL*

SITIADA por las muertes de todas sus tardes para siempre,
en aquella tierra blanca como la sal en que fué establecida,

blanca como la sed, en la desolación del sol,
y el estertor de un lago que al medio día se siente de ceniza,
imposible, imposible, hasta su más alejado horizonte,
como una losa perfectamente ajustada al infinito,
y las olas como recorriendo un cementerio incesante,
frecuentemente solitario recuerdo todas sus calles,
frecuentemente durmiendo mi cuerpo otra vez las ha recorrido,

y así de noche enteramente blanca emerge,
en medio de la tierra en que ha sido edificada su ruina.
Sitiada por el polvo, por el tiempo que lentamente invade en la piedra

una ciudad derrotada de la que es necesario salir,
porque aquí una ceniza definitiva ha entrado al asalto,
porque aquí no queda nada y es necesario partir,
es necesario partir. Pero algo regresa
en ciertas edades inexplicables poco después de la lluvia,
o cuando dormimos bajo firmamentos ausentes hace tiempo,

o recomenzamos un diálogo hace años inconcluso,
algo regresa, algo no puede definitivamente partir
y así llamamos conmovidos a alguna puerta querida
que se abría al atardecer a un centenar de sueños de amor.

donde bullen las telas y el eco solar de sus más recientes besos,
desenterrando fotografías hostiles de color de invierno,
y luego las caricias que cruzan como palomas la soledad del dormido,
el cuerpo como un páramo, y unas manos de arena que quieren ser tocadas,
una piel que suplica, unos labios que se derraman por el suelo,
porque la frente voluptuosa que ansiaban es ya una azucena hecha trizas
y su cintura es un arroyo blanco que nunca se puede tener,
mientras los pechos giran tan tristemente como las dalias hacia el olvido.

CREÍ que rodearía el paraíso con tres tumultuosos ríos de carne
y en su pecho bebería los lirios atolondrados de la infancia.
Creí que su carne fluiría caliente para mi boca como la leche
y pesadamente resbalaría bajo mis besos como la miel
y bajo su piel habitaría como a la sombra de un palacio blanco.
Creí que saldría al alba como Venus de una estrella de nácar,
que su carne nacería como la espuma del sexo puro del mar.
Imaginé la dulzura de su cercana presencia, el melodioso oleaje;
imaginé la alegría de mi pequeña casa erigida contra la soledad de dos,

donde la aurora y ella sostienen un luminoso y tangible universo,
amor a simple vista, un abrazo caído sobre el vello de oro,
una caricia sin descanso como un espeso manantial que escapa y vuelve.
Y solos, para siempre amando, en medio de una selva de flores y vegetales mansos,
el jardín de delicias donde las frutas penden sobre el amor del tigre y su novia,
y las corolas salvajes hunden sus uñas exactamente como el amor abraza,
y relucientes los árboles muestran sus fauces que sólo para besar existen.
Y luego ella legislando como las diosas de antes, en medio del cordero y de la uva,
estableciendo el exacto equilibrio del aceite, del vino y las legumbres,
confundiendo como al descuido el brillo virgen de su mano con la paz de la harina
y en el laberinto de la savia presidiendo la fecundidad de cada vientre verde,
congregando raíces vertiginosas que toda la tierra invaden.

TAL se alza contigo ante mis ojos, decía, el país que llaman felicidad
y al lado tuyo levantaré mi tienda y habitaré aquí para siempre,
libre de la ausencia que entre los pechos interpone hectáreas de tristeza,
libre del tiempo que erige su hoz contra la carne que casi nada puede
y del tic-tac de una muerte de noche fosforescente y coronada de agujas

que mora en cada beso, en cada voz, en cada fruta apasionada
y en cada estrella heroica al fin de cuentas levanta su ceniza.
Cómo te llevará, dime, agua de amor que en mis caricias fluye,
tumultuosa corriente, ola fugaz pero que nunca pasa,
agujero insondable de donde brotan el vegetal desnudo y la esperanza,
abismo tembloroso en que la vida edifica su catedral de naipes.
Aquí levantaré mi tienda, a la sombra de cabellos inmortales,
a la vera de unos pechos mansos que pueden serlo todo menos la muerte.
Así soñaba, pero debo decirlo: ángeles con bayonetas me cerraron el paso
y la metralla de Dios pulverizó tanto amor imaginario,
al umbral de una mujer que yo desde fieras ancestrales buscaba,
a la vista de sus onduladas laderas sumidas en una voluptuosidad que ignoran,
y aquí me ven con un corazón purulento que ya no sabe lo que quiere,
rodeado de mi propio ser insoportable hasta más allá de donde llegan mis ojos
bajo la campana del cielo agobiador hecho de una soledad sin nubes
y me canso de gritar en la corteza pelada de un universo sordo
y con estas uñas quisiera enterrar mi derrota en la oreja de las piedras.
En torno mío el lago organiza de nuevo su fúnebre danza
y en la cima del cerro toca la luna su gong solitario
vigilando la ciudad aterrada que ya sólo mi soledad habita,

la ciudad donde tanto tiempo mi insomnio imaginó el amor sin fin.

He regresado al camino que recorrió mi niñez y su aro,
a los viejos paseos bajo la cúpula de los árboles poblados
de vírgenes,
cuando dije que el amor era un simple lucero al alcance
de mis labios,
pero de todo esto ya sólo queda un penacho de ceniza
mecido por el viento.

HOY, mientras lo cuento, este dolor ha trascendido al alcoba,
el tocador oloroso, sin importancia de suyo, donde tuvo principio,
y es también el dolor ecuménico, toda la ceniza del hombre acumulada,
que esta noche envuelve la ciudad por encima del lago opaco,
por encima de todos los ríos que roncan desde el fondo de la tierra.
Habitantes de una ruina que cara al cielo levanta la lepra de sus piedras
y donde cada hermano cultiva su propiedad de escombros,
nacidos de una raza inevitable que se llama úlcera de la tierra,
hemos compartido las lágrimas de la desolación en propiedad común.
Aún clama en nuestra piel la sed de nuestros padres a través del desierto,
buscadores incansables de cisternas, perseguidos por la bayoneta calada del arcángel,
buscadores de semillas, fundadores de árboles en las riberas de los ríos,

que levantaban monumentos para triunfar del polvo hereditario,
y establecían repúblicas organizadas en contra del tedio y de la muerte.
Aquí, en la borrachera del trópico, creímos tocar el sexo de la tierra,
y que en un constante desenvolvimiento de vetas invioladas y de túnicas,
temblando, se iría abriendo el Edén, hasta el último velo.
Con el sopor del sol, donde calenturientos vegetales deliraban
sobre sudorosas raíces desencajadas que respiran mortíferas mariposas;
con la intoxicación del sol, donde la selva supura su pestilencia verde,
y se oye el aullido de la tierra parturienta que estalla en convulsiones,
creímos poner el dedo en la llaga, creímos tocar el vientre de la vida.

RECORDEMOS a Hernández de Córdoba en la costa estridente del lago
trazando el sueño de esta ciudad con tanta pasión edificada,
al Conquistador diciendo: "Esta tierra bronceada será mi mujer para siempre",
construyendo en un territorio disputado palmo a palmo con los tigres,
y todo esto para qué, si el polvo voraz desata su ofensiva, si la mujer y la planta van creciendo vertiginosamente hacia la muerte
y la columna de mármol se marchita igual que una camelia blanca;
si la ceniza levanta su tallo invasor más alto que las torres,

más alto inclusive que unos labios incommovibles que
besan,
y esta ciudad es tan sólo la osamenta reluciente de una
gran ilusión,
una asamblea de muertos presidida por la sombra de un
conquistador ya degollado,
donde antiguas cabelleras en forma de cocoteros o de olas
gimen bajo los astros.
Invito a todos los que se acogen al abrigo de estos muros
de muerte,
a todos los que lloran en esta margen por un país de
amor y eternidades,
a todos los que agonizan sobre femeninas dunas calcina-
das,
invito a hacer un viaje, más allá de donde el mar levanta
su humareda,
más allá del horizonte donde el ataúd del mundo defini-
tivamente se cierra
bajo el peso de un cielo insostenible hecho de lápidas azu-
les;
invito hacer un viaje, muy lejos de esta tierra, de esta ciu-
dad y su mortaja,
antes que la última embarcación se marchite cercada por
el polvo,
porque es necesario partir, porque es necesario partir.

ALAS Y JOROBAS O EL REY BUFON

Por LEON-FELIPE

Noticias preliminares y prólogo de un poema cinematográfico donde se siguen, se cambian y se prolongan las líneas de EL REY LEAR de Shakespeare de una manera hispánica y quijotesca.

CUANDO la "Metro Goldwin Mayer" decidió llevar a la pantalla la tragedia de William Shakespeare "Romeo and Juliet", la oficina central en Nueva York de esta gran empresa, requirió para la adaptación del "script" la vigilancia del profesor W. Strunk, Jr., notable *scholar* shakesperiano de la Universidad de Cornell. Le nombró algo así como el notario y el detective de William Shakespeare; y el singular erudito vino a ser de este modo en aquella ocasión el representante de los intereses poético-dramáticos del autor muerto; "el encargado de que no se cometiese ninguna injusticia con el glorioso poeta isabelino". Fué aquélla una celosa medida que honra a la "Metro Goldwyn Mayer" y a sus colaboradores, los cuales buscaban tan sólo la fidelidad y la exactitud de una pieza poético-dramática que ellos juzgaban detenida en el tiempo, quieta y perfecta en la evolución tradicional—*que tal vez no ha terminado todavía*—de un viejo tema universal. Querían toda clase de respetos para una obra clásica, magistral, individual. . . ¡Sagrada!

Yo he intentado aquí, ahora, dar forma y ritmo cinematográficos a otro de los cuentos que Shakespeare tomó de la tradición también y que contó, poéticamente, mejor que nadie en el teatro: El cuento del Rey Lear. . . Pero no he respetado los versos, la estructura, la intención ni el *scope* del poeta de Strafford tan al pie de la letra como

exigía la vigilancia de la "Metro Goldwyn Mayer". Amo a Shakespeare como a Cervantes y le venero tanto como la guardia permanente de *scholars* que cuida fervorosamente de sus manuscritos. Pero la evolución tradicional de la poesía universal no ha muerto aún. . . y nada se ha parado en el tiempo. Nada. Ni las obras clásicas siquiera que se juzgan ya inmóviles, acabadas y perfectas. Lo que suele parecer cerrado a la disciplina y al orden de los eruditos, no es más que una llamada, muchas veces, a la imaginación de los poetas. . . Para los eruditos un poema clásico es un predio amojonado de estudio, de recogimiento y de respeto. . . Un campo de aterrizaje. . . Para los poetas no es más que un punto de arranque. . . La continuación de un viaje interrumpido, la prolongación de un vuelo cortado. . . Y no hay obra poética cerrada. Lo que se acota queda muerto. Nada tan acotado como un panteón. La gran poesía clásica, es clásica, tanto por lo que lleva a los eruditos a las definiciones y a los dogmas, como por lo que invita a los poetas a la fuga apoyándose en sus últimos acordes.

Las dos reacciones necesita producir la poesía clásica, no para ser clásica, sino para ser poesía; que la acoten y la defiendan los eruditos y que la violen y la prolonguen los poetas. Entonces se hace dinámica, viva. . . ¡fecunda! . . . ¡Poesía verdadera! . . . Sófocles está vivo porque su Edipo lo interpretamos, lo comentamos, y lo prolongamos hoy poniendo de manifiesto muchas cosas que el poeta griego dejó a oscuras, implícitas nada más, en germen todavía. . .

En la evolución tradicional de los temas, tal vez haya unos que se cierran y detengan en una forma perfecta cuando el gran poeta los toca con su varita sagrada; y otros que, aun después de pasar por la mano del genio, quedan abiertos a nuevas fecundaciones. . . Yo creo, por ejemplo, que *El Quijote* y *El Rey Lear*, no son temas cerrados y que se les puede abrir nuevas puertas como a la Orestíada y a la locura del hombre. En este caso, es inútil que la erudición se revista con los atributos del sacerdote y diga bajo palabra de excomunión: he aquí un tema sagrado e intangible. . . ¡que nadie lo toque! . . . Y no vale de nada que se amuralle y fortifique. . . Por que contra las mura-

llas y las fortificaciones de los *scholars*. . . el saqueo y el rapto de los poetas.

¡SAQUEO y rapto! . . . Esto es lo que he hecho yo aquí ahora con *El Rey Lear* de Shakespeare. . .

(Consternación y alboroto entre los guardianes que custodian los manuscritos sagrados del poeta de Stafford. . .

Uno dice: —Pero. . . ¿quién es este hombre?

Otro: —Ni siquiera es inglés.

Otro: —Es un pobre loco español. . .

—Calma, *gentlemen*, calma. . . Dejen que me explique. . .

Ante todo, yo soy el que ha dicho: “Un poema es intangible. . . y al cambiarle de clave y llevarle a la pantalla, por ejemplo, no puede ser juguete de cineastas: productores, directores, fotógrafos, carpinteros, albañiles. . .” Pero he dicho también: “La Poesía es una alianza poderosa de la Luz y del Viento. . . El Viento es un gigante burlón que se lleva los sueños, como los huevos de la perdiz a lechos blandos y propicios. . . La Luz puede abrir las cajas fuertes, derribar las presas, romper las cuerdas de los paquetes certificados y hacer juegos asombrosos de prestidigitación. . . La Luz, además, ablanda y desce-rraja los sueños. . . ¿dije sueños o huevos? . . . porque un huevo es un sueño, un sueño es un poema y un poema es. . . *un gusano que camina*. La Poesía, el Viento y la Luz, pueden convertir un gusano en mariposa. . . Y los poetas no son más que rayos de luz y ráfagas del Viento. . .” A pesar de esto, yo, escrito así, con el pronombre personal, cuya y griega tiene una orgullosa y pedantesca cola de renacuajo. . . no soy nadie. . . ¡Nadie! . . . Pero detrás de mí está sosteniéndome toda la locura poética de mi tribu. . . Yo no soy más que parte de ese loco genio poético tradicional tan común en España y tan encendido ahora en casi todos los poetas del destierro. El Yo del español, es la conciencia nacional, casi siempre. Por eso se expresa de una manera fuerte y violenta. Y grita, a veces, sin medida. La individualidad española tan acusada y tan censurada, con frecuencia tal vez no sea (aunque ello sue-

ne a paradoja) más que la fuerza de un sentimiento colectivo. A mí, por lo menos, me parece que hablo siempre en nombre de muchos. . . Ahora por ejemplo, en nombre de una casta quijotesca y loca. Loca, sí. . . Y con este noble título de la locura puedo entrarme hoy por el tema de *El Rey Lear* y opinar *con autoridad* sobre la locura del hombre.

El Rey Lear es un gran loco inglés. Inglés, es verdad. . . Pero si nosotros no somos ingleses augustos para comprenderle, somos, en cambio, locos egregios y podemos seguirle y empujarle hasta un lugar que conocemos muy bien donde la locura se equilibra y diviniza. Nuestra Biblia es el sencillo itinerario de un loco vagabundo y genial. . . De locura sabemos más que nadie. . . Y este cuento de El Rey Lear. . . es un juego de locos más que de ingleses.

Si se entiende esto bien y se acepta, diré entonces que este *loco genio español* es el que saquea y rapta aquí ahora a Shakespeare y se lo lleva a España. . . a México. . . a la Nueva España (América es el continente de las grandes conjunciones), para cruzarlo con lo más genuino, glorioso, y perdurable del espíritu español. En América, país de mestizaje, se mezclan las dos grandes épicas de Europa, las dos grandes políticas y las dos grandes locuras. . . La hazaña de este genio ha consistido en tomar la locura de Shakespeare y cruzarla con la de Cervantes. . . Y he aquí unas palabras que es necesario subrayar:

Cuando el cruce es bueno, el rapto se santifica. . . Y el vástago se defenderá por sí solo de todas las injurias.

JUNTO a mí, coordinados conmigo, sindicados conmigo hay un ejército, un pueblo de locos y quijotes. . . de poetas españoles, en cuya poesía la justicia y la moral caen frecuentemente sobre la canción y la deforman y humanizan. . .

Los poetas ingleses son más puros que nosotros. Shakespeare sobre todo. Su pureza de artista insobornable le lleva hasta la crueldad. El poeta puro es un dictador. . . un Dios implacable. . . Cuanto más puro, más implacable. En las alturas limpias de la Poesía, el arte es un juego

donde la piedad no existe. . . Ni la piedad ni esos elementos éticos con que el español suele embarullar y manchar sus grandes creaciones artísticas. Por eso, poéticamente, el español no ha sabido contar bien un cuento nunca. . . Ni lo contará jamás. Ni Lope ni Tirso ni Cervantes ni Calderón. . . El cuento ha podido siempre más que ellos. Los personajes se les han sublevado siempre porque. . . de repente. . . les salen unos aditamentos filosóficos, teológicos o metafísicos que se imponen a la fábula y comienzan a hablar movidos por resortes sociales, religiosos, revolucionarios que el autor no esperaba y que rompen la arquitectura convencional de la ficción. A los cuentos españoles les sale siempre, como un tumor, el problema, el gran problema esencial de la comunidad o de la especie que no tiene solución, que está más allá del argumento y que embrolla los hilos ordenados de la fábula. Don Ramón del Valle Inclán que era un gran estilista y un habilidoso imaginero, solía decir que el artista español está siempre por encima de sus personajes. Tal vez fuese cierto en él, pero la verdad es todo lo contrario. Cervantes y Galdós están por debajo de sus personajes los cuales, al fin, son los que mandan. Valle Inclán habla así porque él no creó personajes nunca. Fué un gran constructor de retablos y su alma de artífice estuvo siempre por encima de sus figuras, de sus fantoches. No creó más que fantoches. Si se hubiese movido como Cervantes y Galdós entre personajes de carne y hueso, de fibra española, no hubiese cuidado tanto del estilo ni hubiese caminado con tanta seguridad, ni hubiese abusado de la paradoja y del soliloquio. No hizo más que hablar solo siempre porque los muñecos de sus patrañas no podían rebelársele ni moverse siquiera para contradecirle. El imaginero es el que está por encima de sus creaciones pero no el novelista y el poeta.

En España lo humano invade lo estético. . . y no hay manera de entenderse. Los personajes se hacen tan reales que se encaran con el autor. Podríamos demostrar que el pirandelismo en España, desde Cervantes, no es un artificio literario. . . Don Miguel de Unamuno es un novelista pésimo porque todos los personajes se le escapan del cua-

dro, se encaran con él, le vienen a pedir cuentas y acaba por no saber donde se mueve, si en la invención o en la realidad. Está en el otro polo que Valle Inclán. Don Miguel viene a ser un Prometeo libertador y Don Ramón un Maese Pedro que lleva enganchados los muñecos como los perros de una trailla. Cervantes y Galdós ni subyugan ni libertan, pero sí inconscientemente le aprietan con fuerza las riendas al héroe, éste se encabrita y salta. Shakespeare, en cambio, más artista que todos, es un verdadero dictador y no consiente que nadie se le suba a las barbas. . .

Los grandes personajes del arte en España adquieren vida y quedan luego así vivos con sus rasgos específicos, en la vida de la nación. Generalmente son unos inconformes revolucionarios que buscan un tratamiento superior y se acogen, en el correr del tiempo, a otros poetas que llegan, para que los gobiernen, los defiendan y los modifiquen. . . Por eso nuestro arte es tradicional. . . Todo lo contrario que en Inglaterra.

Con el genio inglés y el español, en poesía, sucede al revés que en política. En poesía, el individualista es el inglés. Shakespeare es un genio personal. En cambio los grandes poetas españoles son genios sociales, religiosos, cooperativos, democráticos, ganados y llevados por los grandes problemas de la comunidad. . .

Y el jardín artístico de Shakespeare es aristocrático. Dentro de sus cotos bien cerrados rigen unas leyes señoriales e invulnerables. Sus personajes vienen de la vida y son tan de carne y hueso como los españoles, pero el poeta los gobierna aunque sean héroes y príncipes, de una manera fría, estética y despiadada. De su reino no se escapa nadie. . . Y en él nadie se subleva. Shakespeare es el dueño de su heredad. . . Un señor de horca y cuchillo en sus dominios poéticos, contra el que no caben apelaciones humanas y justicieras. Mata y elimina a sangre fría a un personaje y, a veces, enloquecido, a una familia entera o una dinastía de reyes, como en *Hamlet* donde no queda nadie vivo en la corte de Dinamarca para cargar por lo menos con el legado poético y filosófico

del Príncipe. En *El Rey Lear*, con el bufón, es implacable e injusto sobremanera. Los españoles no podemos comprender esta conducta. . . y aquí venimos hoy a romper una lanza por este jorobado simbólico y tradicional. . .

SHAKESPEARE es el genio poético más grande de occidente, pero su metafísica no pasaba de los tejados de Londres. Con el cuentecillo que inspiró *La Vida es Sueño*, él hubiese compuesto solamente una deliciosa comedia de equivocaciones. . . y no se hubiese dejado arrastrar inconscientemente como Calderón hasta dar de bruces con el problema trascendental de la casta y de la especie. *La Tempestad* junto a *El Quijote* es un juego gracioso, una partida aislada de ajedrez, donde el poeta se queda fuera, como un campeón impasible y genial que mueve a Ariel y a Calibán, a la Reina y al caballo, sobre un tablero precioso de ébano y marfil. . . Y hoy, para Inglaterra, *La Tempestad* es una joya de valor incalculable que cada inglés guarda y acaricia con orgullo como una reliquia lejana y extraña. En cambio para nosotros, *El Quijote* es una obra viva, de esencias españolas donde luchan, no juegan, Ariel y Calibán. . . es nuestra propia carne, nuestra sangre en conflicto, nuestra vida de ayer y de hoy y nuestro drama permanente en el que seguimos trabajando todos. . . y lo comentamos y lo prolongamos cada día.

Nuestros Libros Sagrados no los encerramos en arcones ni tabernáculos; los dejamos abiertos a la intemperie, sin presas y flotando sobre los ríos tradicionales donde vienen navegando el pueblo y los poetas. En poesía todo está vivo y corriendo entre nosotros, y el agua y el viento llegan cargados de voces intemporales que riman con nuestra carne desgarrada. No hay nada en España tan sagrado como Shakespeare en Inglaterra. Ni Cervantes. Don Miguel de Unamuno, heréticamente, le quitó todos sus ornamentos sacerdotales, y es raro el español que no ha puesto su apostilla en el Quijote.

Shakespeare, en cambio, es una fuerza antitradicional. Cerró toda su obra en un arca de hierro y se guardó la llave. Él, que había sacado sus grandes tragedias de la tra-

dición inmediata, de las antiguas historias griegas y romanas, de los cuentos milesios y de la picaresca italiana anuló con su genio el proceso tradicional de los temas eternos. Su voz se hizo sagrada y su palabra inmóvil como la de los Evangelios y ahí están sus apóstoles, como cancerberos, custodiando su legado todavía. . .

Pero he aquí que ahora yo. . . nosotros. . . y no con un gesto irreverente, sino movidos por un criterio bárbaro y tradicional, nos atrevemos a poner un huevo español en uno de los árboles más frondosos del gran poeta inglés. . . Y en una forma cinematográfica para *que lo presencie todo el mundo*. . . Porque en este momento climatérico de la historia de occidente, en que la jerarquía de los pueblos se va a organizar sobre virtudes esenciales, es más urgente colocar junto a la Inglaterra poética la España poética, que hacer un estudio comparativo entre Churchill y Franco, por ejemplo.

LA tragedia de *El Rey Lear* es un cuento universal y casi tan viejo como el mundo: El hombre es loco y ruin; divino y grotesco. . . está hecho de viento y arcilla. Su cabeza heroica y desmelenada, vuelta a las estrellas, descansa o sobre unas jorobas amorfas o sobre un vientre desmesurado donde los instintos animales se revuelven. . . Los poetas, para señalar mejor este dualismo, han recurrido a los símbolos y han dividido en dos mitades la naturaleza humana. Así nacieron Don Quijote y Sancho, Lear y el bufón. Pero Cervantes hace que este conflicto esencial del hombre sea el que dirija la fábula española. Shakespeare, en cambio, prefiere el juego de la locura del Rey dándose cabezadas entre la ingratitud de las dos hijas mayores y el sacrificio y la lealtad de Cordelia. El problema substantivo del hombre que podríamos llamar metafísico, lo desdeña y. . . a la mitad del cuento, caprichosamente, o por razones estéticas que el español no comprende, elimina al bufón haciéndole decir: *I will go to bed at noon*. . .

¿Por qué? ¿Por qué se le manda a la cama al bufón como a un niño impertinente que estorba, en mitad de la velada?

¡Pero si no puede irse! . . . ¡Y ahora no se va. . . ! Lear se lo traga. Se esconde en las entrañas mismas del Rey y en los pliegues de su cerebro enloquecido. "Tengo dos jorobas purulentas en los sesos" —dice Lear ya en el paroxismo de su locura—. Y cuando llega roto, casi desnudo y grotescamente coronado de pámpanos y alguien le pregunta: "¿Dónde habéis dejado al bufón?" —dice, golpéandose el vientre: "Aquí. . . aquí. . . me lo tragué. . . ¿Para qué quiere un rey loco su bufón? . . . Yo soy el bufón. . . Yo soy el Rey-bufón. . . Yo soy el bufón de un dios aburrido que quiere divertirse. . ."

Esta es la novedad. Esto es lo que ha puesto aquí ahora la intromisión española. Este es el hecho revolucionario. Democrático y revolucionario. El bufón inglés ha hablado con Sancho. . . y Sancho le ha instruído. El bufón es más listo. Sancho es un simple. . . pero tiene *gracia* y barrunta, como cualquier labriego manchego, unas lucecillas metafísicas y ontológicas. . . Y Sancho es el que ha adiestrado al bufón en estas escapadas pirandélicas y le ha enseñado a encararse, no sólo con el poeta que le engendró sino con el Verdadero Creador. . . Y a decir a su modo estas palabras que escribimos aquí de otra manera:

"Yo, el bufón, seguiré al héroe hasta la última noche de su conciencia enloquecida. . . y cuando vuelva el alba y el héroe torne otra vez con la primavera. . . yo volveré a su lado, hasta que no haya suburbios ni subterráneos en la ciudad del espíritu, y el bufón sea héroe y el héroe bufón al mismo tiempo. . . hasta que la santa locura se haga de todos y el sabor negro de la tierra esté en mis labios amargos y en los labios santificados del Rey. . .

Hasta que se quijotice Sancho Panza, como dijo D. Miguel de Unamuno. . .

Sí. . . Y hasta que se sanchifique Don Quijote. . . Sancho, en español viene de Santo. . . Y Sanchificación quiere decir *Santificación*.

SHAKESPEARE es un poeta aristocrático. . . Y este poema cinematográfico. . . es una hazaña democrática. . . tan española como poética. . . Quijotesca en su sentido lite-

ral y metafórico... Cervantina... Unamunesca... Y eso de la qui jotización de Sancho y de la sanchificación de Don Quijote, que los españoles hemos aprendido a destacar de nuestra Biblia; esa simbiosis entre el subconsciente colectivo popular y la conciencia alborotada del héroe que buscamos continuamente en nuestra historia, es lo que ha trabajado aquí ahora, hasta prolongar y engrandecer al bufón, sacándole de las nórdicas líneas shakesperianas.

Este es un Rey Lear a la española. Como podría hacerse un Don Quijote a la inglesa. Los españoles no nos enojaríamos por esto, si fuese para prolongarlo y levantarlo amorosamente más alto todavía... Ante el Rey Lear de Shakespeare, a los españoles nos ocurre que no podemos ver abandonado al bufón... que cuando el Rey enloquece no vuelva a aparecer más... Buscamos una síntesis, en esta dialéctica dramática del instinto subterráneo y la conciencia enloquecida.

Tenemos los españoles el orgullo de amar y comprender a Shakespeare, tanto como los buenos ingleses... Pero el amor en España a veces, es irreverente... Y ahora decimos: Sabemos que en Inglaterra hay *grandes locos*... Y *grandes idiotas* también... Tantos como en España, y que Shakespeare, en su tierra, los ha movido a los dos con tanta destreza, como Cervantes en la suya... Acaso no con tanta piedad... Y esa piedad española, es la que sale aquí ahora en defensa del bufón... Y pone el énfasis sobre este personaje...; más que sobre la fábula, más que sobre las hijas... y tanto como sobre el Rey... De aquí el título: EL REY BUFÓN.

POR lo dicho y como se verá esto no es más que un injerto, un noble maridaje de Shakespeare y Cervantes, con la intervención de ese genio tradicional español, del que yo soy (si es necesario dar la cara y para que no piense nadie que estoy hablando de un fantasma) el inmediato responsable. Porque es verdad que, a veces, yo he añadido escenas y personajes, y que he interpolado versos míos, pero son versos que nacieron hace tiempo y que se han pegado aquí ahora con una mecánica tradicional, porque los

originó la misma locura ascensional del hombre que hizo gritar al Rey Lear y al caballero de la Mancha. . . Pero digo otra vez que hablo en nombre de muchos. . . Y si ese genio tradicional, vivo aún en España, no me sostiene y me defiende. . . mi locura, nuestra locura frente a la injusticia del mundo que cierra hoy todas las puertas de la esperanza, está más baja que la de Don Quijote y la del Rey Lear. . . y no hay nada que hacer. . . y ningún poeta tendrá nada que decir. . . Porque un poeta no ha hablado jamás por cuenta propia. . . Junta su voz a la del pueblo y a la del genio que le precedió. . . lo cual es lo mismo. . . Y no debe ser motivo de escándalo para nadie que *aparentemente* yo intervenga ahora en un escenario sagrado donde los eruditos cerraron todas las puertas, y pretenda contar el cuento de una manera distinta.

Esta intromisión no es nada nueva, por lo demás. Le gustaba mucho practicarla a Shakespeare; y a Cervantes también. Y de ellos creo que me viene a mí este afán de *subrayar y prolongar* los gritos y los ecos. . . Y de empujar y de ayudar al tenor. . . Y de acercarle al micrófono para que le oigan millones en lugar de centenares. . . y de meter en la partitura ciertas notas perdidas u olvidadas. . . nonatas ayer porque todavía no era tiempo de que nacieran y no podían aparecer, precisamente, hasta este momento en que el cine nos ofrece su blanca pantalla milagrosa. . .

Cuando los cómicos llegan a saludar a Hamlet y les hace recitar aquellos versos de "Hécuba" que tan largos le parecen a Polonio, el príncipe le dice al director de la farándula. —"¿Conoces El asesinato de Gonzaga?" —"Sí, mi buen señor" — responde el comediante—. "Y ¿podrías añadir unos versos míos que yo te diese?" —"Sí, mi buen señor". —"Muy bien. . . ahora vete". Luego Hamlet le da al cómico unos versos suyos que ligan el asesinato de Gonzaga con el asesinato de su padre y acentúan el paralelismo de la ficción con la realidad. . . Y en el Quijote, sabemos que no todos los versos son de Cide Hamete Benengeli, sino del propio Cervantes. Se embuten, se tejen y zurcen estos añadidos para realacionar un tema viejo o un símbolo intemporal con sucesos contemporáneos que enri-

quecen, fortifican y actualizan la intención de la fábula. Se subraya así, de este modo, la eternidad del tema, viniendo a decir con nuestra intervención lo que nos concierne a nosotros: que no solamente es de todos los tiempos y de todas las latitudes la fábula que se relata, sino que está en nuestra propia sangre también y que podemos articularla y completarla con nuestra propia palabra... Entonces nos atrevemos a interpolar nuestro verso.

CADA vez la voz de los poetas será más colectiva y más anónima... Y cada vez estará más unida a las grandes voces tradicionales que han iniciado los grandes problemas del hombre que aun están ahí sin resolver... Y la originalidad no se apoyará en el tema que ya viene planteado desde las sombras antiguas, sino en la manera de ir empujando, cada uno con su esfuerzo, este viejo tema hacia la luz. En las épocas clásicas y entre los poetas ya maduros esta es una vieja costumbre perdurable. Se desdeña la inventiva... y no se buscan nuevas fábulas. Todo está planteado... y nada está resuelto. Los grandes poemas antiguos y modernos son ricos en conflictos, pero no en soluciones.

Nosotros conocemos bien nuestra tragedia... y ahí está de pie sin solución... Porque no es una solución el que los personajes más conspicuos de nuestro teatro vuelvan al manicomio y salgan del manicomio, sino en encauzar la locura de España... esa fuerza humana reprimida que estalla porque no se le ha dado salida en el mundo todavía y no se le han abierto las compuertas para que corra, aglutine y fecunde... En España hasta hoy no ha habido más que locos estériles... tan estériles como Don Quijote y como el Rey Lear...

MI canto florece en la convergencia de los Mitos.

Si la voz de los poetas no fuese la voz del pueblo y el grito de la tierra donde nacieron, que corre como los grandes ríos, rompiendo deslindes políticos y fronteras geográficas, a fecundar otras tierras y a mezclarse con ellas,

hasta que en todo el mundo, el hombre no sea más que la vieja y roja arcilla de Adán, la Poesía pararía en una canción paralítica aun llevando el marchamo de Shakespeare y Cervantes. . . Pero Shakespeare y Cervantes y todos los grandes poetas se alzan sobre las cumbres más altas de su tierra para buscar otros poetas en el horizonte. . . Y los pueblos gritan por su boca para encontrar otros pueblos con quienes mezclarse y cruzar amorosamente las nobles semillas del hombre.

Y estos versos que escribí hace ya tiempo me han empujado hasta aquí:

Hay tragedias antiguas que me siguen
para que yo las prolongue con mi carne.

NOMENCLATURA ESPECIAL PARA LOS LECTORES SOLAMENTE

EL CINE es un juego de luces que se mueven entre la noche y el día. Es una humilde metáfora de la creación. Así es un poema también, y un cuadro y una sinfonía. Y se dice: **DISOLVENCIA ACLARANDO** para señalar un cambio de escena con luz auroral, de amanecer donde las figuras y las cosas van apareciendo tenue y paulatinamente y **DISOLVENCIA OSCURECIENDO** para señalar un cambio de escena con luz de crepúsculo donde los objetos comienzan a desleirse en la sombra.

El Cine es también la *organización* plástica y poética de imágenes, símbolos y alegorías que va denunciando la cámara, la cual viene a ser como el ojo del poeta. Dentro de la marcha del poema la cámara subraya o desdeña lo que le conviene para construir el poema cinematográfico. Subrayar aquí una figura o un objeto, es traerlos a primer término y desdeñarlos, es dejarlos en el fondo desenfocados o minimizados. Los técnicos llaman al subrayado: **ACERCAMIENTO**, **MEDIO ACERCAMIENTO** y **GRAN ACERCAMIENTO**. Es el acento, el énfasis cargado sobre lo que queremos imponer. Lo contrario se llama **ALEJAMIENTO**. Y hay también **MEDIO ALEJAMIENTO** y **GRAN ALEJAMIENTO**.

Y... el CORTE. El CORTE es un salto abrupto en el tiempo, en el espacio o en la acción. Se puede saltar del balcón a la calle, de la calle al mar, del mar a la luna. Se puede saltar de la vejez a la infancia, del triunfo a la derrota... Se puede saltar de la prehistoria al futuro pluscuamperfecto. Y así como se dice: ALEJAMIENTO, MEDIO ALEJAMIENTO y GRAN ALEJAMIENTO, se puede decir con relación al corte o salto:

SALTO MORTAL, DOBLE SALTO MORTAL y TRIPLE SALTO MORTAL.

Esta película está hecha dentro de la clave del TRIPLE SALTO MORTAL. Esta pirueta dramática toma aquí proporciones poéticas grotescas... de locura...

Y todo este mecanismo lo dirigen y gobiernan unos personajes de los cuales sólo nombraré tres:

EL FOTOGRAFO: que es el que realiza la *imaginación* creadora del poeta. A veces el fotógrafo tiene un ojo poético y creador; pero esto no se da más que raras veces y en dosis insuficientes para llevar adelante una fábula larga donde además de la *organización* de las imágenes de los símbolos y de las alegorías, hay otros elementos poéticos que quedan fuera del radio plástico de la cámara...

EL ESCENOGRAFO: debe ser un pintor y un arquitecto lírico y realista. Lleva la parte descriptiva del poema. Es lo más decoroso del cine actual... Y

EL DIRECTOR TECNICO. El director es el *gran tramoyista*. El que maneja la caja de los truenos y de los milagros. Casi es un Júpiter. *Casi...* Porque puede lanzar el rayo y el relámpago... *pero cuando se lo manden*. Es un mago que sabe hacer salir al diablo del foso, pero... *cuando lo ordene el poeta*. Lo cual ya es bastante. El poeta dice: que salga el diablo. Y el gran tramoyista lo hace salir. Esto fué lo que sucedió la noche del estreno de "Fausto". El poeta dijo: que salga Mefistófeles... Y Mefistófeles salió con su gran pluma de gallo fanfarrón y oliendo a azufre. Estuvo bien aquella noche la tramo-ya... pero el tramoyista no creyó nunca que él era Goethe. Ordinariamente este *director* está lleno de vanidad y de ignorancia. Cuando no es un cazurro es un pedante.

Y con estos datos... podemos ya empezar.

PROLOGO

PERSONAJES DEL PROLOGO

El bufón

El Director de la película y . . .

El hombre del Guión,

CORO que forman el cameraman, actores, ayudantes, carpinteros, extras . . .

PERSONAJES DEL FOTOMONTAJE

Un profeta, San Juan Bautista, Salomé, artesanos, muchedumbre . . . y escalera de reyes medievales.

Aunque todo va a ocurrir en una tierra de fábula—en un mundo imaginario—se puede pensar en el siglo XII o XIII del medievo. Pensar nada más. Se dice esto para que nadie tenga miedo a los anacronismos. . . Todo va a ser símbolo aquí.

PANORAMICA de un patio en el palacio del Rey Lear. A la izquierda hay una escalera de seis a ocho peldaños con balaustrada ancha por cuya meseta pueda caminar el bufón. Termina en la puerta de servicio que conduce al salón de trono donde el Rey Lear va a distribuir el reino entre sus hijas. Todo está a punto. . . y sólo esperan al bufón. El patio se abre por el frente a un gran claustro. Un largo corredor desemboca en este patio y termina allá lejos en una puerta de ojiva por donde, iluminado con una luz blanca e intensa aparece el bufón. Es el bufón simbólico. La síntesis de todos los bufones. Es pequeño, muy pequeño. No debe llegarle al Rey más que a la cadera. Es ágil, acrobata, pícaro, cínico y medroso. Su voz suena aguda pero ha adquirido un nuevo registro, lo mismo que su mente.

Lleva el traje proverbial, las jorobas, los cascabeles y la cresta. Al salir por la puerta se verá minúsculo. Se oye lejano el ruido de los cascabeles. Comienza a correr precipitadamente en seguida, deslizándose hacia la cámara. Su figura se agranda y el ruido de los cascabeles crece hasta que llega a un

ALEJAMIENTO MEDIO. Da un salto y hace unas piruetas de verdadera acrobacia. Sigue después corriendo y danzando; sube las escaleras y de un brinco se encarama en el balaustre horizontal donde le tomará la cámara con los brazos en aspa ya en un

ACERCAMIENTO DE TODA LA FIGURA

BUFÓN: (*Canta*) Nací hace dos mil años
 en el Asia Menor. . .
 pero mi traje es europeo. . .
 y este casacabeleo (*agita los cascabeles*)
 y mis jorobas. . . y mi humor.

Ahora, dirigiéndose al público dice:

BUFÓN: ¿Quién soy yo? . . . ¿Quién quiere decirme quién soy yo? Los abuelos de vuestros abuelos se rieron ya de mis jorobas. . . Pero el hombre es el padre de sí mismo. . . y cualquiera puede ser el abuelo de Adán. . . Para ser sincero, diré que soy el bufón inmortal del hombre y que le he hecho cosquillas a la primera arcilla del Génesis.

GRAN ACERCAMIENTO

BUFÓN: Pero no vivo siempre en los sobacos. . .
 Y esta cresta escarlata y mi cinismo. . .
 no tienen más de veinte siglos.

La cámara se aleja y el bufón se desliza a horcajadas por el balaustre de la escalera. La cámara le sigue hasta tomarle en un

ALEJAMIENTO MEDIO.

BUFÓN: Hoy vivo bajo el milagro de la Poesía. . . La Poesía me ha amparado siempre. . . Hasta se ha creído que ella me engendró. . . Pero la verdad es que no hizo más que recogerme. En los días del Renacimiento me llevó a hablar ante los tímidos resplandores de las primeras candilejas del Teatro occidental. . . y ahora. . .

ACERCAMIENTO MAXIMO. Toda la cabeza del bufón en la pantalla.

BUFÓN: Ahora me resucita en esta pantalla, en esta sábana blanca y milagrosa como el sudario inmortal de Lázaro y Cristo. . .

Salta y ríe lleno de euforia como si acabase de nacer. La cámara tomará estos movimientos en

ALEJAMIENTO MEDIO. Después en

GRAN ACERCAMIENTO. . . Y ahora dice,

BUFÓN: La Poesía no es mi madre. . . es mi
madrina. . .

Ella me puso estos cascabeles en la cre-
sta. . .

Se quita la cresta roja llena de cascabeles y la levanta y la sacude. La cámara recoge en

GRAN ACERCAMIENTO la cresta tintineando, sostenida por la mano del bufón, como un trofeo en alto. No se ve más que la cresta y la mano. Fuera de cuadro se oye la voz del bufón que dice:

VOZ: . . . estos cascabeles. . . que me hacen ol-
vidar de mis jorobas.

La cámara baja panorámicamente a las jorobas. El bufón está de perfil.

La cámara se retira ahora hasta descubrirle en un

ALEJAMIENTO MEDIO, todavía con la cresta en la mano. Ahora la arroja al aire gritando,

BUFÓN: ¡Viva la Poesía!

Hace unas piruetas, danza, recoge la cresta del suelo, sube las escaleras, se sienta sobre el barandal y en voz baja y confidencial y con el dedo en los labios dice en

GRAN ACERCAMIENTO

BUFÓN: ¡Chist!. . . os diré sus últimos secre-
tos. . . La Poesía tiene ahora unas tijeras
de oro con las que rompe el hilo del tiem-
po y corta la tela del espacio. . . y una
aguja con la que cose y zurce los más
absurdos anacronismos. . . Junta y sin-
croniza las grandes canciones del hombre
separadas por grandes cordilleras y mile-
nios. . .

ACERCAMIENTO CON LA CAMARA BAJA

BUFÓN: . . . En sus manos todos somos símbo-
los, que nos movemos dentro del mundo

poético de los símbolos, donde nada es anacrónico. . .

Se oye una voz fuera de cuadro fuerte y dictatorial que grita,

VOZ FUERA DEL CUADRO: . . . Corte. . . corte. . . ¡Corte!

Es la voz del Director de la película

CORTE. La escena cambia rápidamente, y aparece el estudio cinematográfico donde se está filmando esta película.

ALEJAMIENTO MEDIO. Se ve al fondo la cámara con el *cameraman*, el Director y el hombre del guión. . . ayudantes, carpinteros, actores. . . El bufón quieto y un poco sesgado en la misma posición en que le ha sorprendido el corte. . . El Director dice con grosera irritación,

DIRECTOR: ¿Pero qué habla este maldito jorobado?

El hombre del guión se le acerca con el gran manuscrito abierto en la mano y le dice,

HOMBRE DEL GUIÓN: Nada de lo que ha dicho está en el guión.

El bufón se apea del balaustre y baja lentamente las escaleras. . . El Director se le acerca. La cámara recoge las dos figuras frente a frente, de perfil en un

ACERCAMIENTO MEDIO. El director que es muy alto, mira al bufón de arriba abajo con un gesto de desdén y superioridad y moviendo el dedo índice como un dómine austero le dice,

DIRECTOR: Hable lo justo. . . lo que se le ha encomendado. . . El cine no es discursivo, sino dinámico. . . Acción. . . acción. . . y no palabras.

El bufón mira hacia arriba y como si hablase con Jehová se atreve a decir,

BUFÓN: Señor director. . . los bufones tenemos las jorobas llenas de palabras y de viento, y como creemos que son dos grandes vejigas que es necesario desinflar para ganar la forma y la altura del hombre,

hablamos mucho y regoldamos con frecuencia, buscando el modo de desinflarlas.

DIRECTOR: Déjese de historias y aténgase al guión. . . Colóquese en su sitio. . . Vamos a seguir. . .

El bufón vuelve al balaustre y se coloca en *pose*, de pie frente a la cámara.

Hay un gran silencio. Todos miran el bufón. Y los grandes focos encendidos le acosan. Al fin después de una larga pausa dice el

DIRECTOR: ¿Estamos?. . . Prevenidos. . . cámara. . . ¡Acción! . . .

DISOLVENCIA OSCURECIENDO. Durante unos segundos sólo se oye (fuera de cuadro) el ruido de la cámara. . . y en la pantalla aparece otra vez el escenario del patio con la escalera y el bufón de pie como le hemos dejado.

Habla. Ahora dice encarándose de nuevo con el público lo que está en el guión.

BUFÓN: Señores. . . Este es un cuento viejo e inmortal. . . Casi tan viejo como el hombre. . . y tan inmortal como sus miserias. . . Es hijo de la leyenda y de la sombra. . . es una negra fábula. . .

Alejamiento de la figura. Ahora se ve completo al bufón paseando por la meseta del balaustre.

BUFÓN: . . . Se ha contado en todas las latitudes y en todas las edades. . . Lo han contado las antiguas crónicas británicas, la Historia de Holinshed, la nodriza y el ayo de los príncipes. . . lo han contado los poetas también. . .

La cámara corrige esta plática pedantesca trayendo al bufón a un **ACERCAMIENTO MEDIO.** El bufón cambia de tono y sigue diciendo,

BUFÓN: Le han contado para amonestar, para conmovier y para vestir hermosamente el

dolor y la locura del hombre con el noble manto de la Poesía. . . Así lo contó Shakespeare. . .

GRAN ACERCAMIENTO.

BUFÓN: Ahora van a contarlos los duendes maravillosos de la cámara de la Luz y del Viento. Le han aligerado y reducido para acomodarlo al rígido tambor de la pantalla, le han dado un acento hispánico y quijotesco. . . y a la vieja canción. . . han añadido otra canción. . .

La cámara dará gracia y agilidad a este discurso. Sé muy bien lo que ella puede hacer. En realidad todos los movimientos que se han marcado aquí son provisionales solamente. El fotógrafo, ese poeta fotógrafo que sé bien dónde está, tiene libertad para mover la cámara sin más restricciones que las que le imponga su talento y su sensibilidad. El bufón continúa,

BUFÓN: . . . han desencadenado el cuento de fechas y lugares y han dejado que ocurra todo con unos nombres convencionales e infantiles en el amplio reino de la imaginación que cada hombre gobierna a su capricho. . .

La cámara en alto toma aquí en nuevo ángulo al Bufón que ha descendiendo hasta el pilastre del balaustre y sigue diciendo,

BUFÓN: . . . Y es el mismo cuento, todavía, que comienza de este modo, como todos los cuentos: Una vez hubo un Rey que se llamaba Lear. . . Y el Rey tenía tres hijas: Gonerila, Regania y Cordelia. . . Y un bufón tenía también. . .

Con voz queda y confidencial. . . pero muy subrayada,

BUFÓN: *¡Yo soy aquel Bufón!*. . . Y antes de comenzar quiero decir algo de mi vida. De dónde vengo. . . Yo nací. . .

Se oye recia y seca la voz del Director fuera de cuadro,

Voz: Corte. . . corte. . . ¡Corte!

La escena cambia. Otra vez el interior del estudio cinematográfico, como antes. Expectación. El bufón se ha quedado de pie sobre el pilastre y allí permanece inmóvil, como una estatuilla. Todos le miran consternados. El director se le acerca y le dice con mofa y con ira,

DIRECTOR: Esa historia que ibas a contar. . .
y que no está en el guión. . . se la cuentas
a tu abuela. . .

El bufón no responde. Sigue inmóvil y tranquilo sobre el pilastre. Parece un idollito monstruoso. Se siente en un plano más alto que el Director, el cual tiene que levantar ahora la cabeza para hablarle. . .

ACERCAMIENTO MEDIO DE LAS DOS FIGURAS. Se les ve de perfil y el bufón más seguro e inclinándose sobre el director dice con serenidad,

BUFÓN: Ya sé que no he hablado según sus
rígidos preceptos. . . Pero los bufones he-
mos roto siempre todos los preceptos. . .
Y yo estoy aquí ahora. . . para romper
éstos también.

La cámara enfoca de espaldas al bufón. Por entre sus piernas abiertas se ve la cabeza del director que dice,

DIRECTOR: Le vuelvo a decir. . . que el cine es
acción.

GRAN ACERCAMIENTO DEL BUFÓN. Se le ve de frente ahora. En sugerencia y de cogote la cabeza del director que escucha levantada,

BUFÓN: ¡Pero yo no soy más que acción!. . .
Sólo con mi presencia soy acción. Puedo
bailar, cantar y hacer piruetas cuando
hablo. . . Puedo distraer las orejas al mis-
mo tiempo que los ojos. . .

DIRECTOR: (*Gritando*) Basta. . . ¡Basta!

BUFÓN: (*Gritando más*) . . . Tengo esta figu-
ra contrahecha y dislocada, estos cascabe-

les y este traje policromo de papagayo para que se tolere mi discurso. . .

Dirigiéndose al público,

BUFÓN: . . . el que no quiera oír mis palabras, que contemple esta cresta cínica de gallo fanfarrón. . . y el que no quiera pensar en mis sentencias. . . que se distraiga oyendo el tintineo de mis cascabeles.

DIRECTOR: ¡Basta de discursos!

BUFÓN: El cine es acción. . . y discurso también. . . Luz. . . y Verbo. . . y Filosofía. . . Y Metafísica.

DIRECTOR: ¿Metafísica? (*estupefacto y mirando a los que le rodean*).

BUFÓN: El cine pondrá en imágenes y símbolos. . . ¡hasta la metafísica!

DIRECTOR: Palabras. . . palabras. . . eso son ¡palabras!

El bufón ahora mueve el dedo índice sobre la cabeza del director respondiéndole con el mismo gesto austero de dómine con que él antes le amonestó,

BUFÓN: Palabras, sí. . . Y un buen director debe saber hacer dinámica y ligera la palabra larga, si esta palabra es bella, exacta y necesaria.

DIRECTOR: Bien. . . (*vencido ya*) pero atengámonos, por lo menos, al guión.

BUFÓN: Lo que voy a decir no está en el guión. . . ni en ningún libro del mundo tampoco. . . Y es necesario que se diga para que mejor se entienda el cuento que vamos a contar. . .

DIRECTOR: Pero el cuento lo contó Shakespeare.

BUFÓN: Lo contó como a él le convino...
Ahora lo vamos a contar como yo lo diga.

El coro de actores de extras, de ayudantes y de carpinteros se amon-tona, y se alborota y grita.

CORO: ¡Fuera, fuera!... Es un revolucionario.

BUFÓN: ¿Revolucionario?... Jamás me le-vantaré ni contra el rey ni contra el hé-roe... Que yo soy carne de su carne y sangre de su sangre... Y habrá reyes y héroes... hasta que desaparezcan mis jo-robos... Hasta que se transformen... Porque estas deformaciones de mi cuerpo no son más que la sustancia caótica y ape-lotonada de las alas... que aún no se or-ganiza...

El coro lleno de asombro se aproxima y rodea el pedestal. La es-cena toma el aspecto de un mitin popular al aire libre. Sobre las ca-bezas boquiabiertas, la pequeña figura monstruosa del bufón se yergue en el pedestal como la de un tribuno. El hombre del guión dice lleno de suficiencia.

EL HOMBRE DEL GUIÓN: ¡Es un personaje pi-randélico!

BUFÓN: ¿Pirandélico?... ¡No!... Cervanti-no... ¡Quijotesco!... Soy un personaje que pide justicia... y me rebelo contra los poetas... y contra los directores ca-pataces... (*Señalando al director*) ¡Contra usted!

El alboroto aumenta. Amenazas y gritos. El director se impone.

DIRECTOR: ¡Silencio!... ¡Silencio!... Cada uno a su lugar.

Se hace el silencio. No se oye una mosca. El coro se ha retirado al fondo. El director rendido se limpia el sudor sentado ya en *su silla*. En primer término sola y triunfante la figura del bufón sobre la co-lumnilla. La cámara tomará ahora al director con el hombre del guión que se halla a su lado de pie en un

ACERCAMIENTO MEDIO.

DIRECTOR: (*Después de una pausa*) Bien. . . dejémosle hablar. . . si lo que diga merece la pena. . . lo ilustraremos con superposiciones y montaje. . . ¡Que hable!

El hombre del guión se dirige al pedestal donde está el jorobado. Se para, le mira con desdén, cierra el largo mamotreto que lleva en la mano y dice.

EL HOMBRE DEL GUIÓN: ¡Habla!. . . ¡Di lo que quieras!

Se vuelve y camina para unirse al director que está dando órdenes a los operadores. . . Los grandes focos se encienden y se hace una
DISOLVENCIA OSCURECIENDO

Otra vez el patio y la escalera. No se verá casi la escalera sino el arranque del pilastre dejando la pantalla casi entera vacía y a oscuras.

MEDIO ACERCAMIENTO DEL BUFÓN

Sigue sobre el pedestal y se le verá en silueta, iluminada en los contornos. Dirigiéndose al público dice:

BUFÓN: . . . Yo nací cuando murió el último profeta. En la Edad Media y en la era cristiana no hubo profetas. Hubo santos, pero no hubo profetas. El lugar de los profetas lo ocuparon los bufones. El profeta era el alma telúrica de Israel, el grito oscuro de la Tierra, la voz del pueblo, lo que ahora se llama el subconsciente colectivo. Era la otra voz de Dios también. . . la de los ángeles subterráneos que buscaban sus alas. Los reyes los escuchaban y los jueces también. . .

Aquí empiezan los fotomontajes.

Los profetas decían su mensaje terrestre y divino en las encrucijadas, en las plazas, en los mercados, y ante el palacio de los grandes príncipes que les escuchaban

arrodillados en la sombra de sus recámaras.

La voz del bufón es más fuerte ahora.

Nunca los profetas traspasaron los umbrales de los regios alcázares. Andaban por los páramos desnudos y eran hombres altos y fuertes a quienes les gustaba gritar en el viento. Un día los hombres se cansaron de oírles.

Y cierto rey, a quien todos habéis oído nombrar, que atendía más a la voz de su lujuria que a la de Dios, mandó degollar al último profeta. . .

Sigue el fotomontaje como se explicará después. Ya no se oye más que la voz del bufón fuera del cuadro.

VOZ DEL BUFÓN: Entonces nací yo. Casi cuando Cristo iba a morir. Nací con esta hechura y con esta indumentaria grotesca, para ganar la curiosidad de los príncipes, entrar en sus palacios y poder decir en sus mismas orejas reales lo que ya no querían escuchar en el viento. Entonces se me quebró la voz, se me partió la columna vertebral, me salieron las jorobas en lugar de las alas y me quedé más pegado a la tierra que al viento. He vivido desde entonces agarrado a todos los grandes cetros del mundo, he subido la cuesta de los siglos saltando de corona en corona. . .

En la frase "los profetas decían su mensaje". . . debe comenzar el fotomontaje siguiendo el texto de este modo:

1.—Aparecerá San Juan Bautista como lo ha pintado el Greco predicando a las multitudes en una plaza hebrea.

2.—Luego en un mercado.

3.—Luego en el desierto.

4.—Luego junto a los muros del palacio de Herodías, de noche.

5.—Unos soldados de la época le tomarán prisionero y le conducirán a una mazmorra donde le degüellan.

6.—Presentación de la cabeza a Herodías, sentado en el trono con su mujer y Salomé a los lados. GRAN ACERCAMIENTO DE LA BANDEJA. Se verá inmensa. Y aquí ahora, ¡a mí!, los grandes directores de la pantalla, los magos, los taumaturgos del cine que ejecutan toda clase de prodigios. Porque el poeta dice: En este momento el bufón saltará de la bandeja y vendrá a colocarse sobre la corona de Herodías... E inmediatamente la cabeza de Herodías se verá en el arranque de una escalera de reyes medievales que ocupará toda la pantalla. El bufón comenzará a subir, con un cascabeleo precipitado por esta escalera... "*saltando de corona en corona*" cuando el mismo bufón dice estas palabras... Luego al llegar a la última cabeza dará un salto... Un triple salto mortal... Se le verá un momento volteando por el aire y...

DISOLVENCIA ACLARANDO. El trono del Rey Lear. El rey en su augusto sitial con el cetro en la mano espera al bufón para repartir el reino entre sus tres hijas. Es un rey de estampa y de leyenda, con una barba que puede quedar entre la que llevaban los monjes de la Tebaida y la del busto de Sófocles.

ALEJAMIENTO DEL TRONO. Todo está quieto. El Rey hierático. Hay un gran silencio... De pronto se oye el ruido de los cascabeles y unos gritos animales de pájaro y de simio... Es el bufón, que en su última voltereta, viene a caer sobre el hombro derecho del rey. Allí se queda sentado. Y con la cresta en la mano, sacudiendo los cascabeles y siguiendo su discurso anterior, termina de este modo:

BUFÓN: ... Y aquí estoy ahora... junto a la oreja de este Rey Lear que no es más que mi otra mitad... Y un símbolo como yo... ¡Miradme!... ¡Miradnos!...

Luego comienza la tragedia. La cual llegará a la pantalla cuando nuestros cineastas sean más valientes y menos vanidosos. Pronto aparecerá en libro.

LA GRAN CABEZA DE TURCO O LA MINORIA LITERARIA

Por Pedro SALINAS

IV

Las minorías directoras del gusto literario

YA se sabe que durante siglos las minorías se han abrogado la guía y pastoreo de la opinión literaria culta. De arriba, desde una de esas minorías a las que implícitamente se concedía autoridad inalienable, caían siempre los dictámenes sobre la excelencia o nulidad de un libro. El público seguía dócilmente esas señas. El mundo de lo literario estaba basado en una ordenación social, voluntariamente aceptada por todos sus componentes, de autoridad y libertad. Cuando la autoridad quiso convertirse en autoritarismo, nacieron las academias. Pero aparte de esos excesos, era válida para todos la clásica idea de Longino de que la obra literaria no puede ser condignamente apreciada por cualquiera y que en su evaluación hay que atender primeramente a las opiniones de "hombres de buen juicio y profundo conocimiento de la literatura". Esta exclusión del tonto y del ignaro del jurado artístico aun puede parecer a algunos insolente desmán contra los derechos naturales del hombre. Por una extensión del principio político de que todos los hombres son iguales al nacer se sostiene que todos los hombres son iguales en su capacidad de pronunciar un juicio sobre la DIVINA COMEDIA o las novelas de Sherlock Holmes, treinta o cuarenta años después de nacer.

* Véase el número anterior de CUADERNOS AMERICANOS.

El gigantón de la cantidad

SE abre el siglo XIX, se difunde considerablemente el libro, se extiende y mejora la instrucción pública, se multiplica el periodismo y a la zaga de todas esas manifestaciones de progreso social va irrumpiendo a millares, a millones, con creciente violencia, en el recinto de lo literario, el factor numérico, el gigante de la cantidad. Se viene abajo toda aquella organización del gusto; castillos y castillejos de las minorías pierden todos sus derechos de vasallaje y las nuevas multitudes lectoras se desprenden, cada vez más, de toda norma, de toda responsabilidad de juicio y no reconocen ninguna instancia superior al grado individual, que no tiene por qué dar cuentas a nadie. Hay escritores que se enfurecen ante este nuevo estado de cosas. Desde el grupo de Flaubert y de sus amigos se lanzan flechas enarboladas contra el nuevo público. "La instrucción gratuita y obligatoria no servirá más que para que crezca el número de los imbéciles". Esto es lo que dice Flaubert. Los Goncourt le hacen eco: "El gran peligro de la sociedad moderna es la instrucción". Y Barbey d'Aurevilly niega a la democracia toda capacidad de inteligencia literaria: "La democracia no entiende nada de literatura, en el fondo la odia". Baudelaire se queja de la dictadura de la opinión pública. Pero estos sarcasmos desesperados no podían, como es natural, detener la marcha decidida de la enseñanza pública, y por ende el acceso de mayor número de gentes, cada día, al goce de la literatura. Y el mismo Flaubert, que tan furiosamente increpaba al nuevo público, vino a convertirse en un autor de mayorías.

Conversión del libro en mercancía

ESE acrecimiento acelerado del público lector acarrió que el libro, como mercancía, como objeto de mercado y *carne de negocio*, fuese cobrando gran importancia. Y por aquí se introduce uno de los factores de perturbación y de anarquía intelectual más graves de la sociedad mo-

derna. Porque un libro es en su pura realidad algo que nace y cumple su destino sin rozar para nada el sentido económico del hombre. Por el contrario, la lectura es en sí actividad gratuita, generosa y desprendida del ser humano. Por consiguiente, y por propia razón de naturaleza debemos rechazar toda intromisión del criterio económico cuando llegue el momento de valorar, pongamos por caso, el *Fausto* o *El Quijote*. El no hacerlo así justificaría el extraño caso de que el vendedor de una vaca en una feria de ganados quisiera granjearse mayor ganancia por su rumiante fundado en el hecho de que sus balidos tienen calidad de soprano.

Ha ocurrido justamente lo contrario. Se ha establecido una falaz concatenación: el libro que más se vende es el mejor. Falaz, claro, relativamente, porque para el editor eso es el evangelio; pero pura falacia cuando la altura de venta del libro se le quiere hacer pasar al lector como justo equivalente de su altura de mérito.

Presentación de un monstruo: el 'best seller'

SE dice que el mundo moderno ya no produce seres quiméricos, monstruos fabulosos como los que alumbraba la antigüedad. Y sin embargo, ¿qué si no monstruosa criatura, medio ángel, medio bestia, es lo que llaman los anglosajones el *best seller*? Significa el *mejor vendido*, esto es, el libro que más se vende. Acerquémonos al fenómeno para examinar su dual y contradictoria constitución. *Best*, el *mejor*, la cabeza de ángel, noción de excelencia, de calidad, aquello a que todos aspiramos; y luego, *seller*, *vendido* el cuerpo de endriago, lo venal, lo que se hace por puro dinero; al estar calificado por aquel *mejor* quiere decir que se vende *más* e introduce como dominante la noción de cantidad. La expresión es especiosa si las hay; tentativa diabólica de conciliar lo inconciliable, de uncir al mismo propósito al cordero y al león. En el seno de esa fórmula late siempre la pugna entre los dos conceptos de calidad, insinuado en lo de *mejor*, y de cantidad declarado en lo de *el que mejor se vende*. Naturalmente lo de

mejor es el anzuelo en que pican las bandadas innúmeras de incautos peces. Se aspira a hacer creer que el volumen de lectores, representado en cifras, significa el valor relativo de la obra literaria y que la autoridad suprema que decide su mérito reside en la aritmética. Hay anuncios que se presentan con caracteres de majestuoso laconismo, de honesta imparcialidad. Por ejemplo, uno que tomo del libro *BEST SELLERS* de Stevens y Unwin: "El tercer mes de la vida de un gran libro: Octava semana, 116,000. Novena semana, 121,000. Décima semana, 127,000. Once-na semana, 133,000". Sigue luego el título del libro que es una novela histórica mediocre. ¿Moverá acaso al editor al publicar este sobrio anuncio tan sólo el ingenuo deseo de enterar al público de la prosperidad de su negocio en este caso particular? Nada aconseja, nada pide; sólo que la intención se ve a cien leguas. "Lector —argumenta mudamente el anuncio—, si cada semana se venden 5,000 ejemplares más de este libro, ¿qué duda cabe de que ha de tratarse de obra singular y eminente, merecedora de que tú la adquieras en el acto?" Y con la apariencia más objetiva del mundo se da un empujoncito al lector, hacia la confusión entre el mérito literario del libro, esto es, el valor intrínseco del artículo en sí, el único legítimamente alegable, con su facilidad de venta, con su valor económico. Sin decir palabra ese anuncio inclina al que lo lea a dar por cosa sentada esa capciosa correlación entre éxito de venta y valor literario y humano del libro; y manejando habilísimamente el mecanismo de la transferencia de juicios, equipara un hecho económico, la rápida venta de un objeto en el mercado, a un hecho espiritual, el nacimiento de una gran obra literaria. He aquí un caso que cabe en lo que llama Mannheim "formas de democratización negativa". Se ha llegado a un magno descubrimiento, y es que el negociado de pesas y medidas de los valores literarios, el cuerpo que determine su relativa grandeza está lógicamente constituido por los contables de las librerías y de las casas editoriales.

La venta, criterio de valor

SISTEMA que a las gentes encandiladas por lo *práctico* debe deslumbrarles, por su sencillez operante, y su claridad de resultados. En efecto, antes, eso de saber si una obra literaria era excepcional, buena, mediana o pésima, no se lograba en un momento; opiniones variadas, y encontradas, salían a la plaza pública afirmaciones y negaciones se contrapesaban; y sobre todo, si el libro tenía cierta profundidad de sentido, no era fácil que su pleno valor se revelara a las primeras de cambio. La obra, como un fruto, tenía que esperar, sin prisa, hasta que se la pudiera ver en su plena madurez. Y los gustos, tanto favorables como adversos, eran igualmente defendibles, sin que el uno pudiese en el acto, por su incontrastable peso, aplastar al contrario. Situación que molestaba grandemente a esas personas que desearían que la inteligencia humana diera sus juicios sobre toda cuestión, de una manera tan rápida e indudable como reparte la máquina sus caramelos, sin más que echar una moneda por la ranura y mover la palanca.

¡Cuántas veces se nos acercan almas sencillas a preguntarnos, si una novela es buena o mala, si esta poesía debe o no leerse! Y cuando sucede, como ha de suceder muy a menudo, que la respuesta no es un sí o un no, rotundo, y se hacen distingos, la buena alma solicitante, nos mira, con mezcladas compasión y desencanto, como pensando: "Pues señor, por lo visto en esto de la literatura no hay nada seguro". ¡Cómo no ha de encantar, cual si fuese el gran descubrimiento de los tiempos, a estas ánimas sencillas, un sistema que elimina toda duda, todo aplazamiento caucioso, sobre el mérito de la obra! Porque ¿qué es lo que se hace ahora para fallar un libro? La sencillez misma. Se lanza al mercado la novela X. Y se espera. No mucho. A los pocos días empiezan a llegar a la casa editorial las notas de venta de las librerías. Se suman. Y de la relación entre los resultados y el número de días públicos que tenga el libro, se alza radiante, con seguridad solar, el juicio sobre el libro. Pongamos por ejemplo que de la novela X se han vendido en tres semanas 80,000 ejemplares, de la Z 30,000, de la Y 8,000, y de la J 722. ¿No están esas

cifras proclamando con dogmático imperio, que de las cuatro novelas en cuestión la primera es excelente, la segunda buena, la tercera mediana, y pésima la última? Por un procedimiento matemático (dígase entre paréntesis que el vocablo matemático, muy particularmente para aquellos que no saben toda la complicación, misterio y hermosura de la matemática, es el Tribunal Supremo de todas las causas) se determina lo que antes hacía perder tanta tinta y tanto tiempo. Por un rincón de la escena, huyen, desalados, los antiguos fantasmas: la inteligencia, el gusto, la finura interpretativa, la sensibilidad, la libertad opinante, la diversidad de actitudes. Y queda dueña de la escena la máquina calculadora de venta, decidiendo sin apelación sobre el valor de un libro, exacta, objetiva, indiscutible, limpia de los prejuicios de la estética, del no sé qué y la razón del gusto.

Imperio de la mayoría

Así se ha llegado al actual estado de cosas, polarmente opuesto al tradicional. Antes era la minoría la implícitamente encargada de calificar las obras literarias fundándose en tales principios de estética o cuales normas críticas. Buenas o malas, esas normas eran siempre discutibles, y discutidas, ya que emanaban de cabezas visibles y pensantes, a las que podía pedir cuentas el que no estuviera acorde con ellas. Pero hoy el valor de un libro se determina por una mayoría, cuyo funcionamiento no es discursivo, ni crítico, sino mercantil: la mayoría de compradores. Todo es voto y nada voz. ¿Quién va a exigir que exhiba sus credenciales y poderes, a ese juez anónimo y de responsabilidad tan difusa, que linda con la nada? Si a un crítico solvente se le antoja publicar un elogio de *Gentlemen Prefer Blondes*, igualándola a las obras maestras clásicas, se le pueden venir encima otros plumíferos de su mismo orden, rebatir sus razones, exponer su inanidad, y en consecuencia quebrantar gravemente la reputación de ese caballero. Pero si las masas de lectores dan en comprar y comprar más y más ejemplares de *Gentlemen Prefer Blondes* y, en vista de eso, brotan de entre las piedras más

y más compradores, y el necio librejo se convierte en obra famosa en unos meses, ¿quién va a pedir cuentas de ese desafuero del juicio, y a quién se las va a pedir? En suma, la mayoría ejerce hoy un poder mucho más absoluto e irresponsable que el que nunca manejaron antes los grupos minoritarios. Parece que debía sentirse satisfecha de su suficiencia para juzgar, y tenerse por bastante poderosa para prescindir de todo lo que no sea su gusto, ufanándose de su plena libertad de acción, por nada limitada, y a nada sujeta. Y sin embargo hay algunos síntomas indicadores de que este público, después de conquistada su libertad, siente algunas dudas sobre qué hacer con su libertad, y ciertas aprensiones de que después de todo acaso no sea enteramente infamante para el pundonor del mundo democrático moderno, el reconocer alguna autoridad para guiar y aconsejar en materia literaria, a algunos ciudadanos que desde su infancia se consagraron en alma y cuerpo al ejercicio de la literatura, del pensamiento y de la actividad crítica. Tras de haberse quedado sola, y gloriarse en su suficiencia, se le ve ahora mirar alrededor nostálgicamente, en busca de asideros, como si no se sintiera del todo segura en sus enormes plantas plurales.

La mayoría siente la nostalgia de las minorías

POR ejemplo, uno de los triunfos logrados por la mayoría moderna se lo apuntaron el desprecio y el descrédito caído sobre las Academias y lo académico. No hay duda de que esos sabios cuerpos tenían grandes merecimientos para ese trato. Pero se las expulsó del mundo de lo literario tanto por el mal uso que hacían de su convencional autoridad, como por el hecho de aspirar representar una autoridad. Y no obstante el mundo entero espera, o esperaba todos los años, el dictamen de una Academia, la Academia Sueca, sobre la concesión del Premio Nobel, y la obra que se lo ganaba, alcanzaba en seguida una categoría de obra maestra. En París funcionaba con no menos prestigio sobre una zona muy extensa de público lector la Academia Goncourt, que con sus premios anuales, ejercía, muchas veces con acierto y decoro, función de autoridad literaria. He

aquí dos casos en que la mayoría condesciende a atender voces de arriba, y seguir sus indicaciones.

Mucho significa también la importancia que han logrado algunas revistas literarias en el siglo XIX y XX como focos de orientación del público. El *Mercure de France*, primero, la *Nouvelle Revue Française*, seguidamente, en Francia, y la *Revista de Occidente*, en España sólo atrajeron en sus comienzos a pequeños grupos de lectores, pero fueron luego cobrando creciente autoridad hasta volverse verdaderos cauces del gusto literario. En los tres casos las revistas citadas amplían su potencia de acción creando casas editoriales, donde el principio de selección del libro publicado suele ser su valor puro, y no su presunto éxito de venta. La acogida que empresas así tuvieron, sobre todo su conversión de revistas de minoría pura, en esferas de influencia sobre mayorías relativas, indica que existe una necesidad natural de reconocer un papel directivo a las minorías, en materia literaria, y que así lo sienten las zonas más despiertas de la mayoría. Lo malo es el efecto de rechazo o rebote, que tiene esta afluencia de las mayorías hacia una revista o editorial minoritaria. Porque si acude el público a ella en gran número, las consecuencias económicas de esa afluencia, esto es el crecimiento en volumen comercial de la empresa, se empieza a hacer sentir sutilmente, por imperceptibles gradaciones, en el tono de lo publicado, y la consideración económica entra en pugna con la puramente estética y desinteresada.

Esto se ve aun mejor en otra de las formas nostálgicas de la minoría, muy extendida y popular en los Estados Unidos de América, y que está llena de significaciones. Hablo de las asociaciones del *Libro del Mes*, *Book of the Month Club*, y varias similares. Son muestra clarísima de la inseguridad de la mayoría en su propio juicio. Una cantidad de personas, a veces grandísima, confiesa que entiende de libros menos que un grupo de tres o cuatro caballeros, los componentes del Comité Seleccionador, y delega en ellos la elección del mejor libro de cada mes. He aquí una nueva forma de minoría selecta, elegida por modo rigurosamente democrático. Y los delegantes se comprometen a comprar, y a veces, en su conciencia, hasta

a leer, el libro que cada mes le designen los jueces. Bonito caso de la mayoría huyendo de su propia sombra inmensa y amorfa, en busca del claro contorno de una minoría. A primera vista, y en casos de funcionamiento riguroso, casi ascético de un criterio literario puro, esta forma de organización es admirable. Reconoce un hecho: que hay gentes con más experiencia, más gusto, y más penetración que otras, cuando se viene a juzgar obras literarias, y que es perfectamente normal, que las personas inseguras de sus gustos y poco duchos en experiencia literaria acudan a ellas en demanda de aclaración. Todo es perfecto, así en su delineación teórica: es un dechado de compenetración social, en que unas pocas personas libremente aceptadas o escogidas prestan el servicio de sus luces intelectuales a otras muchas, que de aquí sacan fecundas claridades. Pero casi siempre, por dentro anda la procesión. La procesión de los dineros, naturalmente. La Asociación, según va medrando en asociados, medro que significa una creciente prosperidad económica, se enreda, ¡cómo no! en las redes de lo numérico. No hay que perder la posición ganada, esto es el número de socios. No conviene elegir libros, por buenos que sean, que *castiguen* a los socios, libros raros, difíciles o revolucionarios, porque empezaría las deserciones y la Asociación terminará por consunción. Y se llega a la peregrina y paradójica consecuencia de que estas minorías, buscadas por la mayoría para su ilustración, operan no con el criterio de minoría, sino conforme a lo que ellos conjeturan que debe ser el gusto de la mayoría, a la que de ningún modo conviene enajenarse. No dice, como es su obligación: "lee este libro, porque a nosotros nos parece muy bueno", sino: "lee este libro porque a nosotros nos parece que te va a parecer muy bueno". Y así los guías se vuelven guiados, y el factor dinerario, cumple, en otra forma más, su frecuente misión de volver las cosas patas arriba, y el mundo del revés.

Pero de todos modos, parece claro, que a pesar de todas las proclamaciones de total independencia de toda clase de autoridades, a pesar de la declaración de que, gracias a la instrucción pública, el público se lo sabe todo, y es juez bastante de todo lo que le rodea, lo mismo en materias

dentro de su comprensión y alcance, como en otras de las que no entiende cosa mayor, las zonas más avisadas de la mayoría sienten que les falta algo. El sistema de antaño, fundado en la tácita concesión a las minorías de una superior competencia en juicio literario, se desplomó en ruinas ante el asalto de la mayoría, que voceaba, reclamando sus derechos. Y para escapar a esa tiranía de los menos, se declaró, tácitamente asimismo, el nuevo principio de que los más tienen siempre razón cuando juzgan una obra literaria, por el simplicísimo hecho de que son los más. ¿Queda con eso la situación en claro, y el problema resuelto? No lo parece. Porque como acabamos de ver el público mayoritario va dando tumbos del premio Nobel al "Libro del Mes", enormes tropeles nostálgicos, sin saberlo, de las viejas minorías directoras. Se ha echado por la borda la brújula que marcaba el derrotero con la aguja de la minoría; y ahora, el galeón navega al garete o, lo que es peor aproa hacia donde oye las voces melosas de las sirenas traficantes.

V

Las razones de ser de la minoría

CONVIENE rechazar, lo primero, la envenenada o frívola afirmación, de que una minoría literaria o artística se compone de un corrillo de extravagantes, adictos a la cábala literaria, que casualmente se reúnen, sin más porqué que el de embeber el tiempo en estériles prácticas de magia y ocultismo artístico, segregándose altivamente de sus semejantes, para deslumbrarlos, y teniéndose por superiores.

Muy al contrario, los artistas de minoría suelen ser unos cuantos visionarios que coinciden en vislumbrar, sobre el nivel de visibilidad artística de su época, una nueva forma de realización artística, y se arriman para confirmarse en su fe, y ayudarse en la faena de la salvación de su idea. La minoría no es un embeleco, un tablادillo de feria, montado para engañabobos. Es un producto natural que se produce y reproduce con los mismos carac-

teres a lo largo de los siglos y a lo ancho de la geografía. Esta constancia en su ser, y esa persistencia de sus rasgos indican a las claras su condición de necesidad vital. Criatura legítima de las modalidades de la sociedad y de ciertas exigencias de la actividad creadora individual, aunque en algunos casos se ofrezca como grupo delicado y exquisito en escenarios de tertulia, protegida por la riqueza, en otros se presenta como empresa heroica de un puñado de desesperados lidiadores, que alzan su seña de rebelión contra el mundo. El individuo de minoría, el disidente, es, en el fondo, figura trágica, que se lanza a la escena nada menos que a desviar el curso de un destino, y a echarlo hacia estrellas nuevas.

—
 ¿Qué es la minoría?

LA minoría es un clima. Un conjunto de condiciones, particularmente favorables al medro y realización de unas visiones, unos empeños, unos organismos artísticos, que fuera de él, en el clima común, se ven condenados al malogro. Son órganos de selección, donde el individuo original, el estilo nuevo, hallan capacidad de realizarse en su plenitud. Un científico no un literato, Julián Huxley, en *The Stream of Life*, señala como el hallarse dotado de una originalidad excepcional ha solido ser un grave obstáculo para el individuo; y dice que hace muy pocos años que se ha caído en la cuenta de que conviene fomentar esa clase de originalidad necesaria para el acierto en la producción científica. Eso es lo que en los reinos del arte y la literatura han venido haciendo las minorías desparamadas a modo de archipiélago, en la extensión social común; defender la vida y el crecimiento de formas originales de la actividad creadora indispensables a la vida espiritual de la humanidad.

Novedad de la obra artística

UNA de ellas es la novedad. El arte es un constante descubrir. No se da reposo en su afán explorador, en su sed de hallazgo, aunque navegue por mares muy surcados, y

manipule, en sus experimentos, las fórmulas más conocidas. No es derecho que pueda o no ejercitarse, del arte, el lanzarse a la tentativa, a la busca de otra cosa, de algo más; es deber moral, de cumplimiento inexcusable. El estancamiento en la historia adviene cuando el artista se cansa de buscar y renuncia a la faena de descubrir; las épocas neo-clásicas si son infecundas, es porque se complacen en la repetición imitativa de unos modelos que creen ya insuperables, y sin más allá. Los jóvenes que en la España de hace años crearon una escuela poética titulándola *ultraísmo* no se daban cuenta de que estaban llamando al arte de siempre por su nombre. Un filósofo angloamericano, A. N. Whitehead, dice que "sin aventura la civilización está en plena decadencia. . . Lo que hoy nos parecen grandes obras y triunfos del pasado fueron, allá en su día las aventuras del pasado". Pero las mayorías, asentadas en unas cuantas nociones que han de dar por seguras, para poder vivir tranquilamente, no son muy amigas de aventurarse. Eso se queda para las malas cabezas, las cabezas descollantes de las minorías.

Homme libre toujours tu chériras la mer,

creía Baudelaire. El mar, la ruta siempre silenciosamente ofrecida al ansia descubridora, caminos de las misteriosas novedades, celador de las eternas Indias. Mar y viaje en la lírica baudelariana pueden tomarse por símbolos de la inquietud del ánimo, acuciado por la entrevisión de algo más allá del horizonte por todos visible. Frenesí por lo nuevo, a toda costa:

Nous voulons, tant ce feu nous brûle le cerveau,
Plonger au fond du gouffre —Enfer ou Ciel, n'importe,—
Au fond de l'inconnu pour trouver du nouveau.

Y no se tome lo de nuevo, en la acepción de los periódicos de modas, no. Una obra importante añade forzosamente algo a lo que ya existía. No quiere decirse que sea cosa estupenda y nunca vista, fenómeno inimaginable, monstruo de la fantasía, no. Ese sería acorde con la vieja idea de originalidad. Ahora ya sabemos que lo nuevo en arte, como lo distinto de la naturaleza, es una combina-

ción original de unos materiales preexistentes, tan certera en su poder sintético, que durante mucho tiempo no los reconocemos en la obra recién nacida, aunque no está hecha de otra cosa. La obra valiosa significa que en el mundo hay algo más, un nuevo organismo, poema o catedral; es un aumento de haber. Y eso rige lo mismo para el artista de tipo aventurero revolucionario, que para el de tipo aventurero tradicionalista. Ya que podría interpretarse la tradición como el sordo y enorme empuje que el pasado hace sentir al poeta de hoy para que vaya un paso más allá, confiado precisamente en esas fuerzas seculares que le respaldan en su intento. La literatura es siempre secuencia, hasta en aquellos que quieren romper con todo. Toda creación sigue a otra, la adiciona algo, es un *más*. Lo que había, *más* esto. Por eso tiene que ser nueva, que ser otra. Eso de que en arte no hay nada nuevo es tan capcioso como sería decir que el mundo de la materia todo es lo mismo porque todo desde la amiba al carbón, del Himalaya a la rosa, sale de los mismos noventa y dos elementos químicos. Pero para que nazca algo nuevo, es menester otra operación de genialidad combinatoria, una novedad.

La lucha por encontrar

Y no es fácil dar con algo nuevo. Los aventureros del espíritu, los hermanos de Baudelaire, los poetas no pueden embarcarse en el primer navío que se les ofrezca. En muchos casos, se resisten a embarcarse como no sea en embarcación, como la del salvaje, cortada por ellos del árbol, ahuecada por sus mismas manos, botada por su esfuerzo, eterno *Bateau ivre*. Esto es, puede negarse a navegar en un estilo usado, sintiendo la necesidad de trastornar ciertos modos usuales del lenguaje literario, volver y revolver los dichos comunes. Eso no es caprichosa pedantería, como aun creen algunos. "Sólo el artista de intensa fantasía es capaz de crear la expresión que traduzca, sin falsearla, la originalidad de su mención psíquica. Por eso se emancipa, cuando es preciso, de su comunidad lingüística; pasa por encima o por debajo de las palabras, me-

diante notas, melodías, ritmos, colores, etc.". Así dice el gran filólogo Karl Vossler. . . Y aquí se alza el telón sobre la tragedia de minorías y mayorías. Porque el ejercicio de ese derecho, que tan paladinamente defiende Vossler, va en contra del apego de la mayoría por la santificada costumbre. Viene el choque. "Toute oeuvre, je dirai toute idée, un peu nouvelle procure toujours un choc désagréable. C'est cela qui crée l'esprit réactionnaire, aussi injustifiable en art qu'en politique", escribe Claudel. Surge la reacción de la mayoría, la cual parece considerar inconscientemente la novedad intentada por el artista como una transgresión del pacto. Y sin darse cabal cuenta, pero no por ello con menos dureza, pone automáticamente en juego todo un sistema de cortapisas, resistencias y presiones con los que quisiera cortar el paso a ese desvergonzado que se sale de la acera literaria, y volverle a la masa de peatones transeúntes. Esto significa que le niega la libertad de movimientos, la posibilidad de acción distinta, y todo porque se cree a pies juntillas que esos movimientos quebrantan el orden de cosas existente. Entonces es cuando al escritor se le ofrece la minoría como el único ámbito donde poder moverse sin cohibición, con toda la soltura que necesita su afán creador. La minoría es una atmósfera de libertad, algo así como la Holanda de otros tiempos, donde en medio de una Europa de absolutismos no se ponían trabas al pensar ni al publicar lo que se pensaba. La Iglesia, en virtud de sus fueros, brindaba antiguamente asilo en su recinto a los perseguidos por la justicia. Allí el infeliz se acogía momentáneamente a sagrado. Estos rodales de las minorías son los *sagrados* del escritor disidente. Cuando algo nuevo alienta en un artista, y la atmósfera común le niega respiro, y le amenaza con la asfixia, allí encontrará el aire necesario para que su obra pueda llegar a ser y perfección.

Más oficios de la minoría

DEMOS por supuesto que la minoría ha cumplido ya esta su primera incumbencia, amparar la hechura de la obra, y que ésta alcanzó la plena realidad objetiva deseada por

el poeta: ahí está el poema, o el cuadro, o el cuarteto. Según sea la clase de obra producida, puede ahora la minoría servir su misión de dos maneras. Cuando el escrito, por su extrañeza, su intrínseca dificultad de acceso, su exquisitez o su singularidad de propósito, parezca designado a ser lectura de pocos, a quedarse dentro de los confines donde nació, la minoría lo adoptará por suyo guardándolo en su seno, a modo de museo o estufa, donde quede esperando a los escasos espíritus que en él encuentren recreo y sentido. Así es como han perdurado a lo largo de los siglos, ciertas obras maestras, que nunca dejaron de tener devotos, aunque nunca lograron muchedumbres. Clásicos de la intensidad, y no de la extensión. En nada perjudican a otros tipos de arte, ni se oponen a las grandes corrientes. Son los apartados, que en la penumbra de las minorías lucen delicadamente, sin ambiciones de refulgencia, y contentos encerrados en su intimidad, esperan a los raros que de vez en cuando se llegan a su hornacina y colmulgan en su misterio.

De no ser más que este el oficio de las minorías, podrían entenderse los motivos de ciertas incriminaciones que se disparan contra ellas: esoterismo, cortedad de radio, voluntaria oscuridad, etc. Pero innumerables casos hay que comprueban la aptitud de los ambientes minoritarios para producir obras que al nacer aparentan llevar sobre la frente el signo del aislamiento y la rareza, pero que en realidad están llamadas, cuando crezcan, a mucho más. A estas obras las titularía yo extemporáneas; sus autores se anticipan a un gusto futuro, a una inteligencia que vendrá; se adelantan a las preferencias comunes de su época, son difíciles, y por eso se parecen a esas de que acabamos de hablar. Pero en sus entrañas llevan una fuerza expansiva que un día les hará traspasar todas las lindes de las minorías, y dar el salto al gran teatro del mundo, para pasmo de todos. Al nacer se tropiezan con la incompreensión y la hostilidad generales, que aun se les oponen, según se van desarrollando. Hasta cuando ya están allí, hechas y derechas, acabadas, —cuadros impresionistas de Renoir, rechazados de 1870 a 1878, expuestos en el Salón des Refusés, cuartetos últimos de Beethoven— siguen incompre-

didadas o vilipendiadas. (De las pinturas de Renoir, Monet, etc., se escribía esto: "Cinco o seis alienados, entre ellos una mujer, se han dado cita para exponer sus obras en. . .").

El poeta, adelantado

ESTO es natural. Porque el poeta, el creador *latu sensu*, es equiparado, según tradicional paralelo, con el vidente, ve más largo que los demás, que los prójimos que viven a su lado, en sus años. La distintiva del poeta es estar dotado de una penetración de visión, de una vista espiritual superior. Se la ofrece a sus semejantes, al publicar la obra. Por él pueden ellos ver lo nunca visto. Es como maravilloso vidrio de telescopio que descubre estrellas en cielo donde no se veían. Pero la mayoría de las gentes, no avezadas a ese instrumento de visión, a ese estilo, le rechaza, y lo que en ese nuevo campo visual le entrega el poeta se le antoja desdibujada fantasía sin sentido, o borroso claro oscuro de locuras. Sin embargo, no lo es. Pasarán años, se modificarán los hábitos de percepción, y entonces la visión aquella, que estuvo siempre abierta al público, sin que éste la aceptara, poco a poco, como el paisaje matinal de las *Soledades* de Góngora irá ganando claridad, proporciones, significación, hasta imperar en su total hermosura. Ahora ya vendrán tropeles complacidos a contemplarla. La obra ha pasado a ser goce de la mayoría.

Pero fué ese clima de los menos el que se encargó de conservar a salvo ese cebo del alma que a tan pocos apetecía primero y que ahora desean compartir los más numerosos, lo nuevo. Cumple la minoría las dos funciones a que alude el pensador norteamericano Dewey, en su libro *The Public and Its Problems*: "Es verdad que todas las ideas nuevas, así como todas las ideas valiosas empiezan con minorías, quizá con una minoría de uno. Lo importante es que se les dé ocasión para extenderse y pasar a posesión de la mayoría".

Un escritor, sépalo o no, nunca escribe para tan sólo los que conviven con él en su tiempo. La noción de actua-

lidad, tan importante en otras cosas, es en el arte puro muy poco significativa. Petrarca, Jorge Manrique, Keats, ¿escribían para lectores de los siglos XIV, XV, XIX? No. Escribían para muchos seres humanos, personas por nacer, oídos que aún no tiene su órgano, almas en espera de sus cuerpos, criaturas posibles, escondidas en el futuro. Por eso, las obligaciones de inteligibilidad de un poeta no tienen por qué ceñirse indispensablemente a la capacidad media de entender de su época. Si hoy no se le entiende ¿no vendrán días mejores? Esta gran esperanza de ser algo más que una voz del hoy, abierta a la mañana, cerrada con la noche, este gran sueño de vivirse más allá es la raíz de toda gran poesía. La posibilidad de realizarla, la minoría se la da. Si una obra hubiese de ser juzgada por el dictamen de sus más numerosos contemporáneos, para ser absuelta de delito o condenada al fuego purificante, ¿cuántos productos maravillosos del alma del hombre no se habrían perdido para la humanidad! Si no se pierden es por virtud de la minoría, castillo de paciencia, escuela de fe, reducto de energía, que cuando los coetáneos azuzan sus jaurías —como el señor Van Wyck Brooks— sobre la obra nueva que se atrevió a asomarse afuera, abre su portillo, la acoge en su amparo, y aguarda serenamente que llegue su hora.

Menester es éste de salvación, posible de formular en términos unamunescos: querencia de eternismo de la minoría, enfrentándose con los caprichos de actualismo de la mayoría. Los menos, salvando para la humanidad que viene, la humanidad innumerable, inmensa, una obra que no sabe justipreciar la humanidad limitada, reducida a los límites de su tiempo. Por fortuna la actualidad manda sólo en precario. Belleza que ella repulse no tiene por qué perder la confianza en sí misma, ni en su futuro. Algún día, si es belleza de verdad, será reconocida. En esta Arca de Noé —la otra, la auténtica fué un dechado de minoría selecta, con estrechísima severidad en el criterio de admisión— han escapado a las riadas amenazadoras del gusto de mayoría grandes obras humanas. Si en estas líneas, dedicadas a la preocupación por lo literario, entra el nombre de un político, Mr. Winston Churchill, es porque él

ha forjado —a pesar de ser un gran mayoritario— el mejor epigrama laudatorio de la minoría, de nuestros años. Fué en aquella frase sobre los bravos aviadores que defendieron la ciudad de Londres de la aviación alemana desencadenada, y que dice: "Nunca un número tan grande de seres humanos deberá tanto, a un número tan corto de seres humanos".

La función transmisora de la minoría

LA minoría completa sus ministerios de nodriza, tesorera y depositaria, con otro, final: la transmisión de la obra al gran círculo social. Empieza por celarla entre sus muros, temerosa de exponerla al clima hostil de fuera, porque siente que aún está muy tierna. Pero cuando la obra se ve ya más crecida y confiada en su poder, se arriesga a hacer salidas a lo exotérico. Aun quedan bastantes gentes que la guardan su hostilidad primera. Pero otras hay, que al verla que sigue allí, que está viva, que no era engendro de aborto, abocado a temprana defunción, se dice que algún podre vital debe de animarla, ya que ha sobrevivido a tanto temporal. Y se le acercan, con curiosidad primero, pronto con simpatía y el libro se vuelve inteligible y admirado por todos. Se ha realizado el acto de trasmisión de la obra.

Sirve de este modo la minoría como trampolín: en su reducida tabla el artista solitario de un día, se afirma y toma impulso para iniciar el prolongado salto por el aire de los años, el brinco que le hará caer en el centro de la humanidad del mañana. Stendhal fué uno de estos saltarines, que se dió perfecta cuenta de lo que hacía, cuando escribió, en 1835, las siguientes palabras: "Et moi, je mets un billet à une lotterie dont le gros lot se réduit à ceci: être lu en 1935". El volatín y la jugada le salieron redondos porque ya mucho antes de esa fecha era un clásico universal.

Tenemos en nuestra lengua el ejemplo magnífico de Rubén Darío. Durante años, apenas conocido, grupos de admiradores y amigos en América del Sur, rodean sus innovaciones de atención y entusiasmo, contrarrestando la ani-

madversión del gran personaje de Remy de Gourmont, que el veía en todas partes de América, *Celui-qui-ne-comprend-pas*. Cuando el poeta va a España una de las grandes minorías de la historia espiritual española, los hombres del 98 le reconocen en su grandeza, y le hacen sitio entre los suyos. Por entonces escribe Rubén: "Yo no soy un poeta para muchedumbres. Pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas". Así ha sido. El alto valor de su lírica se afirma sobre círculos cada vez más anchos. Rubén Darío es hoy poeta de una gran comunidad humana, de los hispano parlantes de dos mundos. Lo cual fué posible por unas minorías de Chile, de Argentina, de España, que por su acto de fe y por su obra de ardorosa defensa a los cuatro vientos de esa nueva poesía. En esa entrega que hace la minoría al público mayor de la obra que crió en su entraña, remata el cumplimiento de su tarea. Y sólo cuando se la mira así, en el proceso entero de su acción, es posible darse cuenta de lo que significa.

¿Oposición o concurrencia?

PODRÍA suceder con la altanera mayoría de hoy, tan soberbecida por lo enorme de su caudal, lo que ocurre con los grandes ríos: la ancha vena de las aguas que empujan es la suma de las afluencias que otras corrientes menores la van ofreciendo, al pasar. ¿No será la mayoría, en lo que tiene de más valioso, la lenta combinación en el tiempo de los acrecimientos que siglo tras siglo la han ido procurando las minorías, y que por estar ya tan fundidos en la grandeza común no se les reconocen sus rasgos de origen y hasta se llega a negarlos cegadamente? Algo de eso pasa en el lenguaje. El filólogo Stenzel nos dice que giros expresivos creados por el poeta, en función de su menester renovador del lenguaje pasan pronto a la lengua corriente como cosa suya "y muchas cosas de las que no sospechamos que nos han sido dictadas por el poeta son usadas por nosotros como lenguaje *propio*". Cabría enmendar la plana a Mrs. Molière y Jourdain, su personaje, y decir que todos hablamos poesía sin saberlo, ya que el lenguaje es un vasto repertorio de expresiones poé-

ticas, de metáforas, de símbolos, cuyo origen divino a menudo se nos olvida. Hay un gracioso epigrama de Valéry, donde afirma que el león no es otra cosa que carnero bien digerido. Quizá los más hermosos leones sociales, las mejores mayorías son aquellas que se han tragado y tienen dentro de sí bien absorbidas, el mayor número de minorías, cándidos corderos.

Por aquí se abre brecha en ese enconado aserto de los enemigos del espíritu minoritario que quiere convencerse de que mayoría y minoría son dos actitudes enemigas *a nativitate* y por ley natural, que representan querencias inconciliables. Tal extremosidad pone el señor Van Wyck Brooks en este falso dilema que pide que se barra, se elimine a la una para dejar vida a la otra. Pero el examen atento de la historia de la literatura y del mecanismo y funcionamiento de minorías y mayorías nos lleva a una consecuencia muy otra: las dos son formas sociales con esferas propias y funciones distintas y es acto de frivolidad y torpeza el equipararlas a esas otras formas esféricas, las astrales que voltean por los espacios ajenas unas a otras, condenadas a no poder acercarse so pena de conflagración catastrófica para el Universo mundo. Minoría y mayoría trabajan las dos a sus modos y cada una por su lado; sus formas de actividad y sus órbitas respectivas se merecen comprensión y respeto, porque aunque a veces extremistas de una y otra banda voceen lo contrario y embauquen a los mentecatos, el que observe con cuidado y pulcritud intelectual verá que a la manera de dos vísceras dentro del mismo cuerpo humano, mayorías y minorías concurren al mismo propósito: en este caso la progresiva iluminación y enriquecimiento de estas pobres almas de los hombres para mayor gloria de Dios y de sus criaturas.

Despedida a Mister Van Wyck Brooks

HOY por hoy los usos democráticos parecen a muchos la más deseable forma de convivencia social. No me parece aventurado incluir al señor Van Wyck Brooks entre los practicantes y creyentes en los modos democráticos de

vida común. Uno de ellos hay al que yo tengo por nobilísimo: el respeto a la existencia de las minorías. Los Estados Unidos e Inglaterra han llegado a una forma exquisita de esa actitud al consentir a los mozos que alegaron razones probadas de conciencia para no ir a la guerra, que sirvan en campamentos civiles dentro de sus países. Allí viven sin acoso ni recriminación de nadie. El respetar a estas levisimas minorías salva un gran principio y gana timbres de honra para los países que permiten su existencia.

Se me figura que muchos, por no decir todos de los que vituperan y escarnecen las minorías literarias y artísticas consideran admirable esta costumbre democrática de dejar a las minorías raciales y religiosas de un país que vivan libres, en perfecta paz y armónico funcionamiento con los demás. Y no obstante por uno de esos extraños casos de ceguera especializada o daltonismo, cuando se viene a tratar de la minoría espiritual, de los disidentes intelectuales, estos ciudadanos, respetuosos de las diferencias en el campo político, se comportan con la bárbara simpleza del fascista: barrer al adversario: aquí no hay más opinión que la mía.

Supongamos que con las líneas que anteceden he logrado persuadir a alguien de que las minorías en arte son formaciones naturales, estructuras necesarias, que coadyuvan esencialmente al orden espiritual de la humanidad, como realidades vivificantes y no letales. En este caso ¿cómo habría que designar al señor Van Wyck Brooks y a sus congéneres cuando convocan cruzadas de exterminio contra minorías que son expresiones del impulso a la vida? Muy sencillamente: amigos, favorecedores del impulso a la muerte, ya que nos invitan a destruir formas que caminan hacia la vida. El vituperio que ellos arrojaban a la cabeza de los minoritarios rebota y de rechazo les da en la frente. Sí, ellos son enemigos de la vida, empresarios de una empresa de destrucción, ya que trabajan para desarraigar del mundo ciertos modos de pensar, de sentir y de crear que tanto traen al enriquecimiento del espíritu humano. Por odio ciego, por pasión entenebrecedora de las luces del alma forjaron ese

deshonroso dichterio que colgaron a las minorías: "los movidos por el impulso de muerte". Y de pronto, como por arte de birlibirloque, se cambian las formas y los acusadores pasan a sentarse en el banco de los acusados, y para no poner las cosas tan por lo alto, en el *pim, pam, pum* del ridículo.

Pero líbrenos Dios de decretar a la ligera quién ayuda a los hombres a morir y a vivir cuando se trata de actividades tan cargadas de matices y sutilezas como las literarias. Aplíquese a lo que se aplique, la simplificación mental es un espléndido camino hacia los juicios superficiales y erróneos. Cuando se prueba a aplicarla a algo de suyo tan complejo como la obra de grandes artistas, es, y así lo prueba el triste caso del señor Van Wyck Brooks, un derrumbadero, por el que se desciende a trompicones a la confusión mental y a la mala pasión sectaria.

¡Oh torero, modelo de la comprensión!

HABÍA en Córdoba, la dos veces califal, por los califas mahometanos y los califas taurarios, uno de éstos, por nombre Rafael Molina, por apodo—sin duda a causa de su destreza en revolverse y quebrar el cuerpo—Lagartijo, que en su día ejerció imperio mixto con Frascuelo sobre los públicos de toros españoles. Varón de parvas letras y mucho seso, recortado de palabras, alentaba en sus juicios el rescoldo de antiguos fuegos de su tierra, del saber estoico-cristiano. Pasó por la ciudad un caballero madrileño, sabio especialista en histología, y el señor X, catedrático del Instituto y amigo del torero le acompañó a todas horas. Una tarde Lagartijo, al encontrarse en el casino con su amigo X, sintió curiosidad por saber quién era aquel ciudadano de traza foránea con espejuelos y mirón de las musarañas, que venía de la Corte y preguntó: "Dígame usted, don Fernando, quién *ex eze cabayero* de Madrid?". Y le fué respondido con ponderativo tono: "Es un gran histólogo". Lagartijo que se las había visto con cosas peores en las plazas ni siquiera pestañeó ni le perdió la cara al vocablo. Lo repitió con bravura, como para estudiar sus

mañas: “¡*Hiztólogo!*”. Y tras de la admiración sobrevino una pausa, la pausa enorme en que el matador se decide a tirarse a matar. Y Lagartijo se tiró: “Y *ezo de biztólogo*, don Fernando, ¿qué *ez?*”. El señor X, sonriente, le explicó como pudo en qué consistía esa nueva especialidad científica en que tan laureado era el visitante de Madrid. Lo que Lagartijo entendiera de la explicación, Dios lo guarda en sus archivos arcanos; su fisonomía inalterable no trajo ni pizca a la vista del mundo. Se estuvo callado un instante, ese instante en que maduran las grandes cosas, y luego, con acento respetuoso, dijo su sentencia. La formuló con esa elegante sencillez del gran artista —*ars est celare artem*— disimulándola en una apariencia de dicho común: “*Ná, ná. . . don Fernando, que azi ez er mundo. Hay gente pa tó. . .!*”.

Desde el día en que un alma amiga me comunicó esta efeméride insigne de la historia de la cultura, Lagartijo pasó a ser para mí el ciudadano ejemplar, modelo, de la república de las letras. Y aun digo poco. ¡Quién sabe si de todas las repúblicas!

RUFINO BLANCO FOMBONA

Por *Tulio M. CESTERO*

HOMBRE de bríos, atrevido en sus juicios, de pasiones ardientes, fuerte de ánimo y de músculos, Rufino Blanco Fombona atrae desde su juventud con halo de leyenda (amores, pendencias callejeras, duelos y otros lances de sangre), cuya acentuación he advertido en publicaciones bogotanas, ahora, en la dolorosa ocasión de su muerte, a tal punto, que de ser verídica empujarían a lindes psiquiátricos a tan valiente espíritu y admirable escritor. No necesita el equívoco, aunque sea pintoresco, de tal leyenda, pues el Diario de su vida, del cual publicó numerosos fragmentos, por veraz y crudo, para sí y para sus prójimos, excede al del propio Benvenuto Cellini, sin duda, porque no acató el consejo de este temperamento terrible que fué su par a cuatro siglos de distancia, y lo inició no después de los cuarenta sino acaso antes de los 30 años de su vida. Y tampoco la cultivaba, pues no resistía la contradicción ni el claro-oscuro en las letras ni en las relaciones sociales: así mantenía su verdad o su error, con pluma viril, con garrote a veces, también con el revólver, pero frente a frente. Enrique Gómez Carrillo, que fué su amigo y camarada en andanzas parisienses (referidas por Blanco Fombona en ácidas páginas de ese Diario publicadas por el propio Gómez Carrillo sin ira en su "Mercurio de América"), si la maceraba "pro domo sua", y de estar ahora a mi vera me habría repetido el consejo que hubo de darme cuando preparaba mi libro sobre César Borgia: "no mate usted la leyenda".

Conocí a Rufino Blanco Fombona en 1895 en Caracas. Aventajábame en años y en conocimiento del mundo, pues mientras yo realizaba mi primera aventura trasmarina y mis primeros pasos literarios, años antes le habían pre-

miado en Juegos Florales de Coro un poema, "Patria"; había participado en la Revolución Legalista acaudillada por el general Joaquín Crespo, y al triunfo de ésta fue designado cónsul de Venezuela en Filadelfia, cargo que ejerció por largos meses, hasta que se pidió su retiro, pues una noche que paseaba con César Zumeta por una de las calles de aquella urbe puritana, tuvo un incidente con un policía (uno de aquellos héroes "policeman") y le pegó con una "manopla".

No tenía mucho auge en el Caracas literario de entonces, y en los corrillos de las redacciones y de la plaza de Bolívar, a sus espaldas por supuesto, solíase malsinar de la frase "el Orinoco ecuatoriano", detonante en verso del poema "Patria", así como en la nueva manera poética de un idilio de osos blancos, "en ténpano enorme de hielo", cuyas lenguas describían "coral en culebras", impreso, no recuerdo si en "El Cojo Ilustrado" o en algún diario.

En la casona colonial de su abuelo materno, don Evaristo Fombona, en la Avenida Este, de Madrices a Marrón "según la toponimia caraqueña", solíamos charlar y de ahí salió un artículo mío sobre él, acaso el primero en que se propagó su nombre, que envié a varias revistas: a "Las Tres Américas", que editaba don Nicanor Bolet Peraza en New York City; a "Miniaturas", de Felipe Valderrama, en Coro, a "Letras", de Carlos Legard, en Iquique, y a la de Abraham Z. López Penha, en Barranquilla. Rufino Blanco Fombona ponía ya esmero en el idioma. Lo tenía en la sangre, pues su abuelo don Evaristo era español y escritor, miembro de la Academia Venezolana de la Lengua, y de temple tal, que su nieto ponderaba con el hecho de que siendo español hubiera entroncado por el matrimonio en la familia del Libertador.

En 1896 partí para New York y Rufino Blanco Fombona para Holanda, como agregado de misión cuyo jefe fué el general Francisco Tosta García, que al regresar, pocos meses después, no trajo un queso de bola, como harían otros, sino un libro sobre aquel país, como hubo de expresarlo, no sin malicia, Vargas Vila en el prólogo de tal libro; y Blanco Fombona, algunas referencias chisto-

sas de su jefe y la primera emoción de París que virtió en páginas consagradas a Alfredo de Musset.

A fines de 1898 volví a Caracas, con mi libro "Notas y Escorzos" bajo el brazo, uno de cuyos artículos era acerca de Rufino Blanco Fombona, y precisamente el día de mi arribo traspuso éste la puerta de "La Rotunda", la ergástula famosa en donde había pasado unas semanas. Porque el general Ignacio Andrade, sucesor de Crespo en la Presidencia de Venezuela había emprendido la reorganización política, que en su programa electoral, denominara "La Autonomía de los Estados" o sea la división de las grandes circunscripciones federales para aumentar su número, y había solicitado a Rufino en su residencia del pueblito aledaño de El Valle, en donde "temperaba" como dicen los caraqueños. En el zaguán, Blanco Fombona hubo de tropezar con uno de los edecanes, Ponce de apellido, quien hizo gesto o pronunció palabra de ofensa. "Espérame que ya vuelvo", le replicó Rufino. En la entrevista, el Presidente Andrade le ofreció la Secretaría General de uno de los nuevos estados y la consiguiente diputación en la próxima cámara, que aceptó. Pero al salir, en la propia puerta, cambió con el edecán tantos tiros como tenían en los respectivos revólveres, y fué así como no hubo ni Secretaría General ni otro cargo y sufrió su primera prisión.

En la tarde del mismo día de su liberación, después de un paseo en coche en unión de don José Ignacio Vargas Vila, discurríamos los tres por la avenida de la Plaza de Bolívar, cuando vimos a un hombre que corría por la acera de enfrente con un gran canasto en la cabeza. Y aquel gran muchacho que era Rufino rompió a gritarle "Ladrón, ladrón". El hombre volvióse increpándole a su vez, pero él, el canasto y los panes que lo llenaban, y que éste, empleado de panadería vecina, conducía, rodaron por tierra al impulso del brazo de Rufino Blanco Fombona, que esgrimía bastón de vera, recia madera rubia.

Acudió la policía, cuyo cuartel estaba también calle por medio de la plaza, a donde condujo al hombre, con canasto y panes, y a Rufino con su vera, a quien acompañamos José Ignacio y yo. Pero al verle el general Hipólito

Acosta el obeso Jefe de la Policía que lo había libertado esa misma mañana, sin oír la explicación del caso, prorrumpió: "Rufino, otra vez no; vete para tu casa".

Para entonces la personalidad de Blanco Fombona, audaz, arrogante y díscola, se destacaba entre los primeros, y Pedro Emilio Coll, el más zahorí acaso de aquella generación, le definía como una fuerza de la naturaleza, y César Zumeta, en boceto lapidario que vale bien una medalla de Pinsadello, reproducido luego en su libro "Escrituras y Lecturas", había escrito en elogio de su físico que ante él, como ante el retrato de Mozart adolescente, una princesa exclamaría: "Bella ragazza".

La nueva generación había conquistado la posición de "El Cojo Ilustrado", cuyo redactor, Eloy G. González, era uno de los más distinguidos de ella. El director propietario, don José María Herrera Irigoyen, que había transformado la modesta revistilla que hiciera la propaganda, originalmente de la fábrica de cigarros "El Cojo", en una de las más valiosas e influyentes publicaciones de nuestro continente, era "gran persona", grave y recto; ejercía su mecenato sin embargo entre críticas y bromas afectuosas, pues era como esos frutos cuya corteza áspera encierra pulpa jugosa y suave.

En los talleres de la revista, Herrera Irigoyen editó el primer libro de Rufino Blanco Fombona, "Trovadores y Trovas" (prosa y verso). Pues bien, nos citó un día para la entrega del primer volumen. Advertí al entrar en la salita de la dirección que no estaba sobre el escritorio el jarrón de alabastro ni otros objetos lanzables, y cuando a su vez entró Rufino Blanco Fombona y colocó sobre la mesa del redactor su "vera de machete" (así se designaba a tan contundentes bastones cuando tenían forma aplanaada), que Herrera Irigoyen se llevó, como impensadamente, al salir a dar órdenes. El jefe de los talleres puso pronto en las manos de Rufino el fresco tomo. Los ojos de éste, relampagueantes, fueron de la cubierta del libro a la mesa en donde debía estar el bastón, encrespado, estupefacto, mientras Herrera Irigoyen rompía el silencio con sonora carcajada. La cubierta del volumen que Blanco Fombona empuñaba en la diestra todavía sin blandirlo,

entre el nombre del autor y el título tenía estampada la cabeza de un burro; pero en seguida apareció otro volumen, que arrancó amplia sonrisa al autor, comprensiva de la broma de Herrera Irigoyen, cuyo recuerdo evoco, después de tantos años, con la más afectuosa simpatía.

En íntima camaradería los tres, Rufino Blanco Fombona, José Ignacio Vargas Vila y yo, compartimos la mesa del restaurante a diario y el vespertino paseo en coche; y José Ignacio Vargas Vila y yo ocupábamos en el mismo hospedaje habitaciones contiguas. Meses antes hubo una divergencia entre el general Joaquín Crespo, presidente de la república, y el general Tinedo Velasco, presidente del Estado Zulia, expuesta en cartas en los diarios, de cuyos textos empedrados de letras mayúsculas, decíanse ser autores, de las de Crespo José María Vargas Vila, y de las de Tinedo Velasco, su yerno José Ignacio Vargas Vila, de cuya afición literaria no se conocían otros indicios. Pero un día, como solía hacerlo, entré al cuarto de José Ignacio. No estaba, y sobre la mesa que le servía de escritorio pude advertir cuartillas de su letra con el título "Rufino Blanco Fombona". Días después apareció el artículo en el diario matutino "El Pregonero", el de mayor circulación entonces, con la firma de Darío Monteverde. Y ante la negativa de José Ignacio, le revelé mi indiscreción. Algunos datos íntimos que esmaltaban la semblanza causaron curiosidad en los corrillos literarios, y como a poco publicó el mismo diario otro artículo, bajo mi nombre, en el mismo tono agri-dulce, a la curiosidad juntóse el recelo para descubrir al autor y el propósito. Un tercer artículo sobre el poeta Andrés Mata aguzó más la inquisitiva, e intervino entonces Herrera Irigoyen. Como la manera de tales escritores no era conocida pronto pudo sospecharse a José Ignacio Vargas Vila como el autor, de ahí que Herrera Irigoyen hiciera escribir por Eloy G. González un artículo acerca de José Ignacio Vargas Vila, que también publicó en "El Pregonero" con la firma de Darío Monteverde. Descubriéndose así la incógnita, pues no pudo cargar con la tacha de auto-bombo y continuó éste escribiendo la serie de breves semblanzas que "El Cojo Ilustrado" editó en pequeño volumen, con las fotografías del autor y de los

sujetos, intitulado "Bustos y Medallas". El cual conservo con sincero cariño por aquellos compañeros y por aquellos días de bohemia a veces gaudente y siempre espiritual.

La bella página de Zumeta que antes he mencionado, contenía, excitación al coraje de Rufino Blanco Fombona a buscar los goces de la fortuna y del poder en los fabulosos veneros del Orinoco, deslumbrante miraje, que tentó a tantos audaces hombres de presa desde los días de la conquista hispánica. En aquellos primeros años del siglo xx, era Blanco Fombona, cónsul general en Amsterdam, con pingüe renta, huésped frecuente de París, y turista emocionado de Italia y España, cuyas andanzas románticas y pependencias de hombres del Renacimiento inspiraron magnífica correspondencia de Rubén Darío para "La Nación" de Buenos Aires, luego prólogo del puñado de gemas que engarzó en pulcra edición con el título de "Pequeña ópera lírica".

A poco Rufino Blanco Fombona puso rumbo a "El Dorado": designado gobernador del distrito que confina entre grandes ríos con el Brasil y Colombia, en donde verdaderos forajidos explotaban la "sarrapia" y a los regnícolas y victimaron a casi todos sus antecesores. Grande aventura que terminó con conjura siniestra y represión sangrienta, que purgó Rufino Blanco Fombona entre hierros por meses en Ciudad Bolívar. El relato lo escuché de sus propios labios, una tarde apacible, en tranvía de La Haya, en 1907, a la sazón de la Segunda Conferencia de la Paz. Truculento episodio reseñado en las páginas de más intensa palpitación humana de su Diario. Hazaña cruel de energía y de valor en aquel estupendo escenario. Tuvo que recorrer a caballo, en persecución del jefe de los complotados, el único que se le escapó, en días trayecto de más de un mes por la vía fluvial. Aquel hombre, le oí, había incitado a sus compañeros a dejarlo tranquilo, pues decía, "hasta ahora nos han mandado a gobernarlos bandidos, pero éste es un bandido inteligente".

No participó Rufino Blanco Fombona, oficialmente, en la Segunda Conferencia de la Paz; pero sí su vehemencia fué parte y no pequeña en la decisión de José Gil Fournet, Delegado Plenipotenciario de Venezuela, de capear la

orden temeraria del Presidente Castro de retirarse de la Conferencia, que equivalía, según lo expresaba Blanco Fombona, a "retirarse de la civilización". En aquel sereno ambiente, complaciase en la frecuentación de Santiago Pérez Triana, de Luis María Drago, y de tantos otros eminentes espíritus. También representaba allí a Cuba, uno de éstos, don Manuel Sanguily, escritor, orador y polemista, erudito y elocuente, conversador tan ameno como infatigable, cuyos trabajos publicados en su revista habanera "Hojas Literarias", mucho admiraba Rufino Blanco Fombona. Pidióme que se lo presentara y una tarde fuimos a su residencia del Hotel Kursaal, en la playa de Scheveningen. La visita duró horas, y como de costumbre, don Manuel Sanguily habló solo. A la salida, Rufino, eruido en el atrio del hotel, prorrumpió: "A donde éste viejo no vuelvo yo más, que a mí también me gusta hablar".

Una noche, le invité a comer en el Restaurante Indio, vecino del Palacio Real, cuya especialidad era el arroz a la Bombay, servido en escudillas negras, de gutapercha, con trocitos de pollo, chicharrones de transparencia casi de hostia, curry y mangochutney, plato suculento que a Rufino le pareció insuficiente. De ahí que lo acompañáramos con sendos "chateaubriands" y como postres, bananos. Pues bien, a las tres de la madrugada, deambulábamos por las márgenes de los canales, sintiendo la exactitud de la observación de Ramos Mejía en el estudio de la dispepsia del tirano Juan Manuel Rojas: que nadie sabe de lo que es capaz un pedazo de carne abriéndose paso trabajosamente por el intestino.

En publicaciones bogotanas he leído ahora, referencias, una, de un duelo de Rufino Blanco Fombona con Enrique Gómez Carrillo y otra de haber terminado la amistad entre ambos porque Blanco Fombona le rompió a palos la cabeza a Gómez Carrillo que defendiera a Rubén Darío de despectivo desplante. Jamás supe de tales ocurrencias. No habría Gómez Carrillo asumido tal actitud, pues puso siempre punzantes espinas en sus relaciones con el máximo poeta de América y tampoco habría sufrido tal afrenta. Gómez Carrillo no rehuía los duelos, antes bien

lo provocaba como propaganda de su personalidad y como esgrimista, se escribió en *Le Temps*, en ocasión de un lance de honor en que hirió a su contrincante, que la esgrima de Gómez Carrillo era: "très dangereuse parce que pleine de surprises".

En cuanto a temperamentos disímiles, nunca hubo dos que lo fuesen tanto como el de Rubén Darío, pusilánime, tranquilo, benevolente y el de Rufino Blanco Fombona, impulsivo, batallador e intolerante. Les separó poco tiempo desavenencia pueril por haber pretendido Blanco Fombona que Rubén Darío, como director (que lo era titular no más) de "Mundial", le apoyara reclamación pecuniaria contra la administración de esa revista, y ante la negativa de Darío, Blanco Fombona dió colérico tal puñetazo en una de las paredes de la habitación en que se encontraban, que el recuerdo persistió en la imaginación de Rubén, a tal punto, que cuando mucho después, acaso dos años, a fines de 1910, le dí la noticia de la próxima llegada de Rufino Blanco Fombona a París, en la misma habitación, me repuso: "Nos matará a todos". Y señalando la intacta pared, agregó "ahí pegó, ahí pegó", como si en ella estuviese aún la huella del puño. Pero no obstante y además de otras opiniones igualmente acerbas y apasionadas, las relaciones continuaron cordiales entre ellos y más de una vez, nos reunimos complacidos en casa de Rubén Darío, en el N° 3 de la rue Herschell.

Al comienzo de su largo exilio, en ese año de 1910, Rufino Blanco Fombona emprendió en París la tarea de divulgación bolivariana con la edición tan perspicuamente anotada por él, de las Cartas del Libertador. La guerra mundial le obligó a trasladarse a Madrid en 1914 y allí amplió la ingente empresa publicando las bibliotecas "Ayacucho" y "Andrés Bello": servicio eminente a las letras y a personería de la América hispana.

Llegué a Madrid en 1915 como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de mi patria, y con frecuencia nos reuníamos en las residencias respectivas. En una de estas ocasiones, acaso cuando su divergencia confidencial con Francisco García Calderón, por no haber sido fiel a la reproducción de algún concepto de la mag-

nífica semblanza que del Libertador trazó el ilustre peruano en su obra "Las Democracias de la América Latina", en el tomo de la biblioteca "Ayucucho", "Bolívar juzgado por cinco escritores. . .", referíme a su desbordante pasión por Bolívar, y me retrucó aludiendo a los provechos pecuniarios con varonil franqueza: "Cómo no he de querer a Bolívar si hace años vivo de él". Ese mismo año, aunque en menor medida tuve yo experiencia de esa pasión ilímite, pues no toleraba contradicción, le autoencendía, como en la polémica con los argentinos y le llevaba a modificar conceptos que no creía ajustados a la talla del Héroe o a agregar lo que juzgaba omisión, como en mi caso. Corrigió él las pruebas de mi libro "Hombres y Piedras" que editó en su biblioteca "Andrés Bello", en el que y en notícula (palabra ésta por cierto frecuente en su léxico), sobre visita en Munich al taller del escultor venezolano Eloy Palacios, hice mención de determinado detalle de la maqueta del monumento conmemorativo de la batalla de Carabobo exhibida allí, del que era el autor. Rufino hubo de agregarle juicio y cifras acerca de tan glorioso suceso bélico, petulantes en aquella impresión acerca de la influencia de la modelo bávara en las formas de las cuatro figuras de indias que rodeaban la unidad central del monumento.

Un día de los últimos de aquella primavera, visitamos juntos el Real Sitio de Aranjuez, cuyos prados y jardines, florecían rútilos lo mismo que las porcelanas de la Casita del Labrador. Almorzamos luego al aire libre y a los postes, mientras saboreábamos sensualistas deliciosas "reinas claudias", Rufino, sintió la nostalgia, la fiera garra del exilio, y evocó la novia, en melancólica paciente espera en la patria, que anhelaba traer a su lado para fundar hogar y perpetuar su sangre en nuevos retoños, antes de que la vejez la enfriase. Apenas dos años después, aquel sueño finó en tragedia. La más honda, hasta la entraña de su ser, sin ápice de duda, aunque no alcanzare a reflejar toda su intensidad en el "Cancionero del amor infeliz", como esos terribles dramas submarinos que tan sólo brotan en burbujas en el sereno azul de la superficie.

Volví a encontrarle en Madrid cuando mi segunda Misión en España de 1929, el año triunfal para el hispano-americanismo con la Exposición de Sevilla, hasta el derrumbe de la Monarquía en 1931. Había granjeado Blanco Fombona posición intelectual de magnitud rotunda y con altivez sin par entre los americanos de habla española, y la cual hubo de trascender a la política, luego, merced a la ciudadanía que la carta republicana concediera a los nativos de la América española. Su empresa editorial próspera tenía un fondo de librería que valuaba en el millón de pesetas en proyecto de negociación, de que accidentalmente fuí testigo, con la Compañía Ibero Americana de Publicaciones, y solía pasar temporadas en Francia, con su familia, en finca agrícola que poseía en la región de Burdeos. Pero habíase iniciado ya la enfermedad que acaso le ha derribado en el más allá. Tenía urea en la sangre, en proporción que le preocupaba y le había ceñido a régimen estricto, sin carne. Mas un día que le interrogué por su salud, me repuso engallándose como en sus más vigorosos días: "he dejado el régimen porque levanté el bastón para pegarle a un hombre y no pude".

Sin embargo en sus libros y en artículos a menudo insertos en "El Sol" vibraba su pensamiento beligerante, su osadía viril. Así en el breve desgarrado juicio acerca de linda poetisa del Plata, que hubo de transformar su sensual expresión poética por imperativo y doméstico. Y en la nota virulenta y crudelísima contra don Ricardo Palma, caso semejante a otro del Renacimiento entre dos humanistas de Roma, polémica infecciosa y pestilente por años, por que marginara uno de ellos con opinión hostil obra del otro. Fué el caso que Manuel González Prada al suceder a don Ricardo Palma en la Dirección de la Biblioteca de Lima, reveló en un folleto que su antecesor entreteníase en marginar los libros que recibía con notas críticas, y entre ellos, uno de Rufino Blanco Fombona, y éste fué implacable siempre para sus émulos, ciertos o imaginarios, en todos los terrenos. Cuántas polémicas sabrosas del género habrá extinguido el reciente incendio voraz de esa Biblioteca y acaso también el original de "Las Tradiciones en salsa verde", del ático y en estas drolático, don Ricardo,

que había repartido copias de ellas a colegas y amigos con la veda expresa de publicarlas mientras él viviese.

En 1930 conmemoróse en Madrid el primer centenario de la muerte de Bolívar, con solemne funeral en la iglesia de la Corte, San Francisco el Grande. Asistió el Rey don Alfonso XIII acompañado del Gobierno y los Jefes de Misiones Diplomáticas Americanas. Tronaron en la plazuela contigua los cañones de España por el héroe de América, la personificación más completa del genio hispano en ambas orillas de la Mar Oceana, la antigua Tenebrosa. La etiqueta de la Corte había prescrito el uniforme o el frac y condecoraciones para los asistentes. A la salida me encontré con Rufino Blanco Fombona de "Smoking". Le agradezco este acto, me dijo al estrecharme la mano, al Rey".

Cuanto implicaba ese homenaje una rectificación en el criterio del Monarca de España, no lo pudo saber del todo entonces y acaso tampoco después, Rufino Blanco Fombona. A poco, Alfonso XIII hubo de invitar a los Jefes de Misiones Americanas a una cacería en Río Frío, finca cercana del Patrimonio del Príncipe de Asturias y el único de mis colegas que asistió a ella, Ricardo Crespo Ordóñez, Ministro del Ecuador, tuvo la ventura de escuchar la confidencia "augusta" (como calificábase lo atinente a Su Majestad), y que sin su venia, me permito publicar (pues no sé si lo hizo antes y quizá sin fidelidad a los propios términos en que me la trasmitió en Madrid): el Rey Alfonso XIII no conceptuaba a Bolívar como oficial infidente a España sino como Héroe.

En Montevideo, en noviembre de 1939, fué nuestra última reunión. Allí investíamos ambos Misión de E. E. y Ministro Plenipotenciario. Viajaba de Río de Janeiro a Buenos Aires y desembarqué en la banda oriental del Río de la Plata que extiende el encanto de sus plantíos de rosas hasta la arena atlántica. Por azar en un café tuve la gratísima sorpresa. Reanudamos las charlas interrumpidas hacía ocho años acerca de tantos compañeros y sucesos. También hablamos de su hijo menor, Hugo, a quien conocí pequeñuelo en Madrid, a la sazón Agregado Civil en la Legación de Venezuela en La Paz, que vendría a

prestar servicios a su lado y en cuyo nombre persistía su fervor por el inmortal vate francés.

Ese día congregábanse nuestros colegas en el almuerzo, como cada mes, pero no asistía a ellos Rufino Blanco Fombona. Le constreñían las mallas sutiles del Protocolo, y a las veces, maguer los años y la "angina pectoris" que le atenaceaba, resurgía "le viel homme", que pintó Porto Riche, ante la fresca carne venusina o con ira en la palabra en discursos que rompían el molde clásico diplomático o en el brazo agresivo por discrepancias ideológicas. Y cuando nos despedimos expresóme: "Alguien me ha referido que Angel Osorio y Gallardo dice que ya no soy izquierdista: hazme el favor cuando le veas de afirmarle, de mi parte, que siempre soy hombre de izquierda".

Hombre del Renacimiento, retrató Rubén Darío a Rufino Blanco Fombona: de aquellos temperamentos extraordinarios, oscilantes entre la emoción creadora de Arte o que arrodilla en la plegaria y el ímpetu que conquista el goce del poder por todos los medios. Hombre que odia a un pueblo como si fuese un solo individuo, según comentario íntimo de su compatriota, Gil Fostoul. Por eso, con atrabilis hubo de prometer pegarse un tiro el día que Estados Unidos tuviese un poeta, negando así categoría a los polluelos que volaban de los remos de águila de Poe y Walt Whitman en la gran Democracia; y pluma en ristre acometía a los historiadores y poetas argentinos sólo por que no se inclinaran ante la supremacía de Simón Bolívar.

Pero espontáneo, sincero y animoso, ha debido conciliarse —y verdadera pérdida sería que haya muerto antes de reflejarlo en su prosa medular— con la realidad del Continente enfocada en su postrer periplo: en el Norte el idealismo pragmático de la Unión que ha vertido su omnipotencia moral y material, en esta hora, para restablecer con el equilibrio del mundo civilizado la dignidad humana; en la emoción de México, cuya cultura profunda y hechicera renuevan constantemente la solera hispánica y los jugos y el espíritu que mana de los cien dialectos indios de la meseta y la gracia eurítmica de la arquitectura y las danzas mayas en la costa urente del Golfo; y en el Sur:

el magnífico empuje del hombre nuevo de la Pampa, ese crisol de todas las razas, entre el Andes majestuoso, nieve y fuego, y el estuario "color de león", y en el sortilegio de Brasil que con la urdimbre del ensueño tradicional cumple el portentoso progreso que derramará sus frutos por los cauces unidos del Río de la Plata, el Amazonas y el Orinoco.

Hombre del Mar Caribe, de la propia tierra de Bolívar y con la sangre del Padre de cinco naciones en sus venas, Rufino Blanco Fombona luchó, sufrió y amó a América. El esfuerzo de su vida y su obra escrita, igualmente viriles, han de perdurar en la elación epopéyica de nuestros Pueblos.

OBRAS MAESTRAS DE LA PINTURA EUROPEA

No hace aún muchos años era frecuente oír hablar en Europa de la necesidad de destruir los museos de pintura culpables de embotar los impulsos creadores del artista. Era en aquellos días en que el arte buscaba a ultranza nuevos rumbos y tropezaba con rémoras para desprenderse de los moldes antiguos. Su afán de originalidad junto a su extrema tensión hacia el porvenir le llevaban a aborrecer cuanto le sujetase de raíz a los tiempos pasados. Se pedía a gritos una ruptura, una leva definitiva de áncoras.

Curioso por los menos resulta observar a tal respecto que la situación de Hispanoamérica corresponde a la apetecida como medida previa por aquellos artistas revolucionarios. Realmente es como si se nos hubieran quemado los museos. De los admirables tesoros que constituyen el patrimonio artístico de esa cultura occidental a la que dicen que pertenecemos y que se guardan en las pinacotecas ultramarinas, de aquellos cuadros inmensos y sin embargo apenas capaces de contener los esplendores de color y de formas en que se expresaba el genio que les dió origen, no tenemos en esta otra orilla rastro alguno. Nos ufamamos de alguna que otra epava de aquel mundo pictórico venida en tiempos de la Colonia y de alguna que otra adquisición de autenticidad no muy segura llegada en épocas posteriores.

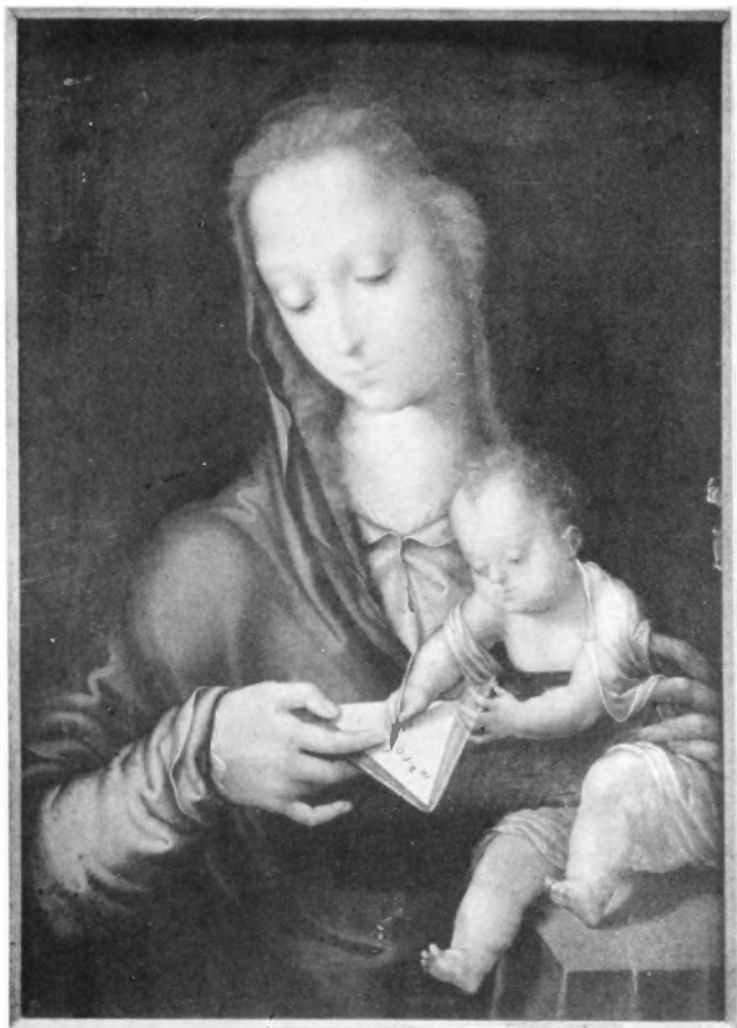
Prueba evidente de lo que decimos la hemos tenido en esta ciudad de los palacios al inaugurarse la *Exposición de Obras Maestras de la Pintura Europea en México*. En los salones tan bien encauzados y bajo las luces tan sabiamente dispuestas de la benemérita Sociedad de Arte Moderno, cúpole al visitante admirar el heroísmo de unas docenas de lienzos encandilados con sus mejores sonrisas, sobre los que recayó la imposible tarea de representar, como un manojo de flores en un búcaro, esa floresta armoniosa y riquísima que forma la pintura europea a partir del gótico. ¿Cómo desempeñar con discreción cometido tan insensato? Porque ni aun recurriendo a las colecciones oficiales de la Academia de San Carlos y de los museos de provincia y de completarlas con lienzos de propiedad particular, ha podido impedirse, por ejemplo, que en la sala española brillen por su ausencia nada



CRANACH. Adán y Eva.



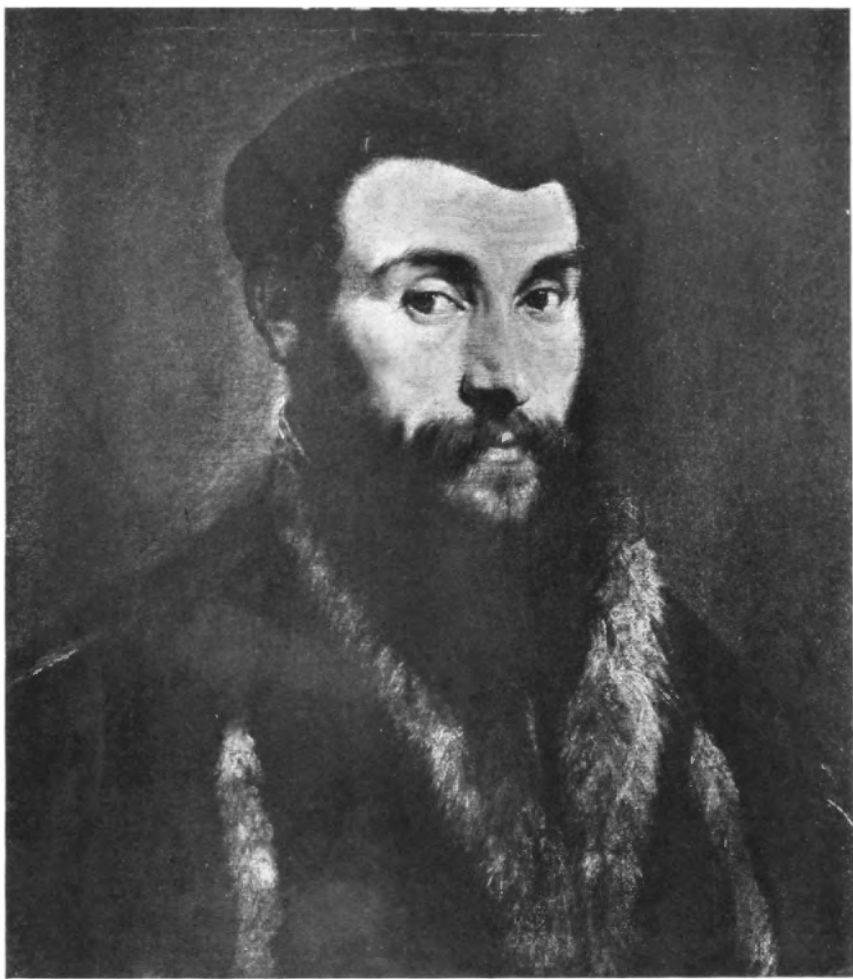
VAN DER WEYDEN. Dolorosa.



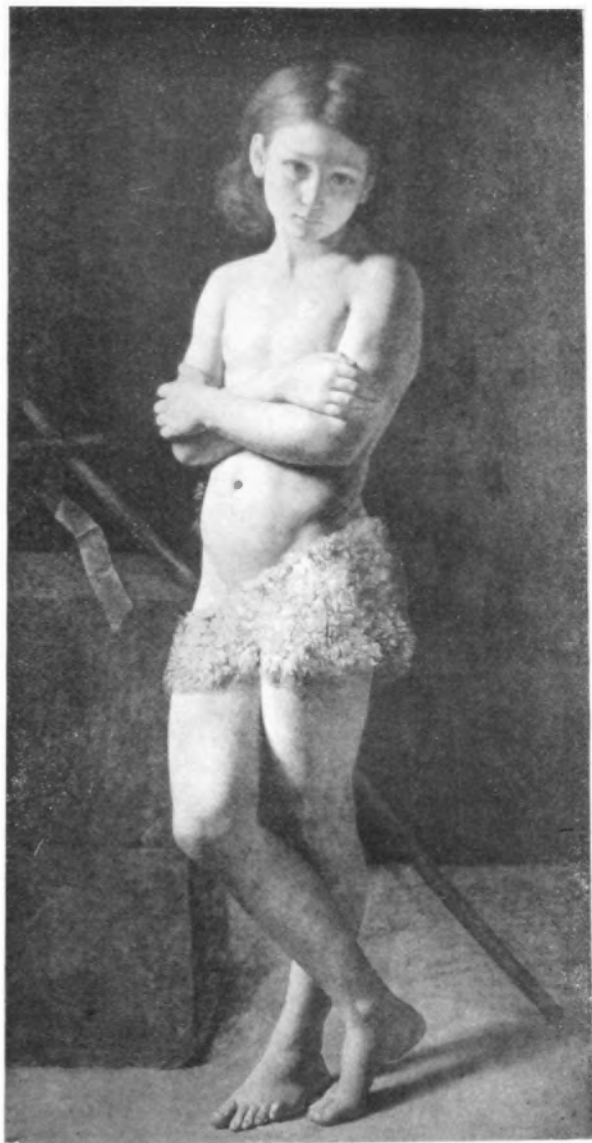
EL DIVINO MORALES. Virgen con el Niño.



GIORDANO. Natividad.



TINTORETTO. Retrato.



INGRES. S. Juan Bautista.

menos que Velázquez, el Greco, Goya, Murillo. Y si esto pasa con la pintura de la que fué durante siglos metrópoli de casi todo el continente y tuvo su sede principal en México, fácil es suponer lo que ocurre con las escuelas italiana, flamenca, francesa. . .

Lejos de nosotros toda intención de queja y menos de reproche. Mas hay que escudriñar las cosas sin compasión para evitar que se nos conviertan en ídolos secretos. Obedecen estas afirmaciones al deseo de desentrañar el significado de un fenómeno del que depende el porvenir de las artes plásticas en nuestro Nuevo Mundo. Porque lo que ocurre en México se repite con caracteres similares, si no acentuados, en cada una de las repúblicas del Centro, del Sur y del Caribe sin más excepción tal vez que la Argentina donde desde un siglo a esta parte se han podido transformar algunos productos de la tierra en aquel conjunto de lienzos europeos que permiten hablar con propiedad de colecciones particulares y de museos públicos. Siempre, claro es, en proporción muchísimo más modesta que en la otra excepción continental: los Estados Unidos.

Mas acaece para escándalo de académicos que el prestigio pictórico del continente americano no ha recaído en nuestro siglo sobre ninguna de estas dos naciones opulentas y europeizantes del Norte y del Sur sino sobre México, país indígena y proletario, cuya revolución propuso al mundo una nueva escuela de pintura de la que destacan algunas personalidades que han adquirido universal renombre. Para nada han hecho falta los museos. ¿Tendrían razón entonces los artistas que preconizaban la quema de Prados y de Louvres? He aquí una pregunta que nos apasiona por cuanto encierra de esperanza. Ya que si el arte dependiera del poder irradiador de los museos y de la tradición que en ellos se embalsa tendríamos que renunciar en Hispanoamérica durante centurias, al menos hasta que nuestra riqueza material nos permitiera adquirir suficientes obras maestras en Europa—caso de que se prestasen a cedérnoslas—, a crear nada capaz de competir con las auténticas realizaciones de nuestra pretendida cultura. Tendríamos que resignarnos a seguir a las resultas de las creaciones ajenas, a gozar de una vida cultural floja, desyemada y epigonal frente a los grandes focos artísticos de allende los mares. Porque mandar allí a educarse a nuestros artistas ya sabemos desde los días del imperio romano lo que significa.

El planteamiento correcto del problema parece ser el que sigue: si el porvenir universal del arte corresponde a una prolongación natural de lo producido en Europa durante estos últimos cinco siglos,

sin ruptura a cercén, es claro que nuestra independencia en este campo de vida habrá de ser imposible puesto que estaremos sometidos al poder de creación acumulado durante milenios en aquellos lugares al fin y al cabo remotos. Por el contrario, si el crecimiento de la cultura exige o permite una transformación de tipo mutacional, como parecen sugerirlo múltiples indicios, entonces no sólo podremos aspirar a crear una arte propio y peculiar sino que nos encontraremos, fuera del área de atracción mimética que ejercen los modelos antiguos, en situación privilegiada para que se desarrollen en nuestro ámbito las capacidades creadoras originales. El dilema que se nos propone es: dependencia o independencia. Mas no es posible dejar de advertir que nuestra situación es precisamente aquella, sin compromisos con el pasado, que reclamaban en su busca de un más allá los artistas europeos revolucionarios de principios de siglo. Nuestro arte y el suyo parecen responder en el fondo a una necesidad común: romper la órbita de la cultura llamada occidental para lanzarnos a la invención de un orden de cosas más conforme a las urgencias universales de nuestro tiempo. Comprendemos así perfectamente lo que significaba y a donde tendía su leva de áncoras.

Todo nos induce hacia la segunda alternativa. A ella se asocian nuestro afán de ser personas culturales y nuestro proverbial deseo de independencia, tal vez la más eminente de nuestras aptitudes. Nos resistimos a discurrir en los cauces tributarios de un mundo cuyo contenido se manifiesta en letanía indesmentida de catástrofes hasta llegar al paroxismo de estas décadas postrimeras. Bueno es recordar que el prestigio de Grecia no pudo impedir, al andar de los siglos hacia el occidente, la formación de otro arte en el que se exaltaron valores distintos a los que animaron a sus artistas preclaros. Y tampoco olvidaremos al establecer nuestro presupuesto de ambiciones, que en aquellos tiempos la Historia viajaba al paso de los tardos bueyes mientras que hoy se desplaza en avión turbina.

En conclusión tal vez podamos sacar en limpio que nuestro punto de arranque es aquel precisamente, y no otro, que determinaba la voluntad de los artistas que se proponían calcinar los museos. Sus intereses y los nuestros, aunque con las diferencias de rigor, son evidentemente solidarios. Ahí está nuestro auténtico nacedero. En su oposición a la mimesis se originan nuestras posibilidades hacia el futuro. En realidad no tenemos opción toda vez que el dilema se nos propone en los términos siguientes: o servidumbre —inadmisible pues que para nosotros equivale a muerte— o creación a ultranza. Ser o no ser,

como en los hermosos heroicos días. Lo que quiere decir que una vez más, si no con la espada sí con el pincel, se vuelve a reproducir la situación que dió gloria inmortal a Pizarro cuando trazó la línea separatoria del heroísmo y de la vulgar molicie.

Nada de esto quita para que encontremos muy loable el esfuerzo de quienes nos han ofrecido la exposición que ha motivado estas líneas y para que subrayemos desde otro punto de vista la conveniencia de establecer un inventario de cuantas pinturas maestras europeas se conservan no sólo en México sino en todos los países americanos. La exposición de la Sociedad de Arte Moderno es en este sentido un primer paso importante. Su utilidad puede ser mucha.

Román I. DUQUE.

27 DE NOVIEMBRE DE 1945

EÇA DE QUEIROZ

(En el centenario de su nacimiento)

La importancia de la obra de Eça de Queiroz es tan fundamental para la cultura brasileña, que casi podríamos decir que en torno a su nombre se creó la novela nacional. El propio Machado de Assis, colocándose en una deliberada posición antiqueirociana, aceptó como consigna los dogmas de su escuela, y la gracia contenida, mortificada, angustiosa casi, de quien no quiere entregarse a sus propios personajes, es hija y heredera de Eça de Queiroz.

Es un hecho, hoy incontrovertible, que el naturalismo brasileño tuvo en Eça de Queiroz su mayor maestro, esto a pesar de los modelos franceses de las galerías de Zola y de Flaubert. Los autores citados, que tan directamente actuaron sobre los portugueses, influyeron en Eça de Queiroz más como escuela, porque al transfundirlos en su obra, prevalecieron a modo de sistema, de estilo, de actitud. El naturalismo brasileño bebió hasta la embriaguez en las creaciones de Eça de Queiroz. Lo discutió, lo amó, lo combatió, pero no pudo escapar a su fascinación. Y, hoy mismo, sirve de ejemplo a los modernos para apartarse de los errores clásicos de un romanticismo optimista y sentimental.

La razón de la popularidad de Eça de Queiroz en el Brasil, a través de sus novelas más difundidas, especialmente "El Primo Basilio", "El Crimen del Padre Amaro", "Los Maias" y "La Reliquia", es tanto humana como social. Fácil es comprender que Eça de Queiroz encarnaba en sus personajes todo lo que el Brasil, liberado de Portugal, odiaba y detestaba de la metrópoli. Las representaciones que herían profundamente a la sociedad lisboeta, encontraron en la antigua Colonia eco de cosa propia, de algo latente que aún nadie había conseguido expresar, incorporar a su literatura. La serie de tipos que surgen con Aluizio de Azevedo en "Casa de Pensión", en "El Mu-

lato" y en "El Conventillo", ya es un reflejo de la amarga estilización realizada por Eça de Queiroz en esos sus portugueses vulgares, mezquinos, que miden el centavo y economizan, moneda sobre moneda, el dinero conseguido con el esfuerzo ajeno.

Las grandes cualidades portuguesas, su espíritu colonizador, su cultura, su capacidad de adaptación, las recibía el Brasil como patriotismo convencional, cobardía metropolitana y, por lo tanto, no interesaban a los recientemente emancipados.

Los análisis de Eça de Queiroz encontraron en el Brasil un apropiado medio, sin sufrir ninguna restricción, ninguna reserva, ni siquiera reconsideración crítica alguna. Aceptábase todo lo que él afirmaba de negativo, como verdades incontrastables, sin detenerse en lo que podría ser supuesto de positivo para la entelequia portuguesa. De ahí la repercusión en el Brasil de sus libros, mayor en mucho a la de cualquier otro escritor de Portugal, aunque dentro del cuadro general de la literatura lusitana otros también mereciesen atención.

Lo relativo de la obra de Eça de Queiroz, tomada en el conjunto total de la literatura portuguesa, sólo la comprendemos al estudiar detenidamente su historia. El mismo fenómeno sucede posiblemente con Dostoyevski en relación a la literatura rusa. Comparativamente a los demás escritores, queda, en las fronteras de su país, reducida su genialidad. Pero, para el extranjero, Dostoyevski está por encima de cualquier discusión o paralelo nacional. Es, casi seguro, el mayor y el más leído de los autores rusos fuera de Rusia y el más admirado y el de más potente influencia sobre las corrientes intelectuales extranjeras. Eça de Queiroz, en igual manera, no admite en el Brasil un juicio comparativo o de parangón nacional. Es Eça de Queiroz, nada más, pese a la crítica que lo coloca al par de otros escritores tan ilustres y tan importantes en su historia literaria. Para el Brasil es el primero. Nada puede destruir este concepto, formado por especialísimas contingencias de valoración espiritual.

De todos los aspectos de la obra de Eça de Queiroz, el que más dificultó su incorporación a las glorias oficiales de su patria, fué su anticlericalismo. La más acendrada tradición portuguesa se basa en el signo de la Cruz y, luchando primero contra los judíos y más tarde contra los propios no judíos, defendieron un catolicismo ortodoxo que no podía aceptar nunca a quien atacaba pluma en ristre al Dios oficial, a los símbolos sagrados del cristianismo, a sus misterios y a su iglesia. Con una pequeña tolerancia teórica, hubiese sido más considerado en Portugal por un sector culto estrechamente ligado al ca-

tolicismo. Su intransigencia en este aspecto debe ser buscada en ese toque de anarquismo, como filosofía y actitud política, al que, desde Qüental a Guerra Junqueiro y desde Oliveira Martins a Eça de Queiroz, ninguno de los "vencidos de la vida" pudo escapar.

Eça de Queiroz posiblemente fuese un cristiano al revés, con mucho de los reformadores y mucho de los puritanos. Es un ateo curioso éste que traza de Jesús una figura tan genuinamente humana que nos hace querer, pese a su divina esencia, al Dios hecho Hombre.

En "La Reliquia", la obra más típica de su actitud anticlerical, nos encontramos por veces con un Eça de Queiroz panteísta, enamorado de la Naturaleza, pagano en su sensual inclinación por las mujeres hermosas, por los frutos maduros y por los vinos añejos. Pero es un Eça de Queiroz que, si se deja llevar por las tentaciones de la carne, no niega por completo la belleza del sacrificio de Jesús.

Por sus características esenciales, "La Reliquia" ha merecido de la crítica universal una consagración aparte. Es que "La Reliquia", más que una novela es una sátira novelada, en la que el enredo se aprovecha sólo para presentar los puntos de vista de Eça de Queiroz, casi en idéntica manera que en "Fradique Mendes", otra de sus geniales creaciones.

En realidad lo que interesa en "La Reliquia" no son los seres, ni los personajes que discurren en sus páginas. Su interés está en la idea anticatólica, irreverente, mordaz, en la sátira que arroja contra la venalidad del clero, realizada en una forma que, como arte literario, difícilmente podrá ser superada.

Mucho se ha dicho de la influencia—hasta del plagio—que "La Reliquia" debe a "Memorias de Judas" de Petrucelli della Gattina. Creemos que es más justo hablar de similitud de situaciones psicológicas entre ambos autores, pues, lo que realmente existe en los dos libros, es una inquebrantable decisión de rever la Historia Sagrada, sin espejismos de la mística ni parcialidades de fanatismo.

El siglo de Eça de Queiroz, que era substancialmente el siglo de la razón pura, infundió a su obra, más que el escepticismo de Petrucelli della Gattina, los postulados de Renan, Taine, Comte, Michelet, Darwin, Spencer, los postulados de la razón social contrarios a los de la razón individual, que colocó para regir al mundo un dios irreverente y sabio: el Racionalismo.

Uno de los más interesantes críticos de Eça de Queiroz, Fidelino de Figueiredo, cree que "La Reliquia" es un reflejo de "Reminiscen-

cias directas y lecturas asiduas" de Renan y de Petrucci della Gattina. También afirma que el romanticismo de Eça de Queiroz se descubre a través de su búsqueda de ambientes orientales, exóticos, del que "La Reliquia" fué una muestra. "La muerte de Jesús", "El Mandarín", la "Correspondencia de Fradique Mendes", "Egipto", son pruebas que refuerzan esta teoría.

Juzgamos, sin embargo, que, sobre lo exótico, Eça de Queiroz trató de encontrar un punto de observación para un mejor análisis y una mejor comparación de Portugal con los demás pueblos. Esto se nos ocurre porque la identificación con sus otros compañeros de aventura literaria —Ramalho, Antero de Quental, Junqueiro, etc.— es patente y no se puede hablar con la misma facilidad del romanticismo exótico de esos escritores. El hecho de que el talento literario de Eça de Queiroz se haya manifestado primordialmente en sus novelas, no lo aparta en modo alguno de los demás escritores de su generación. Los unía un concepto suficientemente lógico de la vida, del mundo y en particular de su patria. Cada uno, dentro de su específica manifestación, dió lo que pudo a esta literatura "decadentista". Como Oliveira Martins con su gran talento no consiguió escribir versos, tampoco Guerra Junqueiro y Antero lograron ser novelistas. Esto no obstante, no fué obstáculo para que colocaran a Portugal en el mismo plano crítico en que lo colocó Eça de Queiroz. Este, sin embargo, fué, posiblemente, el más demoledor en su sátira dentro de cualquier forma exótica o romántica, según la clasificación que generalmente se le da al romanticismo portugués.

La fineza del lenguaje, el contraste visible entre el estilo mortificado por constantes retoques y la espontánea gracia de sus chispazos humorísticos, son, en realidad, el secreto de Eça de Queiroz. Es un ejemplo el sueño relatado en "La Reliquia", una de sus páginas de mayor lirismo, en el cual la participación del Diablo le presta un rasgo de ironía y predestinación. El compás de la frase es amplio, andantino, y hace recordar a Aluizio de Azevedo cuando, olvidado del "naturalismo", se concretaba a la belleza formal:

"Así marchando llegamos a lo alto del monte, donde una palmera desgreñábase sobre un abismo pleno de mudez y de sombras. Frente a nosotros, muy lejano, el cielo se extendía como un amplio paño amarillo; y sobre este fondo vivo, color yema de huevo, destacábase un negrísimo otero que tenía clavado en lo alto tres crucecitas en fila, finas y de un único trazo. El Diablo, después de componerse el pecho, murmuró tirándome de la manga: "La del medio es la de

Jesús, hijo de José, a quien llaman también Cristo. Hemos llegado a tiempo para saborear la Ascensión". Efectivamente. La cruz del medio, la de Cristo, desgajada del otero como un arbusto que arrancase el viento, comenzó a elevarse, lentamente, a crecer, cubriendo el cielo. Y enseguida, desde el espacio volaron bandadas de ángeles para sostenerla, apresurados como palomas que acuden a los granos; unos tiraban de arriba por medio de largos cordones de seda atados al centro; otros, debajo, la empujaban, viendo nosotros el esfuerzo tenso de sus brazos azulados. Por veces del madero se desprendía, como cereza muy madura, una gruesa gota de sangre: un serafín la recogía en su manos e iba a colocarla en la parte más alta del cielo, donde quedaba suspendida y brillando con el resplandor de una estrella. . ."

La imagen que Eça de Queiroz se hace de Jesús, en ese momento trascendental que precede a la crucifixión, es bella, de esa belleza de quien, respetando lo humano del tema, lo diviniza con la fuerza, con el heroísmo y con la dulzura de los protagonistas. Su Jesús tiene analogías de ese otro Jesús de Renan, pero es más sustancialmente "humano" y lo que pierde en divino lo gana en potencia y belleza.

"En un espacio recubierto de mosaicos, frente al solio donde se alzaba la silla curul del Pretor bajo la Loba Romana, Jesús estaba de pie con las manos cruzadas y flojamente ceñidas por una cuerda que arrastra en el suelo. Un amplio albornoz de gruesa lana a listas marrones y orlado de franjas azules, lo recubría hasta los pies calzados por sandalias, ya gastadas en los caminos del desierto, y sujetas con unas correas. No le ensangrentaba la frente esa inhumana corona de espinas que dicen los Evangelios: tenía un turbante blanco, hecho de una larga tira de lino que, enrollada a su cabeza, pendía en puntas sobre los hombros y que un cordel ajustaba por bajo de su barba enrollada y aguda. Los secos cabellos, recogidos tras las orejas, se desparramaban en anillos sobre su espalda y en el rostro enflaquecido, quemado, bajo unas cejas espesas unidas en una sola línea, negreaba, con una profundidad infinita, el resplandor de sus ojos. No se movía, fuerte y sereno, delante del Pretor. Sólo algún estremecimiento de sus presas manos a floraba el tumulto de su corazón; y, a veces, un respirar hondo, como si su pecho acostumbrado a los libres y puros aires de los montes y de los lagos de la Galilea, se sofocase entre esos mármoles, bajo el pesado velarium romano, en la estrechez formalística de la Ley".

La vida de Eça de Queiroz estuvo posiblemente condicionada a un acontecimiento capital: su condición de bastardo. La ironía amar-

ga de que se valió pródigamente, su escepticismo desesperanzado, su incredulidad respecto a la solución de los dramas sentimentales de la vida, son un producto de ese resentimiento original. Y, años más tarde, después de construída toda una obra, confesaba con visible orgullo: "Yo no soy más que un pobre hombre de Povoá do Varzim". Su galería de mujeres, como ya lo notó uno de sus biógrafos,¹ es una galería amarga. Y aunque tuviese por ellas una propensión bien lusitana, y, quizás, por eso mismo, no las consideró más que elementos de placer. Las que apartaba de esta finalidad, eran mujeres amargadas, beatas, intolerantes, insípidas. Hermosas mujeres eran las Delias, las Luiza, las Gouvarinho, y feas las Patrocínio, las Julianas, etc.

Ningún tipo intermedio, ninguna hermana afectuosa, ninguna mujer delicada, fina, agradable. Hermosas o despreciables para la vida y la sensibilidad. Como personajes de fondo, hubo posiblemente algunas amenas, ninguna importante.

La genealogía de Eça de Queiroz no sólo es de interés por la especial circunstancia de haber nacido de un episodio novelescamente romántico, típico de la época caballerescas del Portugal novecentista, sino por la influencia que los acontecimientos anteriores a su nacimiento marcaron, posteriormente, toda su vida y su obra. Tanto el padre como el abuelo de Eça de Queiroz fueron vástagos representativos del tronco lusitano de donde procedían. El abuelo era un liberal avanzado y el padre, brasileño de nacimiento, más radical todavía. Ambos preparan, sin solución de continuidad, el advenimiento del escéptico novelista, porque en la burguesía liberal de donde salió era él a modo de postrer brote. Eça de Queiroz es tan fin de siglo, tan fin de raza y tan fin de clase, que solamente el socialismo podía prestarle nuevas fórmulas y nuevo interés para el examen del proceso social lusitano.

Entre el absolutismo y el constitucionalismo monárquico, entre el nacimiento de la República liberal y el sugerir del socialismo burgués, Eça de Queiroz encontró el camino hecho, cuya traza marcaron sus antepasados. Pero le tocó dar, sobre esta línea continuada por una familia que en dos siglos no retrocediera un paso en la marcha del proceso político portugués, un paso más hacia adelante. Era hijo de esa familia liberal salida de la Revolución Francesa, pero también era el resultado de una generación desorientada que asistía al derrumbe de la burguesía liberal, sin vislumbrar la llegada de una nueva clase. El proletariado mundial y, especialmente, el proletario portugués, ha-

1 VIANNA MOOG: *Eça de Queiroz e o Século XIX*.

cía sus primeros avances en la conquista de esos derechos económicos y políticos. Mas entre el anarquismo y el socialismo utópico, discurrían corrientes menores, subterráneas, incapaces de aflorar a la superficie, ahogadas por la gruesa costra de los convencionalismos sociales.

La Comuna de París, en 1870, encuentra a Eça de Queiroz con veinticinco años, y tiene forzosamente que admitir la realidad de los hechos. Pero, por desgracia, su generación estaba destinada a rever los errores del pasado y a preparar los sueños del futuro. No le cabía otro papel que ser el puente, el nexo, la ligazón, y ésta era una tarea por demás pesada, pues, siendo de revisión y transitoria, no se acomodaba con un espíritu inquieto como el de Eça de Queiroz.

Debió, posiblemente, haber nacido cincuenta años antes o cincuenta años después, para ser comprendido en sus aspiraciones sociales o en su desengaño cínico a fuerza de ser descreído. Por su nacimiento, por su vida y por su obra, fué un obstáculo puesto en un camino estrecho, que obligó a un rodeo largo e incómodo para sortearlo. Su fuerza residía, no obstante, en este marco ilusorio y permanente que le impidió a él mismo, y a toda su generación, renegar de los postulados esenciales de la época. No le cupo ser más liberal de lo que era y no pudo ser más antiburgués de lo que fué. Y esto tanto atañe a Eça de Queiroz como a todo el grupo de los "vencidos de la vida".

En tanto, Portugal y sus engolados escritores jamás pudieron comprender a "los vencidos de la vida", y particularmente Eça de Queiroz fué el blanco frecuente de acerbos críticas y virulentos ataques. Es que entre este grupo, que no vacilamos en calificar de patriótico, y el resto de la población portuguesa, incluidos los sectores cultos, mediaba medio siglo. Ellos formaban una avanzada que en la rapidez de la marcha perdió contacto con el resto del mundo circundante. Entre unos y otros jamás pudo establecerse el ensamble que facilitara su conjunción.

Fué necesario la llegada de otra generación que los explicase, incorporándolos al panorama de la historia literaria de Portugal. Y, asimismo hasta hoy, Eça de Queiroz representa para Portugal una gloria que se acepta nada más por ser una gloria ya consagrada, pero que aún espanta el alma timorata del Portugal timorato.

En realidad las cualidades inherentes a la obra de Eça de Queiroz no podían ser jamás originarias de Portugal. Sus genios se habían llamado Camoens y Vasco de Gama, y sus talentos menores aguardaban que se amortiguaran sus famas para despertar. El buen sentido,

el equilibrio, la plasticidad para la adaptación, la inspiración guerrera, la imaginación conquistadora, la inquietud andariega, en fin, todos esos impulsos que formaron la poderosa línea del Portugal renacentista, no podían darse nuevamente porque el mundo se había transformado y Portugal con él. En cuanto a las otras cualidades que países europeos, como Francia e Inglaterra especialmente, habían plasmado para producir sus grandes artífices literarios, tampoco podían nacer en una tierra semimorisca, semieuropea, semibrasileña, casi agostada, con una civilización propia, es verdad, pero cansada y con un decadentismo permanente que la envejecía en pleno siglo XIX.

La generación de Eça de Queiroz fué así una especie de fenómeno esporádico, si queremos admitir que lo superlativo de la cultura y de la gracia esplendía en esa Lisboa de Camilo Castelo Branco en esa Coímbra de estudiantes, en ese Tajo de la nostalgia sebastianista, en esa tierra de decadencia política, de fin de monarquía aun sin el anticipo de la República.

¿Qué fuerzas actuaron para el surgimiento de esa pléyade que por sí sola sirve de punto de partida para toda una literatura, y, más todavía, es una especie de coronamiento de una anterior literatura retardada en siglos? ¿Qué fenómeno pudo producir ese conjunto de escritores en el que estaba un Eça de Queiroz, un João de Deus, un Antero de Quental, un Guerra Junqueiro, un Oliveira Martins, un Fialho de Almeida, un Ramalho Ortigão, por no hablar más que de hombres de letras, pues paralelamente renació un núcleo aristocrático con la tradición de antaño, el Marqués de Sabugosa, el Marqués de Soveral, el Conde de Ficalho y el Conde de Resende?

De los sucesivos viajes que Eça de Queiroz realizó al Oriente, a Africa, a América del Norte, a Centro América y a la Europa occidental, guardó siempre una displicencia de antiguo portugués que descubre tierras y mares, un poco afectada en su naturalidad, pero típicamente lusitana. Jamás se dejó seducir por otros países, por otras civilizaciones o por otros paisajes. Para él Portugal, con toda su ineptitud, con toda su suciedad y con toda su decadencia, era el mismo corazón del mundo. En balde trató de negar su patriotismo, su tenaz patriotismo, que, por una fatalidad, debió nutrirse cuando la tierra y la civilización de sus antepasados caían ruinosas. En toda su obra se nota el cariño al terruño, cariño de hijo al padre enfermo, destruido por males incurables, por taras milenarias. Quiso disimular con la ironía, con la mordacidad, ese su gran amor filial.

Eça de Queiroz y los "vencidos de la vida" son, quiérase o no, los escritores más apegados a Portugal que en esos tiempos nacieron en tierra lusitana. ¿Quién pudo sufrir más que Oliveira Martins al detallar la visible decadencia portuguesa, tentando de explicarla científicamente en una de las más inteligentes interpretaciones? ¿Dónde se encontrarán páginas con una pasión lírica por la tierra, por las costumbres, por las tradiciones portuguesas, de mayor intensidad que las de Ramalho Ortigão? ¿Y qué más expresivo y profundo canto se ha hecho a Portugal que en la poética y desesperada obra de Guerra Junqueiro? También la desesperación y el negativismo, en un esfuerzo por sofocar el afecto filial, llevó a Antero de Quental al suicidio, que fué como una anticipación a la muerte total de su patria.

Newton FREITAS.

Cuadernos Americanos

alternando con los números de la revista ha publicado los siguientes libros:

- 1.—*Ganarás la luz...*, por LEÓN-FELIPE.
- 2.—*Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra*, por ANTONIO CASTRO LEAL.
- 3.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA, Vol. I.
- 4.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA, Vol. II.
- 5.—*Orígenes del hombre americano*, por PAUL RIVET.
- 6.—*Viaje por Suramérica*, por WALDO FRANK. (7 pesos).
- 7.—*El hombre del buho*, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.
- 8.—*Ensayos Interamericanos*, por EDUARDO VILLASEÑOR.
- 9.—*Martí escritor*, por ANDRÉS IDUARTE. (7 pesos).
Homenaje al héroe en el cincuentenario de su muerte.

Precio por cada volumen (excepto los Nos. 6 y 9):

MEXICO	5.00 pesos
OTROS PAISES	1.20 dólares

OTRAS PUBLICACIONES

- La revolución mexicana en crisis*, por JESÚS SILVA HERZOG. 1.00 peso.
- El Surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo*, por JUAN LARREA. 3.00 pesos.

REVISTA

SUSCRIPCIÓN ANUAL PARA 1945:

(6 números)

MEXICO	20.00 pesos
OTROS PAISES	5.00 dólares

Precio del ejemplar:

México	4 pesos
Otros países	0.90 dóls.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

Gustavo Polit América Latina en el momento económico.

Luis Cardoza y Aragón Guatemala —las líneas de su mano—.

Mariano Ruiz-Funes La guerra y la delincuencia de los menores.

Notas, por Samuel Ramos y Gregorio Bermann.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

Risieri Frondizi La filosofía contemporánea.

José Gaos ¿Son filosóficos nuestros días?

Notas, por Juan Hernández Luna y José Luis Romero.

P P E S E N C I A D E L P Á S A D O

Salvador Toscano Introducción de cultivos y animales euroasiáticos en México.

Caio Prado Jr. Formación de los límites meridionales del Brasil.

Rafael Heliodoro Valle La santa ciudad del Cusco.

MESA RODANTE: ¿Conocieron la rueda los indígenas mesoamericanos?

Intervienen: Alfonso Caso, Matthew W. Stirling, Samuel K.

Lothrop, J. Eric S. Thompson, José García Payón y

Gordon F. Ekholm.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

Ernesto Cardenal La ciudad deshabitada.

León-Felipe Alas y Jorobas o El Rey Bufón.

Pedro Salinas La Gran Cabeza de Turco o la minoría literaria.

Tulio M. Cestero Rufino Blanco Fombona.

Notas, de Román I. Duque y Newton Freitas.